

Mons. MIGUEL DE ANDREA

Obispo de Temnos

El Evangelio y la actualidad

SEGUNDA PARTE

OBRAS
COMPLETAS

TOMO II

BX

890

.A55

v.2

EDITORIAL DIFUSIÓN S.A.

BUENOS AIRES

Library of The Theological Seminary

PRINCETON • NEW JERSEY



FROM THE LIBRARY OF THE
REVEREND JOHN ALEXANDER MACKAY
LITT.D., D.D., LL.D., L.H.D.

BX
890
.A55
v. 2



Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/obrascompletas02andr>

Obras Completas
de Monseñor de' Andrea

SUMARIO DE LOS OTROS VOLUMENES

I

El Evangelio y la Actualidad. (Primera Parte). (Editado).

III

La perturbación social contemporánea.

Las causas. — Su estado actual. — Fatales consecuencias. — Medios de evitarlas. — La U. P. C. A. — Emancipación obrera. — Servicios sociales. — Aclarando conceptos. — La mansión popular. — Instituto Técnico Femenino. — Universidad Obrera. — Sindicatos y Cajas rurales. — Ateneo Social de la Juventud. — Nuevas obras. — Apéndice.

Conferencias en "La Wagneriana".

Europa. — Rivalidades nacionales. — Sacrificio de la libertad al oro. — Sta. Teresita. — Lisieux. — La Argentina. — Acatamiento a la autoridad. — Organización de la democracia. — La familia. Peligros que la acechan. — Disminución de la autoridad paterna. — La Congregación de Sta. Teresita. — El apostolado en la familia.

IV

Socialcatolicismo.

Conferencias pronunciadas en la Facultad de Derecho, en el Jockey Club, en el Museo Social, etc. — La Encíclica "Rerum Novarum" y la actualidad argentina. — La Libertad frente a la autoridad. — Justicia Social. — ¿Estado Corporativo o democracia corporativa? — El Capital y el Trabajo.

A las trabajadoras.

Conferencias pronunciadas en el Día de la Empleada.

Hacia un mundo nuevo.

Conferencias pronunciadas en los EE. UU. en la National Catholic Welfare Conference. — En la tumba de Washington. — En la Asamblea de Chicago. — Declaración de Principios del Seminario Interamericano de Estudios Sociales promovida por la Conferencia Nacional del Bienestar.

V

Samaritanas.

Conferencias pronunciadas el día de Nuestra Señora de los Remedios.

Misticismo y arte.

La estigmatizada de Baviera. — Quién es Teresa Neumann. — Sus estigmas. — La ciencia ante sus extraordinarias victorias eucarísticas. — La Pasión en Oberammergau.

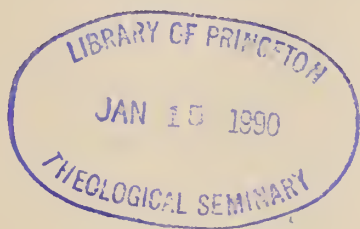
Eucaristía.

La hora de la Caridad (Sermón del primer día del Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires, 1934).

Monseñor Dr. Miguel de Andrea
Obispo de Temnos

OBRAS COMPLETAS

Tomo II



EDITORIAL DIFUSION

Tucumán 1859.

Buenos Aires

Con las debidas licencias.

Libro I

EL EVANGELIO Y
LA ACTUALIDAD

SEGUNDA PARTE

SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

POR aquellos días, habiéndose juntado otra vez un gran concurso de gentes con Jesús, y no teniendo qué comer, convocados sus discípulos, les dijo: Tengo compasión de esta gente, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los envió a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿Quién podrá en esta soledad procurarles pan en abundancia? —Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? —Respondieron: Siete. Entonces mandó Jesús a la gente que se sentara en tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dábaselos a sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente; y se los repartieron. Tenían, además, unos pocos pececillos: bendíjolos también y ordenó distribuírseles. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete canastos, siendo como cuatro mil los que habían comido; y los despidió.

San Marcos, cap. VIII, v. 1-9.

Sin temor de ser tachados de pretenciosos, bien podemos considerar que en medio de esa muchedumbre de galileos había muchos como nosotros. No todos aquéllos serían héroes o siquiera perfectos. Habría algunos de nuestra categoría y de nuestra condición. Algunos de capacidad y de virtudes medianas. Algunos cargados de defectos y tal vez también de pecados. Pero todos, en mérito a la muchedumbre, fueron enseñados, alimentados, bendecidos y perdonados,

He aquí una primera consideración que debe enseñarnos a combatir ese menosprecio que solemos alimentar hacia lo que consideramos el vulgo, y esa propensión a singularizarnos, a destacarnos, a situarnos en el aislamiento de una elevación artificial. Conducta imprudente que, luego de exponernos a todas las reacciones, nos deja librados a nuestros solos recursos. De ahí proceden casi todos los desengaños, casi todas las humillaciones, que son las consecuencias lógicas de la soberbia instintiva.

Por eso es tan útil a veces perderse en medio de la muchedumbre, despojarse de la propia individualidad que suele ser un tanto presuntuosa, apearse de la torre de marfil y anegarse en el océano del pueblo. ¡Cuán saludable es casi siempre el tan temido anonimato! ¡Cuán confortable el pasar desapercibido sumergiéndose en la masa de los creyentes, como el herido que se retira de las primeras filas del combate y se interna en el grueso de las falanges a retaguardia! En esos casos se apodera de uno una gran esperanza de poderse salvar gracias a los demás, gracias a los que hasta entonces uno miraba con desprecio. Se siente uno llevado por el conjunto hacia la derecha o hacia la izquierda sin necesidad de esfuerzo propio. Se siente uno elevado por los vigorosos merecimientos de los circunstantes, como cuando se nos levanta del suelo por la presión de las grandes multitudes.

Todos cuantos formaban aquella muchedumbre, habían permanecido con Jesús durante tres días. Y tal fidelidad lo llenó de emoción. *Ecce iam triduo*. Durante tres días consecutivos habían permanecido agrupados junto a Jesús, y Él les retribuye esa adhesión con un milagro. Sin embargo, tres días no parece un espacio de tiempo excesivo. ¡Qué consuelo para todos nosotros! No somos tal vez ni más fuertes, ni más perseverantes que los galileos. Y ya llevamos en el seguimiento de Jesús muchos días, muchos años, casi toda una vida. Y es-

ramos resueltos a continuar hasta el fin meditando sus palabras, cumpliendo sus preceptos, confiando en sus promesas y aguardando sus misericordias.

Y entretanto, cuántos de los que me escuchan podrán acaso repetir conmigo: Durante todo ese tiempo no siempre ha querido Jesús que gustara la dulzura de su compañía. No ha hecho que su yugo me pareciera siempre suave y su carga bastante ligera. No ha permitido que mi existencia fuera siempre plácida y constantemente holgada.

Cuando para atraer almas a Dios les dicen que su servicio será como un éxtasis prolongado, no les dicen todo; y aun diría que les ocultan la verdad, porque callan lo esencial. Lo esencial está constituido por los renunciamientos que impone y las abnegaciones que exige: la lucha incruenta para continuar domando las pasiones íntimas que constantemente se sublevan, la violencia que es necesario hacerse para no ceder a los atractivos múltiples y seductores de un mundo en actividad permanente.

Por eso Jesús, que conoce la verdad de todas las cosas y el secreto de todas las vidas, no dice: "hace ya tres días que gozan de mí", sino "hace ya tres días que me soportan", *sustinent me*. Están padeciendo el efecto de las privaciones de sus comodidades, están extrañando el alejamiento de sus casas, están sintiendo las molestias del hambre y están padeciendo al pensar que les faltarán las fuerzas para salvar la distancia que los separa de sus hogares. Si se les despiere así, tal vez algunos desfallecerán en el camino. *Deficient in via*.

He aquí otro motivo de consuelo. Yo conozco, ciertamente, la fatiga que entraña el tener que hacer largas etapas escarpadas y desiertas y la pena que causa el pasar las noches en vela sintiendo el corazón golpear enloquecido como una pieza incoherente en medio de un mecanismo descompuesto. Yo sé la angustia que ocasiona el peso de la responsabilidad

cuando se siente que las rodillas se doblan y se agobian las espaldas. Pero sé también que Dios todo lo ve, todo lo cuenta, todo lo pesa y todo lo mide.

Por eso ¡cuántas veces he comprobado que en el momento mismo en que las fuerzas me iban a faltar, llegó el auxilio oportuno, llegó la gracia de la fuerza, llegó la fuerza de la gracia! Todas las puertas se habían cerrado, el horizonte por todas partes se había ennegrecido, la última tabla que me salvara del naufragio había desaparecido, la última esperanza humana se había perdido... ¡No importa!, no sé cómo, no sé de dónde, pero el auxilio me vino y el milagro se hizo.

En la escena que el Evangelio nos relata vemos la imposibilidad material de que la muchedumbre pudiera nutrirse y en consecuencia el inevitable desfallecimiento de muchos. ¡No importa! Llegado el momento supremo para los seguidores de Cristo, ¡el milagro se hizo!

Pero, ¿en qué consiste para nosotros el seguimiento de Jesucristo? ¿Acaso en la sustitución de los actos vulgares que constituyen la vida diaria por la dedicación del espíritu a la oración contemplativa, o de toda la actividad personal a la realización de empresas extraordinarias? De ninguna manera. Y he aquí un tercer motivo de consuelo: *colligite quæ superaverunt fragmenta*: "Juntad las sobras", dice Jesucristo a sus discípulos. Es ésta una ocupación bien modesta y humilde, por cierto. El verdadero seguimiento de Jesucristo para la inmensa mayoría de los cristianos consiste en hacer bien los ordinarios menesteres de la vida. No hay nada que parezca pequeño al amor, cuando es verdadero. Quien diga "eso es poca cosa", refiriéndose a un sufrimiento que ocasiona o a una dicha que suprime, no sabe lo que quiere decir *amar*.

De la misma manera las cosas pequeñas han tenido siempre un valor moral extraordinario ante la apreciación de la fe. El no preocuparse de ellas, mirándolas con desdén desde

las alturas en que se colocan los sabios del siglo, es condenarse a vegetar en la vulgaridad y vivir ajeno a toda delicadeza. Las cosas pequeñas son el tesoro escondido que la perspicacia sobrenatural nos ayuda a descubrir en el campo del padre de familia. Las cosas pequeñas son las que componen la vida. La vida se desgrana entre los dedos en la sucesión de instantes minúsculos. Las cosas pequeñas son los elementos que concurren a la formación de nuestro carácter. El carácter es la resultante de la repetición de las acciones fugitivas. Las cosas pequeñas son las monedas que asociadas las unas a las otras constituyen la riqueza. Las cosas pequeñas son las gotas de la gracia divina cayendo sobre las briznas de la yerba que cubre el campo de la vida. Las cosas pequeñas son las porciones benditas cuyo conjunto forman el gran sacrificio, la exigüidad de la llama de la lámpara del sagrario, el sonido de la campanilla del altar, la voluta de humo del incensario, la gota de agua vertida en el cáliz, la parvedad apenas ponderable de la Hostia. Ninguna de esas cosas se debe despreciar. *Colligite fragmenta*. Juntadlas con cuidado. Todas ellas reunidas forman la majestad de la liturgia del gran sacrificio. Todas las acciones ordinarias, forman el grandioso conjunto que en el orden natural se llama vida, carácter, amor, y que en el orden sobrenatural se llama santidad.

Nada hay pequeño para el amor y Dios es Amor. Para Dios, pues, no hay en nosotros pequeñeces, sino pruebas de fidelidad, delicadezas exquisitas.

12/7/36.

* * *

¡Cuánta pena causa y cuántos males acarrea la ignorancia del Evangelio! En él se hallan contenidas las soluciones de todos los problemas que han preocupado y han de preocupar a la humanidad en su paso por los siglos.

En la actualidad, uno de esos problemas es el económico-social. Ese problema, en este momento de la historia, está planteado en los siguientes términos: la humanidad se halla dividida en dos porciones, la de los que viven de su fortuna y la de los que viven de su trabajo. ¿Es esto justo? ¿No habrá forma de establecer la igualdad, repartiendo entre todos el capital y obligando a todos al trabajo? Abundan, como bien lo sabéis, quienes propugnan semejante solución. No es mi propósito refutar ahora esa teoría. Sólo pretendo dejar establecido que no es posible a los católicos desentenderse del problema, porque perderían el derecho de recriminar al pueblo cuando éste se deja llevar a soluciones extremas.

Hay una frase de Jesús, contenida en el Evangelio de hoy, que debe ser el lema de los que somos sus discípulos, en esta hora más que en otra cualquiera de la historia del Cristianismo: *Misereor super turbam*. La virtud contenida en esta frase consumó la más grande de las revoluciones de la historia, la que sustituyó la civilización pagana por la civilización cristiana. El paganismo divinizaba la fuerza y abominaba de la debilidad. Compadecer a los débiles era atentar contra la fuerza de la raza. Y la inmensa mayoría del género humano soportaba la esclavitud que le imponía el despotismo de la fuerza.

Apareció el Cristianismo precedido de su lema: *Misereor super turbam* y su amorosa solicitud comienza a extenderse sobre toda la muchedumbre del género humano, sin exclusivismos y preferencias. Me rectifico: el verdadero Cristianismo tiene preferencias: son las que dispensa en favor de los pobres, de los desheredados, de los débiles. Por eso se yergue implacable contra toda doctrina que intente restablecer superioridades de raza, de sangre o de cuna. En cuanto a las razas, no hay, para el Cristianismo, ni blanca, ni negra, ni amarilla, ni aria, ni sajona, ni latina. En cuanto a la sangre o la cuna,

no hay judío ni gentil, no hay fuerte ni débil, no hay rico ni pobre, ¡no hay libre ni esclavo! ¡Tienen, por tanto, una lógica los que quieren restablecer esas cosas legitimando privilegios de clase o superioridades de raza, al emigrar del Cristianismo para retrogradar al paganismo!

* * *

De la fecundidad inagotable de la frase: *misereor super turbam* han procedido, en todas las épocas de la historia, las congregaciones religiosas que han proporcionado hijas a tantos ancianos, hermanas a tantos enfermos y madres a tantos huérfanos. De la virtud inagotable de esa frase se alimenta el fuego de la caridad de los innumerables santos cuyo único ideal en la tierra fué el alivio y el servicio prodigado sin reservas a los más miserables de los hombres. Búsquese fuera del Cristianismo un hombre comparable a San Vicente de Paul, a quien París, no obstante la mentalidad adversa de la época, otorgó un sitio preferente en el Panteón de sus filósofos. Búsquese fuera del Cristianismo un hombre semejante a Cotto-lengo, que estableció en las inmediaciones de Turín una ciudad para refugio del dolor desamparado, ciudad poblada por quince mil desgraciados que son la imagen doliente de todos los desechos de la vida. De la virtud de esa frase, procede el amor paternal que abrasa el corazón, inflama la lengua y enardece la pluma de los Papas, para intimar al sacerdocio y al laicado que se consagren de lleno y con marcada preferencia a la tarea de procurar el bienestar material y la elevación moral del pueblo, para prevenir tantas y tan ruinosas catástrofes.

Es de notar que esta frase fué pronunciada por Jesús teniendo en vista necesidades materiales, como era el hambre que acosaba a la multitud.

Sí, mis hermanos. Y cuando nosotros, a pesar de nuestra imperfección, acometemos la tarea de mitigar un tanto los rigores del frío y del hambre, y de prevenir las catástrofes que son el cortejo inevitable de la enfermedad, de la ancianidad, de la invalidez y de la muerte, en los hogares o en las parodias de hogares de los pobres; cuando cerrando los ojos a todas las seducciones y los oídos a todas las amenazas, y exponiendo el pecho a todas las heridas, nos lanzamos en cuerpo y alma a luchar por el aumento de los salarios vejatorios de tantas y tantas pobres costureras, no es ¡Dios lo sabel impelidos por intereses subalternos ni guiados por miras humanas, sino impulsados por la virtud del amor fraterno que nos infunde N. S. Jesucristo por medio de la frase: *Misereor super turbam*. Y ¡qué coincidencia! en el día de este Evangelio, a esas costureras que constituyen el sector más duramente castigado en nuestro pueblo, anuncio desde esta cátedra que esta semana se habrá ganado la segunda batalla de la victoria integral.

Y cuando, no obstante el conocer la senda por donde puede marcharse sin levantar ninguna resistencia, cuando a pesar de percibir los halagos de la apacible quietud a que convidan las sollicitaciones de la comodidad, preferimos seguir la voz de la conciencia y nos prestamos sin reservas ni cálculos, a servir la causa de la paz, es porque nos urge el deber imperioso de no economizarnos en la tarea, que debiera ser común, de alejar el espectro fatídico de la guerra con la secuela inevitable de pueblos arrasados, de cunas enlutadas, de viudas doloridas, de madres desoladas, de casas desiertas y de campos poblados de ruinas y cadáveres. Es porque nos urge la caridad de Cristo, contenida en la frase: *Misereor super turbam*.



Razones circunstanciales me ofrecen la oportu- nidad de llamar la atención sobre la adaptabilidad inagotable del Evan- gelio a cada una de las nuevas emergencias que se suceden en la vida de la humanidad. La evocación de esta página Evan- gélica coincide esta vez con el desarrollo de una campaña eco- nómico-social que es su actualización: la campaña tendiente a obtener la ley de protección del trabajo a domicilio y en espe- cial de la pobre costurera.

Reclamo la atención de cuantos me escuchan sobre las tres notas salientes del divino relato. Primera: el problema de una muchedumbre que comienza a sentirse acosada por el hambre. Segunda: Jesucristo que ve el problema y, movido a compasión, procede a buscarle una solución positiva. Tercera: efectividad de esa solución en la multiplicación de los panes.

El problema de las muchedumbres acosadas por las pri- vaciones afligentes de orden material, es real y es grave. No me refiero al que comienza a preocupar seriamente la atención de los hombres responsables en otras naciones del mundo. Cir- cunscribo mi observación al de la nuestra, de la cual se afirma que es un paraíso con relación a las demás. Pues bien: en la nuestra, el problema es grave. Y en determinadas regiones del territorio y en ciertos sectores de la población urbana, asu- me proporciones pavorosas. Son dos las causas: la falta de tra- bajo y la insuficiencia del salario.

Me dirijo a los que tienen corazón y les pregunto: ¿Hay entre vosotros seres tan felices, que pasen algunos días sin su- frir la pena torturante que causa la impotencia de propor- cionar cualquier trabajo a tantos que lo buscan para no mo- rirse de hambre? Si los hay, que vengan a compartir mi pena, a ayudar mi impotencia; ¡que no sean egoístas! ¡Qué trágica se vuelve esta súplica, a la cual no se habitúan mis oídos, a pesar

de la frecuencia con que se ven precisados a escucharla! "No pido limosna, pido trabajo. Soy joven aún, estoy algo debilitado, pero no importa, me siento con fuerzas todavía, quiero trabajar, necesito trabajar, no tengo ninguna pretensión, sólo quiero poder cumplir con el deber de vivir y de hacer vivir a mi madre anciana y viuda, a mi esposa enferma y a mis pequeños hijos."

Y la insuficiencia del salario. No hablo sin información. Si no se quiere creer en mi palabra, no podrá dejarse de creer en los hechos y en los números. Tomo un solo capítulo: el de las Industrias. En todas ellas fué levantado un Censo en el año 1935. Ese año existían 40.367 establecimientos industriales en el País. En ellos trabajaban 574.000 asalariados, en su inmensa mayoría obreros. Hecha la división de la suma invertida en sueldos y salarios, por el número de empleados y obreros, daba a cada uno como remuneración media mensual, la suma de 115 pesos con 13 centavos.

El Departamento Nacional del Trabajo realizó en 1937, un documentado estudio sobre las condiciones de vida de la familia obrera en la Capital Federal, y su presupuesto *teórico*, representaba una salida mensual de 149 pesos con 17 centavos. Hay por lo tanto en el presupuesto familiar un déficit *teórico* de 34 pesos mensuales. Ese déficit pesa durante la normalidad de la vida. ¿Y a cuánto se elevará cuando sobrevienen enfermedades, paros forzosos y otras emergencias? Y tén-gase presente que no he hecho mención, por hallarse al margen de la vida económica y a la orden del día, de los simulacros de salario de la costurera a domicilio.

* * *

He ahí el problema que no puede ni debe ser ignorado por quienes son capaces de pensar y de sentir. Afectar igno-

rancia respecto de él, es colocarse en el número de los aludidos por el Evangelio, cuando dice: "tienen ojos y no ven, oídos y no oyen." Los que para que se les deje vivir tranquilos afirman que no atañe a la Iglesia la consideración de problemas de orden temporal, no saben lo que dicen. El problema económico existe en la humanidad, porque se falta a la caridad y se viola la justicia. Y la misión de la Iglesia es la de velar por la defensa de la justicia y la de hacer efectiva la práctica de la caridad. La Iglesia es no sólo la intérprete, sino también la continuadora autorizada de la misión redentora de Jesucristo. Y Jesucristo no sólo se interesó y se conmovió ante el problema de orden temporal del hambre de la muchedumbre, sino que además procedió a solucionarlo. Jesucristo se condolió de todas las miserias temporales del cuerpo humano, devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos, el movimiento a los paralíticos, la alegría a los tristes, la vida a los muertos. Con estos prodigios de orden temporal, levantó hacia arriba la mirada de las muchedumbres, las orientó hacia el orden espiritual y les dió la prueba de su Divinidad. A las almas sólo se llega por los cuerpos, y a la vida eterna por la vida temporal.

No basta por lo tanto ver el problema: es necesario proceder a resolverlo. Son muchos los que presentan problemas y muy pocos los que ofrecen soluciones. Jesucristo ve el problema del hambre de la muchedumbre, lo constata, lo presenta a sus discípulos y le da la solución. ¿Qué solución? Jesucristo es Dios. Puede sacar de la nada alimentos en abundancia. Había extraído de la nada todo el universo. Pero no lo hace. Prefiere, no crear, sino multiplicar los panes y los peces, bendiciendo el fruto del trabajo humano. Veamos en eso otra gran lección.

El fruto del trabajo personal debiera bastar para vivir,

si la economía se hiciese digna de la bendición de Dios. A nadie de cuantos prodigan el sudor de su frente, debería faltar el pan material, necesario para vivir, y el pan espiritual también necesario para la dignidad y la alegría de vivir.

He ahí por qué he querido consagrar mi vida a contribuir no sólo al Apostolado espiritual, sino también a la solución del problema económico social. Si no lo hiciera, la imitación de Jesucristo sería deficiente, no sería integral.

Por eso, a todos cuantos quieran, sobre todo en estos días, descubrir el secreto de mi afán por mejorar el bienestar del pueblo, por aliviar a los que sufren y por combatir la miseria, les diré que no se empeñen en buscarlo en nada de lo que sea puramente humano. Si quieren encontrarlo lo hallarán en el Evangelio: en el modo de compadecer y de obrar de mi Divino Maestro Jesucristo.

Y si alguien se sintiera tentado a recriminarme por ello, piense que esa recriminación alcanza directamente a mi ejemplar y mi modelo. Antes de mí, fueron innumerables, como lo serán después, los hijos de la Iglesia que en todos los tiempos hablan y obran así. Todos ellos se han conmovido y continuarán conmoviéndose ante el espectáculo de la explotación de sus hermanos. Un religioso apostólico, el Padre Vaughan, en 1908 pronunció en Londres un discurso en defensa de los oprimidos, que conmovió a toda Inglaterra. Entre muchos otros lamentos bien justificados citó el de un hombre joven que le dijo: "Padre, rece para que pueda tener un poco de descanso antes de mi muerte: me siento tan cansado que me parece que no podré gozar ni en el cielo."

Pero, en fin, si todavía quedaran quienes por temor de que sean vulnerados sus privilegios, se inquietan porque nos inspiramos en el Evangelio, porque imitamos a Jesucristo y porque seguimos las directivas supremas que nos trazan sus Vicarios, lo lamentamos por ellos. Se envenenan, sin amargar-

nos. Sus quejas se pierden en el coro de las bendiciones de las muchedumbres consoladas. Y sus ataques nos benefician, porque nos hacen dignos de una de las más gloriosas de las bienaventuranzas: "dichosos los que padecen persecución por la justicia."

Hoy es el día de la Patria. El día de la proclamación de la Independencia Nacional. Doble motivo, para ratificarme en mi propósito y para fundar el pedido de que se me ayude a realizarlo. La Patria se libertó, es cierto, de la servidumbre civil y política. Pero no por eso reina la libertad en su seno. Hay la servidumbre que se impone desde afuera y hay la que se implanta desde adentro. Hay una servidumbre política y hay una servidumbre económica. En el seno de la Patria hay legiones de esclavos desde el punto de vista económico. Es necesario libertarlos para que en el himno pueda cantarse tres veces la palabra libertad, sin que se diga una mentira. Por eso esta misión es a un mismo tiempo cristiana y patriótica. Sea todo para gloria de la Iglesia y para bien de la Patria.

9/7/39.

* * *

He aquí todo lo que hay: siete panes. ¿Pero qué son para alimentar a toda esa muchedumbre? Jesús los tomó, levantó los ojos al cielo, los bendijo, hizo que todos los que formaban aquella muchedumbre se pusiesen cómodos, que se sentasen, y ordenó a los Apóstoles que distribuyeran pan. Comieron todos hasta saciarse y con los sobrantes llenaron siete canastos.

* * *

Hay aquí una realidad y hay además un símbolo. El sín

bolo es éste: nosotros debemos alimentar, además, la vida sobrenatural del alma, la vida del espíritu, y lo hacemos por medio de los sacramentos, cuyo número es, precisamente, siete. Y los que los distribuyen son los sacerdotes, los sucesores de los Apóstoles.

Pero hoy, no nos ocupemos del símbolo, sino de la realidad. La realidad del desfallecimiento físico que Jesucristo resuelve evitar, del hambre que decide saciar, de la vida natural que quiere sostener.

¿Cómo procede ante esta realidad? ¿Cómo acude en auxilio de esta necesidad? Bien puede hacerlo solo, prescindiendo en absoluto de los Apóstoles. Es Dios, y para hacer lo que quiere no necesita de la colaboración de nadie. Pero, según lo tiene establecido en la economía de su Providencia, en el gobierno de la humanidad, jamás prescinde de la cooperación del hombre, siempre la asocia a su Omnipotencia, aun para la realización de los milagros.

Segunda observación: Dios, para intervenir directamente con su Omnipotencia, suele aguardar la confesión del convencimiento de la impotencia por parte del hombre. Mientras el hombre confía en sus propias fuerzas, mientras alimenta la convicción de que se basta a sí mismo, Dios lo deja. Así, en este caso, sólo interviene cuando los Apóstoles se dan cuenta de que no hay más que siete panes y se confiesan impotentes para alimentar con ellos a una multitud de cuatro mil personas.

Tercera observación: El Verbo encarnado, Dios, que con un acto de su Voluntad ha sacado de la nada el universo, puede también crear el alimento. No lo hace así, sin embargo. Pide que se le presenten los panes. Con ello quiere enseñar la obligación evangélica de que los que pueden concurren con algo de lo propio para ofrendarlo en alivio de

sus hermanos. Y quiere enseñar, también, que la mejor ofrenda es la del trabajo. Esos siete panes son fruto del trabajo: el trigo ha debido ser sembrado, ha debido ser molido, ha debido ser cocido. Es claro que la ofrenda es insignificante, pero ¡qué importa! Para Dios, que es la Eternidad, no hay tiempo largo, ni corto. Para Dios, que es la Omnipotencia, no hay fuerte, ni débil. De la misma manera: para Dios, que es la Inmensidad, no hay mucho, ni poco. ¡Qué gran consuelo!

Nadie se considere inútil. Nadie se crea incapaz de contribuir al alivio de sus hermanos, porque no puede realizar grandes trabajos, ni acometer grandes empresas, ni aportar grandes ofrendas. El esfuerzo más insignificante, el trabajo más imperfecto, la ofrenda más modesta, con la bendición de Dios adquiere una fecundidad infinita. El que plantó aquel trigo, el que lo molió y lo amasó, el que hizo aquellos pocos panes, el que los llevaba consigo en previsión de lo que a él y a algunos de los suyos podía acontecer, no pensó jamás que con su humilde trabajo estaba contribuyendo a preservar del desfallecimiento, a saciar el hambre y a librar de la muerte a una gran multitud. He ahí los grandes consuelos del dogma de la comunión de los Santos, por el cual Dios nos revela el intercambio incesante entre los hombres y su solidaridad infinita. Mi pequeño trabajo, mi esfuerzo ignorado, mi ofrenda insignificante, mi dolor oculto, mi humilde tributo, no obstante el convencimiento de mi impotencia, adquieren, con la bendición de Dios, resonancias infinitas. He aquí la manera humana, y divina a la vez, de contribuir a abreviar y a aliviar las incenarrables torturas del cuerpo y del alma, que están soportando multitudes ingentes de soldados, de mujeres, de enfermos, de ancianos y de niños, en una gran parte de la humanidad de hoy. Esa es nuestra contribución positiva y benéfica, mientras que la de los rencores,

las invectivas y las imprecaciones son una contribución puramente negativa y contraproducente.

* * *

Dijo Jesucristo: esta muchedumbre hace tres días que me sigue y que no come: se halla lejos de las poblaciones y de sus casas: si no se la alimenta desfallecerá en el camino. Y esta circunstancia, es la que predispuso a Jesucristo a hacer el milagro.

Hoy debemos decirle nosotros, 'no porque no lo sepa, sino porque quiere asociarnos a su intervención, porque quiere previamente la humilde confesión de nuestra impotencia: Señor, andan vagando sobre una gran extensión de esta tierra, arada por el sufrimiento, como dice el Papa, y en unas partes reseca por el fuego, y en otras empapada en sangre, multitudes ingentes. Andan lejos, muy lejos de su patria y de sus poblaciones y de sus casas, tan lejos que ya no volverán más a ellas, y si vuelven no las hallarán. Son multitudes compuestas de paganos y de cristianos, de israelitas y de católicos, de muchos que te siguieron y de muchos que te abandonaron. ¡No importa, Señor, son muchedumbres necesitadas y doloridas, y eso basta! Son soldados, son mujeres, son ancianos, son niños que están en el abandono, en la impotencia, a la intemperie, con sed, con hambre y con una inmensa decepción. Si para hacer en su favor el gran milagro es necesaria nuestra cooperación, te ofrecemos el vencimiento de nuestras pasiones, la extirpación de nuestros odios y la ofrenda modesta de nuestro trabajo, de nuestra dádiva, de nuestra compasión y de nuestra súplica.

SEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos, o higos de las zarzas? Así, todo árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los conoceréis.

No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos.

San Mateo, cap. VII, v. 15-21.

“Poneos en guardia. No os dejéis seducir por quienes bajo apariencias engañosas tratan deliberadamente de perderos.” He aquí una advertencia de Jesucristo que debe servirnos para precavernos del mundo. El mundo en el sentido evangélico es el gran tentador, el seductor por antonomasia.

El Corazón de Jesucristo fué en la tierra el receptáculo de la misericordia del cielo. Cuando los hombres lo clavaron en la Cruz, conocieron la medida de su ternura, porque lo oyeron interceder por los mismos que lo mataban: *“Padre mío, perdónalos, no saben lo que hacen.”* Pero ese Corazón no ha podido interceder por el mundo. Él mismo lo ha dicho con una tristeza profunda: *“Padre, yo ruego por los que*

me has confiado, pero no por el mundo." Al abstenerse Jesucristo de rogar por el mundo, lo deja en la maldición. Y se abstiene de rogar por él, porque no puede fundarse en su ignorancia. El mundo sabe demasiado lo que hace. No peca por ignorancia, por debilidad o por sorpresa: sino con premeditación, con malicia y con refinamiento. Hace el mal por hacer el mal y para hacer el mal. *Corrumpere et corrumpi saeculum vocatur.* Después de corromperse a sí mismo, trata por todos los medios de corromper a los demás. Busca cómplices de sus desbordamientos porque necesita alimentar los propios vicios con los vicios de los demás, y por eso se erige en escuela de depravación. Es maestro en el arte de remover la triple concupiscencia que constituye el fondo de la naturaleza humana.

Para obtener su propósito utiliza todos los medios y adopta todas las posturas. En ciertas circunstancias no tendría eficacia el ataque directo contra la religión y contra la moral. Y entonces afecta respetarlas para insinuarse mejor en los incautos. Les dice: "La religión tiene su razón de ser y es en realidad hermoso el miraje del cielo que promete a sus secuaces. Posee además una poesía encantadora y un misticismo embriagador. Nadie tiene derecho de combatirla, porque cada uno es libre de adoptarla como norma de su vida. En ella todo depende del medio, de la educación, de las circunstancias. Pero ni se la arrebatara ni se la impone. Por lo demás, ¡hay en la religión tantas cosas inexplicables, no demostradas, ni demostrables! A cada paso se encuentra uno con dogmas, con misterios inaccesibles y oscuros que indisponen a los espíritus ávidos de claridad y hechos para la evidencia. ¿Qué habrá de verdad en el fondo de todo eso? Y en la duda algunos vacilan y los más se alejan..."

Así se expresa el mundo respecto de la religión. Y en cuanto a la moral de Jesucristo, confiesa sin dificultad que

es admirable teóricamente, pero prácticamente la rechaza por demasiado severa, diciendo que exige de la naturaleza humana más de lo que de sí puede dar. Y pretende demostrar que es inhumana a fuerza de ser sobrehumana. El hombre, dice, no es un ángel que vive en esferas supraterráneas, sino un ser de carne y de sangre, sensible, ardiente, apasionado, que por una exigencia de su naturaleza, tiene derecho a la vida y por un impulso incoercible de la misma tiende siempre al placer. La naturaleza, pues, tiene sus exigencias y la vida sus derechos. El tiempo huye y la fortuna no se presenta dos veces.

Tales son las máximas que el mundo opone a la moral de Jesucristo. Y a fin de asegurarles el éxito, les crea un ambiente propicio. El juego, el lujo, el arte, la literatura, el teatro, el cinematógrafo, el sibaritismo, la moda... son los auxiliares complacientes que lo ayudan a formar una atmósfera a la cual alude cuando dice: "Los de ahora, son otros tiempos, otras ideas, otras costumbres."

Tales son las máximas del falso profeta que se llama el mundo. Basta enunciarlas para darnos cuenta de que son seductoras. 'Pero ¿cómo conoceremos si son buenas o malas? Como se conocen los árboles, según nos enseña el maestro: por los frutos que producen. Y ¿cuáles son esos frutos? Los tenemos a la vista, se hallan al alcance de nuestra mano y casi los tocamos con nuestro corazón. Observémoslos primero en los niños: ¡Ay!, la gracia de la inocencia no halla gracia ante la malicia implacable del mundo. No han hecho todavía su entrada en la vida y el mundo ya los ha invadido con su atmósfera. Tiene prisa de hacerlos prosélitos. Vidas tiernas y en flor se sienten de improviso heridas por las quemadoras impresiones del primer escándalo que las despoja antes de tiempo de las santas y protectoras ignorancias de la primera edad. Las madres lo saben, y los sacerdotes lo com-

prenden todavía mejor. ¡Cuántas veces, sobre esas inocencias prematuramente marchitas, caen de los ojos del sacerdote las lágrimas, antes que de sus labios broten las palabras de la absolución y que su mano forme la señal de la cruz que destile sobre ellas la sangre que les devuelve la vida! ¡Oh, Santo Pío X, Papa de la comunión temprana, cuán previsoras y certeras fueron las ansias de tu corazón al querer que fuera Dios y no el mundo quien primero tomara posesión de la inocencia de los niños al iniciarse en la vida!

Y luego en los jóvenes de quince a veinte años y en las jóvenes, sensibles en exceso, de voluntad endeble, de cristianismo superficial, a quienes desconciertan y seducen la ironía de una sonrisa, el encogimiento de unos hombros, la burla de unos labios, el incentivo de algunos ejemplos, la hostilidad cobarde de algunos maestros y la negación cínica de algunos libros. En los jóvenes a quienes vence sin ninguna resistencia la pasión fascinadora y febricitante; presas fáciles, presas de preferencia para ese demonio meridiano y de todas las horas del día y de la noche y de todas las etapas de la vida, del cual nos habla el Profeta; cuyas emboscadas sólo podría descubrir una fe iluminada y cuyos asaltos sólo podría resistir una piedad robusta.

Y en fin, en las multitudes, sobre todo las multitudes proletarias, las multitudes necesitadas a quienes el mundo ha venido persuadiendo desde las cátedras universitarias, de que Dios, el alma, el deber, la virtud, la conciencia, el más allá y la sanción ultraterrena no son más que palabras, hermosas cuanto se quiera, pero al fin palabras vacías de la realidad que pretenden expresar. En esas multitudes, a las cuales el mundo ha persuadido de que la religión es el opio del pueblo destinado a adormecerle las energías reivindicadoras y reaccionarias y de que no deben contentarse nunca con algo, puesto que tienen derecho a todo.

Visión dolorosa la que hoy presentan las multitudes exacerbadas y revolucionarias. ¡Con cuánta mayor razón diría hoy Jesucristo: *Misereor super turbam*: "Me mueven a piedad las multitudes!" Andan como ovejas en medio de las tinieblas en que las ha envuelto el mundo. ¿Irán a dar en el caos?

Es ésta una hora de la historia en la cual se hace sentir la necesidad imperiosa de la multiplicación de los verdaderos cristianos. La luz de sus palabras y de sus ejemplos podría romper la oscuridad que nos envuelve. Refiriéndose a ellos dijo Jesucristo: "*Oh Padre, yo no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal con que los asedia el mundo.*" El anhelo supremo de Jesús consiste en que sirvamos para neutralizar la acción funesta de los secuaces del mundo, que son los hijos de las tinieblas, haciéndonos hijos de la luz. *Ut filii lucis sitis*. "Aquel que me sigue, dice textualmente, no anda en las tinieblas, porque tendrá la luz de la vida." "Vosotros sois la luz del mundo." A cada paso los labios de Jesús se complacen en denominar a sus discípulos "*hijos de la luz*".

La Iglesia desde hace veinte siglos, es decir, desde que fué fundada, viene a su vez complaciéndose en ser la madre fecunda y gloriosa de los hijos de la luz. Ella levanta hacia los cielos las flechas de sus catedrales como para provocar en sus hijos los nobles vuelos del alma diciéndoles con el Apóstol: "Oh, vosotros los resucitados de Cristo, buscad las cosas de lo alto, gustad las cosas de lo alto, cerrad el oído a los llamados de la tierra." Cuando un niño viene a la vida lo llama junto a su pila bautismal y coloca en la mano de sus padrinos una vela encendida para advertirle que es hijo de la luz. Sus altares en las grandes ceremonias fulguran con la profusión de la luz. Sus fieles en las grandes procesiones avanzan en largas hileras llevando en sus manos luminosas

antorchas, símbolo de los cristianos que marchan hacia la luz. Alrededor de la frente de sus santos resplandece la aureola, emblema de las almas salidas de las sombras del tiempo e introducidas en la claridad eterna de la gloria.

¡Los Santos! El mundo hoy no tiene necesidad de ricos, de héroes, de sabios, sino más bien de Santos. Nosotros los admiramos, los bendecimos y, diría también, los envidiamos. ¡Han sido ellos tan amigos de Dios y tan buenos con los hombres! Practicando las virtudes más sublimes, ¡han sido tan modestos y tan humildes! Pensando tanto en el cielo, ¡han hecho tanto bien a la tierra! Y en definitiva, ¿qué fueron, sino pobres seres humanos como nosotros, tentados por el mundo, atormentados por las mismas pasiones, tributarios de las mismas miserias y venidos a veces desde muy lejos a la luz de la fe y a la práctica del bien?

18/7/36.

* * *

Vamos a dedicarnos hoy a adquirir un convencimiento más firme, más cabal y más perfecto del Maestro Verdadero, del Maestro por antonomasia, es decir: de Jesucristo, como Maestro. Es ésta la mejor manera de precavernos contra la influencia perniciosa de los falsos maestros, que en ninguna época han aparecido con tanta profusión, como en la nuestra.

Jesucristo, por su unión hipostática con Dios, y más claro aún, por ser Dios, tiene la plenitud de la santidad, del poder y de la doctrina. Lo adoramos contemplando su cabeza ceñida por tres coronas: la del sacerdocio, la de la realeza y la del magisterio.

En uno de los momentos más solemnes de su vida, cuando iba a instituir la Eucaristía y a despedirse de los suyos la víspera de su muerte, hizo en un tono majestuoso esta afirmación categórica: "Vosotros, me llamáis el Maestro, y decís bien, porque lo soy." S. Juan 13, 13.

La historia ha consagrado los nombres de muchos famosos conductores de la inteligencia humana: Sócrates, Platón, Aristóteles, Marco Aurelio y cien otros; pero por encima de todos ellos se levanta hasta una altura inaccesible, como único verdadero y universal pedagogo de la humanidad, Cristo Jesús.

El género humano tiene una necesidad esencial de magisterio. El hombre es un ser que necesariamente debe ser enseñado, so pena de no llegar jamás a su perfección individual y social. Pero ¿quién nos enseñará la verdad absoluta, definitiva y clara? ¿Quién nos revelará la doctrina cuya aplicación conduce hacia el perfeccionamiento integral?

El conocimiento profundo de la incapacidad de la inteligencia humana confirmado por la experiencia de los siglos, hizo decir a Platón, uno de los más grandes maestros de la humanidad: "la verdad debe venirnos del cielo."

Y nos vino del cielo. Dice San Pablo: "Después que Dios hubo hablado durante siglos en diversas formas y maneras a los hombres, últimamente nos ha hablado por medio de su propio Hijo." Hebr. I, 1, 2.

"El Verbo se hizo carne", es decir, se hizo hombre. Jesucristo, pues, es Hombre y es Dios. Desde luego, es Hombre. Hombre perfecto, y, como tal, debe tener una inteligencia humana. Sin inteligencia humana no sería ni hombre, ni redentor. Sin inteligencia no hay libertad, y la libertad es el fundamento del mérito, que lo es a la vez de la redención. ¡Oh Jesús, Vos tuvisteis una inteligencia como la nuestra! Siendo el Verbo de Dios, no la necesitabais para vuestro magisterio; pero la necesitaba yo, porque para redimirme, sin dejar de ser Dios, quisisteis haceros hombre igual que yo. En el plan actual de la providencia no podíais redimirme siendo distinto de mí. Tomasteis todo lo mío, porque nada de lo mío debía quedar sin redención. La necesitaba yo, para que

la luz infinita que habita en Vos como Dios, al comunicarse a mí, no me deslumbrara, no me cegara; sino que me llegara tamizada y suavizada, como a través de las frondas de la arboleda, o a través de las policromadas vidrieras de una catedral.

Tiene, pues, Jesucristo, una inteligencia humana. Pero, eso sí, más intuitiva, más lúcida que todas las inteligencias creadas. Nadie lo ha puesto en duda. La crítica moderna se ha empeñado en desfigurar a Jesús negándole su inteligencia divina. “Es, dicen los racionalistas, una inteligencia humana gigante, la más alta que vieron los siglos.” “Es, dicen otros, un hombre, una inteligencia humana en quien reside algo divino, como en los profetas, como en las almas tocadas por el destello de la inspiración directa de Dios. Pero la inteligencia de Jesucristo no es la inteligencia de Dios.”

Reconocer en Jesucristo una inteligencia humana insuperable, pero negándole la posesión de la inteligencia divina, no es hacer el elogio de Él, es disminuirlo, es mutilarlo, es blasfemar de Él.

Jesucristo es la inteligencia divina, es la sabiduría increada, es el Verbo de Dios, es Dios. El hombre engendra su idea en la cumbre de su inteligencia; y esta idea, verdadera palabra interior, es luego emitida hacia afuera por medio de la palabra exterior. Dios Padre, comprendiéndose a sí mismo desde toda la eternidad, engendra su idea, su Concepto, totalmente representativo y expresivo de su esencia. Es su Palabra eterna, su Sabiduría, su Verbo, que llegada la hora se manifiesta en el tiempo, tomando la forma de un hombre. De esta manera los siglos atónitos han podido ver la maravilla de dos inteligencias distintas asociadas en una persona divina: la Inteligencia de Dios y la del Hombre; la Sabiduría divina y la Sabiduría humana; la luz del sol, para valerme de una imagen de Santo Tomás, y la luz de una an-

torcha que recibe su lumbré de ese mismo sol. Jesús abría los ojos de su inteligencia humana y absorbía con la mirada toda la claridad de su inteligencia divina.

¡Ah! Pensad lo que queráis: lo pasado, lo presente, lo futuro; las maravillas del universo visible y los misterios del mundo invisible; las vicisitudes de los pueblos y los grandes movimientos de la historia; los secretos del pensamiento de todos los hombres pasados y las conquistas futuras de la ciencia humana; el hilo invisible que conduce la libertad de cada hombre y las trayectorias que siguen las sucesivas generaciones; todo, todo lo ve Jesucristo en el Verbo de Dios. Es el Hombre-Luz.

* * *

Tal es la inteligencia de nuestro Divino Maestro. ¿Qué diré de la doctrina que nos enseña esa Inteligencia? Bastará decir que es doctrina de Dios. En Jesucristo el Hombre tuvo la misión de hacer accesible a los hombres la doctrina de Dios. Unos rayos de la luz de este sol visible, orientados hacia nosotros, son bastantes para envolvernos en su claridad y hacer fecunda la tierra. Unos destellos de esta luz del pensamiento de Dios que nos han llegado por este Maestro, Luz del Mundo, bastan para disipar las tinieblas de los espíritus y para hacer germinar en el mundo las maravillas de las virtudes cristianas. Es una prueba apodíctica del origen celestial de la doctrina de nuestro Maestro.

¡Cuántas bellezas morales han germinado y continuarán germinando en la humanidad, procedentes de la virtud de esa doctrina! La fe que nos propone un ideal en la vida; la esperanza que nos sostiene en nuestros desfallecimientos; el amor que nos hace más fuertes que la muerte; el culto de la libertad individual, la conciencia de la dignidad de la persona humana, el sentido del respeto del derecho y de la in-

violabilidad de la justicia; el séquito admirable de las virtudes desconocidas fuera del Cristianismo, la misericordia, la caridad, el perdón de los enemigos; el gran milagro de las vidas que hacen profesión de pobreza, de castidad y de obediencia.

Es original la doctrina de Jesucristo. Compáresela con la de los filósofos de las diversas épocas. ¿Dónde están las vidas que regeneran, las virtudes que engendran, los santos que producen?

No quiero terminar estas palabras, sin añadir algunas sobre la característica singular de la universalidad de la doctrina de Jesucristo. Echada como humilde grano de mostaza en el modesto surco abierto en la humildísima tierra de Palestina, está siendo la maestra de todas las razas, bajo el cielo de todas las latitudes, en el seno de todas las civilizaciones, en el decurso de todos los siglos. Como el sol irradia desde el centro del sistema planetario su luz indeficiente que captan, raudos en el curso de sus órbitas, todos los astros secundarios, sin que jamás la debiliten, así pasa todo lo humano, hace ya siglos, ante la doctrina de Cristo, y todo es iluminado y vivificado por ella. Y aún queda íntegra para iluminar miles de siglos de la humana historia. Y ¡qué necios los hombres! Prefieren las tinieblas del pensamiento humano, a la luz de la doctrina de Jesucristo. Quieren apagar este sol divino y lanzarse por los difíciles y tenebrosos caminos de la vida, a la claridad de las pobres luciérnagas humanas.

¡Oh Maestro! ¡Cuánta humillación experimento cuando debo desempeñar el oficio de maestro de mis hermanos! ¡Y qué santo orgullo el que me domina cuando me considero tu discípulo! Que siempre beba la luz de la verdad en la contemplación de la tuya, porque los hombres y las cosas humanas sólo están iluminados por la cara por donde miran a Ti.

El Sacerdote besa en el Misal la página en que acaba de leer el Evangelio. ¡Con qué efusión debieran besarla todos los cristianos, como las besaban antiguamente los fieles en las asambleas litúrgicas! ¡Cómo debiéramos absorber las fórmulas divinas que contiene y transformarlas en la sustancia de nuestra vida cristiana! Divino Maestro, hacedme la gracia de merecer, en esta época de tanta perturbación, la bendición contenida en estas palabras: “¡Dichosos los pasos que dan los que pasan por el mundo evangelizando el bien, evangelizando la Paz!”

16/7/39.

* * *

“No os dejéis sorprender por los falsos profetas que se llegan a vosotros cubiertos con piel de oveja, y que en realidad son por dentro lobos rapaces.” El vocablo “profeta” empleado aquí por Nuestro Señor Jesucristo no es sinónimo de “vidente”, sino más bien de doctor y de maestro.

Con ese vocablo son aludidos los escribas y fariseos de su época, los herejes y los cismáticos de la subsiguiente, y los filósofos y sociólogos racionalistas de la nuestra. Los primeros se atribuyen falsamente la interpretación auténtica de Jehová; los segundos, la de Jesucristo; y los terceros, la de la naturaleza y la razón.

Todos ellos presentan sus doctrinas bajo apariencias de verdad y de bondad. De lo contrario, resultarían desde el primer momento inaceptables. Pero ¿cómo se logrará conocer si la verdad y la bondad de las doctrinas que enseñan, lo son en realidad o solamente en apariencia? ¿Tienen todos los hombres talento bastante, erudición suficiente y tiempo sobrado para investigar y discernir con acierto las numerosas teorías que circulan con seductoras apariencias de verdad? No. Son rarísimos los hombres en quienes se hallan reunidas esas tres facultades.

Pero Jesucristo nos proporciona en el Evangelio que hoy meditamos el criterio infalible para juzgarlas con acierto. Y gracias a Él, no hay nadie, por ignorante que sea, que no se halle capacitado para conocer por propio discernimiento la bondad o la maldad, la verdad o el error de las doctrinas que se disputan la adhesión de la inteligencia humana.

El criterio infalible es éste: "La doctrina es como el árbol: si el fruto es malo, el árbol no puede ser bueno; si el fruto es bueno, el árbol no puede ser malo. La doctrina, pues, como el árbol, se conoce por sus frutos."

* * *

Una de las doctrinas de apariencia más seductora fué el liberalismo. Era natural. No hay nada que más seduzca al hombre que la propia libertad. Y el liberalismo se presentaba quebrando todos los frenos a la libertad individual y dejándola sin ningún control. Le pareció conveniente; lo creyó necesario, porque la libertad —decía—, lleva en sus entrañas la verdad y engendra la bondad. Pero, ¿era verdadera esa doctrina? Para saberlo, aguárdese a que dé sus frutos. Los ha dado ya. Y la humanidad ha podido comprobar que han sido muy amargos los del orden religioso y los del orden moral. Sin embargo, no reaccionó como habría convenido. Mas cuando el liberalismo comenzó a dar sus frutos en el orden económico, la humanidad se detuvo. Se halla todavía detenida. Y espantada y aturdida está contemplando las ruinas que amontonan las especulaciones desenfrenadas, los monopolios absorbentes, las competencias desleales, los salarios insuficientes para la conservación y vejatorios para la dignidad de la persona humana.

* * *

Hay en nuestros días una doctrina que también se presenta con todas las apariencias de verdad y de bondad. Una doctrina que hace prosélitos y cosecha entusiasmos sobre todo juveniles. Me refiero a la que se está propagando por el mundo bajo la denominación genérica de nacionalismo. No discuto y ni siquiera pongo en tela de juicio la sinceridad de sus apóstoles. Más aún, siempre que se mantenga en el justo medio exigido para todas las virtudes, el nacionalismo es sano, es legítimo, es natural; y porque es natural, añadiré que es también en cierto modo divino. Así considerado se halla bien en medio de esa sagrada trilogía: *Dios, Patria, Hogar*.

Pero si nacionalismo quiere decir hegemonía y, en consecuencia, con él se legitima la propensión a prevalerse de todos los medios, y en especial del de la fuerza, para imponer el predominio propio; si nacionalismo implica exclusivismo y, en consecuencia, crea la persuasión de creerse autorizado al exterminio de razas que se consideren distintas de la propia; si el nacionalismo exige cerrar de tal manera las fronteras del propio territorio que todo lo que salga sea indiferencia, rivalidad u odio; si el nacionalismo es cesarismo o, si se quiere, chauvinismo, debe ser execrado, porque deja de ser cristiano y “todo aquello que deja de ser cristiano —son palabras recientes del Papa—, termina por no ser humano.” Dios no quiere que se deje de amar a la humanidad, ni por el Hogar, ni por la Patria, ni por Él.

Es un lobo con piel de oveja. Para demostrarlo no hace falta la lógica; basta la experiencia. No hace falta esperar a conocer sus frutos: los conocemos ya. Otras doctrinas han fructificado con mayor lentitud; el nacionalismo, no. El nacionalismo es de hoy y el mundo está ya cubierto de sus frutos: rivalidad, armamentismo, guerra, exterminio, sangre, destrucción y muerte.

Los sentimientos naturales, cuando se pervierten, se vuel-

ven tanto más catastróficos cuanto más fecundos; tanto más inhumanos cuanto más humanos, y tanto más diabólicos cuanto más divinos.

* * *

La Iglesia, aun humanamente considerada, es la institución más autorizada del mundo para contener los avances de los excesos del nacionalismo, como lo está haciendo en nuestros días el Sumo Pontífice. Nadie como ella ha fomentado el verdadero amor a la Patria. Ha auspiciado el nacimiento de las grandes naciones durante los veinte siglos de su historia. Las ha regenerado en el bautismo de su fe cristiana. Purificó la sangre de sus hijos. Alimentó las virtudes de sus héroes. Impulsó todos los progresos de su civilización y cada vez que los destruyeron las violencias revolucionarias, los salvó de entre las ruinas. Pero si la Iglesia es patriótica, es también humanitaria. No es exclusivamente regional, porque es católica, es decir, universal.

En todas las naciones hace que germine un mismo amor; pero no permite que ninguna lo circunscriba, ni lo monopolice, ni lo absorba. Ante el amor patriótico que la Iglesia cultiva como Madre, una nación no es más querida por ser más grande; ni más respetada por ser más rica; ni más temida por ser más fuerte.

Cuando las naciones luchan y guerrear entre sí, la Iglesia sufre, la Iglesia sangra. Padece las torturas del amor que le desgarran, como la madre bíblica cuando los hijos se le despedazaban en la entraña. Y cuando las guerras cesan y se reconcilian las naciones, se estremece de júbilo, las bendice y canta el Te Deum, que es el himno solemne con que expresa a Dios sus acciones de gracias por los acontecimientos

promisores que son la consecuencia de la paz, estado ideal para la vida y el desenvolvimiento de la humanidad.

24/7/38.

* * *

Yo no conozco, por cierto, una época de un confusio- nismo semejante al de la nuestra, en toda la historia de la humanidad. Las ideas más inverosímiles, y también las más antagónicas, encuentran partidarios entusiastas. Siempre ha habido doctrinas que han seducido a buena parte de la hu- manidad; pero nunca se han entreverado como ahora produ- ciendo la anarquía intelectual, que es la nota característica de nuestros tiempos. ¡Qué misterio! La filosofía me enseña que el objeto de la inteligencia es la verdad. Como la brújula busca el norte, como el peso busca el centro de gravedad, co- mo el hambre busca el alimento, como la voluntad busca el bien, la inteligencia busca la verdad. Y si es así, ¿cómo es que tan frecuentemente se adhiere al error? ¿Es por maldad? Algunas veces, sí. Pero habitualmente, no. En virtud de la desviación sufrida a causa del pecado original, muchas veces se adhiere al error de buena fe. El error le parece verdad. La verdad está en la apariencia exterior: es la piel de oveja; y en el fondo está el error, el lobo rapaz.

En el fondo de la naturaleza hay una fuerte propensión hacia las doctrinas seductoras. Seduce mucho más soltar las riendas a los instintos de la naturaleza que frenarlos; dejarse llevar por la corriente, que remontarla; apresurarse a gozar de la vida presente, que esperar lograrlo en la futura; apro- vecharse de los bienes ajenos, que despojarse de los propios; vengarse que reprimirse.

Por eso son tan numerosos los que andan equivocados de buena fe. Están en el error y les parece estar en la verdad. Tales hombres, cuando son sinceros, en cuanto la verdad los

alumbra con uno de sus rayos, la reconocen, la adoran y hasta la siguen.

Pero para que esto ocurra es necesario facilitarles el conocimiento de la verdad. Es necesario no ahuyentarlos. La recriminación, la invectiva, el agravio, no son medios conducentes para ello. Estos procedimientos los apartan, los alejan. ¡Dios mío! Son ya demasiados los hombres que no quieren acercársenos, que no quieren oírnos, que no quieren ni vernos. Les parece adusta e intolerable la religión. No aumentemos su número. Hagamos de nuestra parte lo posible para que se pongan al alcance de nuestro trato, de nuestra verdad, de nuestra mano, de nuestro corazón. Seamos benévolo, comprensivo, humano, caritativo. Ellos descubren perfectamente la verdad, cuando se les presenta entre los ropajes transparentes de la caridad, y caen de rodillas y la adoran. *Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.* Sean iluminados los que se encuentran instalados en las tinieblas y bajo las sombras de la muerte, y los pasos se orientarán por la senda que nos conduce a la paz.

Es probable que se encuentre escuchándome a la distancia un dirigente comunista que hace pocas semanas, me hizo la siguiente confesión (y Dios y él saben hasta qué punto la relato con exactitud): —Monseñor, yo lo vengo siguiendo desde hace tiempo sin que usted lo advierta. He escuchado con asiduidad sus explicaciones del Evangelio. Me han interesado. Ahora mi libro favorito es el Evangelio. Se me ha caído una venda de los ojos. Yo creía de buena fe que estaba en la verdad. Ahora veo que no. Yo creía sinceramente que la única senda por la cual podíamos llegar a las justas y urgentes reivindicaciones obreras, eran la acción directa y la violencia. Ahora comprendo que el único que puede establecer una mayor igualdad entre los hombres, el único que puede im-

poner un mejor reparto entre los bienes, es Jesucristo con su justicia; con la justicia que viene a traer al mundo, tanto para los de abajo, cuanto para los de arriba. ¡Ah, mis hermanos, es infinitamente mayor que el número de los convencidos por la verdad, el de los convertidos por la caridad!

Enumeraremos sólo dos de las doctrinas a cuya poderosa seducción se deben en gran parte los males que en la actualidad soporta el mundo: el *liberalismo* y el *humanismo*.

El liberalismo hizo su presentación ante el mundo bajo la más seductora de las apariencias; bajo la apariencia de la libertad. Ya sabéis lo qué pienso de la libertad. La libertad es una facultad de tal manera indispensable que sin ella, ni siquiera podría existir la santidad. No hay santidad sin mérito, no hay mérito sin responsabilidad, y no hay responsabilidad sin libertad. Pero liberalismo no es libertad, sino corrupción de libertad. Corrupción por exageración, por abuso, por sojuzgamiento de la libertad de los demás. Véase lo que ha engendrado el liberalismo en el orden económico. El abuso discrecional del capital contra el trabajo. Por eso dijo admirablemente Lacordaire: "En los conflictos del fuerte contra el débil, la libertad es la que oprime y la ley la que libera."

La segunda de las doctrinas que ha ejercido una poderosa seducción es la del *humanismo*. Humanismo viene de humano. ¡Lo humano! ¡No hay nada más connatural, más legítimo, más comprensivo! Ser humano es la base insustituible, sin la cual el hombre es incapaz de edificar su propia grandeza. Ser humano es la condición indispensable para ser cristiano. No se puede ser cristiano sin ser humano. El inhumano nunca podrá considerarse cristiano. Por eso pudo decir admirablemente Pío XI, refiriéndose a los vejámenes de diverso orden que pudieran parecer aceptables a los cristianos:

“Cuando se comienza por dejar de ser humano, se termina por dejar de ser cristiano.”

Pero es que la doctrina del humanismo ha exagerado el significado y el alcance de lo puramente humano. Le ha adjudicado un exclusivismo que lo volvió pernicioso. Ha sostenido que el hombre se basta con lo humano para lograr su perfeccionamiento. Ha enseñado que con los recursos de la propia naturaleza puede lograr el perfeccionamiento moral y con las luces de la propia razón, puede obtener la conquista de la verdad en todos los órdenes. Más aún, ha negado la necesidad de la gracia y la necesidad de la fe. Ha proclamado el dogma del naturalismo y del racionalismo. El exclusivismo por parte de la naturaleza y por parte de la razón.

De allí ha procedido, lógicamente, el laicismo. Después que se engendra la confusión en las ideas, se produce la corrupción de las palabras. Laicismo viene de laico. Lo laico de por sí, no incluye una repulsión de lo religioso. Laico equivale a lego. Lego en el verdadero significado de la palabra es el que no es eclesiástico: pero no el que no es religioso. Así en las órdenes religiosas, los adeptos que no reciben las órdenes sagradas, se denominan legos: hermanos legos pero religiosos. El laicado no excluye la religión: hay laicos y laicas que son modelos de santidad. Hay laicos y laicas más santos que muchos que somos eclesiásticos. Esta misma mañana y a esta misma hora en la Iglesia Catedral se celebran sufragios y esta tarde en la plaza pública se bendice la piedra fundamental del monumento que se levanta a un laico de acrisoladas virtudes domésticas, ciudadanas, patrióticas y cristianas, que es un modelo insuperable para los católicos y los patriotas de la generación presente y de las generaciones futuras.

Pero, el laicismo, procreación genuina del naturalismo y del racionalismo, se ha convertido en la doctrina que procla-

ma la exclusión de la religión en todas las manifestaciones de la vida colectiva y en especial de la enseñanza.

* * *

Y bien: para exhibir estas doctrinas del liberalismo, del humanismo y del laicismo, para desenmascararlas, no tengo necesidad de detenerme en disquisiciones filosóficas. Para juzgar acerca de la bondad o de la maldad de toda doctrina, Jesucristo nos ha proporcionado el medio que nos facilita la evidencia. Toda doctrina es semejante a un árbol: se conoce por sus frutos.

¿Cuál es el fruto que ha dado el liberalismo? El liberalismo creó en el mundo económico desigualdades irritantes. La miseria al pie de la abundancia: el hambre a la sombra de la saciedad. Millones de seres humanos privados de lo indispensable y un puñado de privilegiados sobrenadando en la plenitud. Y todo eso ha provocado las poderosas reacciones subterráneas que se incuban bajo la superficie devastada de hoy por la guerra internacional.

A quienes pregunten por el fruto que ha dado la doctrina del liberalismo económico, no tengo que contestarles con palabras: me basta señalarles el cúmulo ingente de ruinas a que está quedando reducida la civilización contemporánea.

¿Y el fruto del laicismo? Tampoco tengo necesidad de palabras. Y para denunciarlo tampoco quisiera señalar la amoralidad, los negociados, los escandalosos efectos de una formación sin Dios, que convierte al mundo en un gran mercado en que todo se compra porque todo se vende, hasta el parentesco, la amistad, la conciencia, el honor, la patria.

* * *

En cambio, los frutos benditos de la doctrina cristiana.

¿Qué sería el mundo, si el espíritu de Cristo inspirara la vida individual, la vida doméstica, la vida social?

Véase lo que son los hombres y los pueblos que adoran a Dios en espíritu y en verdad. Los hijos que honran al padre y a la madre, los que no matan ni la vida ni la fama, los que no roban ni los bienes ni el trabajo, los que no mienten ni en la diplomacia ni en la prensa, los que no fornican y se mantienen fieles y castos, los que aman al prójimo como a sí mismos.

Si la doctrina de Jesucristo se generalizara, sus frutos harían de la tierra si no ya el paraíso, por lo menos su antesala; y no lo que es ahora, antesala del infierno.

12/7/42.

OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, del cual, por la voz común, vino a saber que le había disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no quiero que en adelante cuides de mis bienes. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré?, pues mi amo me quita la administración de sus bienes. Yo no tengo fuerzas para cavar, y el mendigar me avergüenza. Pero sé lo que he de hacer, para que, después de ser retirado de mi mayordomía, halle personas que me reciban en su casa.

Llamando, pues, uno por uno, a los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? —Respondió: Cien barriles de aceite. —Díjole: Toma tu escritura, siéntate y haz en seguida otra de cincuenta. —Dijo después a otro: Y tú, ¿cuánto debes? —Respondió: Cien medidas de trigo. —Díjole: Toma tu escritura y escribe ochenta.

El amo alabó a este mayordomo infiel de que hubiese sabido portarse sagazmente: porque los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. —Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando falleciereis, seais recibidos en las moradas eternas.

San Lucas, cap. XVI, v. 1-9.

Cuando se estudia la finalidad de las herejías, se advierte que han sido inspiradas por este doble propósito: anular la responsabilidad humana y evadir el juicio de Dios.

Veamos algunos ejemplos:

El *materialismo* afirma que todo es materia o emanación de la materia. Por lo tanto, todo se halla exento de responsabilidad; porque ésta supone libertad, y la libertad es facultad privativa del espíritu.

El *nihilismo* sostiene que todo termina en la nada, y la nada no puede ser sujeto ni de juicio ni de sanción.

La teoría de la *metempsicosis* asegura que todo se transforma, y lo que está en evolución permanente, nunca llega a un estado de responsabilidad definitiva.

La de la *transmigración* enseña que las almas pasan sucesivamente a informar seres diversos; quedan, por lo tanto, sustraídas a una sanción individualizada y personal.

El *ateísmo* niega la existencia de Dios; en consecuencia, no existe el Juez Supremo de las conciencias.

El *politeísmo* afirma la coexistencia de muchos dioses. Según ello, no puede primar la soberanía de ninguno: ya que la de uno quedaría limitada por la de otro. Es, pues, inconcebible la existencia de una justicia soberana.

El *panteísmo* sostiene que todo en el universo es Dios. Y Dios no puede enjuiciarse a sí mismo.

La *teosofía* es la superposición indefinida y vaga de muchas de esas diversas hipótesis y la vaguedad y la inconsistencia no pueden ser sujeto de precisión y de justicia.

Como se ve, lo único que en todas ellas predomina, es el propósito de negar la responsabilidad humana y evadir el juicio divino.

Pero así como las montañas no se voltean con palabras, por más enfáticas que sean, las realidades no se destruyen con negaciones por ingeniosas que parezcan. Y la tremenda realidad es que desde el primero hasta el último de los hombres, sin excepción alguna, están inexorablemente emplazados por Dios a darle cuenta rigurosa de sus pensamientos, de sus palabras y de sus acciones al terminar la prueba de la vida.

Así nos lo ha sido revelado por Dios en forma terminante y categórica: *Statutum est hominibus semel mori, et post hoc, judicium*. "Está resuelto que los hombres mueran y que luego sean juzgados." ¡Y Dios ni se engaña, ni engaña!

* * *

Es ésta la gran verdad que nos recuerda el Evangelio de hoy al proponer a nuestra meditación aquella parábola en que Jesucristo refiere la suerte que corrió el administrador infiel al ser llamado por su señor a darle cuenta de su administración: *Redde rationem villicationis tuae*.

En esta parábola el señor que pide cuenta es Dios; y el administrador a quien se la exige es cada uno de nosotros. Frente a Dios no hay soberanías absolutas. Todo procede de El y todo vuelve a El. Nosotros nos creemos dueños de nuestros bienes, de nuestras facultades, de nuestra salud, de nuestro cuerpo, de nuestra alma, de nuestro tiempo, de nuestra vida. Nos equivocamos. No nos ha sido confiada una soberanía, sino una administración. No somos propietarios, somos simples administradores durante el plazo que independientemente de nosotros se nos señala. Y ¡qué aberración! Los hombres, por regla general, usan de los bienes que les están confiados, como si fueran sus dueños únicos y absolutos, y abusan de ellos como si a nadie debieran dar cuenta de su empleo, como si no existiese otro soberano que el capricho de su sola voluntad. Y lo peor es que alimentan la ambición de constituirse en dueños absolutos, no sólo de los bienes propios, sino también de los ajenos. Por eso nunca se hallan en seguro los bienes de nadie. Todos son objeto de la codicia de los hombres: los bienes de los ricos y hasta de los pobres, los de las viudas y de los huérfanos, los de los padres y de los hijos, los de la Patria y los de la Iglesia. Por

eso se especula, se explota, se roba y se mata. Por eso los peculados, los negociados, las defraudaciones, los asaltos.

Los lamentos de las víctimas de todas esas injusticias, de todas esas exacciones, forman el coro formidable que constantemente se eleva desde la tierra al cielo, reclamando castigos para los actos humanos que en esta vida suelen quedar impunes, y exigiendo una sanción ulterior insobornable, justiciera, definitiva, que ponga a cada uno en su lugar. Coro formidable que Dios no puede desoír sin dejar de ser justo. Coro formidable que debe ser escuchado para que la vida no sea un absurdo. Coro formidable que obliga a pensar que si el juicio no hubiese sido impuesto por Dios, habría sido exigido por la humanidad.

* * *

Esta doctrina revelada de la responsabilidad del hombre y del juicio de Dios, crea en nosotros la conciencia de la propia dignidad. No existe ninguna doctrina humana que contribuya tanto como la católica a cultivar en el hombre la conciencia de su dignidad personal. Precisamente en la hora confusa en que nos hallamos, en la cual renacen las doctrinas que deprimen al individuo y niegan su libertad y sus derechos, la Iglesia sale a la palestra en defensa de la dignidad de la persona humana. Sin altanería, pero también sin miedo, se ha creído en el deber de recordar que la verdadera doctrina no es la que sostiene que el individuo es para el Estado, sino la que afirma que el Estado es para el individuo; y que no es el Estado la fuente del derecho del hombre, sino Dios, fuente de toda razón y de toda justicia.

De la doctrina revelada del juicio de Dios y de la sanción ultraterrena se desprende la gran consecuencia de la dignidad de la persona humana, porque se la reconoce investida

de dos de los más eminentes atributos, que son: la libertad y la inmortalidad.

Y esta doctrina, como toda doctrina que expongo desde esta cátedra, esta doctrina tan humana y a la vez tan divina, no es mía. Diré con Jesucristo, guardando con respeto la distancia infinita que nos separa: "Mi doctrina no es mía", es decir, no procede del hombre, "sino del Dios que me envía". Es doctrina de la Iglesia, doctrina del Evangelio, doctrina de Jesucristo, doctrina de Dios.

Cada hombre que no se ha vuelto indigno de su libertad y del don de su inmortalidad, debe exclamar una vez más conmigo: doctrina católica, yo te agradezco, yo te bendigo. Tú contienes la luz que esclarece mi origen, alumbrá mi senda y revela mi destino. Doctrina bajada del cielo, que ninguna nube emanada de la tierra se interponga entre tu claridad y mi conciencia.

El día de mi bautismo la Iglesia encendió una vela. Su llama simbolizaba la fe. Al dárme la me dijo: recibe la lámpara encendida y conserva su luz para que al término del camino de la vida puedas ir al encuentro del esposo. Así sea.

28/7/38.

* * *

El Evangelio es el Código completo y perfecto de los derechos y de los deberes. Contiene todas las normas reguladoras de la vida humana. Y no sólo las que regulan la vida espiritual, la vida religiosa, sino también la vida temporal, la vida ciudadana. No sólo las que establecen las relaciones de los hombres con Dios, sino también las de los hombres entre sí.

Si nos limitamos a tomar del Evangelio los principios informativos de la vida espiritual, hacemos de él una adaptación incompleta al desenvolvimiento pacífico de la convi-

vencia humana. Y, precisamente, la causa de la gran perturbación económico-social que dificulta tanto la práctica de la virtud y pone en peligro la salvación de las almas, es producida por la prescindencia de la aplicación de los principios evangélicos, en el funcionamiento de la vida integral.

Yo no quiero hacerme cómplice de esta mutilación del Evangelio, y por eso aprovecho sus lecciones para hacer frecuentes llamados a la conciencia, con el propósito de orientarla en el sentido de las soluciones evangélicas. Esta vida no es aún la del cielo, es la de la tierra; no es la eterna, es la temporal; no es la de las almas, es la de los hombres. Y el fin del Evangelio es regular las cosas del tiempo, orientándolas hacia la eternidad.

El gran problema que, aun cuando llegara a desaparecer el peligro de una conflagración mundial, continuará absorbiendo la preocupación de la humanidad y causándole una creciente inquietud, es el económico social: y éste se ha producido en el mundo, porque se ha conculcado en diversas formas el principio evangélico acerca de la propiedad. El derecho de propiedad ha sido abusivamente defraudado como en el caso propuesto por Jesucristo en el Evangelio de hoy.

La propiedad es un derecho natural, y, por lo tanto, un derecho divino, ya que Dios es el Autor de la Naturaleza. Dios ha dado al hombre la tierra y la actividad personal. Con esta actividad personal el hombre trabaja la tierra, la fecunda y extrae de ella cuanto le hace falta para la satisfacción de sus necesidades y aun de sus antojos. Este don divino, originario, otorga al género humano una doble propiedad: la propiedad de la tierra y la propiedad del trabajo.

De esto se deduce que la gran cuestión no está en saber si debe o no ser abolida la propiedad, puesto que existe natural y necesariamente; la gran cuestión está en saber en quién reside la propiedad, si en cada uno de nosotros, es

decir, en el individuo, o si en ninguno de nosotros, sino en la sociedad. El Evangelio, que es la ratificación, la consagración del derecho divino, proclama que la propiedad es un derecho individual; y que ese derecho es inviolable como la persona, y que es más consistente que la persona, porque la sobrevive, porque la prolonga más allá de su vida. El Evangelio dice al individuo: tu propiedad te pertenece como tu vida, pero no concluirá con tu vida: podrás tener el placer inefable de transmitirla a tu descendencia, porque tu descendencia es la prolongación de tu persona en la persona de tus hijos. Tus hijos en la posteridad bendecirán doblemente tu nombre al proclamar que viven de tu virtud y también de tu sustancia.

Tal es el derecho originario consagrado por el derecho evangélico.

Pero los desconocedores del Evangelio, los conculcadores de los principios dimanados de la naturaleza humana, se presentan y dicen que la propietaria única es la sociedad. Pero ¿qué es la sociedad? En apariencia, todo el mundo. En realidad, siempre que se trata de administración y de gobierno, es un número de hombres necesariamente limitado. Sea que la sociedad se llame aristocrática o monárquica, totalitaria o democrática, dictatorial o demagógica, está siempre representada y es siempre conducida por un número de hombres que pueden contarse con los dedos de la mano. Y esto, con relación al asunto de que estamos tratando, constituye un gran peligro; el mayor de los peligros para la libertad y la dignidad de la persona humana. El dique más resistente, el único dique de contención que puede oponerse a la tiranía económico-social, es el de la propiedad individual. Quitad a los hombres el derecho de propiedad personal, el dominio de su tierra y de su trabajo: ¿a qué quedan reducidos? ¡Simplemente a esclavos! La denominación es dura.

Pero, qué queréis, no es mía la culpa, porque en el diccionario de nuestro idioma no hay otra para expresar la condición a que quedan reducidos. En efecto: ¿qué es un esclavo? El ser privado del derecho de disponer de su suelo y de su trabajo.

Pero esa propiedad se halla expuesta a muy grandes inconvenientes. ¡Quién lo duda! La sociedad pagana había abusado de ella con exceso. Y ese abuso exigía más que una reforma: reclamaba una revolución total. El propietario se había degradado a sí mismo y había envilecido al desheredado. Entre el rico y el pobre se había cavado un abismo. El rico ya ni siquiera sospechaba que el pobre debía ser tenido en cuenta. Se hallaba despojado de todo derecho, de toda dignidad, de todo respeto, de toda esperanza, de todo recuerdo de origen común y de todo vestigio de igualdad fraterna. Nadie pensaba en su instrucción ni en su enfermedad ni en su muerte. Su condición normal era la de la más ominosa esclavitud.

¡Pero llega la hora de la venida de Jesucristo al mundo! La humanidad, que lo espera para ser redimida, está dividida en dos campos: de un lado la humanidad rica, del otro la humanidad pobre, inmensamente más numerosa; y en medio de ambas, un abismo. ¡Jesucristo viene al mundo! ¡Jesucristo descende! ¡Miradle! ¿Por dónde hará su entrada? ¿Por dónde pasará? Por el lado de los pobres. ¡Ningún niño ha hecho su entrada en el mundo en condición más desvalida y más desheredada! Y luego, cuando llega el momento de documentar su Divinidad, y el Precursor le hace preguntar por sus discípulos: “¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?”, Cristo responde: “Id y contad lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los sordos oyen, los parálitos andan, los muertos resucitan.” ¿Es eso todo? ¡No!

Falta lo principal. ¡Escuchad! “¡Los pobres son evangelizados!”

Este es el signo supremo que prueba la divinidad del que viene a operar la redención. ¡Los pobres son evangelizados! Es decir: la ciencia, la dignidad, la propiedad, la libertad, son restituidas a la parte ingente de la humanidad que ya no tenía nada de todo eso. Y no solamente les restituye todos los derechos de que habían sido despojados, sino que los inviste de una sagrada dignidad: “lo que hagáis a esos pequeños, lo hacéis a mí.” He ahí la suprema dignificación del pobre. Cristo lo consagra. En cierta manera se encarna en él. El pobre viene a ser como una apariencia sacramental, como una especie eucarística. Representa a Jesucristo.

* * *

Con relación a ellos, el concepto de los ricos cristianos empezó a variar fundamentalmente. Y comenzaron a respetar, a venerar, a amar y a servir a los pobres. Más aún: entre los ricos cristianos comenzaron a aparecer quienes, enamorándose de la pobreza, se desposaron con ella y se hicieron pobres. ¡Cosa extraordinaria! No ha habido aquí ni decretos dictatoriales, ni fuerzas organizadas para hacerlos respetar; pero se ha operado una gran revolución; y esta revolución se ha hecho, ¿con qué? Desde el punto de vista humano, ¡con nada!

Y esto es precisamente lo que me conmueve. ¡Oh hombres! ¡Oh académicos, filósofos, sociólogos, explicadme, si podéis, lo que ha pasado! La humanidad rica hollaba con sus pies a la humanidad pobre; yo, yo era también de la humanidad pobre, y aún lo soy. ¿Cómo haríais vosotros para que la humanidad rica piense en la humanidad pobre y la res-

pete y la ame y la sirva? ¿Cómo haríais para que los Hermanos de la Merced se den en precio para rescatarla del cautiverio, y los Hermanos de las Escuelas Cristianas para libertarla de su ignorancia, y las Hermanas de la Caridad para convertirse en madres de su orfandad? ¿Cómo lo haríais? Pues Jesucristo lo ha hecho, y he aquí por qué lo amo: y lo ha hecho con nada, y he ahí por qué lo tengo por Dios. ¡Cada uno tiene sus ideas!

Amar y servir a los pobres; y respetar los derechos naturales de la propiedad y del trabajo.

Del respeto de esos dos importantes derechos, depende la tranquilidad de la convivencia humana. Y cuando se violan los derechos de la propiedad o se abusa de los derechos del trabajo, se comete una injusticia y se crea un estado de permanente hostilidad que es el menos propicio a la práctica de las virtudes cristianas.

23/7/39.

* * *

Con el Evangelio en la mano vamos a referirnos al problema económico-social, que está convulsionando las poblaciones de todos los países beligerantes y neutrales. Ese problema es el que constituye la obsesión de cuantos deben preocuparse de la reconstrucción del mundo desde ahora mismo, es decir, desde antes de la terminación de la guerra; el problema de la injusta distribución de los bienes necesarios para la vida. ¡Cómo! ¿El Evangelio contiene también la solución de este gran problema que interesa de una manera vital a la humanidad entera? ¡Sí! La contiene, satisfactoria y completa.

Es evidente que la sociedad humana ha sido creada por Dios con una finalidad, con un objeto. ¿Cuál es? No es un objeto temporal y meramente humano, sino eterno y divino. Esta sociedad humana es el germen visible de la otra que aún no se ve. San Pablo decía: "No tenemos aquí abajo la

ciudad permanente, pero marchamos en su busca allá arriba." La sociedad católica es la levadura de la sociedad humana, es su espíritu: ella eleva, transforma y madura las almas que han de formar la sociedad eterna. Pero este objeto misterioso y supremo de la sociedad católica, ¿excluye todo otro objeto? ¿El objeto sobrenatural y divino excluye todo otro objeto natural y humano? ¿Hay divorcio entre la sociedad divina y la sociedad humana? ¿La sociedad divina pasa al lado de la sociedad humana, desdeñándola y sin preocuparse de su suerte terrena? No, señores, no. La suerte supraterrena está íntimamente vinculada a la suerte terrestre; y en cierto modo depende de ella.

La sociedad católica, la sociedad divina tiene también la misión de influir en la suerte de la sociedad civil, de la sociedad humana.

El Evangelio contiene la revelación divina de los derechos fundamentales del hombre. A estos derechos se les llama naturales. Dimanan de la naturaleza, y como la naturaleza es creada por Dios, en último término dimanan de Dios. Por eso los derechos naturales son derechos divinos. Estos derechos son: el derecho a la vida, el derecho a la dignidad, el derecho a la verdad, el derecho a la propiedad de la tierra y de los bienes legítimamente adquiridos, y el derecho a la propiedad del trabajo y de los frutos que le son debidos.

Estos derechos crean a su vez correlativos deberes: los deberes de respetar esos derechos. Y el perfecto cumplimiento de esos deberes establecería en el mundo el reinado de la justicia. Y el fruto de la justicia es la paz. *Opus justitiæ, pax.* La paz es la felicidad suprema de la sociedad humana. Véase, por lo tanto, cómo la sociedad católica influye sobre la suerte de la sociedad civil y política.

Pero ¿contiene en realidad el Evangelio la proclamación de los deberes que imponen el respeto de los derechos natu-

rales de los hombres? Sí, y en términos inconfundibles, auténticos, perentorios.

Non occides, “no matarás”, es el deber sagrado que tienen todos los hombres, todos los pueblos y todos los gobiernos, de respetar el derecho a la vida del cuerpo y a la vida del alma de cada uno de los individuos, el derecho a la subsistencia y el derecho a la dignidad.

Non furtum facies, “respetarás el derecho a la propiedad de los bienes y a la propiedad del trabajo”. No robarás, no defraudarás. Todos tienen el deber de no sustraer lo que otro legítimamente posee y de no rehusar lo que a otro justamente corresponde. Hay el deber de respetar la propiedad de la hacienda y la propiedad del trabajo. Faltan contra él el que sustrae los bienes y el que no remunera, como debe, el trabajo.

Hay el deber de respetar la propiedad. Luego la propiedad es un derecho. Un derecho individual, un derecho personal. Bien sabemos que hay una doctrina que sostiene que este derecho debe dejar de ser individual para convertirse en social. El propietario no debe ser el individuo, sino la sociedad. He ahí la esencia de la teoría comunista. Mas, ¿qué se lograría con la implantación de semejante teoría? La reinstalación en el mundo de la servidumbre de la inmensa mayoría de los hombres. ¿No tenemos ya la experiencia larga y ominosa de la sociedad pagana? ¿Qué fué del mundo de los trabajadores durante aquella época de la historia? Un mundo de esclavos. ¿Y es esto lo que se pretende reeditar para generalizar el bienestar de la humanidad? ¡Ah! ¡Si el paganismo se hubiera prolongado por dos mil años más, si no hubiese venido Jesucristo, yo que os hablo y la inmensa mayoría de vosotros que me escucháis, seríamos esclavos; y para hablar de derechos tendríamos que cavar catacumbas para ocultarnos debajo de la tierra!

Se pretende que la sociedad sea la única propietaria de la tierra, de los instrumentos del trabajo y del trabajo mismo. Pero ¿qué es la sociedad? En apariencia, todo el mundo, toda la comunidad. Pero, en realidad, cuando se trata de administración y de gobierno, ese gobierno y esa administración residen siempre en un número de hombres que para contarlos bastan los dedos de la mano. Tal es lo que acontece en toda sociedad, llámese monarquía, aristocracia o democracia. A los veinte años no se cree en esto; a los cuarenta, se duda; pero a medida que avanza la experiencia, se adquiere la convicción de que es una gran verdad. Y ¿cuál es el dique capaz de contener los avances de orden económico, de esa autocracia tan estrecha en que suele caer el gobierno de la sociedad? Yo no conozco más que uno solo. El de la propiedad individual. La propiedad de la tierra y de los bienes y la propiedad del trabajo.

Mas he aquí lo que contestan los partidarios de la socialización de los bienes. ¿Cómo vosotros, los hombres del Evangelio, predicáis en nombre de Cristo el derecho de propiedad, si precisamente nuestra teoría comunista ha aparecido en el mundo por causa de los abusos de la propiedad?

Y yo les contesto: Sí, hermanos, en esto tenéis razón; el comunismo es la réplica al individualismo. Pero observad que vuestra reacción es provocada no por la propiedad en sí misma, sino por sus abusos.

Y bien, el Evangelio condena con mayor vehemencia y con mayor sanción que vosotros los abusos de la propiedad. El Cristianismo inició y consumó la revolución jurídica contra el paganismo, que otorgaba a la propiedad el derecho de usar y abusar de ella: *jus utendi et jus abutendi*.

El Evangelio es la liberación de todos los Lázaros y la condenación de todos los epulones.

¿Cómo así? Medítese el Evangelio de hoy. Contiene una

parábola de Jesucristo. La parábola del administrador infiel. Del que defraudó a su señor, abusando de los bienes confiados a su custodia.

El derecho de propiedad es un derecho absoluto del hombre respecto del hombre, pero no respecto de Dios. Respecto de Dios los hombres no tenemos derechos absolutos, ni sobre la hacienda ni sobre la vida. Respecto de Dios los propietarios no son sino administradores. Y toda administración debe ejercerse de acuerdo con las determinaciones del mandante. La propiedad tiene una función individual y otra social. Por el hecho de ser propietario no se está facultado a hacer lo que se quiere sino lo que se debe.

Llenadas convenientemente las exigencias de la condición social, todo excedente tiene un destino prefijado por Dios. Hay muchos que lo cumplen. Nosotros sabemos que son muchos los ricos buenos que tienen tanto desapego a su riqueza como los pobres a su pobreza. Pero también sabemos que son muchísimos los ricos que no cumplen aquel destino.

Pero si el Evangelio fuera acatado por todos, las reacciones extremas 'no prepararían, como lo están haciendo, sus venganzas contra los abusos de la propiedad.

¡Ah! hombres que desconocéis a Jesucristo, o que renegáis de El. Hombres que tratáis de implantar un sistema más igualitario que el suyo, atacando la propiedad, aun la del trabajo. Vosotros seréis bien felices si la fuerza moral del Evangelio prevalece sobre la fuerza bruta de vuestra reacción. Cada hora de vuestra dignidad y de vuestra libertad es una hora que, a pesar vuestro, se os conserva gracias a la eficacia que aún se prolonga del Evangelio de Jesucristo. Cada hora de paz que se nos prolonga a todos es una hora de más que continuamos viviendo la eficacia de Jesucristo.

Oh Jesús, yo te adoro, te amo, te bendigo, porque de paso que das la paz a mi alma, infundes la paz a la sociedad.

* * *

Todo hombre que viene a este mundo, es un administrador de los bienes que Dios le dispensa. Con relación a Dios ningún hombre puede alegar una soberanía absoluta. La creatura es del Creador. Y con su voluntad, o sin su voluntad, o contra su voluntad, la creatura queda para siempre sometida a las leyes que le impone el Creador.

Entre estas leyes hay dos que son inexorables. Una de ellas se ejecuta al fin de la vida presente, la otra al principio de la futura. Pero ambas se cumplen sin sucesión de tiempo, en el mismo instante. Estas dos leyes son: la de la muerte y la de la rendición de cuentas, o, lo que es lo mismo, la del juicio.

* * *

A nadie le ocurre dudar de que va a morir; ¿por qué dudar entonces de que se lo va a juzgar? Una misma es la autoridad que ha dictado las dos leyes, y uno mismo el sujeto que deberá cumplirlas. Y de la misma manera que no puede evadir la primera, tampoco puede sustraerse a la segunda. ¿Y habrá alguien que se atreva a pensar que es más inseguro el juicio que se ejecuta del lado de allá, que la muerte que se cumple del lado de acá? ¡Ah, no! Todo hombre, el más virtuoso como el más criminal, el más indefenso como el más poderoso, el más creyente como el más ateo, ha de ser inexorablemente llamado por Dios para ser juzgado. El hombre, quienquiera que sea, no sale de este mundo como entra en él. Viene solo y se va acompañado. Se va asociado para siempre a sus obras buenas o malas. Esto es de fe: *Opera enim illorum sequuntur illos*. Y por todas esas obras, por cada una de ellas, recibirá la sanción correspondiente.

* * *

Si, al terminar la vida, todos fuesen a la misma nada o a la misma gloria, habría que admitir una de estas dos consecuencias igualmente absurdas y blasfemas: o que el bien y el mal son idénticos, o que Dios no existe. Cuando en esta vida terrena el hombre se entrega al mal y lo multiplica amontonando sobre su cabeza el desprecio y la venganza, suele llegar un momento en que empuña un revólver, para evadir con la muerte la sanción que le reservaba el mundo. Y, si no existiera el juicio después de la muerte, el malvado haría con Dios lo mismo que hace con el mundo. El disparo con que se sustrae al castigo del mundo al acogerse a la muerte, le serviría también para sustraerse al castigo de Dios sumergiéndose en la nada.

Y si el mal y el bien no deben, no pueden conducir a la misma nada, tampoco pueden llevar a la misma gloria. ¡Cómo! ¿Sería posible que después de un tiempo más o menos largo se encontraran compartiendo la misma recompensa el inocente y el malvado, el leal y el cínico, el oprimido y el opresor, la víctima y el victimario! La diferencia entre el bien y el mal, ¿sería solamente accidental, solamente transitoria? ¿Quedaría reducida a una simple cuestión de tiempo? ¡No! ¡Éste sería el más imposible de los absurdos!

* * *

La inmensa mayoría de nuestros contemporáneos han perdido, consciente o inconscientemente, la noción de esta ley. Y a fuerza de no pensar en la sanción divina, ponen en peligro la salvación en la vida futura y el bienestar en la vida presente. Y no sólo el de ellos, sino también el de los demás. La

pérdida de la visión de estas cosas ha sido la causa real y profunda de la espantosa tragedia humana.

* * *

En efecto: esta consideración, por un encadenamiento lógico, nos coloca frente a la siguiente: las colectividades humanas se hallan, como los individuos, sujetas a la sanción merecida por sus procederés. Con esta sola diferencia: las almas individuales son inmortales, y por eso la sanción definitiva se efectúa en la eternidad. Pero las colectividades humanas son temporáneas, y por eso la sanción que les corresponde se verifica dentro de los límites del tiempo. En la actualidad nos toca comprobar el hecho de la sanción correspondiente a la humanidad al cerrarse uno de los ciclos de su historia, es decir, al finalizar una etapa cuya duración ha bastado para que las causas produjeran sus efectos. Todo se desarrolla de acuerdo con su propio germen. Si el germen es vivificante, producirá la vida; si es mortífero, causará la muerte.

Estamos asistiendo al derrumbe estrepitoso de la construcción social, ideada por los filósofos y realizada por los políticos en el espacio de los dos últimos siglos. Estamos presenciando la consumación del fracaso de la civilización contemporánea. Estamos observando el cumplimiento de una sanción en el orden económico, político y social.

Este hecho, que marcará el principio de una nueva etapa en el proceso histórico de la humanidad, provoca en ciertas inteligencias, no exentas de una complicidad que quisieran eludir, esta afirmación: el Cristianismo ha fracasado. ¡Ah, no!, lo que ha fracasado ha sido todo lo contrario, es la prescindencia sistemática del Cristianismo en toda la estructura de la civilización contemporánea. El Cristianismo ha venido siendo sistemáticamente abolido de todas las manifestaciones de

la vida. Ha sido abolido de la economía, de la política, de la enseñanza. Las instituciones habían desalojado de su seno al Cristianismo. Eran como vasos de los cuales se había volcado la savia de la vida espiritual y sólo habían conservado su perfume. Las organizaciones carecían de vida verdadera, eran cuerpos sin alma. No estaban animados por el espíritu del Cristianismo. El Cristianismo había sido abolido de toda la vida humana. Y ¿cómo no había de ser abolido de la vida si hasta se lo proscribía de la muerte? Hasta los cementerios habían sido laicizados. ¡Lo que ha fracasado, pues, no es el Cristianismo, si no la prescindencia del Cristianismo, es decir, el *laicismo!*

De consiguiente, el derrumbe de la civilización contemporánea no ha de tomarse como un castigo directo de Dios, sino como una lógica consecuencia de la equivocada e imprudente estructuración de los hombres. Cuando se prescinde de la roca viva, y se edifica sobre bases deleznable y movedizas, el desmoronamiento del edificio es sólo una cuestión de tiempo. Resiste durante el tiempo en que sus débiles bases lo pueden sostener, pasado el cual, ya no es posible que dure más. El mismo peso del progreso material que sobre aquellas bases se venía acumulando, las hizo ceder y las redujo a polvo. Lástima que cuando esto acontece, el inmenso edificio, al desplomarse, aplasta siempre entre sus ruinas a una gran porción de la humanidad.

¿Aprenderemos la enseñanza de esta gran sanción?

7/7/40.

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

LLEGANDO Jesús cerca de Jerusalén, al ver la ciudad, lloró sobre ella y dijo: ¡Oh, si conocieses también, tú, al menos en este día, lo que puede traerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te cercarán con vallas, te rodearán y te estrecharán por todas partes; te derribarán por tierra junto con tus hijos, que estarán dentro de ti, y no dejarán en ti, piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.

Cuando hubo entrado en el templo, comenzó a arrojar a los que en él vendían y compraban, diciéndoles: Está escrito, que mi casa es casa de oración. Mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. Y todos los días enseñaba en el templo.

San Lucas, cap. XIX, v. 41-47.

Hoy trataré de valerme del Evangelio para aliviar a los que sufren y consolar a los que lloran. Pero no por eso el auditorio quedará reducido al número de los que sufren en el cuerpo o padecen en el alma, de los dolientes del orden físico o del moral; porque hoy quien sufre es todo el mundo. Será, pues, para todo el mundo el Evangelio de las lágrimas.

En el sermón inmortal de la montaña, Jesucristo dejó establecido en forma categórica cuáles son las fuentes de la verdadera bienaventuranza. Era ésta una de las revelaciones

más caras a la humanidad. La dicha constituye en definitiva su anhelo esencial e incoercible. Y el conocimiento de los medios de obtenerla no podía menos de interesarle extraordinariamente.

Era también una de las revelaciones más necesarias. Hasta Jesucristo, el mundo se había venido equivocando en la determinación de las fuentes de la dicha. Fijémonos en una sola. El mundo pensaba que la dicha o se confundía con las alegrías y las risas o procedía de ellas. Jesucristo revela, al contrario, que se encuentra en las lágrimas: *Beati qui lugent*. "Bienaventurados los que lloran."

* * *

Pero ¿es esto posible? Esta palabra parece demasiado dura. *Durus est hic sermo*. Y más que dura, parece sarcástica. Se resiste uno a tomarla en serio. Cuesta mucho mirarla de frente. No se resuelve uno a darle carta de ciudadanía para incorporarla entre las máximas de la vida. Causa miedo. Parece irreal e inquietante como un fantasma.

¡Dios mío! ¡Cuántas veces, en el desempeño de mi ministerio, me veo en el caso de llevar un poco de paz a las almas profundamente conturbadas y un poco de alivio a los corazones terriblemente quebrantados! ¡Cuántas veces me he hallado en presencia de las lágrimas! De esposas desoladas por una viudez sorpresiva, de madres destrozadas por el desgarramiento de la separación prematura del hijo de sus amores. En presencia de mujeres presas entre las garras del dolor, sangrando lágrimas que sin poderlas contener dentro de sí las prodigaban hacia afuera, y de hombres en pleno quebranto que no queriendo o no sabiendo llorar, se tragaban las lágrimas, ¡llorando para adentro!

¡Dios mío! Ante éstos y tantos otros casos, ¿cómo es po-

sible, sin una crueldad irónica, actualizar vuestro mensaje de bienaventuranza? ¿Cómo podría reemplazar con plácemes los pésames? ¿Cómo podría presentar congratulaciones en la hora de las condolencias? Si en esas circunstancias, yo les dijera: ¡Dichosos!, me expondría a provocar sus reacciones, a causarles el efecto de una irrisión que exacerbaría sus grandes sufrimientos. Porque, Señor, nosotros sufrimos y mucho en el valle de lágrimas que es esta tierra, y la raza humana continuará llorando porque el dolor y la muerte no cesarán de agujijonearla con crueldad inexorable. ¿Por qué, entonces, arrebatar a los dolientes aquello a lo cual se aferran con desesperación porque es lo único que les queda: el derecho de llorar en su desgracia? ¿Por qué hablarles de una manera tan desconcertante, como sería el decirles que se les envidia y que no conocen lo que constituye su bienaventuranza?

¡Oh Jesús, tú que enseñaste otrora a tus Apóstoles el sentido oculto de tantas parábolas, enséñanos el significado de tus fórmulas aparentemente desconcertantes! ¡Aleja de nosotros el escándalo de tus paradojas inverosímiles!... ¡Gracias, Jesús mío, por el primer raudal de luz que ya irradian las lágrimas al ser tocadas por el destello de esta revelación...! *Beati qui lugent.* Por de pronto esta tu afirmación divina quiere decir que las lágrimas no son vituperables. Quiere decir que se puede llorar sin ser culpable, sin ser cobarde y sin ser mediocre. Quiere decir que las lágrimas no descalifican a nadie.

Bien sé que en la época en que hablaste sobre la montaña, el mundo de entonces estaba en absoluto desacuerdo con tu divina doctrina. Las lágrimas eran tenidas por una debilidad. Al darles el nombre de bienaventuranza las has redimido de esa profanación, las has lavado de ese oprobio y nos has permitido la dicha honorable de ser sinceros. No tenemos necesidad de ser hipócritas, apareciendo estoicos. No

es a fuerza de sofismas y ni siquiera de lógica que tratas de aliviar nuestros dolores, sino permitiendo que corran las lágrimas y a veces en abundantes efluvios. De tal manera nos hemos habituado a esta sabiduría tan humana y tan dulce que ni siquiera nos acordamos que debemos darte las gracias por haber quitado a nuestro llanto toda apariencia de debilidad y toda preocupación de remordimiento. Y el poderse aliviar llorando, en la seguridad de que las lágrimas son lícitas y son benditas es ya un principio de bienaventuranza. *Beati qui lugent.*

* * *

Pero no es eso todo. Hay aún mucho más. Dios no ha dicho que el dolor no haga sufrir y no haga llorar. Tampoco ha dicho: "Bienaventurados los que lloran porque sufren y porque lloran", sino *porque serán consolados*. Lo cual quiere decir que aquéllos que sufren, aquéllos que lloran, adquieren un derecho especial a sus grandes consuelos. Ha prometido que para ellos sus divinas severidades quedarán mitigadas y que su justicia será parcial. Haber sufrido, según el plan divino, equivale a haber merecido. Y en los ojos de los que mucho han llorado, los juicios de Dios no acumularán nuevas lágrimas, ¡a no ser que sean de gratitud y de consuelo! De nuevo, pues, te doy gracias por haber depositado al lado de nuestras miserias el Evangelio de las lágrimas. Son ellas las aguas que saltan hasta la vida eterna. Gracias por habernos enseñado no que el sufrimiento sea un placer, sino que encierra una esperanza y ofrece la seguridad de tu predilección. Bajo el peso de sus penas, los que sufren están a un mismo tiempo al abrigo de los rigores de tu justicia y bajo la protección de tu misericordia.

* * *

Dios no exige que hayamos cesado de sufrir y de llorar para ir a ocupar nuestro lugar en su reino y para obtener la parte que nos destina de su misericordia. Todo lo contrario; quiere que todos los dolores humanos comiencen y sigan siendo llorados en su seno paternal. Quiere a los hombres como son. No le place que los débiles pretendan parecerle fuertes. En ninguna parte recomendó que los pequeños se volvieran adultos; pero exigió a los grandes que se hicieran como niños.

* * *

Las únicas lágrimas que son estériles y perjudiciales son las de la envidia, las de la desesperación, las de la rabia, las de la hipocresía.

No debemos rehusarnos a llenar la medida de nuestros sufrimientos. No debemos desear que a la escasez de nuestros méritos se añada la penuria de nuestros pesares. Cuando veamos cerca de nosotros grandes dolores físicos y morales de los cuales nos sentimos libres, pensemos más bien que tal vez por nuestra culpa hemos desertado de nuestro puesto y nos hemos hecho indignos de merecer la parte que a cada uno corresponde en la tarea de la salvación común. Desde el punto de vista sobrenatural, las lágrimas son divinamente fecundas. No podía ser de otra manera. ¡Son la sangre del alma! Cooperan a nuestra redención y a la redención de los demás. Los anacoretas purificaron sus vidas gracias a largas vigilias y a duras penitencias. Pero son innumerables los que obtienen lo mismo, merced a sus lágrimas sinceras. ¡Oh, las maravillas que hacen las conversiones que logran y las transfiguraciones que operan las lágrimas de la inocencia, las lá-

grimas de la intercesión y las lágrimas de la penitencia! Las lágrimas inocentes de San Luis Gonzaga, ¡cómo embellecen!, las suplicantes de Santa Mónica, ¡cómo redimen!, las penitentes de María Magdalena, ¡cómo transfiguran!

* * *

Y ¿qué diré de las lágrimas de Jesús? *Et lacrimatus est Jesus*. “Y Jesús lloró.” Lloró en Betania, ante la tumba de Lázaro, en el Monte de los Olivos, a la vista de Jerusalén y en el Calvario. Sus lágrimas, a la vez humanas y divinas, fueron provocadas por los más grandes y nobles sentimientos capaces de conmover el corazón: la familia, la Patria y la humanidad.

Hoy evocamos su llanto provocado por la vista de Jerusalén, la capital deicida de su Patria, que por su obstinación deberá ser duramente castigada cuarenta años después. Como Dios, profetiza su ruina; como hombre, la llora. ¡Cómo quisiera evitársela! Se revela aquí un generoso patriota. Mirándola con infinita ternura le dice: “¡Ah, si al menos en este día que aún se te concede, descubrieras lo que puede procurarte la paz!”

Hermanos míos, dije al comenzar, que el auditorio de la explicación del Evangelio de las lágrimas podía ser el mundo, porque hoy, quien sufre, es todo el mundo. Terminó invitándoos a que miremos a España. No es ya una profecía quien debe congobernarnos; es la terrible realidad. Si al mirarla, las lágrimas no ruedan de los ojos, seguramente se nos anidan en el alma. Y ¡ay! que tal vez las provocadas por la Madre Patria nos hagan sentir el eco de la voz que en la Calle de la Amargura dijo: “No lloréis por Mí, sino por vosotros y por vuestros hijos.” Tan graves son las actuales perspectivas. Y me llena de asombro el que los hombres respon-

sables no se decidan a solucionar los problemas artificiales que ellos mismos se crean.

¡Oh buen Jesús!, ya que tus lágrimas de Hombre Dios son de eficacia infinita, caigan como una bendición sobre nosotros y sobre el mundo.

2/8/36.

* * *

Aun cuando no hubiese en Jesucristo otra maravilla sobrehumana que la de su ciencia profética, bastaría para creerlo Dios. La profecía es la previsión y la predicción de algo que se halla fuera del alcance de los medios naturales. Sólo Dios posee esa divina facultad. Sólo Dios conoce el futuro. O, para expresarnos mejor, para Dios no hay futuro, ni pasado; para Él todo es presente. Así como se halla en todos los lugares, se halla también en todos los tiempos. Mejor diríamos: para Dios no hay lugares diferentes, porque es la ubicuidad; ni tiempos sucesivos, porque es la eternidad.

Cuando Jesucristo reveló la destrucción de Jerusalén, nada la hacía presentir. Y anunció los diversos episodios como si los tuviera delante de los ojos. Y agregó: "La tribulación de aquellos días será tal cual no la hubo desde el principio del mundo, ni la habrá hasta el fin."

A los 70 años del anuncio profético, se consumó la espantosa destrucción. De Jerusalén no quedó más que un acervo de escombros; de su templo, el Muro de las Lamentaciones. De sus habitantes, más de un millón fueron masacrados y noventa y siete mil tomados prisioneros. Falta el número de los reducidos a esclavos: eran cotizados fuera de los mercados. Los judíos habían vendido a Cristo por treinta monedas; en retorno, por una moneda llegaron a comprarse treinta judíos.

La historia ha documentado estas cosas. Y Flavio Josefo las ha sintetizado en estas palabras: "De todas las ciudades sometidas a los romanos, la nuestra es la que se elevó al más alto grado de prosperidad, para volver a caer en el más profundo abismo de destrucción."



Llegado aquí me detengo a pensar: ¿cuál será para un sacerdote de Cristo, sobre todo en estos tiempos de ofuscación y apasionamiento, la manera más digna de celebrar la victoria que implica la comprobación histórica de su tremenda profecía? Porque yo no quisiera celebrarla en forma que contrariara la piedad maternal de la santa Iglesia. Imaginemos a una madre que después de haber hecho todo lo posible para merecer el amor de sus hijos, llega a saber que varios de entre ellos conspiran contra su vida, y mueren luego víctimas de sus intentos matricidas. ¿Podríamos pensar que esa madre llamaría junto a los cadáveres de los hijos ingratos a los hijos que permanecieron fieles, para invitarlos a entonar este himno de victoria: "Regocijaos, felicitadme: vuestros hermanos habían querido mi ruina; ellos han perecido y yo me he salvado"? ¡No!, una mujer, una madre no puede sentir así, no puede expresarse de semejante manera. La sola actitud que le corresponde es la de verter sobre aquellos despojos lágrimas de sangre, para ver si regándolas con ellas puede fecundarlos de nuevo con su vida.

El Viernes Santo la Iglesia, agobiada bajo la pesadumbre del suplicio de su Divino Fundador, reza por la perfidia de los judíos. Y termina cada una de sus lamentaciones con este grito que le sale del alma: *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum*. Así quiere celebrar la Iglesia las victorias de Jesucristo, con nuevas victorias del amor so-

bre las almas que vino a redimir. Y si es esto lo que quiere la Iglesia respecto de ti, Jerusalén, ¿quién de nosotros se atrevería a insultar tu dolor y a condenar tus ensueños? ¿Será posible que sobre esa tierra, teatro de tantos prodigios, no aceptes algún día lo que has venido rehusando hasta aquí? ¿Será posible que la sangre de tantos inocentes, aunque mezclada con la de tantos culpables, no atraiga alguna vez sobre ti la plenitud de las misericordias prometidas? ¿Será posible que la sangre de tus profetas, de tus mártires y de tus Apóstoles no obtengan del cielo la única venganza que pidieron para ti: la gracia que te abra los ojos a la verdadera luz? ¿Será posible que falle la eficacia infinita del supremo anhelo de Jesucristo, al no querer la muerte del pecador sino su conversión y su vida, y no conmoverá las entrañas del Padre aquella su plegaria de moribundo en favor de sus hijos: "Perdónalos, que no saben lo que hacen"? Esa conversión, Pablo, el fariseo de los fariseos, la vislumbraba ya en el decurso de las edades. ¿Cómo, dónde y cuándo se realizará? ¿Estará avicinándose el tiempo? ¿No estarán tus hijos, hostilizados en el mundo, comenzando a descubrir un asilo en el seno de la Iglesia? ¡He aquí el secreto de Dios!

Y si me he detenido a contemplar desde este aspecto la profecía de Jesús, es porque los actuales acontecimientos aconsejan armarse del valor necesario para adaptar a las realidades de la época la eterna fecundidad del Evangelio.

Y es también porque deseo hacer notar una vez más la necesidad que tiene nuestra civilización de Jesucristo. Necesita poseerlo en su fe, en su caridad, en su justicia, en su doctrina, en su moral. Necesita adentrarlo. Jerusalén no se salvó, porque lo rechazó. Jesucristo se lo dijo: "¡Si al menos en este día en que vuelvo a ti comprendieras que se te ofrece lo que te puede salvar, lo que puede darte la paz!"

Hermanos míos, si queremos ahorrar lágrimas sobre des-

trucciones futuras, hagámonos apóstoles de Jesucristo. ¿Creéis que para que las sociedades apóstatas reciban su castigo necesitará Dios convulsionar el fuego que arde en las entrañas de la tierra que las sustenta, o inficionar la atmósfera que las envuelve, o desatar las cataratas del cielo que las cubre? ¡No! Para castigarlas no es necesario que Dios se decida a hacer milagros; basta con que se resigne a dejar de hacerlos. Es decir: basta con que deje que las consecuencias se sigan de los principios; basta con que permita que las causas produzcan sus efectos. Basta con que se resigne a aguardar el resultado de las rivalidades, de las discusiones, de las injusticias y de los odios.

Si muchas sociedades sobreviven a pesar de que por su culpa debieran sucumbir, no lo dudemos, es gracias al milagro de su conservación que realiza Jesucristo. Continuar haciendo vivir a sociedades que se empeñan en morir, ¿no es mucho más que resucitar a los muertos?

7/8/38.

* * *

El Evangelio de hoy, en que se relata el llanto de Jesús sobre el trágico destino de la capital de su Patria, nos proporciona la oportunidad de llamar la atención de los cristianos sobre el culto de tres amores primordiales, esenciales y trascendentales. Amores que en nuestra época se hallan soportando peligrosos embates y que por eso se hace necesario más que nunca salir en su defensa para salvarlos, asegurarlos y vigorizarlos: el amor a la familia, el amor a la Patria y el amor a la humanidad.

El hombre es un ser necesariamente social. Su vida se inicia, se desarrolla y se perfecciona en el seno de tres sociedades. Y por la fuerza de este hecho universal y permanente, todos los hombres se hallan vinculados entre sí por el triple lazo de la familia, de la Patria y de la humanidad. La fuente

que alimenta esos vínculos es la sangre. La personalidad reside en el alma. Pero el instrumento del alma es el cuerpo; y la vida del cuerpo, a los ojos de la ciencia y a los de la revelación, está en la sangre: "*anima omnis in sanguine est.*" Levítico XVIII, 14.

* * *

La sangre que corre transmitiendo la vida, deja vinculados entre sí los vástagos que crea. El primero de los núcleos que forma es el de la familia. El hombre procede de la familia y tiende a la familia. Es la familia la institución sagrada, privativa del hombre y desconocida de la bestia. Privilegio bendito de la raza humana, al cual no fueron elevadas las razas inferiores. La familia es la primera sociedad emanada de la misma sangre.

El conjunto de esas familias asociadas y establecidas sobre el mismo suelo, dentro de los límites demarcados por las aguas o las montañas, por la naturaleza o por la tradición, produjo una segunda sociedad: la Patria. La Patria es la prolongación de la familia. Patria viene de Padre. Es la heredad de nuestros Padres. Ellos con su sangre, su heroísmo y su trabajo la crearon, la conservaron y la transmitieron. Digo la heredad, y no la tierra. Porque la Patria es más que la tierra. La tierra es el asiento de la Patria. La Patria es también el aire que ellos respiraron y el cielo en que constantemente se inspiraron; las creencias que tuvieron, simbolizadas en la Cruz que ellos besaron, las tradiciones representadas en la bandera que ellos defendieron. La Patria es el conjunto, indivisible y único, de intereses y de afanes, de alegrías y de pesares, de humillaciones y de glorias, de génesis y de historia.

Y más allá de la familia y de la Patria, abarcando a una

y a otra, como el género que contiene a las especies, la sangre continuó corriendo y produjo una tercera sociedad: la humanidad.

Sí, mis hermanos, a despecho de esa ciencia que se dice humanitaria y positiva, sin ser lo uno ni lo otro; por la identidad de la sangre originaria, la humanidad no está constituida por varias, ni siquiera por dos, sino por una sola raza. Aquí también la ciencia sin prejuicios, la ciencia pura, la ciencia verdadera confirma la revelación que dice: "*fecitque ex uno, omne genus hominum.*" Act. Ap. XVII, 26.



Y hay más, mucho más todavía, para vincular a cada individuo con la entera humanidad. No sólo es una misma la fuente de la sangre, es también una sola la procedencia de la razón. Por las venas de nuestro cuerpo corre una misma sangre, que a todos nos viene igualmente de Adán: y en las intimidades misteriosas de nuestro espíritu habita una misma luz, la luz de la razón, que a todos nos viene de Dios.

Y además de la sangre y la razón, hay otro vínculo cuya función fortifica y generaliza la comunión universal de los hombres entre sí: es un vínculo moral, el vínculo de una misma virtud. Y aquí precisamente está la gran eficacia del Cristianismo, que debe utilizarse en esta hora de la historia, que se caracteriza por la desarticulación de la humanidad.

Se equivocan los que piensan que el Cristianismo es sólo la religión de la virtud personal y de la salvación individual. Los que así piensan, demuestran la deficiencia de la vista de su espíritu que carece de penetración y de amplitud. El Cristianismo, por el hecho de ser la religión de la virtud personal y de la salvación individual, es la religión que procura la salud de todo el conjunto de la humanidad.

¿Qué se requiere para que yo practique, en realidad de verdad, la virtud personal y alcance mi salvación individual? Que observe los grandes preceptos de la caridad y la justicia. ¿Y qué es lo que implica el ejercicio de la caridad y la práctica de la justicia? El culto del afecto y el respeto del derecho para con todos los hombres sin ninguna exclusión. ¡Todos los hombres se hallan unidos por el triple vínculo, de la misma sangre, de la misma razón y de la misma virtud!



Jesucristo es el Maestro y el Modelo que nos enseña y estimula en el santo propósito de salvar, asegurar y vigorizar los grandes amores de la familia, de la Patria y de la humanidad.

El amor a la familia es un amor cristiano. Treinta años hizo Jesucristo vida de familia. ¡Y cuánto la amó y cómo la sirvió! Y cuando llegó la hora de su vuelta al Padre que está en los cielos, pensó en la soledad y el desamparo de la Madre que quedaba en la tierra, y ordenó a su discípulo que fuera su providencia y la cuidara como suya.

¡Y cómo amó y sirvió y regeneró las familias de los demás! Al iniciar su vida pública, quiso presentarse al mundo acompañado de su Madre y en una reunión en que se formaba una familia.

Luego, al iniciar su apostolado, encontró a la familia desunida por el divorcio, envilecida por la esclavitud y profanada por el sensualismo: la regeneró, la dignificó y la divinizó con la unción del Sacramento.

Cada vez que se encontró con el pesar que angustiaba la familia o con el duelo que la enlutaba, su corazón divino y humano se conmovió hasta las lágrimas, hasta el milagro. Una madre le grita: "Mi hija sufre mucho, apiádate de mí",

y sana a la joven. Un padre le dice: "¡Mi hija ha muerto!" Él le responde: "Vamos a tu casa", y resucita a la muerta. Una madre viuda marcha en el cortejo que conduce al cementerio el cadáver de su hijo único. La madre no advierte a Jesús; pero Jesús advierte a la madre; y sin ser requerido, devuelve la vida al hijo y lo entrega a la madre. Marta y María lo mandan llamar porque se halla muy grave su hermano. Jesús llega tarde para levantarlo de la cama, mas no para sacarlo vivo del sepulcro. Camino hacia el Calvario, las madres llevando consigo los niños que tal vez Él había acariciado, le salen al encuentro y lloran su desgracia. Jesús les dice: "Bien está: ¡llorad! Mas no por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos: llorad por vuestras familias."



El amor a la Patria es un amor cristiano. Jesús amó entrañablemente a su Patria. Hizo lo indecible para salvarla. La quiso cobijar con su misericordia —suya es la comparación— como la gallina que llama a sus polluelos y los cubre con sus plumas cuando ve que se aproxima la tormenta.

Cuando vuelve por última vez a su capital donde iba a ser crucificado, al divisarla desde la altura de una colina cercana, se echó a llorar.

¡Jesucristo derramando lágrimas!... ¿Sobre qué? ¿Solamente sobre las futuras ruinas materiales de los edificios y del Templo? ¿No habrá sido también sobre la pulverización de su pueblo y la dispersión de sus hijos? Andan aún dispersos por el mundo. En algunas partes se los tolera como a parias; en otras se los proscriben. No tienen Patria.

Tal vez la tengan cuando reconozcan, amen y adoren a Jesús, a quien negaron y mataron cuando se la quiso salvar. Véase cómo el amor a la Patria es cristiano. ¡Se puede amar

a la Patria sin ser cristiano, pero no se puede ser cristiano sin amar a la Patria!

* * *

En fin, el amor a la humanidad es también esencialmente cristiano. "Padre mío, decía el único Redentor del género humano, Padre mío, haced que todos no sean más que uno, como somos nosotros." Adán en el principio, con el manantial de la sangre; Dios en el término, con el esplendor de su gloria, y en medio la humanidad. Todos sois hermanos, dijo Jesucristo, todos los que os halláis dispersos por la superficie de la tierra, no tenéis más que un Padre que está en los cielos.

He aquí la consecuencia: el amor que se tiene el individuo jamás debe ser en detrimento del que se debe a la familia, ni el que se tiene a la familia del que se debe a la Patria, ni el que se tiene a la Patria del que se debe a la humanidad. Una sola familia humana bajo la única Paternidad Divina: ¡he ahí el cristianismo!

Pero, hermanos míos, parece que nos halláramos en algún ocaso. Alguna noche avanza sobre el mundo. Algún astro declina. Es el del Amor Cristiano. En su ausencia queda el egoísmo. Por eso es la hora en que reina la oscuridad y recrudece el frío. Se nota en las relaciones internacionales, en las políticas y en las domésticas. Así cuando el sol declina, se detiene y se hiela la savia de la naturaleza: ella esperaría la muerte, si no aguardase la resurrección del nuevo día. Y la resurrección de la humanidad que parece aproximarse a la muerte, vendrá. Vendrá por nosotros si adaptamos el cristianismo a este momento histórico. Porque el mundo que no quiere humildad, que no quiere pobreza, que no quiere castidad, que no quiere obediencia, quiere fraternidad.

Quiere fraternidad porque se halla obligado a quererla, y por eso todos los días pretende exigirla, aunque no acierte a practicarla. He ahí el terreno común en que nos encontramos con él. Aprovechémoslo. Entre él y nosotros hemos de ver quién derramará más amor verdadero. Hemos de ver quién dará más, recibiendo menos. Y en este duelo de fraternidad, nadie se atreverá a recriminarnos. Lancémonos a él de todo corazón. Hemos recibido tanto amor que debe costarnos muy poco darlo. Ahogemos el mal en la abundancia del bien. Ganemos a nuestros hermanos, beneficiándolos. Y puesto que por momentos va aumentando el frío en el mundo, arrimémonos a Cristo, concentremos calor para irradiarlo, a fin de que si este Lázaro debiese bajar al sepulcro, tengamos bastantes lágrimas para llorarlo, y bastante vida para decirle: "¡Lázaro, aunque muerto, oye la voz del amor que vivifica y sal del sepulcro!"

30/7/39.

* * *

Es el último domingo de la última semana de la vida de Jesucristo. Sabe que el jueves lo van a prender y el viernes lo van a crucificar en la capital de su Patria. No obstante, se encamina hacia ella. Es necesario ir al encuentro de la muerte. Quiere cumplir voluntariamente con lo que había resuelto en el consejo habido con el Padre y con el Espíritu Santo. No es conveniente mostrar ninguna vacilación en dar la sangre y la vida en rescate de la humanidad.

Se aproxima la hora y Jesús se dirige a Jerusalén con sus discípulos, que en vano intentan disuadirlo. Sube la cuesta del monte de los Olivos, y al escalar su cima abarca el panorama de la ciudad. Ve los edificios, las cúpulas de las Sinagogas, el Templo magnífico restaurado recientemente por

Herodes. Se detiene a contemplarlo. Lo mira con emoción patriótica, suspira, gime, llora.

Dentro de cinco días lo van a ajusticiar sobre aquella colina de las afueras de la ciudad, llamada "el Calvario", y va a morir. ¡Demasiado lo sabe! Pero no llora por eso. No piensa en Él. Jamás una fibra de su corazón vibró tocada por un sentimiento egoísta. Su sacrificio será tan puro como su amor.

Pero a la mirada de sus ojos se sobrepone la visión de su espíritu; tiene presente que dentro de cuarenta años esa ciudad, por ahora tan ajena a su no lejano infortunio, será totalmente aniquilada, y llora por ella: *Flevit super illam*, dice el Evangelio. ¡Llora por la triste suerte de la capital de su Patria!

Con su mirada de profeta, la ve desde ahora rodeada de trincheras. Ve el talud formado a su alrededor con la tierra de las excavaciones; y sobre él, la muralla de mampostería que la circunda. La ciudad tiene una periferia de treinta y tres estadios y la muralla romana que la circunda es de treinta y seis. Jerusalén está ceñida como por un cinturón de acero. Y dentro de ella, está sometida a todos los horrores del sitio más implacable de la historia. Después la ciudad es tomada, echada a tierra, destruída, exterminada, arrasada. No queda piedra sobre piedra y sus hijos son masacrados.

Tal es el hecho de la destrucción que con cuarenta años de anticipación está contemplando Jesucristo. Y piensa en la causa de tan tremenda catástrofe. Y la piensa en voz alta. Y así, en un sentido apóstrofe, dice a la ciudad: Jerusalén, Jerusalén, ¡Cuántas veces he querido preservarte de tu infortunio! ¡Cuántas veces he querido cobijarte bajo mi protección, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! Tú pereces por tu culpa. Tú no has querido conocer el tiempo de tu visitación. Has pecado muchas veces contra

mí. No has querido aceptarme como Mesías. No has querido reconocermé como Hombre-Dios. Cada vez que he venido hacia ti, me has tendido emboscadas. Tus príncipes siempre me han perseguido. Hoy vuelvo de nuevo hacia ti. Hoy es un día más que te concedo, pero es el último. ¡Si quisieras aprovecharlo! ¡Si supieras que vengo a ofrecerte la paz! Pero vi ves obstinada en pretender y aguardar un Mesías a tu antojo. Un Mesías terreno, armado de fuerza material, dotado de poderío temporal. No quieres un Mesías espiritual; por eso me repudias. Me condenas a muerte. ¡No sabes que mi muerte tendrá que ser vengada con tu propia muerte!

El anuncio de la destrucción de Jerusalén, es una de las profecías más sorprendentes. Cuando Jesucristo la pronunció, nada podía hacer pensar en la posibilidad de su cumplimiento. Por el contrario, según los fariseos y los escribas, era Jesucristo quien constituía un elemento de inquietud para la paz interior o exterior. En efecto: unas veces se lo acusaba como a fautor de la humillante sumisión del pueblo; y otras, como a instigador de su rebeldía contra la dominación del César. Se hacía por lo tanto indispensable eliminar a Jesucristo, para el mantenimiento de la paz. Y, en efecto, Jesucristo fué eliminado de aquella sociedad. Y eliminado de una manera espectacular, absoluta, violenta.

Pero precisamente la eliminación de Jesucristo, fué la causa del desastre de la ciudad deicida. No habían transcurrido cuarenta años de la muerte de Jesucristo, cuando ya empezaba a tener cumplimiento la tremenda profecía.

Aquella sociedad, completamente materializada, carecía de espíritu. Era ya un cuerpo sin alma. Jesucristo era el único que podía dársela. Pero al eliminarlo, aquella sociedad rechazaba la vida y se entregaba a la muerte.

Insistamos en la reflexión sobre la causa de la destrucción de la capital de la Patria de Jesucristo. ¡Ojalá aprendamos la lección que nos enseña! La causa fué el pecado por ella cometido al rechazar a Jesucristo.

Jesucristo, después de muerto, ha resucitado. Y después de resucitado ya no muere. No se lo puede volver a matar. Pero Él vive ahora, y vivirá hasta el fin de los siglos, de dos maneras: manteniendo su cuerpo real en la eucaristía y desarrollando su cuerpo místico en la humanidad. En su cuerpo místico puede ser expulsado. Y esto acontece cuando de alguna porción de la humanidad se elimina su caridad, su fe, su doctrina, su justicia, su moral. Y ya sabemos cuál es la consecuencia de la expulsión de Cristo del seno de una sociedad. Por eso, cuando yo veo que dentro de mi nación abundan todavía gentes que se empeñan en proscribirlo de la enseñanza, del comercio, de la economía, de la legislación, de la política, yo tiemblo por la suerte futura de mi Patria, porque está escrito: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* "Si Dios no sostiene la ciudad, se empeñarán en vano los que traten de preservarla de la ruina."

* * *

Detengámonos un momento a pensar en estas lágrimas de Jesús. ¡Son tan humanas, tan naturales, tan legítimas, tan incontenibles! ¡Son lágrimas patrióticas!

Yo no dispongo de una ternura infinita como la del Corazón del Hombre-Dios. Sin embargo, yo siento que lloraría de pena, si viera proféticamente el arrasamiento total de Buenos Aires, la capital opulenta de mi Patria. ¡Y esas lágrimas patrióticas, serían respetables, serían santas, serían sagradas!

Ya cuando Jesús se entregue en el Huerto de los Olivos,

durante la noche del Jueves Santo, a pensar en nuestras almas que viene a rescatar con su tremendo sacrificio, pondrá de manifiesto la profundidad insondable de la pena sobrehumana, de la angustia divina, y no será con las lágrimas que fluyen de sus ojos, sino con la sangre que brote de sus poros, ¡como si se adelantara a darse antes que la derramen los verdugos! Pero el de ahora es un llanto. Un llanto por la triste suerte de su Patria. ¡Un llanto tan comprensible, tan humano!

Esta escena del Evangelio, que tan bien expresa el sentimiento del amor a la Patria que alentaba el alma de Jesucristo, nos ofrece la oportunidad de reflexionar acerca de la virtud del patriotismo. Digo la virtud, porque el verdadero patriotismo, además de ser una necesidad humana, es una obligación cristiana.

* * *

El amor a la propia tierra tiene sus raíces en lo más profundo de la naturaleza humana. Se lo denomina con el más bello de los nombres, porque expresa la más tierna de las realidades del cielo y de la tierra. Se lo denomina patriotismo. Patria viene de padre. Patria es paternidad, y toda paternidad es amable, es venerable.

La Iglesia sabe bien estas cosas y por eso estimula, exalta y bendice el patriotismo auténtico. El Clero asimila los sentimientos de la Iglesia. Y por eso fué el Clero quien presidió el alumbramiento de nuestra Patria. La mitad más uno de los que la tomaron en la cuna para presentarla al mundo eran sacerdotes. Es bueno recordarlo hoy cuando algunos, pretextando inculcarnos patriotismo, exaltan con propósitos inconfesados un nacionalismo espúreo. Lo llamo espúreo, por-

que es la desvirtuación del originario, del auténtico. El patriotismo auténtico y originario es generoso, magnánimo, hospitalario. Es como nuestra bandera. Es como nuestro sol. Es como nuestro cielo. No sólo para sus hijos, ¡sino para los hijos de todas las patrias de la tierra! El nacionalismo estrecho, cerrado, agresivo, exclusivista —ya lo ha dicho terminantemente el Papa— no es cristiano. Y nosotros debemos añadir: ¡Y tampoco es argentino! ¡Y no es argentino, porque no es cristiano; y no es cristiano, porque no es humano!

El patriotismo, como todos los amores auténticos, debe beberse en la fuente. No después que haya corrido y que se haya contaminado.

* * *

Desde hace mucho tiempo, venían oyéndose en el seno de la civilización contemporánea voces no precisamente proféticas, pero sí admonitoras de catástrofes que se veían venir. Pero abundaron los filósofos y los políticos que llegaron a imponer el criterio salvacionista de los escribas y fariseos. La paz social, la evolución económica, el progreso de la civilización, exigían, según ellos, la previa eliminación de la formación cristiana. El Cristianismo ancestral no era sólo una rémora, constituía además un germen de división y de lucha, se hacía necesario proscribirlo. En su reemplazo vendría el liberalismo, vendría el laicismo. Con el uno y el otro, iniciaría su carrera de progreso indefinido la civilización contemporánea a la claridad del siglo de las luces. Pero ahí están ya los hechos demostrando que no ha sido así. De ello ya está tomando nota la historia.

Para algunas de las naciones que continuaban llamándose cristianas, pero que habían eliminado el espíritu del Cristianismo de su constitución, de su diplomacia, de su eco-

nomía, de su política y de su enseñanza, la catástrofe ha sobrevenido ya.

Jesucristo, llorando sobre la cumbre de una colina, profetizaba la ruina de su patria, mirando el futuro, mirando hacia adelante. Yo, en cambio, quiero mirar hacia atrás; y aun hallándome moralmente como sobre un cúmulo de ruinas, me resisto a anunciar la decadencia de la mía. Pero tengo el deber de decir a cuantos quieran contribuir generosamente a preservarla, que el liberalismo y el laicismo, deshechos y confundidos entre aquellas ruinas, están confesando a gritos que la salvación está en el Cristianismo.

* * *

La esencia de la Patria la forma su alma, es decir: la esencia espiritual formada de los recuerdos de cuna y de la atmósfera espiritual de su vida. Esencia amasada de victorias y derrotas, de alegrías y tristezas, de intereses y afectos, de evocaciones y esperanzas, de derechos y deberes, de renunciamientos y libertades, de amores y creencias; de todo eso que es lo que constituye su historia, historia que debe ser inviolable, porque la Patria tiene una historia, no dos, sino una sola; y si ésta se mutila, la Patria en cierto modo deja de existir; de todo eso, en fin, que es lo que caracteriza su fisonomía moral; y si esa fisonomía se transforma, la Patria se desfigura y se profana.

Bien está que nos hallemos dispuestos a trabajar, sacrificarnos y morir en defensa del territorio, la sangre, el idioma, la constitución y la bandera, que son como el cuerpo sagrado de la Patria. Pero estémolo más aún por la defensa de su alma, de su alma que es eminentemente cristiana. El deber sagrado de esta hora es no el de eliminar, sino el de

introducir el Cristianismo en la vida individual de los hombres y en la vida integral de la nación.

* * *

El tiempo no permite detenerme en la consideración de la escena de la expulsión de los mercaderes del Templo.

Pero las actuales circunstancias parecen denotar que no se hallan consignadas estas dos escenas en el mismo Evangelio simplemente al acaso.

Los prolegómenos de la decadencia, se exhibían ya desde los pórticos del Templo Salomónico. A él se dirigió Jesús después de alojarse en Jerusalén. El mercantilismo hacía crisis. El uso permitido de ofrecer en venta las ofrendas a los que iban a realizar los actos del culto divino, había llegado al abuso. Los panes de la proposición, el óleo de las lámparas y de las uncciones, las tórtolas del rescate, se habían convertido en objetos de especulación. El cambio de moneda extranjera por la hebrea, única aceptada para el culto, se utilizaba para ejercer la usura. Los mercaderes traficaban hasta con las cosas santas. Y el pobre pueblo no sólo era explotado, sino que además sufría el sonrojo de no poder cumplir con las prescripciones rituales de la ley mosaica.

He ahí un signo de decadencia. La especulación, el mercantilismo, la venalidad... Cuando el mundo se convierte en un mercado en que todo se compra porque todo se vende, ya nada falta para que se transforme en una hoguera.

No es agradable exhibir demasiado la llaga de la venalidad que tanto se ha dilatado en nuestro medio. Pero es urgente que quienes tienen la misión de hacerlo, empuñen con energía el látigo para expulsar a los mercaderes sin conciencia del Templo de la Patria, aun cuando más no sea para evitar el hambre del pueblo.

Véase cómo Jesucristo es el modelo de todas las virtudes, aun de las ciudadanas y patrióticas. Véase cómo en Él se halla la salud del alma y del cuerpo. Véase cómo contribuye a la felicidad de la vida presente y de la vida futura.

26/7/42.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás, la siguiente parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro, publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias de que no soy yo como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, situado a distancia, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, tened compasión de mí, que soy pecador. —Yo os digo, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro: porque “todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.”

San Lucas, cap. XVIII, v. 9-14.

El Evangelio de hoy nos obliga a reflexionar sobre nosotros mismos. La parábola que contiene no es otra cosa que el espejo que nos pone por delante Jesucristo para que nos miremos la conciencia; o si se quiere, el cuadro —tomado de la realidad o ideado por Jesucristo, poco importa—, pintado por su palabra y coloreado por su imaginación. Y este cuadro nos lo ha propuesto para que de él desprendamos una de las más grandes y eficaces lecciones para la vida.

En ese cuadro hay dos figuras: la que representa la soberbia y la que encarna la humildad. Es necesario mirarlas

de cerca, y no sólo en conjunto, sino en detalle, para alejarnos cada vez más de la primera y aproximarnos a la segunda.

Vayamos siguiendo la descripción hecha por el mismo Jesucristo.

“Dos hombres subieron al Templo para rezar.” Dice: *Subieron*. En efecto: el Templo estaba situado sobre la cima del monte Moriah. Se hacía por lo tanto necesario subir para llegar al Santuario de la oración. Imagen de la necesidad de la elevación del alma para ponerse en comunicación con Dios. De esos dos hombres el uno era fariseo; el otro, publicano. El primero forma parte de la secta a cuyo cargo estaba la custodia y el honor de la Ley. Pertenecía por lo tanto a los hombres más respetados por los judíos.

El segundo era uno de los recaudadores de los impuestos, y por eso detestado por los hijos de Israel, a causa de que representaban entre ellos al pueblo vencedor que les exigía los impuestos en provecho de Roma.

Entra al Templo el fariseo; pasea la mirada desdeñosa por todo el ámbito del recinto, se apercibe de la presencia del publicano y se dirige al primer lugar, al sitio de honor, el más próximo al *Sancta Sanctorum*. Y mientras marcha, se complace en la contemplación de su propia figura, reflejada por los mármoles del pavimento. No es difícil descubrir cuál es el sentimiento dominante en aquella alma pagada de sí misma. La soberbia se manifiesta así, porque se vuelve incapaz de darse cuenta de la repulsión que causa. ¡Dios mío! Nosotros ¿no nos dejaremos también infatuar así, cuando alguna circunstancia nos induce a creer en nuestra superioridad con relación a los demás?

El fariseo fija los ojos en el Altar y comienza su plegaria. Se queda de pie. Este detalle, no es vituperable. Entre los judíos es la actitud ordinaria. Pero hay dos maneras de estar de pie. Una simple, correcta, sin ninguna presunción. Otra,

pretenciosa, altiva, orgullosa. Tal era la del fariseo. La cabeza echada hacia atrás, el aire arrogante, la mirada despectiva. Al verlo, se diría que es la perfecta imagen de la soberbia.

La plegaria correspondía a la actitud: "Dios mío —comenzó diciendo—, os doy gracias..." Este principio es irreprochable. Y debería ser el mismo con el cual iniciáramos nosotros muchas de nuestras oraciones. Por la mañana: Dios mío, os doy gracias por haberme conservado la vida durante la noche. Y por la noche: Dios mío, os doy gracias, por haberme preservado de tantos peligros durante el día. Pero en los labios del fariseo aquella fórmula inicial sólo servía para poner de relieve las propias alabanzas. En efecto: él continuó diciendo: "Os doy gracias de ser mejor que los otros hombres. Los otros son usureros, adúlteros, injustos." Esos elogios tributados a sí mismo no nos parecen verosímiles. Sin embargo corresponden a las exigencias instintivas de la naturaleza humana; de lo contrario Jesucristo no los pondría en labios del fariseo, que, en definitiva, no es otra cosa que un hombre, privado en absoluto de espíritu cristiano. Tales palabras tal vez nosotros no las pronunciemos, mas no porque seamos muy virtuosos, sino porque somos más refinados. Pero si nos estudiamos bien, descubriremos tener los sentimientos que las inspiran; porque en casi todas las oportunidades de establecer comparación que nos presenta la vida, nos sentimos superiores a los demás.

En esta época en que se debaten tantas opiniones, estamos convencidos de que la verdadera es sólo la nuestra. En estos tiempos en que pugnan por imponerse tantos sistemas, sostenemos que el único que debe triunfar es el que nosotros hemos adoptado, y tal vez lo hemos adoptado para que triunfen con él nuestros propios intereses. Cada cual se siente mejor inspirado, más bien informado y más posesionado de la

verdad. Los otros son subalternos, son interesados, se hallan engañados, están en el error.

21/7/40.

* * *

El Evangelio de hoy es el de la humildad. Jesús nos traza un cuadro magistral en impresionante contraste, que presenta la presunción, la esterilidad, la inhumanidad del orgullo personificado en el fariseo; y el encanto, la fecundidad y la belleza moral de la humildad, representada en el publicano. Al pie de ese cuadro coloca esta máxima: *El que se exalta será humillado.*

Cuando vino Jesucristo, en el mundo no existía la humildad. La antigüedad no conoció esta virtud. De ella no existía ni el nombre. Se conocía la humillación, pero se desconocía la humildad. Se conocía la humillación porque la inmensa mayoría de la humanidad vivía en ella. La mujer, es decir, la mitad del género humano, no era un sujeto de derecho, era un objeto. Y en cuanto a la otra mitad, la inmensa mayoría de los hombres, eran esclavos. La humanidad vivía, pues, en la humillación.

Vino Jesucristo y trajo en sí mismo la humildad y la practicó y la enseñó. La humildad es la virtud que redime de la humillación a tal punto que la transforma en gloria. *"Discite a me quia mitis sum et humilis corde."* Humilde de corazón, es decir, por propio convencimiento, por propia voluntad, de todo corazón.

* * *

Evoquemos la escena de Jesús celebrando por última vez la Pascua con sus discípulos en la víspera de su muerte.

Les ha anunciado su próxima partida y su separación

violenta. Los discípulos se hallan abatidos en extremo. Para levantarles el espíritu les asegura el cercano advenimiento de su reino. Entonces reaccionan un poco, pero terrenamente. ¿A quién de ellos —preguntan—, corresponderá entonces el primer lugar? ¿Quién mandará? ¿Quién presidirá? No recriminemos por esto demasiado a los discípulos, todavía tan ignorantes y sin la asistencia del Espíritu. ¿No es ésa, acaso, la ambición suprema de los hombres de hoy, después de veinte siglos de Cristianismo? ¿No es la aspiración general ser el primero en los diversos órdenes en que se actúa? El primero en las preferencias, en los honores, en los puestos, en el juego, en el talento, en la belleza, en el amor, en el dinero, en la fuerza, en la gloria o en el mando? Sí, tal es la aspiración general y es ella la raíz de todas las discordias individuales y colectivas, políticas y sociales, económicas y religiosas. Es ella la causa profunda del malestar actual del mundo.

Jesús les contesta con una lección que va dirigida a toda la humanidad: “He vivido con vosotros tres años enseñándoos, ¡y todavía estáis tan apegados a las cosas terrestres! Vosotros en compensación de los sufrimientos que os aguardan, compartiréis mi reino y juzgaréis a las doce Tribus de Israel. Pero escuchad lo que os voy a decir: Los reyes reinan sobre los pueblos y éstos los sirven y los honran. Que no acontezca lo mismo con vosotros. Quien llegue a ser el más grande, hágase el más pequeño. Quien sea colocado el primero, considérese el último. Y el que gobierna, sea como el que sirve. ¿Quién es más grande: el que está sentado a la mesa o el que la sirve? El que está sentado a ella, ¿verdad? Así, pues: yo que estoy sentado a la mesa y en sitio de preferencia, debo considerarme como el último de los que sirven. Y en efecto: ved lo que voy a hacer.”

La majestad de Cristo que en ese momento se levanta, pa-

rece crecer ante el asombro y la expectativa de los discípulos. Pide una vasija con agua y una toalla. Se pone un delantal y se arrodilla ante Simón Pedro. “¿Qué es lo que vas a hacer, Señor?” — Lavarte los pies. — ¿Lavarme los pies? ¡Jamás! — Pero, si no te dejas lavar los pies por mí, no tendrás participación en mi reino.” Y el Maestro continúa realizando con todos ese mismo ministerio, ¡que más propio que de un sirviente es de un esclavo! ¡Jesús sirviendo a sus apóstoles como un esclavo!

¡Qué ejemplo, mis hermanos, y qué lección! Por regla general todos los favorecidos con alguna preeminencia piensan que ella les confiere el derecho de gozar de un privilegio frente a los demás. El concepto evangélico es el opuesto. Esa preeminencia es una facultad que Dios otorga para utilizarla en beneficiar a los demás. El concepto de la superioridad según el Evangelio es a la inversa del del mundo. ¡Qué admirable es el concepto del Evangelio acerca del gobierno! “El que gobierna —dice Jesucristo— sea como el que sirve.”

La inmensa mayoría de los que hoy gobiernan los pueblos, ¿son como los que sirven? ¿Están procediendo como quienes sirven los intereses del pueblo, o están sirviéndose de los pueblos a quienes masacran en servicio de sus ambiciones?

* * *

Si bien lo observamos, nada contribuye tanto a falsear el concepto que nos formamos de nosotros mismos, como las comparaciones que instintivamente establecemos respecto de los demás. En virtud de una sugestión natural y generalmente inadvertida, nos sentimos inclinados a no establecer comparaciones sino cuando sirven para evidenciar nuestra superioridad. Cuando, por el contrario, acusan nuestra inferioridad, las deseamos. A nuestro amor propio resulta singularmente

grata la constatación de nuestra superioridad, física, intelectual o moral sobre el prójimo, a quien nos place mirar desde cierta altura real o imaginaria, a la manera como el conquistador mira a los salvajes que civiliza. Y esta disposición habitual de nuestras apreciaciones personales, nos lleva insensiblemente a extremos funestos, porque nos aboca al peligro de utilizar la misma religión que profesamos para coonestar el equívoco en que incurrimos. En efecto, fundados en que somos creyentes, llegamos a persuadirnos de que los juicios de Dios han de ser iguales a los nuestros. Pero en los platillos de la balanza de Dios no pesan nada las pretensiones; las únicas que pesan son las realidades. Dios no juzga por las apariencias. No incurre en acepción de personas, ni de grupos, ni de clases, ni de razas.

* * *

La naturaleza humana adolece de una propensión ingénita hacia la vanidad y el orgullo. Por eso somos tan indulgentes con nuestros propios defectos y nos sentimos tan satisfechos de nuestras pretendidas perfecciones. Por eso nos parecen sensatas las gentes que descubren nuestra inteligencia, y perspicaces las que advierten nuestros merecimientos. Y por eso también, cuando damos con personas que discuten o niegan nuestras buenas cualidades, se nos hacen antipáticas, les pedimos pruebas y hasta les exigimos reparaciones.

La página del Evangelio de hoy es un cuadro insuperable trazado por Jesucristo, en el cual con pinceladas maestras hace resaltar la fealdad del orgullo en la figura del fariseo y la belleza de la humildad en la del publicano. Y en ese cuadro hay un detalle de aleccionadora sugerencia: el de la exaltación del orgullo del fariseo al compararse con el publicano. No sé si hemos advertido lo bastante ese otro de

los efectos lamentables de esa propensión de la naturaleza humana hacia el orgullo, el que dimana de las comparaciones. Dentro de nosotros está siempre el fariseo aguardando la oportunidad de poder decir: Señor, te doy gracias porque no soy como los otros hombres; no soy como ese publicano: yo cumplo tus preceptos. Y en el vértigo de esa fatua exaltación, identificamos el juicio de Dios con nuestro juicio personal. Nos persuadimos de que ha de castigar lo que nosotros reprobamos y de que ha de premiar lo que nosotros defendemos. ¡Qué error! ¡Cuán distintos son los juicios de Dios de los juicios de los hombres! Hasta Dios no llegan los prejuicios humanos. Su mirada no se detiene en la apariencia, sondea la realidad. En su apreciación de nada vale la etiqueta, sólo cuenta la sustancia. Y en todas las etapas de la historia, en todas las latitudes de la tierra, en todas las clases de la sociedad, en todas las formas de la civilización, en todas las condiciones de la vida, arroja con pródiga abundancia la divina simiente de su gracia. Y el Espíritu sopla donde, cuando y como quiere, y su sople vivificante fecunda todos los terrenos, volviéndolos aptos para producir elegidos. ¡Y cuántas veces una corteza pagana está encubriendo el fruto de la gracia cristiana!

A nadie asiste el derecho de considerarse mejor que su prójimo, aun cuando se trate del más miserable de los hombres. Yo no me atrevería a decir, en términos generales, que los paganos son mejores que yo. Sería hacer una injuria a la Fe de mi bautismo y a la Redención de Jesucristo. Pero tampoco me atrevería a afirmar en términos absolutos que son peores que yo, por temor de que el juicio de Dios venga como un rayo a quebrar mi soberbia poniendo en descubierto mi mentira.

Observemos aún al fariseo. Para convencerse de que es mejor que los demás, comienza a hacer el recuento de sus méritos. Y se lo hace al mismo Dios como para que Dios no los ignore y se los tenga siempre presentes. "Yo ayuno, dice, dos veces por semana." La ley mosaica, sólo prescribía un ayuno anual: el de la gran Expiación. Los fariseos tienen la pretensión de ir más lejos, y éste estaba haciéndoselo saber al mismo Dios. Bien se encargaban de hacerlo saber también a los hombres; puesto que en los días del ayuno se presentaban al público con aire triste y en apariencias penitentes.

Sigue diciendo: "Pago el diezmo de lo que poseo." Pagar el diezmo era una imposición de la Ley. Y esto lo hacían con ostentación. En cambio, demasiado sabemos cómo los fariseos defraudaban a los trabajadores en sus salarios, expoliaban a las viudas y los huérfanos y eran usureros en sus préstamos. ¡Hipócritas! De esa manera no se cumple con la Ley. Y esto vale para los judíos y para los cristianos. De esa manera se guarda la letra, pero se vulnera el espíritu; y es sabido que la letra mata y sólo el espíritu vivifica.

Pero no hay para qué detenerse a hacer aplicaciones. La conciencia de cada uno, al mirarse en el espejo que Jesucristo le pone por delante, podrá cerciorarse si refleja o no su propio retrato.

Los que se dicen católicos y para atestiguarlo cumplen a veces con algunos ritos externos, suelen escudarse en ello para justificar su menosprecio hacia los que no lo son. Pero ¿en qué se diferencia esencialmente la vida de los unos de la de los otros? ¿Acaso la vida de muchos cristianos corresponde siempre a la norma del deber, de la virtud, de la honestidad, y aun de las simples virtudes naturales? Y si corresponde, ¿en qué las supera? *Quid amplius?* Estas dos palabras deberían clavarse como dos espuelas en los flancos de todos los tibios y de todos los mediocres que intentan prevalerse de su

cristianismo para considerarse superiores a los demás. Deberían herirlos en su orgullo satisfecho hasta hacerles saltar la sangre, para obligarlos a iniciar con humildad y decisión su marcha por la senda de las virtudes cristianas.

Para darnos cuenta de las maravillas que opera la virtud de la humildad, ahondaremos un poco en el fondo de la naturaleza humana.

Lo primero que descubrimos al profundizar en ella es su identidad. La primera nota deducida de la observación de los hombres es la de *la igualdad*. Nos referimos, desde luego, a la igualdad esencial.

Todos somos absolutamente iguales en estos tres puntos: en el origen, en la esencia y en el fin.

Todos procedemos de la misma raíz. Ya pueden los hombres discutir preeminencias derivadas del color, de la raza y de la sangre. No tenemos más que volver la mirada hacia atrás, y fijarla en el punto de partida para descubrirlo en la misma gota de sangre que procedió de Adán. Todos tenemos la misma esencia: la naturaleza humana.

Y todos tenemos un mismo fin. Todos entramos a la vida llorando y salimos de ella de la misma manera.

La vida gira alrededor de dos lágrimas: la que se vierte al nacer, y la que se derrama al morir.

La desigualdad es accidental. Está en la diferencia de dotes del cuerpo y del alma. Y en la diversidad de grado en la condición de la vida. Con todo, esa desigualdad es suficientemente poderosa como para causar diferencias enormes y provocar grandes y funestas perturbaciones en la convivencia humana.

Por eso, siempre ha existido la preocupación formidable por establecer la mayor igualdad posible en las condiciones de la vida. He aquí una lucha noble que viene constituyendo el ensueño de la humanidad. Se han consumado grandes re-

voluciones y se ha derramado mucha sangre para establecerla. Fué una de las conquistas de la Revolución Francesa. Conocemos su fracaso. Hoy ya no es una nación; hoy es casi todo el mundo que se está destrozando por cimentarla. En el subsuelo de todos los planos sobre los cuales se desarrolla la contienda, hay la aspiración hacia una nivelación más general. Pero la igualdad no será, no puede ser un fruto de esta lucha titánica, a causa del orgullo. Fué el César de la edad moderna quien al recibir en Egipto una carta de un miembro del Instituto de París encabezada con estas palabras: "Mi querido condiscípulo", la restregó indignado en aquella mano acostumbrada a rubricar los partes de las victorias, y la arrojó lejos diciendo: "Mi querido condiscípulo: ¡qué estilo!" He ahí el producto ingénito de la naturaleza humana desde el más grande hasta el más pequeño de los hombres. ¿Y por qué razón? Porque desde el más grande hasta el más pequeño sienten en la intimidad de su ser las reacciones del orgullo. Del orgullo que es un sentimiento falso, inhumano e infortunado. Falso, porque es imposible que todo el mundo pueda ser el primero. Inhumano, porque tiende al envilecimiento de todo lo que es superior. Infortunado, porque está en perpetua contradicción con todas las realidades de la vida.

¿No se llegará, pues, jamás, a realizar el ensueño de una mayor igualdad entre los hombres? Jamás, mientras se pretenda establecerla por las armas, fundarla en la violencia o decretarla con la ley. La igualdad no vendrá de fuera para adentro; procederá de dentro para afuera.

2/8/42.

* * *

Hay palabras que ejercen sobre el espíritu una seducción poderosa. Una de ellas es "la igualdad". Para los pueblos la igualdad entraña una idea muy humanitaria y muy acariciada. Por eso la proclaman con énfasis todos los interesados

en captarse la benevolencia de las multitudes. La igualdad constituye el ideal de toda filosofía humanitaria y de todo programa político. Se la ve y se la presenta como el alma de la democracia.

Pero cuando uno la hace bajar de las regiones especulativas y trata de actualizarla en las realidades de la vida, se comienza a tropezar con obstáculos que parecen insalvables.

Hagamos un análisis. Son dos las acepciones de la igualdad. Una accidental, otra esencial. La igualdad accidental es la que se refiere a los accidentes externos y a las condiciones variables hasta lo infinito de la vida humana. Es la igualdad que pretendería imponerse en las expresiones externas del orden político, del económico y del social.

A ese respecto, la nivelación absoluta de la humanidad, es imposible. Jamás podrán suprimirse los efectos, cuando las causas que los producen son inmanentes. Y esas causas son entre sí bien diferentes. Los hombres adolecen de una diversidad insanable en su salud, su laboriosidad, su capacidad y su talento. Y no debemos lamentarnos por ello. Si esa diversidad se suprimiera, quedaría paralizada la vida, porque cesaría el intercambio entre los hombres. La nivelación absoluta en el orden político, económico y social, produciría una paralización de orden moral, semejante a la que resultaría en el orden físico, si se intentara establecer la nivelación de la estatura humana suprimiendo las cabezas.

Desde el punto de vista accidental, bien podemos decretar la igualdad en nuestras Constituciones republicanas. ¡Sean estas bienvenidas! Realizarán un esfuerzo loable. Pero la realidad de los hechos, comprobará su ineficacia.

Y el orgullo innato, que constituye el fondo de la naturaleza humana, contribuirá a acentuarla, porque proclamará la igualdad siempre que pueda invocarla para abatir a los

que se encuentran más arriba y nunca para elevar a los que se hallan más abajo.

No obstante la imposibilidad de llegar a suprimir por medio de un igualitarismo absoluto las diferencias accidentales de la vida, podemos y debemos contribuir a establecer una mayor nivelación general; una mayor extensión de la cultura, una mejor distribución de la riqueza, una abolición más absoluta de las desigualdades irritantes introducidas por los abusos, y una conquista más generalizada, y añadiré más universalizada, del bienestar del pueblo. Y mientras estas aspiraciones, que no son sólo del pueblo, sino también de la justicia, no sean una realidad, estarán en permanente y gravísimo peligro el orden social y la estabilidad institucional. Porque o se las dan a los pueblos, o éstos se las toman. Pero, con la misma valentía con que declaro que es éste el ideal cristiano que sostengo y que propugno, afirmo que es utópico el igualitarismo absoluto.

* * *

Es necesario decir algunas palabras acerca de la igualdad esencial. Es ésta la que se funda en la identidad absoluta de origen, de esencia y de destino. Todo hombre, por grandes que sean las diferencias aparentes, es el mismo compuesto de: materia y espíritu. La igualdad esencial es absoluta. He ahí la gran verdad de la ciencia humana ratificada por la revelación divina. He ahí la verdad que debiera estar contenida en todas las Constituciones: monárquicas y republicanas; totalitarias y democráticas; a fin de que fueran reguladoras de la vida de los pueblos.

Pero los hombres, que tanto enaltecen, al menos teóricamente, la igualdad accidental, contrarían la igualdad esencial que es la prodigiosamente fecunda y debiera ser inexo-

rablemente inviolable. Los hombres pretenden modificar la igualdad esencial, sancionando, como sustanciales, diferencias que sólo son accidentales, como el color, la sangre, la raza, la cultura, la fortuna, el poder, la situación política y la condición social. He ahí la causa del desequilibrio, de la rivalidad y del odio; he ahí la causa de la entronización de la desigualdad en el mundo.

Y ¿a qué se debe? A la ausencia de la gran virtud que Jesucristo inculca a los hombres en el Evangelio de hoy: la virtud de la humildad. Sin humildad, la igualdad no se establecerá jamás en el mundo y, a pesar de todas las exclamaciones, permanecerá siendo un ideal, o mejor una utopía.

Pero la humildad no ha sido ni será jamás producto de la naturaleza humana. La humildad es una virtud. Virtud viene de *virtus* que significa fuerza. Se requiere, por lo tanto, el empleo de una fuerza para imponerla a la naturaleza humana, y una fuerza que la contraríe, que la violente, que la domine. Pero esa fuerza no puede ser de orden físico. La fuerza material no puede nada contra el espíritu. Todos sus embates son estériles. La fuerza que se requiere es de orden moral. Y esa fuerza no procede del hombre, sino de Dios. La Teología le ha dado un nombre, se llama: la gracia. La humildad es una virtud sobrenatural porque no se obtiene sin el auxilio de Dios. Por eso es una virtud tan rara. Son muy raros los que la piden de verdad. No es necesario insistir en su demostración. Cada uno lleva dentro de sí la prueba de la violencia que comporta la virtud de la humildad.

¿Hay algo que provoque en el hombre mayor rebeldía que la humillación?

Yo no tengo necesidad de violar el santuario del corazón de mis hermanos. Para saber lo que pasa en él, basta ponerme la mano sobre el mío y descubrir su secreto. Poco

o nada me cuesta adoptar una actitud modesta, o decir que soy inferior a los demás, y aun que soy el último. Pero cuando me doy cuenta que lo dicen otros y, más aún, que lo creen, toda mi naturaleza se yergue en rebelión.

Mahoma, sin pensarlo, interpretaba bien a la naturaleza humana, cuando dijo en cierta ocasión: "¿Iguales? ¡Mucho tiempo ha que Mahoma no los tiene!"

Es lo que pone Jesucristo en labios del Fariseo en la parábola del Evangelio de hoy: "Señor, te doy gracias porque no soy pecador como los otros hombres. Ellos son inferiores a mí: son como ese publicano que hasta tiene vergüenza de levantar los ojos para mirar de frente." Y sin embargo, no obstante la igualdad esencial, el publicano fué juzgado por Dios infinitamente superior al Fariseo. ¡Es muy saludable la humillación que se siente en el vicio, pero es muy funesto el orgullo que se tiene en la virtud!

* * *

Miremos ahora al publicano. ¡Qué contraste con el fariseo! El publicano podría estar cargado de muchos pecados; ¡pero su humildad se los estaba redimiendo! Por de pronto, se queda él en el último lugar. ¡Ese último lugar, que tan mal nos sabe a todos! Permanece muy alejado. Lo más distante posible del santuario, porque su alma se reconoce muy apartada de Dios. Indigna de comparecer en su presencia. Se mantiene en una actitud modesta. Con la cabeza baja, como si se doblegara bajo el peso de la propia indignidad. Con los ojos bajos, muy bajos, como si no se atreviese a levantarlos hacia Dios, porque lo ha ofendido.

¡Qué ejemplo para nosotros! Nosotros tantas veces hemos delinquido; hemos quizás arrimado de nuestra parte palabras, pensamientos y obras con los cuales hemos acrecido el

acervo de los males que provocan la justicia de Dios; y sin embargo, nos permitimos a veces levantar los ojos como en actitud de recriminación o de queja por lo que Él permite. ¡La única actitud que nos corresponde es la del publicano!

Y no solamente se halla con los ojos bajos. Se está dando golpes de pecho, diciendo: “¡Dios mío, tened piedad de mí, que soy un pobre pecador!” Se golpea el pecho porque quiere denunciarse merecedor de reprensión y de castigo. ¡Por eso implora misericordia! ¡Tened piedad de mí, que soy un pobre pecador! ¡Qué bella oración! ¡Cuánta brevedad, cuánto laconismo! Pero ¡qué alcance y qué eficacia!

¡Si el mundo de hoy rezara así! ¡Si bajara los ojos para mirarse por dentro! ¡Si se diese golpes de pecho para expresar su convicción de que realmente merece los castigos que lo afligen! ¡Si se confesase pecador! Porque, en definitiva, no hay nadie en la presente contienda que sea tan inocente como para atreverse a tirar la primera piedra. Tal vez se adelantaría la hora de la sanción divina, porque la actitud de los hombres la habría anticipado.

Jesucristo termina esta parábola llena de sabiduría divina con esta afirmación: “Yo os digo”, “Yo os afirmo”... Como si quisiera salir al encuentro de la sorpresa que puede causar el contraste de la realidad interior con la exterior. “Yo os digo: el publicano, a diferencia del fariseo, bajó del Templo y se fué a su casa justificado.” Y agregó: “Porque el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado.”

¡Cuán diversos son los caminos de los hombres de los caminos de Dios y los juicios humanos de los divinos!

En el mundo de los hombres, ¿quién habría pensado que para recuperar la inocencia había que reconocerse culpable, que para dejar cumplida la venganza había que otorgar el perdón, que para conquistar la tierra había que armarse de

mansedumbre, que para subir se hacía necesario bajar? Tal es la moral de esta parábola: la descalificación de los infatuados, y el fracaso de los soberbios, la bendición de los arrepentidos y la canonización de los humildes. Tal es el juicio de Dios y el camino que descubre a los hombres para que se reconcilien entre ellos, y para que ellos se reconcilien con Él.

Observémonos en casos concretos. Por ejemplo, respecto de la fraternidad. ¿En qué estado se halla en nuestros días la fraternidad entre los cristianos? Somos amables con los que por sus cualidades personales, sus convicciones religiosas o sus ideas políticas, nos son simpáticos; pero ¿en qué época de la vida hemos soportado durante un solo día por amor de Dios a los que nos son adversos? Toda nuestra virtud consiste en apartarnos de ellos; y por el solo hecho de haberlos esquivado, nuestra conciencia se da por satisfecha y nuestra conducta parécenos cristiana.

Pero comparémonos con los incrédulos y con los ateos. ¿Acaso no hacen ellos lo mismo? ¿Acaso no observan esa misma conducta? ¿Acaso no la predicaron los paganos? Séneca, Plutarco y Cicerón enseñaron las virtudes moderadas. Pero Jesucristo tiene derecho a esperar de los cristianos algo más para reconocerlos como sus discípulos. Cedámosle la palabra: "Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo más: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian*; para que podáis consideraros hijos del Padre Celestial, el cual hace salir su sol sobre los buenos y los malos y envía la bendición de sus lluvias sobre los justos y los pecadores. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué recompensa habéis de merecer? ¿No lo hacen también así los publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos y a vuestros amigos ¿qué tiene eso de par-

ticular? ¿Por ventura no hacen lo mismo los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos así como lo es vuestro Padre Celestial." (Mateo. V, 43 al 48.)

Acabáis de oír cómo Jesucristo establece el parangón entre la fraternidad de los cristianos y la de los paganos, intentando provocar una saludable vergüenza en los cristianos.

Quiero desprender de aquí esta consecuencia: si la profesión de cristianismo no da derecho a establecer la propia superioridad y mucho menos a menospreciar a los demás, ¿cómo habrían de darlo las otras diferencias, necesariamente más accidentales, que separan a los hombres?

* * *

Si se hiciera un análisis para descubrir la causa de las discordias personales y domésticas, tendríamos esta revelación: la causa está en el orgullo individual.

Y si continuamos ese mismo análisis con el propósito de descubrir la causa de las guerras, tendremos esta otra revelación: la causa está en el orgullo colectivo. No sé si habéis observado lo que acontece, cuando los defectos pasan del orden individual al colectivo.

Hoy la humanidad se está dividiendo en cuadros. En cuadros civiles de razas, en cuadros de naciones. Y dentro de las razas y las naciones se está subdividiendo en cuadros económicos, en cuadros políticos, en cuadros sociales. Los que se concentran en unos, abominan de los que se refugian en otros. La familia humana y ¡ay!, la familia cristiana, se está dividiendo y se está subdividiendo. Y en la entraña de cada división, de cada subdivisión provocada por una ambición de predominio, se están concentrando los odios. Y he aquí la terrible característica de los odios de grupo, de los odios colectivos. Deforman la conciencia y diluyen la responsabili-

dad. La responsabilidad, cuando se siente compartida parece que dejara de ser personal. Cuando llega a ser de muchos, cada uno la evade como si no fuera de nadie. Tal es la explicación de los excesos colectivos, cuyas proporciones es imposible predecir y cuya responsabilidad casi nunca se puede individualizar.

La idea, pues, de los cuadros cerrados, según la cual todos los incluidos en unos son elegidos y todos los contenidos en otros son réprobos, es esencialmente anticristiana. Semejante criterio no es aceptable ni siquiera para diferenciar en términos absolutos las dos grandes porciones de cristianos y de paganos en que puede dividirse la humanidad.

* * *

Hermanos míos: estas divisiones de grupos, de clases, de partidos, debilitan extraordinariamente la resistencia social. Y estamos en unos momentos en que tal vez, aun cuando todos nos diéramos las manos, no sé si lograríamos contrarrestar el empuje del enemigo común a todos los que vivimos y queremos seguir viviendo dentro de la comunidad cristiana. "Todo reino dividido dentro de sí mismo será desolado."

La hora es solemne y decisiva. No nos consideremos superiores a nuestros hermanos, no los excomulgemos, no los condenemos. Seamos más tolerantes, más comprensivos y más condescendientes. Dejemos de mirarnos tanto por las divergencias que nos separan y detengámonos un poco más en la observación de las convergencias que nos unen. La catástrofe, en el caso que sobrevenga, nos hundiría a todos por igual. De la terrible experiencia en la cabeza y en el corazón de la madre, aprendan las hijas a sacar la lección y el escarmiento.

Oh buen Jesús, ayúdanos a sacar provecho de la experiencia ajena, y haz que comience a tener efecto entre nos-

otros la oración sublime y profunda que dirigiste al Padre Celestial en vísperas de dejar este mundo: "Yo ya no estaré más en el mundo; pero éstos quedan en el mundo. Yo estoy de partida para Ti, oh Padre Santo. Guarda en tu nombre a estos que tú me has dado a fin de que sean una sola cosa en la caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que Tú me diste y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, para que se cumplieran las Escrituras. Mas ahora yo vengo a Ti... y ellos se quedan en el mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal con que los amenaza el mundo." (Juan, XVII, 11-26.)

* * *

¡Oh Señor, cuán lejos estamos todavía de poder inaugurar el reinado de la igualdad en este mundo! Y la razón de ello es que los hombres estamos todavía muy lejos de haber adquirido la comprensión y, sobre todo, la práctica de la humildad.

El soberbio es siempre un elemento de discordia, un factor de desigualdad y, por lo tanto, una causa permanente de perturbación social. El humilde, en cambio, es un elemento positivo de unión, y, en consecuencia, de verdadera igualdad.

La soberbia es causa de división y de guerra: la humildad, de acercamiento y de paz. La soberbia es paganismo, la humildad cristianismo. La soberbia germina en la tierra y se alimenta de tierra; la humildad baja del cielo y vive de la gracia. ¿Quién nos enseñará la humildad?, ¿quién nos enamorará de ella?, ¿quién nos ayudará a practicarla? Nadie, fuera de Ti, Maestro de mi alma. Redentor de mi vida.

La humildad es la gran virtud de la cual quiso Jesucristo proponerse como modelo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde; et inuenietis requiem animabus vestris.* Aprended de Mí la mansedumbre y la humildad, y obtendréis la más grande de las conquistas en este mundo: ¡la de la paz de vuestras almas!

6/8/39.

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DEJANDO Jesús otra vez los confines de Tiro, se fué por Sidón hacia el Mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis.

Y le trajeron un sordomudo, suplicándole que pusiese sobre él su mano. Apartándole Jesús de la gente, le introdujo los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua; y alzando los ojos al cielo, exhaló un gemido y dijo: EFETA, que quiere decir abríos. Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. — Mandóles que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban, y tanto más crecía su admiración, y decían: Todo lo ha hecho bien: él ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos.

San Marcos, cap. VII, v. 31-37.

Un detalle del Evangelio de hoy me sugiere la oportuna lección que voy a deducir. Jesucristo se conmueve ante la desgracia del sordomudo y resuelve hacer el milagro de curarlo. Hubiera podido sanarlo en medio de la turba con un acto de su voluntad soberana. Pero ved cómo procede:

Lo hace salir de entre la multitud, lo aparta de ella y se lo lleva consigo.

El enfermo advierte en este solo detalle que algo de singular está por acontecerle. Por de pronto, la soledad a que es conducido contribuye a que más fácilmente pueda recon-

centrarse en sí mismo. El retiro es necesario al recogimiento, y el recogimiento es indispensable a la reflexión, sobre todo cuando la reflexión ha de ser sobre nosotros mismos para mirarnos por dentro con los ojos del alma.

* * *

La Iglesia ha adoptado el gesto de la curación del sordomudo para repetirlo en la administración del Sacramento del Bautismo. El Sacerdote con los dedos humedecidos en saliva hace la señal de la cruz tocando las orejas y la boca del que se bautiza, y pronuncia entretanto la misma palabra que dijo Jesucristo al tocar las del sordomudo: *Efeta*, es decir: ¡Abríos! Abríos, oídos, para que escuchéis las palabras con que entra el germen de la fe que se ha de guardar adentro. Abríos, labios, a fin de que a su tiempo os halléis dispuestos a dar testimonio de esa fe que se ha de profesar afuera.

De esa manera el que se bautiza, el nacido a la vida humana, renace, a la vida cristiana. El recién llegado a la vida natural, se incorpora a la vida sobrenatural. El que se bautiza, queda dotado de un nuevo sentido que lo pone en comunicación con el mundo superior.

El hombre, para ponerse en perfecta comunicación con el mundo inferior, que es el de la vida material, debe hallarse dotado de una doble percepción, una física y otra moral. Debe disponer de dos sentidos, uno material y otro espiritual.

* Tomemos como ejemplo la belleza. Los sentidos que la perciben son la vista y el oído. Pero, ¿bastan acaso la vista y el oído para captar la esencia de la belleza contenida en la grandeza de un panorama o en la armonía de una música? No, la inmensa mayoría del género humano permanece indiferente en presencia de la naturaleza y del arte; y sin em-

bargo, tienen ojos y tienen oídos. También a esos podría aplicárseles la frase de Jesucristo: "Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen." Y adviértase que esa belleza que permanece oculta para tantos profanos, esa belleza recóndita, esa belleza esencial, es toda una realidad, es lo más exquisito de la realidad de la belleza.

* * *

La inmensa mayoría de los hombres no la ve, no la descubre. Les falta la visión iluminativa de la fe, les falta la percepción sobrenatural. Ven lo material, descubren lo sensible, comprueban los fenómenos, constatan las apariencias. Y ante esas realidades inmediatas y exteriores, tan inexplicables a veces, tan contradictorias, se desconciertan, se espantan, se desesperan. Dicen: ¿cómo puede Dios permitir esas cosas, cómo puede tolerarlas?

Lo que acontece con la belleza pasa con todas las cosas de este mundo, con los sucesos, los hechos, los acontecimientos que se desarrollan en un momento dado de la historia. Observemos, por ejemplo, lo que ahora está aconteciendo en el mundo. La inmensa mayoría de las gentes se detiene en las realidades exteriores: en lo que se ve, lo que se oye, lo que se cuenta, lo que se pesa, lo que se destruye, lo que se sufre. Pero son pocos los que llegan hasta la contemplación de la esencia, de la sustancia, de la causa de todas esas cosas. Los que descubren de dónde vienen y a dónde van. Los que advierten la esterilidad o la fecundidad que anida en sus entrañas, los que adivinan el impulso y la dirección de los grandes movimientos que nos llevan. Y es porque no se hallan dotados de la percepción espiritual. Esa realidad esencial existe, sin embargo, aun cuando no se la descubra. La ignorancia de su existencia no exime de sufrir sus consecuencias; de

la misma manera que la inconsciencia del peligro no nos asegura contra él.

* * *

Cuando el alma se desparrama hacia afuera por las ventanas de los sentidos, anda disipada; y cuando anda disipada, está como aturdida. En tal situación, queda como cerrada a las inspiraciones superiores. Éstas no llegan al alma, porque el alma está, por decirlo así, ausente de su interior. Por eso está sorda. ¿Cómo puede oír quien se halla ausente? Todas las voces superiores requieren concentración para ser percibidas, y la concentración exige apartamiento del bullicio exterior, silencio, soledad. Para que la música entre a mi alma y la penetre y se apodere de ella y la eleve sobre las alas de su armonía, necesito reconcentrarme y que a mi alrededor se haga silencio, y, si es posible, que haya también oscuridad.

*

Por regla general somos reacios a ella. No nos resulta agradable descender al subsuelo de nuestro ser. Tenemos la convicción de que en el fondo secreto de nosotros mismos no hallaremos nada capaz de halagar al amor propio. Nada de simplicidad, nada de candor, nada de abnegación; y por eso no nos seducen los sondeos que nos serían ingratos, ni los exámenes que resultarían dolorosos. No nos decidimos a indagar los rincones de nuestra ciudadela interior con una antorcha en la mano, porque sabemos que están poblados de cosas que no redundan en nuestro honor.

* * *

Sin embargo, si queremos sinceramente marchar en la vida por la senda de la virtud, nos es indispensable apartarnos con frecuencia del bullicio del mundo. Si el mundo tiene tanto poder de seducir y de perder, es porque dispone de tantos medios de distraer y disipar. Si hay en la tierra tanta perturbación, es porque casi nadie se concentra en las intimidades de su propio corazón. *Quia nullus est qui recogitet corde.*

* * *

Lo que acontece en el mundo natural sucede en el mundo sobrenatural. Así como para penetrar hasta la esencia del mundo natural no basta la percepción óptica de los sentidos materiales, sino que se requiere la percepción espiritual de la inteligencia, para penetrar en el mundo sobrenatural, no basta la percepción espiritual de la razón, se requiere la visión iluminativa de la fe, luz superior a la natural, luz de luz, luz de Dios. La claridad del mundo sobrenatural sólo puede percibirse hallándose dotado de esa visión iluminativa de Dios. *In lumine tuo videbimus lumen.*

Ahora bien, lo sobrenatural es también real, tan real como lo natural. Y aun debería decir: más real que lo natural. Lo natural es aquello en medio de lo cual se desenvuelve la vida presente; y la vida presente es transitoria, es efímera, es mudable. Si la vida humana fuese sólo eso, sería una vida chata, una vida menguada, una vida pobre. La vida que nos vino a traer Jesucristo es infinitamente más elevada, es la vida completa, la vida rica, la vida exuberante, la vida trascendente. *Un vitam habeant et abundantius habeant.* Tal es la vida sobrenatural, sobreañadida a la natural. Y esa vida sobrenatural, repito, es real, es infinitamente real y actúa no sólo en la vida futura sino también en la vida presente; no

sólo en la eternidad, sino en el tiempo; no sólo en el cielo, sino en la tierra.

Sólo la soledad y el silencio nos permiten bajar a las profundidades de nuestro ser. Y allí es donde percibimos la voz de Dios. Por eso el desierto moral al cual a veces conducimos a nuestro espíritu es tan fecundo. ¡Cuántas lecciones se desprenden de aquí!

La primera es casi paradójal. En efecto, la soledad es precisamente la que nos advierte a los cristianos que nunca debemos considerarnos aislados, y que por eso no podemos ser egoístas.

En la soledad es donde oímos mejor el rumor de todo un pasado cristiano. Procedemos de él. Esa procedencia nos confiere una nobleza, y esa nobleza nos crea una responsabilidad. Somos los herederos, y tanto como herederos somos los transmisores de ese patrimonio de virtudes, cuya conservación nos es confiada por el coro sagrado de las voces de nuestros antepasados que viene a ser como la prolongación de la voz de Dios. Cada uno de nosotros al escucharla tiene el deber de decir: Soy el compañero de armas, el camarada sobreviviente de cuantos vivieron honrando a la familia, sirviendo a la Patria y glorificando a Dios. Y la soledad se me vuelve fecunda porque desde ella veo, con los ojos del alma, cómo todos ellos se incorporan para conjurarme a que no dilapide su patrimonio, y a que no apague su antorcha, porque yo con los demás cristianos con quienes convivo, somos hoy los encargados de conservarlos y de transmitirlos a la generación que nos suceda.

* * *

Las voces del pasado cristiano requieren silencio.

Las voces de Dios con más razón. "Dios no está en las turbulencias." La voz de Dios no clama, ni se oye, sino en

el desierto, es decir: en la soledad y en el silencio. Y no porque la voz de Dios sea débil, sino porque es muy profunda. Y sólo la concentración en la soledad y el silencio, nos permiten bajar a las profundidades de nuestro ser. Y allí es donde percibimos la voz de Dios. Por eso, el retiro espiritual, es tan fecundo.

* * *

El silencio de la meditación nos hace escuchar también la voz del presente. Es la voz de otra muchedumbre: "*rumor multitudinis*". La voz de las muchedumbres contemporáneas: la de los huérfanos que buscan amparo, la de los ancianos que aguardan asilo; la de los ciegos del cuerpo, que carecen de luz, y la de los ciegos del alma privados de verdad; la de los hambrientos de pan material, y la de los necesitados de alimento moral. "*Rumor multitudinis*": La voz de las muchedumbres. La del pueblo de Dios: la del proletariado cautivo y explotado por los duros Faraones modernos, contra los cuales quiere rebelarse, para que le sea posible y agradable vivir, y la del proletariado de los que carecen de trabajo y lo buscan desesperadamente para no morir.

La voz de las muchedumbres de los vencidos de la vida, que imploran caridad; y la de los que pueden y quieren seguir luchando y que para ello exigen justicia.

Esas voces no las escuchan los que andan en medio del ruido del mundo, y del aturdimiento de los placeres de la vida. Esos están sordos para todas esas voces; y porque no las perciben, las desconocen y las niegan.

* * *

En el silencio de la meditación, se advierten con las vo-

ces del pasado y del presente, también las del futuro. Los acontecimientos actuales que afligen a tantos pueblos, son como ecos anticipados de las voces de nuestro futuro. La voz que se anticipa a advertirnos los peligros que corremos, nos llega de varias regiones del mundo. Dios emplea a veces para hablar a la humanidad, que quiere salvar, un lenguaje semejante al del estampido del trueno y al fragor de la catástrofe. No que Él ordene los desastres, sino que al permitirlos, como consecuencias de los abusos de la libertad, los utiliza para provocar los necesarios escarmientos.

Y esa voz nos pregunta: ¿hacemos lo posible para impedir que se pervierta la mentalidad del pueblo? ¿Hacemos lo necesario para abolir su miseria y procurar su bienestar, dándole con los hechos la evidencia de que mienten quienes le dicen que la Iglesia es enemiga del pueblo y a la vez aliada de los poderosos y los ricos? ¿Hacemos lo posible para ser más justos, más condescendientes y más buenos con nuestros semejantes?

Ya no es tiempo de poder continuar haciéndonos los sordos. ¿Cómo podríamos, en esta hora del mundo, continuar pensando que es posible volver a vivir egoístamente y sólo para nosotros mismos? ¡No! Ya no se puede seguir pensando así. Yo debo conducirme de manera que cada uno de los que sufren pueda pensar que yo les pertenezco. Es necesario que descubran, aun en mi mirada, que no me son indiferentes. Y que en mis obras comprueben que soy su prójimo y que estoy siempre dispuesto a ser su hermano.

Y aun cuando tenga el convencimiento de que aquellos mismos a quienes quiero hacer mucho bien, me harán mucho mal; aun cuando tenga el presentimiento de que aquellos por quienes me sacrifico han de tratar de injuriarme y acaso también un día, de matarme; de tamañas ingratitudes no surgirá la voz del desaliento, ni menos la voz de la venganza.

Llevado de la mano por Jesucristo, compartiré su soledad; y en su silencio, percibiré, dominando sobre las protestas del mundo y las rebeldías de la naturaleza, la voz divina del perdón, cuya eficacia alcanza hasta el futuro, porque enseña a perdonar de antemano las ofensas, aun antes de haberlas recibido.

Mas, para percibir esas voces, es necesario que Jesucristo haga con nosotros lo que hizo con el sordo del Evangelio. Le tocó los oídos con el dedo. En el lenguaje Evangélico “el dedo de Dios” es su Espíritu Divino. Cuando nos hallamos en presencia de una maravilla decimos: “*Digitus Dei est hic*”: Aquí está el dedo de Dios. Que el dedo de Dios nos toque el oído del alma para que escuchemos su voz y la sigamos.

Y en la soledad de nuestro retiro, en la breve oración de la noche, al hacer el examen de nuestra conciencia, arrepintámonos de todas las veces que nos hayamos hecho sordos a la voz de Dios. De esa manera, cuando llegados a la noche de la vida, estemos a punto de dejar de oír las voces del mundo, cuando llegados a la hora de los renunciamientos definitivos y de las separaciones supremas, nos vengas a librar del servicio y a relevar de la facción dándonos la orden de comparecer en tu presencia, al escuchar tu llamado final reconoceremos la voz que siempre escuchamos, que nos fué tan familiar y tan amiga y durmiéndonos a este mundo, que nos fué tan ingrato, nos despertaremos en tu gloria con un éxtasis semejante al de la Magdalena cuando reconoció tu voz en la mañana de la Resurrección al llamarla por su propio nombre diciéndole “*María*”.

* * *

El Evangelio de hoy termina diciendo que todos los que presenciaron el milagro realizado por Jesucristo comenzaron a exclamar: “Todo cuanto ha hecho lo ha hecho bien.”

¡Todo cuanto ha hecho lo ha hecho bien! He ahí el grito formidable que lanzará la humanidad entera el día del Juicio, cuando le sea revelada la Providencia con que Dios ha gobernado el mundo; cuando vea que el Verbo todo lo ha hecho bien y cuando vea que de todo cuanto los hombres han hecho mal, Jesucristo ha sacado bien. Pero es necesario no aguardar a entonces para tener fe y poner nuestra confianza en Dios.

Siempre que la leo me impresiona fuertemente una de las páginas más vigorosas de Isaías. Es la del capítulo 65 del libro de sus Profecías: "¿Quién es ese que viene de Edón, con las ropas teñidas desde Bosva? Hermoseado con su estola viene avanzando en la plenitud de su poder. Y el que viene contesta: Yo soy el que habla de justicia y el que viene a salvar. — ¿Por qué se te ha enrojecido la túnica y tus vestiduras semejan a las de los que pisan en el lagar? — Soy el único que pisa en el lagar y no hay entre todas las gentes quien se haya puesto de mi lado. He debido permitir que todos fueran conculcados y la sangre de todos ha salpicado mis vestiduras y las ha manchado. Ha llegado el día de la venganza y, junto con él, el año de la redención.

"Miré a mi alrededor y no encontré quien me secundara, busqué y no hallé quien me ayudara: y sólo me salvó mi brazo y me auxilió mi propia indignación. Y en mi justicia conculqué a los pueblos y en mi indignación los embriagué y los eché por tierra, junto con toda la fuerza de que se hallaban armados.

"Pero al fin —concluye el Profeta—, al fin lo que más recordaré sobre todo eso, son tus misericordias y tributaré mis alabanzas al Señor por todo lo que nos concedió según su infinita indulgencia y según la multitud de sus ininterrumpidas misericordias."

Esto que dice el Profeta refiriéndose a su pueblo, lo di-

remos nosotros, o lo dirán los que nos sucedan respecto de la humanidad. Porque algún día veremos que todo cuanto ha hecho, lo ha hecho bien, y que de todo cuanto ha permitido que los hombres hicieran mal, ha sacado bien.

Eso es lo que yo descubro como resultado de la actividad sobrenatural dentro de la vida natural, gracias a la percepción iluminativa de la fe.

Ya los hombres y las naciones comienzan a hablar así. Hace siglos que los gobiernos no se expresaban de esa manera. Semejante lenguaje había sido suprimido del léxico internacional. Sólo la Iglesia lo conservaba, sólo el Vicario de Jesucristo lo empleaba. Pero hace poco, un hombre eminente, hablando en nombre de su nación poderosa, ha dicho: "¿Por dónde nos llevará Dios? Podemos estar seguros que no será por caminos fáciles o placenteros: no es así como procede Él. No nos ayudará a eludir nuestras dificultades. Lo que hará será dar a quienes lo pidan humildemente, el espíritu que ningún peligro podrá perturbar. El mensaje cristiano al mundo trae la paz en la guerra, la paz que más necesitamos, la paz del alma. Es el mismo mensaje cristiano que hace del Dador, que es Dios, el mejor Amigo con quien un hombre puede compartir la vida o la muerte. Aquéllos de nosotros que no podemos servir en las fuerzas armadas, debemos hacer todo lo posible en otros sentidos, para ayudarlas. Estoy seguro de que así lo haremos. Y hay algo que todos debemos hacer; todos, soldados, marineros, aviadores, civiles, hombres, mujeres, ancianos, niños, todos juntos; algo que puede ser mucho más poderoso de lo que creemos. Y esto es rogar."

Y ese hombre que así habla, bajo el peso de una enorme responsabilidad y frente al más grande de los peligros que jamás haya amenazado a su nación, termina, incitando a la formación de una sexta columna, la columna de la plegaria.

¡Qué percepción espiritual, qué visión sobrenatural, qué esperanza, qué fe y, por eso, qué serenidad!

Si en tales circunstancias ha podido hablar así y conmover al mundo un hombre de gobierno, bien puedo yo, hombre de Iglesia, dirigirme a todos los hombres de mi Patria, argentinos y extranjeros, recomendándoles menos conspiración, menos ambición, menos iniquidad, y más lealtad, más correspondencia, más serenidad, lo que equivale a decir: más argentinidad y más cristianismo.

13/8/39.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Bienaventurados los ojos que ven las cosas que veis vosotros. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como también oír las cosas que vosotros oís y no las oyeron.

Levantóse entonces un doctor de la Ley, y díjole con el fin de tentarle: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? — Díjole Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que en ella lees? — Respondió él: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. — Replicóle Jesús: Bien has respondido: haz eso, y vivirás. Mas él, queriendo dar a entender que era justo, preguntó a Jesús: ¿Quién es mi prójimo?

Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote, y aunque le vió, pasó de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio y le vió, siguió adelante. Pero un samaritano que iba de camino, se aproximó a él, y al verlo, movióse a compasión. Y acercándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo a la posada, y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios, y dióselos al posadero, diciéndole: Cuidame a este hombre, y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mi vuelta.

¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? — Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. — Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto.

La página del Evangelio que leemos en la Misa de hoy, refiere que, predicando Jesús a sus discípulos, les decía: "Dichosos los ojos que ven lo que estáis viendo vosotros. Os aseguro que muchos profetas y reyes suspiraron por ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y por oír lo que vosotros oís y no lo oyeron."

Entonces un doctor de la ley se puso de pie, y con el propósito de tentarlo, lo interrumpió diciéndole: "Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Jesús le contestó: "¿Qué es lo que está mandado en la Ley?" El doctor respondió: "Amarás al Señor tu Dios, con toda tu inteligencia, con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo." Y Jesús le dijo: "Has respondido bien: cumple con eso y tendrás la vida."

El diálogo continúa, y Jesús deja en él perfectamente determinado, que por prójimo, debe entenderse todo ser humano, cualesquiera que sean las diferencias que lo puedan distanciar.

Podemos decir por lo tanto que el de hoy es el Evangelio de la fraternidad humana.

Os invito a sustraernos de las sugerencias pesimistas desprendidas del estado en que se halla el mundo que nos rodea, y a concentrarnos en nosotros mismos. Mirémonos por dentro. Examinémonos acerca del precepto divino del amor al prójimo. Meditemos sobre los fundamentos del deber que tenemos de cumplirlo. Y antes bendigamos a Dios, porque nos lo ha impuesto. La falta absoluta del amor al prójimo, habría hecho de la humanidad una jauría. *Homo homini lupus*: el hombre sería lobo para el hombre. Tanto como la rivalidad y el odio desprestigian y envilecen la naturaleza humana, el amor fraterno la eleva y la ennoblece.

Pero hoy quiero exponer la obligación que tenemos de amarnos, haciéndola dimanar no tanto del imperativo del

primero y más grande de los mandamientos divinos, sino de la exigencia de nuestra propia naturaleza humana y cristiana.

En efecto: yo debo amar a mi prójimo porque soy hombre y porque soy cristiano.

Y ante todo porque soy hombre. No hay que olvidar que la primera condición para ser cristiano, es la de ser humano. Es un gran error pensar que para lograr un santo, sea necesario malograr un hombre. Todo lo contrario. La santidad no es otra cosa que la elevación, el perfeccionamiento del hombre. El hombre, si no quiere renegar de su origen y contrariar su destino, debe ser humano, perfecta y completamente humano, para con Dios y para con el prójimo.

Dios espera que toda creatura le ame y le sirva según su propia naturaleza. Los ángeles deben amar y servir a Dios de una manera angélica. Pero los hombres deben amarlo y servirlo de una manera humana. Él lo ha dicho expresamente: "¡Amarás a Dios, con toda tu inteligencia, con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, es decir: con todo lo que constituye la esencia de tu humanidad! Y a tu prójimo, de la misma manera, porque la naturaleza del amor a tu prójimo no difiere de la de tu amor a Dios." Por lo tanto, el amor que nos está mandado, es el de la inteligencia y del alma y también el del corazón y de las fuerzas. Es decir: es un amor que debe residir en la región espiritual de la especulación, como un conocimiento adquirido y como una doctrina aceptada: pero que también debe descender para ser aplicado, en el terreno de los hechos, a la realidad de la vida, a costa de abnegaciones concretas y de sacrificios positivos. De lo contrario, carecerían de sentido estas palabras divinas: "¡Con todo tu corazón y con todas tus fuerzas!"

En consecuencia, ¿puede decirse que ama humanamente, quien en la práctica no actualiza el amor y quien, pudiendo evitar la miseria del alma y del cuerpo de un hermano, deja

de hacerlo? Cuando Dios, justo juez de vivos y muertos, pida cuenta a cada uno en el secreto de las conciencias, de por qué se deja perecer en el vicio o en el hambre a millares de hermanos, nadie se atreva a responderle como Caín: "¿Acaso soy custodio y responsable de Abel?" Porque cada uno de nosotros sabe que el amor fraterno crea la responsabilidad: y que Dios nos interroga con todo derecho, "¡sobre la suerte de nuestros hermanos!"

No puede sernos indiferente, porque somos hombres, y, porque siendo hombres, debemos ser humanos. ¡Cuán poco se piensa en que cuando se comienza por dejar de ser humano, se termina por dejar de ser cristiano!

Debo amar a mi prójimo, porque, a más de ser hombre, soy cristiano.

El cristianismo es la elevación de la humanidad por medio de la gracia. Elevada de esa manera, la naturaleza humana, créase en ella una nueva y sobrenatural fraternidad. En virtud de esa elevación, todos quedamos constituídos en otros tantos miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo.

La gran deficiencia de los cristianos de hoy, consiste en no saber o en no querer entregarse bastantemente a Dios, en sus miembros. Paréceles que pueden ir por sí solos y directamente a Dios. Tales cristianos introducen en el Amor, el mismo principio disolvente que la secta reformista aplicó a la Fe. Unos y otros suprimen los intermediarios de que Dios quiere valerse en sus comunicaciones con los hombres. Pretenden que puede subsistir en ellos el amor a Dios sin el amor al prójimo. Y esto es imposible. El amor al prójimo, no sólo es la medida, sino también la condición del amor a Dios. Olvidan o ignoran el Evangelio que dice: "miente quien dice que ama a Dios, si no ama a su prójimo."

Dios no viene a nosotros, sino unido a su Hijo, y su Hijo a la humanidad. Y es imposible que nosotros vayamos a Dios

sino por Jesucristo, y a Jesucristo sino por su Humanidad. Véase por qué tanto agradaba a Jesucristo llamarse, "Hijo del Hombre". El prójimo, quienquiera que sea, es una extensión de la Humanidad de Jesucristo. ¿Cómo puede el cristiano pensar o decir, que ama a Jesucristo, si siente indiferencia, o aun a veces desprecio, o peor todavía, odio, hacia los miembros de su cuerpo místico?

Porque hay tan pocas personas que comprenden esta verdad fundamental, es que hay tan pocos santos. ¡Y porque hay tantas que no la observan, es que hay tan poco cristianismo!

Dominados por nuestro egoísmo, no pensamos de cuántos bienes presentes y futuros, materiales y espirituales, nos privamos, al no cumplir con las sagradas obligaciones divinas y humanas que nos impone el precepto del amor fraterno. Ojalá pudiéramos llevar siempre en nuestra memoria esta revelación contenida en una de las profecías de Isaías:

Dice el Señor: Comparte tu pan con el que tiene hambre, y la sombra de tu techo con el desheredado. Cuando veas a alguien sin abrigo, procúraselo, pensando que calientas tu propia carne. Si obras así, brillará para ti una luz más misteriosa, que la del sol de una nueva mañana, y en tu paso por la vida se te anticipará la salud y el bienestar. Delante de ti marchará, abriéndote paso, tu justicia, y te saldrá al encuentro, para cubrirte, la gloria del Señor. Invocarás a Dios, y Él te escuchará; lo llamarás en tu auxilio, y te contestará: "¡Heme aquí!"

¡Señor, que yo sepa ser hombre y cristiano!, que yo aprenda a ser bueno y caritativo hasta con el último de mis hermanos, como Tú lo eres conmigo. No existe en el mundo nadie que merezca menos de mí, de lo que yo merezco de Ti.

No hay en el mundo un enemigo, que me haya injuriado a mí, tanto como yo te he ofendido a Ti.

No hay en el mundo un ser humano tan distanciado y

tan inferior a mí, como yo con relación a Ti. Sin embargo, me absuelves, me llamas, me consuelas, me beneficias, me salvas.

Señor, que yo aprenda a ser bueno y caritativo hasta con el último de mis hermanos, para que Tú lo seas siempre conmigo.

* * *

Es éste el Evangelio del amor fraterno. ¡Quién pudiera levantar una bandera blanca, visible desde los confines todos de la tierra, para pedir un cuarto de hora de tregua a los odios que bullen en el mundo!

Maestro, ¿qué deberá hacer la humanidad para alcanzar en la vida presente la paz y en la futura la gloria? Responde Jesucristo: "Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, con todo el espíritu; y a tu prójimo, como a ti mismo. Haciendo esto alcanzarás la vida. Este es el mandamiento mío, el mandamiento nuevo."

Y en otra ocasión, haciendo suya la ley, hasta el punto de promulgarla como la constitución básica del Cristianismo, dice: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Conocerán todos que sois mis discípulos, si os profesáis un tal amor recíproco." (S. Juan, XIII, 34-35.) "Este es el más grande y el primero de los mandamientos" (S. Mat., XXII, 38).

Los cristianos, por lo tanto, no podemos odiar al prójimo, debemos amarlo. Pero, en definitiva, ¿quién es el prójimo? La palabra prójimo supone proximidad o exige aproximación. ¡Y son tantos los hombres que suelen estar tan lejos de nuestro pensamiento, de nuestra simpatía y de nuestro corazón! ¡Y cuántas veces se hallan también en el polo opuesto de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y

de nuestros gustos, de nuestras convicciones políticas y de nuestras creencias religiosas! ¡Cuán hondos son a veces los abismos que separan a los hombres! Pues bien, todo el que se halla del otro lado del abismo debe ser alcanzado por el corazón del cristiano, debe ser aproximado por el amor del verdadero discípulo de Jesucristo. Por eso cuando se pidió a Jesucristo que explicara quién era el prójimo, enseñó que el prójimo del judío era el samaritano. Los judíos odiaban a los samaritanos a causa de los ancestrales y profundos rencores políticos y religiosos que los dividían. Ocurre preguntar: ¿no bastaría ensayar este procedimiento de amor universal durante un cuarto de hora para unir a la humanidad tan trágicamente subdividida?

Pero los hombres ¿han llegado de hecho a hacer efectivo entre ellos este mandamiento tan suyo y tan nuevo, a la vez que tan imposible a la naturaleza humana? Sí. Los primeros cristianos amaron de esa manera y por eso habían comenzado a unir la cristiandad, y hubieran llegado a pacificar el mundo. La vida dulce del amor fraterno comenzó a florecer en las catacumbas donde los gentiles se abrazaban con los judíos, los cartagineses con los romanos, los ricos con los pobres y los amos con los esclavos.

Pero ¡qué pena, Señor! ¡Cuán lejos están quedando los tiempos en que los cristianos se miraban así! Los que entonces los observaban, decían: "Ved cómo se aman." Hoy al observar a la inmensa mayoría de los bautizados, nos vemos precisados a exclamar: "Ved cómo se odian." Y el mundo consternado al ver que entre ellos se dividen, se desprecian, se desplazan, se ultrajan, se odian y se matan, comprueba que han dejado de ser discípulos de Jesucristo.

Hermanos míos: no recriminemos demasiado a los demás. Nosotros mismos ¿no contribuimos a crear ese estado de cosas? ¿No desfallecemos en nuestra caridad algunas veces? ¿No tra-

tamos de acallar nuestra conciencia, justificando nuestros propios desalientos? Solemos decir: ¡Ah! si nos hubiese sido dado conservar la ingenuidad de los días de la primera comunión... las ilusiones aurorales de la primera juventud... el optimismo inicial que hace ver sólo las rosas que bordean el camino y, en fin, esa confianza sin reservas, todavía no burlada por las ingraticudes de los hombres y las sorpresas de la vida... Pero, con los años, el horizonte se descolora, los desencantos se suceden y las ilusiones, aun las más nobles, caen a nuestros pies, como las hojas secas volteadas de las ramas por los vientos siempre preniaturos del otoño. ¿Será esta manera de pensar el efecto de un empobrecimiento de nuestra fe, de un desgaste de nuestra caridad, de un desfallecimiento, en fin, de nuestro corazón que se ha desilusionado de amar? Haciéndose uno no poca violencia había ido hacia adelante siempre sonriente, con las manos tan abiertas como el corazón, hacia seres indiferentes, predispuestos y aun hostiles... Se ha negado uno a sí mismo cristianamente, ha desoído las protestas de su amor propio contrariado y de su dignidad herida... y se ha encontrado con la frialdad, con la incomprensión y muchas veces con la mala voluntad, con la mala interpretación y ha acabado por preguntarse a sí mismo: ¿Será que soy yo solo quien está obligado a hacer derroches de caridad, para no obtener en retorno más que indiferencia, cuando no desprecio? Y viendo que se va a pura pérdida en esta prodigalidad de amor cristiano sin reciprocidad y sin estímulo, se siente uno tentado a no amar sino sólo a Vos, oh buen Maestro, porque en Vos nuestro amor encuentra siempre un eco profundo y una correspondencia generosa. ¿Cómo no amar sino a Mí? No, hijo mío, no. Eso sería demasiado poco para calmar los odios que dividen a los hombres, o, para decirte toda la verdad, eso no sería amarme a Mí; no sería sino amarte a ti. Y no hay término medio, hijo mío: O el hombre se decide a amar a su prójimo,

o termina por odiarlo; o comienza a asemejarse al samaritano o acaba por ser peor que las fieras.

Tú amarás, pues. Es la única salvación para tu alma y para el mundo. Es la gran ley de la vida en la tierra y en el cielo. La falta de amor es la muerte. Ama a tus hermanos como yo los amo. Ve hacia ellos como amigo: como hermano, como apóstol. Santifica tu nombre de cristiano. En medio de tantos que crean divisiones y engendran odios, sé tú un dulce sembrador de amor. A fuerza de amarlos, oblígales a creer en Mí. Si con ellos no haces sino aumentar el número de ingratos, mejor para ti. Toda la deuda que los demás dejen impaga recaer sobre Mí. Y dichosos aquellos cuya vida pueda compendiarse en estas palabras: a pesar de todo y a pesar de todos siempre creyó, siempre esperó y siempre amó.

23/8/36.

* * *

Imaginémonos a Jesús vivo en medio de nosotros fijándonos una mirada penetrante y serena y diciéndonos con voz firme y dulce: "Este es el precepto que os doy, mi mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os amo."

Oído con sentimientos de fe y adoración este precepto terminante, me constituyo en intérprete de cada uno de cuantos me escuchan, y en su nombre y en el mío propio entablo con Jesús el coloquio que me sugiere el alma.

Con vuestra primera palabra afirmáis que el mandamiento es vuestro. Es vuestro y doblemente: vuestro como Dios y como Hombre. Como Dios, porque el nombre que mejor os cuadra es el dado por el discípulo predilecto después de haber tenido la cabeza apoyada sobre vuestro pecho: "Dios es amor." Como Hombre, porque libre y espontáneamente os hicisteis

nuestro hermano y pagasteis con vuestra sangre nuestras deudas. Vuestro, además, porque si no hubiera dimanado de Vos, nadie se hubiese aventurado a imponerlo, porque nadie fuera de Vos nos hubiera podido capacitar para cumplirlo.

Es Vuestro, pues, y es mandamiento. Ha de ser él de enorme trascendencia y habéis de tenerlo muy a pecho cuando para expresarlo empleáis ese lenguaje en Vos inusitado. Siempre al hablar os complacisteis en ocultaros tras la Majestad del Padre: "Mi doctrina, solíais decir, no es mía, sino de mi Padre." Otras veces, para llamar al camino de la perfección, decíais: "El que quiera venir en pos de mí", "El que quiera ser perfecto." En todas esas maneras de hablar se descubre un discreto y delicado respeto de nuestra libertad. Pero cuando se trata de los sentimientos que han de animar nuestras relaciones con los que habéis aceptado por hermanos vuestros aquí abajo y por cuya salvación habéis removido cielo y tierra, entonces no nos dejáis en libertad. No nos invitáis, no nos proponéis, sino con una autoridad soberana nos imponéis un mandamiento terminante.

Cuando Jesucristo nos impuso este precepto, según lo conigna San Juan en su Evangelio (XIII, 34), dijo: "Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros." ¿Un mandamiento nuevo? Sí. Hasta entonces había sido inaudito entre los judíos tan avaros, los griegos tan desconfiados y los romanos tan dominantes. Había sido insospechado en todo el mundo pagano, dividido en castas de opresores y oprimidos, de aristócratas y plebeyos, de amos y esclavos.

La norma de los mejores entre los paganos era la de ser afables con los amigos, indiferentes con los desconocidos, hostiles a los extranjeros y crueles con los enemigos. Y no es extraño, porque eso es lo que da de sí la naturaleza humana.

Por lo tanto, el mandamiento de Jesucristo es indiscutiblemente nuevo. A los cristianos se nos exige más; infinitamente

más que a los paganos. Se nos prohíbe la crueldad, la hostilidad y la indiferencia y se nos exige más que la afabilidad, se nos impone el amor. El amor para siempre y el amor para con todos. ¿Para siempre? Sí, cualesquiera que sean las transiciones de la civilización y las modalidades de los tiempos. ¿Para con todos? Sí, no sólo para con los amigos, los parientes y los correligionarios, sino también para con los desconocidos, los extranjeros y los enemigos.

¡Pero eso es imposible! Ciertamente, para la naturaleza humana librada a sus solas fuerzas y dejada a la merced de sus instintos, es imposible. Por eso, ya pueden los filósofos, los filántropos o los políticos extremar su elocuencia para demostrar el error del fraccionamiento del amor entre los grupos, los partidos, las clases y las razas. Ya pueden esforzarse por poner en evidencia la verdad de la necesidad del amor a toda la humanidad. Lograrán con ello dejar establecida la superioridad de una bella teoría. Pero fracasarán irremisiblemente cuando pretendan llevarla a la práctica; cuando intenten lograr que el hombre ame en realidad de verdad al hombre que le es desconocido, que le es antipático, que le es inferior, o que le es hostil. La naturaleza humana se resistirá de una manera instintiva y con una obstinación incoercible. Y fundará su resolución de economizar su amor y de distribuirlo según su antojo, en esta razón humanamente incontestable: "al corazón no se lo manda; al amor no se lo impone."



Y, sin embargo, hermanos, la fórmula con que Jesucristo regula el amor de los cristianos no es un consejo o una opción facultativa, sino un precepto terminante, un mandamiento absoluto: "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu; y a tu pró-

jimo, como a ti mismo." Aquí no queda lugar a duda, ni posibilidad de subterfugio. A los cristianos no nos es permitido permanecer indiferentes para con el prójimo y no podemos odiarlo. Por el contrario, ¡debemos amarlo!

* * *

Si tal es el alcance del precepto ilimitado de Jesucristo, ¿cómo pueden, no diré justificarse, sino simplemente explicarse las indiferencias y las rivalidades, las divisiones y los odios de los que se dicen cristianos? Con razón los que se empeñan en establecer antagonismos civiles o raciales se ven precisados, en su intento de justificarse, a emigrar del Cristianismo y a retrogradar al paganismo.

* * *

Un soldado pagano se vió precisado a exclamar: "Pero ¿qué religión es ésta que vuelve a los honibres tan buenos entre sí?" Es la religión que procede del Amor y que lleva en su seno el Amor. La caridad es una virtud teologal. Viene de Dios y diviniza la naturaleza humana que la toca. Da al corazón humano una intuición divina, gracias a la cual descubre, tras las apariencias a veces antipáticas, tras las formas terrenas y pasajeras del accidente humano, la imagen de Dios. La fe nos hace descubrir la presencia de Jesucristo bajo la especie de pan. La caridad nos la hace ver, aunque de otra manera, bajo las apariencias del prójimo.

¡Que se intensifique y se difunda en esta hora de tinieblas y de odios la religión de Cristo, la religión del Evangelio del amor fraterno!

DECIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

CAMINANDO Jesús hacia Jerusalén, atravesaba Samaria y Galilea. Y estando para entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se detuvieron a distancia, y levantaron la voz diciendo: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Luego que Jesús les vió, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y en el camino quedaron limpios.

Uno de ellos, apenas echó de ver que estaban limpios, volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces, y postróse a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias; éste era un samaritano. Jesús dijo entonces: ¿No fueron diez los curados? Los nueve restantes, ¿dónde están? No se encontró otro alguno que volviese y diese gloria a Dios más que este extranjero. Y dícele a él: Levántate, anda, tu fe te ha salvado.

San Lucas, cap. XVII, v. 11-19.

En los tiempos de Jesús, los atacados por la lepra eran implacablemente separados de la sociedad y obligados a refugiarse fuera de las poblaciones. Si los transeuntes intentaban aproximárseles, estaban obligados a prevenirlos para evitarles el contagio denunciándose a sí mismos con las palabras rituales: "Somos impuros."

Los diez leprosos a que se refiere el Evangelio habían unido sus desgracias y juntado sus escasas reservas para hacer más llevadero su doloroso aislamiento. La identidad del infortunio había suprimido las diferencias y extinguido los

rencores que antes los separaban. Si lucía algún rayo de esperanza, los alumbraba a todos, así como la misma desgracia los envolvía en una oscuridad común.

Algunos de ellos hacía poco tiempo que habían entrado a formar parte de esa triste sociedad y habían llevado a sus compañeros la noticia de la existencia de un hombre maravilloso, llamado Jesús, que andaba por aquellas regiones haciendo el bien, sembrando prodigios y sanando milagrosamente también a los leprosos. Y comenzaron a decirse: ¡Ah, si acertara a pasar por aquí, cerca de nosotros! En esa común aspiración tenían concentrada toda su esperanza. ¡Y llegó el día acariciadol!

Seguramente Jesús al dirigirse a Jerusalén desde Samaria tomó el camino más largo en dirección al este yendo por Betania y Jericó, para pasar por el sitio donde se hallaban los leprosos. Alcanzan éstos a divisar una multitud que viene en dirección a ellos y el corazón les anuncia que puede ser Jesús. Era Él en efecto. Ya está al alcance de su vista, pero impedidos por la ley, no se le pueden acercar. No importa, lo alcanzarán con los gritos; y formando un coro formidable con sus voces lastimeras, decían juntos: “¡Jesús, Maestro, tened piedad de nosotros!” ¡Oh poder de la oración, de la desgracia, de la oración en común! Oración muy corta es ésta de los leprosos, pero suficientemente expresiva. ¿Para qué se necesita más? Contiene todo lo que se puede decir.

Jesús los envía a los sacerdotes. ¿Por qué? Porque cuando alguien sanaba de la lepra, no podía reintegrarse a la sociedad sin haberlo antes autorizado los sacerdotes, después de constatar la curación. Pero esta vez Jesús, sin haberlos curado todavía, les manda presentarse a los sacerdotes. Procede así para acentuar su fe y su confianza. Y verdad que lo consigue, pues todos ellos obedecen sin vacilación y sin demora, y se ponen en marcha.

Iban a Jerusalén, dilaceradas todavía sus carnes por el terrible mal; pero Jesús los manda y pensaban que bien sabría por qué. Seguramente no era para exigirles una contravención ni para exponerlos a un rechazo... Y allá van todos juntos formando una dolorosa y esperanzada caravana. Y mientras iban, dice el Evangelio, quedan instantáneamente curados. ¡Ah! nunca vuelca uno en vano toda su confianza en Dios. ¡Es Él el único en quien puede y debe uno esperar contra toda esperanza!

Sobrevino la curación maravillosa cuando se hallaban próximos a la residencia de los sacerdotes. Pero uno de ellos no pudo continuar. Un sentimiento nuevo se apoderó de su corazón y lo dominó. Sintió una necesidad invencible de volver a su bienhechor para antes que nada expresarle su vehemente gratitud. Seguramente debió tener una fe más firme que los otros, ya que, no obstante ser samaritano, es decir, enemigo de la religión de los judíos, había vencido su antipatía hacia los sacerdotes de Israel. Teniendo una fe más firme, su gratitud fué también más viva.

Vuelve inmediatamente sobre sus pasos. ¿No hará peligrar con ello su suerte? ¿No se perjudicará con la falta de la autorización necesaria para reintegrarse a la convivencia social? ¡Qué le importa! Sólo le interesa la necesidad de demostrar su gratitud. Regresa, pues, apresuradamente. Alcanza a la multitud de la cual hacía poco se había desprendido. Se abre paso entre ella. Llega hasta Jesús y se arrodilla ante Él, se prosterna, pega su rostro a la tierra y proclama su gratitud.

¡La gratitud! ¡Qué sentimiento tan bello! Pero agreguemos con igual convicción: ¡qué sentimiento tan raro!

El domingo pasado, meditando acerca del amor fraterno, decíamos que la falta de correspondencia, la incomprensión y la mala interpretación originan en el pobre corazón humano tentaciones que lo inducen a replegarse sobre sí mismo, a no

desperdiciar amor y a ponerlo todo entero solamente en Dios. Pero en seguida escuchamos la voz del Maestro que nos decía: "No, hijo mío, no. Eso no sería amarme a Mí. Sería más bien amarte a ti. Ama a tus hermanos que son mis hijos. El amor a ellos es la única prueba que puedes dar en la tierra de tu amor a Mí. Amalos, y a fuerza de amarlos, oblígales a creer en mí."

Hoy damos un paso más. Al meditar este Evangelio nos convencemos de que es necesario no sólo continuar amando al prójimo a pesar de su falta de correspondencia, sino de perseverar en hacerle el bien no obstante su frecuente ingratitud. Lograremos triunfar si tomamos dos resoluciones: la de no asombrarnos y la de no arrepentirnos.

Hagamos la resolución de no asombrarnos. Sin duda alguna la gratitud es la más razonable de las leyes; pero es también la menos observada. Una vez atendida por nosotros la necesidad del prójimo, entra éste en un relativo bienestar, se connaturaliza con él, vuelve a la normalidad y sobreviene el olvido. Por otra parte, la gratitud implica la confesión de un estado de inferioridad que en ciertas circunstancias de la vida obligó a implorar una merced. O el recuerdo de alguna generosidad que adivinando una penuria abrió su mano antes de ser solicitada. En uno y otro caso interviene la humildad. Y todos sabemos que la naturaleza humana no es un terreno en que espontáneamente germina la humildad, sino el orgullo. Le place más abrigar el convencimiento de su propia suficiencia que el de la incapacidad. En consecuencia, al hacer un beneficio no os prometáis como norma el reconocimiento, sino, por el contrario, el olvido. De esa manera os pondréis al abrigo de muchos desencantos, y si alguna vez os sale al encuentro un corazón agradecido, tendréis una sorpresa tanto más agradable cuanto más inesperada.

Pero no es suficiente la advertencia de que no debe asom-

brarnos el olvido o la ingratitud, porque muchas veces los beneficios son contestados con la aversión y aun la enemistad. Hacéis un favor y el que lo recibe siente nacer, no una obligación para con vosotros, sino un derecho. El hecho de haber sido favorecido una vez lo autoriza a sucesivos recursos; y si alguna vez os halláis en la imposibilidad de complacer, los noventa y nueve casos en que habíais pronunciado el sí, quedarán borrados para grabar en la memoria solamente el no. El prójimo a quien tantas veces habíais favorecido no será para vosotros un ingrato sino un enemigo. Era un gran psicólogo quien al dispensar un favor añadía: La única recompensa que exige es el olvido.

Tal es la realidad dolorosa de la vida. Ante ella ¿cómo deberemos proceder? El corazón nos lo dice: cansado de abrirse sin ninguna recompensa, tiende naturalmente a cerrarse. Entonces, siguiendo sus inspiraciones espontáneas, ¿deberemos arrepentirnos de hacer el bien? Jamás. Aplico el oído al corazón de Cristo y en el silencio de mi meditación me dice: Hijo mío: también a Mí me agrada la gratitud. Me llena de alegría como a Hombre y como a Dios. ¿No recuerdas las palabras que me salieron del corazón agradablemente sorprendido por la gratitud de uno y dolorosamente impresionado por la ingratitud de nueve? Esa vez dije: *¿No son diez los curados? Los otros nueve ¿dónde están?* Y ten presente que el único agradecido no fué un correligionario ni un compatriota ni un pariente ni un amigo; fué un extranjero, fué un adversario. Pero hay más, hijo mío. Otra vez debí lamentarme también y ¡ay! no fué ya de la ingratitud o del olvido; fué de la aversión, de la amenaza y de la injuria. Había yo pasado la vida sembrando favores a manos llenas. Se dijo de Mí que había pasado la vida haciendo el bien. Y así es en efecto. Pues un día los que me tenían envidia difundieron por el pueblo interpretaciones interesadas y torcidas, y a ese pueblo que había

sido tan beneficiado lo volvieron contra Mí. Quisieron matarme, comenzaron a apedrearme y me vi precisado a decirles: *Muchos beneficios he hecho entre vosotros; decidme: ¿por cuál de ellos me queréis apedrear?*

¿Y acaso me arrepentí de haberlos dispensado? ¿Me replegué sobre mi propio corazón? ¿Cerré mi mano? Dirás, pobre hijo mío: ¡Pero, Señor, Vos sois Hombre, pero también sois Dios! Sí, hijo mío, y por eso sé mejor la actitud que te conviene. Además, precisamente porque soy Dios, únete a Mí. Somos dos que corremos la misma suerte; recogeremos la misma indiferencia y sembraremos con mayor generosidad. El bien que hiciste, hecho está; y todo hecho tiene resonancias indefinidas; si no en el corazón de aquél que lo recibe, en el mundo de la comunión de los santos. Pasa con el bien lo que con la piedra que arrojas sobre la superficie de los lagos: la toca en un punto y continúa rebotando y describiendo círculos que se ensanchan indefinidamente. Si no tocan el corazón de tu prójimo, tocan el mío y lo conmueven. A medida que sea menor el número de los agradecidos que halles en la tierra, mayor será el tesoro que se te formará en el cielo.

Por otra parte, ¡si yo siguiese contigo el mismo procedimiento! ¡Si yo lo siguiese con todos! Cesaría la lluvia incesante de bendiciones diarias que envío sobre el mundo. Hago salir el sol para que ilumine y caliente a los buenos y a los malos; la lluvia beneficia a los inocentes y a los criminales. Aliéntate, hijo mío. Conozco tu debilidad, pero también los entusiasmos que mi gracia te infunde. Sé que puedes, si quieres, seguir haciendo el bien; porque no eres un cualquiera, sino un cristiano: es decir, un hombre dotado de una doctrina y armado de una moral. Por eso, porque te acompaño con mi gracia, te digo por medio de San Pablo: *Bendice a los que te maldicen, soporta con resignación a los que te persiguen, reza por los que te insultan y haz el bien a los mismos que te*

odian. Y en otra parte: Tú continúa favoreciendo; la venganza déjala por mi cuenta. Si tu enemigo tiene sed, dale de beber; si tiene hambre, dale de comer. Haciendo así, acumulas carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; vence tú al mal por medio del bien.

* * *

Hermanos míos: la vida de la Iglesia se halla toda en síntesis en la vida de su Divino Fundador. No es el momento de medir la responsabilidad que pueda corresponder al clero por no haberse preocupado suficientemente y con hechos de demostrar al pueblo hasta qué punto le mienten quienes le vienen enseñando que la Iglesia es indiferente a su bienestar material y enemiga de sus intereses positivos. Pero ya que los acontecimientos contemporáneos obligan a reconocer que el pueblo, al incurrir en reacciones tan atroces como absurdas contra sacerdotes indefensos y contra religiosas inocentes, comete una injusticia inmensa; es el momento de denunciar la culpabilidad inexcusable de los fautores del sectarismo que, como los viejos fariseos, envenenan el alma sensible del pueblo, y con promesas tan fáciles como utópicas seducen y engañan su ingenuo corazón. A ellos se debe la gran calamidad de los tiempos presentes, que según Pío XI, consiste en la apostasía del pueblo.

* * *

Pero no perdamos el tiempo, ni gastemos energías en repriminaciones estériles. Y más bien, con la claridad rojiza del fuego y de la sangre, alumbremos nuestras propias conciencias; y haciendo un examen, preguntémosnos, si hemos comenzado a hacer algo para evitar tamañas aberraciones. El hecho dolo-

roso de las ingratitudes, de las rebeldías y de las injustas reacciones, no debe servir de desaliento sino tan sólo de advertencia. Advertencia que nos urge a salir de nuestra inercia y tal vez también a rectificar las desviaciones de nuestros procederes rutinarios.

8/12/36.



La situación de trágica inquietud en que se halla el mundo, pone la súplica de los diez leprosos en labios de millones de seres humanos, en trance de proximidades catastróficas. Maestro, dicen, estamos a punto de desesperar de todo, fuera de Vos: tened misericordia de nosotros.

El Sumo Pontífice acaba de recoger esos clamores, y Padre y a la vez intérprete de la cristiandad sobrecogida, formula una súplica formidable. Cumpló con el deber de asociar a la suya, tan sentida y tan augusta, la vuestra y la mía, en comunión filial.

Pío XII acaba de pronunciarse así:

“Una hora de extrema gravedad suena nuevamente para la gran familia humana; una hora de horribles deliberaciones, en la cual no puede permanecer desinteresada nuestra autoidad espiritual, para instar a los hombres a volver a la senda de la justicia, y por ésta a la de la paz. Todos cuantos soportáis el peso de tantas responsabilidades, escuchad por medio de Nuestra voz, la voz de ese Cristo de quien todo el mundo ha recibido el más sublime ejemplo, y en quien millones de almas depositan su confianza en estos momentos de peligro, en los cuales sólo su palabra puede dominar todo el clamor que rumorea en la tierra... Nos presentamos armados solamente con la palabra de la Verdad, y colocándonos por

encima de las disputas y de los choques, hablamos en nombre de Dios... Dirigimos nuestro llamamiento vigoroso a los gobiernos y a los pueblos... Es con la fuerza de la razón, y no con la fuerza de las armas, como se abre paso la justicia. Las conquistas y los imperios que no están fundados en la justicia no son bendecidos por Dios. El peligro es enorme, pero todavía hay tiempo. Nada se pierde con la paz, y puede perderse todo con la guerra.

“Depónganse las armas, pues negociando con buena voluntad y con sincero respeto por los derechos recíprocos, se percibirán de que las negociaciones pacíficas nunca impidieron tener éxitos honrosos.

“Quiera el Todopoderoso que la voz de este Padre de la gran familia cristiana, de este servidor de sus servidores, sea escuchada rápida y favorablemente por las inteligencias y los corazones. Que los fuertes nos escuchen, que los poderosos nos oigan y que obren en tal forma, que su fuerza no signifique la destrucción de los pueblos, sino la protección de su tranquilidad, de su orden, de su trabajo.”

Hay en las palabras del Papa, calor y luz, fuerza y ternura, conminación y súplica. En ellas se lo siente vibrar todo entero, con su inteligencia brillante, su alma vigorosa y su corazón paterno. Intérprete y representante de toda la cristiandad, en un arranque patético se vuelve a Dios, e invoca eficacia para su exhortación en nombre de la sangre de Jesucristo cuyo vigor nos sostiene y cuya promesa de salvación de los individuos y de las naciones, la hace derivar del principio del amor paterno.

Y luego de haberse dirigido a los hombres que disponen de la suerte de la humanidad, quiere que todos sus representantes, juntamente con él, se vuelvan a Dios, y dice: “Teniendo siempre presente que las empresas humanas carecen de eficacia, sin la ayuda divina, os invitamos a todos a elevar las

miradas hacia el cielo y pedir con fervientes oraciones al Señor, que su misericordia descienda abundante sobre este mundo trastornado, aplacando los odios y haciendo resplandecer el alba de un porvenir más sereno.”



Yo no sé si el mundo se obstinará en sustraerse a la misericordia divina tan patéticamente invocada. Pero, sea como fuere, queda una vez más demostrado que nadie exalta y proclama y exige la Paz con más instancia, desinterés y abnegación que el Jefe supremo de la Iglesia Católica, que es en la tierra el representante del Príncipe de la Paz.

Todo el mundo ha tenido la evidencia de ello en este cuarto de siglo.

Pío X, el Santo Pío X, realizó esfuerzos supremos para impedir la guerra de 1914. Cuando ella se desencadenó, de su corazón agotado salió este grito de angustia: “Es la última prueba que me manda Dios.” Y el eco de los primeros cañonazos golpeó tan duramente su debilitado corazón, que dejó de latir. ¡Y al desplomarse el cuerpo de ese muerto, el mundo estremecido tuvo la sensación de que la primera gran víctima de la contienda fratricida fué un Santo!

Le sucedió Benedicto XV. Subió al trono alumbrado por los resplandores rojizos de la gran conflagración. Su Pontificado fué breve y fecundo. Breve, porque la amargura desarmó su organismo. Fecundo, porque lo insumió en la Paz. Si su llamado a la tregua hubiese sido escuchado, si los puntos propuestos para ser considerados y resueltos en un armisticio hubiesen sido aceptados, el mundo no se hallaría, a los veinte años nada más, abocado a una nueva y más brutal conflagración. Al proponerlos dijo: “Creemos que la futura organización de los pueblos debe erigirse sobre esas bases principales.

Son ellas de tal carácter, que harán imposible que se reproduzcan conflictos como los actuales y prepararán la solución de las cuestiones económicas, tan importantes para el bienestar de todas las naciones beligerantes... El mundo entero reconoce que está a salvo el honor de los ejércitos de ambas partes. Dad, por esto, oído a nuestra súplica. Aceptad la fraternal invitación que os envío en nombre del Redentor Divino, del Príncipe de la Paz. Reflexionad sobre vuestra muy grave responsabilidad ante Dios y ante los hombres. De vuestra decisión depende el reposo y la alegría de inmemorables familias, las vidas de millares de hombres jóvenes y la felicidad de los pueblos cuyo bienestar tenéis el deber de procurar."

En el mismo mensaje exhortaba a todos los beligerantes a hacerse de nuevo hermanos, a todos, sin excepción de personas, ni distinción de nacionalidad, ni de religión, —son sus palabras— como lo exige la ley universal de la caridad, que es la principal misión que nos ha confiado Jesucristo.

Antes de morir ese gran Pontífice incluyó en las letanías de la Virgen esta invocación final, como para que su eco se perpetuara en el ambiente: *Regina Pacis, ora pro nobis*. Reina de la Paz, ruega por nosotros. Y después de morir, el mundo vió con asombro lo que no había visto en ninguna época de la historia, vió esta publicación: "El Comité de los Musulmanes de Egipto da su pésame a la Cristiandad, por la dolorosa pérdida de Su Santidad Benedicto XV, alma de misionero de la paz del mundo." Y agrega: "Si la estatua levantada en Constantinopla, Capital del Islam, nos da el consuelo de verlo en todo momento, su alma piadosa, sus esfuerzos humanos por la paz mundial, su profundo respeto por la justicia y por el derecho de los pueblos a la libertad, constituirán la página eterna en la historia del mundo entero."

Sucedióle Pío XI. No es necesario ni posible enumerar las gestas de ese Pontífice gigante en favor de la justicia so-

cial y de la Paz Internacional. En momentos de crisis aguda para la paz mundial, con toda valentía, e infinitamente más sensible a las lágrimas y a las súplicas de los débiles que a las amenazas de los fuertes, los increpó con esta imploración: "*Dissipa gentes quæ bella volunt*": Desconcierta, Señor, y humilla a los que quieren la guerra. Y en horas de recrudescimiento de una nueva crisis, no quedándole ya nada que dar, ofrendó su vida a Dios por la paz del mundo.

Pío XII con su primera palabra y con su primera bendición ha prolongado la última palabra y la última bendición de paz de su glorioso antecesor. Su preocupación predominante es la de conjurar la guerra, la de salvar la paz.

* * *

Carecemos de influencia para hacernos escuchar de los que tienen en sus manos los dados con que van a jugar la suerte de la humanidad: pero por fortuna la tenemos, como la tiene la última de las criaturas humanas, para hacernos escuchar de Dios, que a su vez puede jugar con los que pretenden jugar con nuestra suerte.

Asociemos desde hoy nuestra plegaria a la que sube del silencio de tantos hogares en vísperas de quedar desiertos, del recinto de tantos templos amenazados con ser destruídos; a la que se hace sobre las tierras que parecen destinadas a abrir las fauces para saciarse de sangre y para tragar cadáveres, y bajo los cielos que parecen próximos a cubrirse de nubes, desde las cuales bajarán las ruinas y lloverá la muerte. ¡Ah, las cosas de que son capaces los hombres! ¡Oh, Dios, cuya omnipotencia se manifiesta en la misericordia; anticipaos a mostrarnos de lo que es capaz vuestra misericordia infinita: Maestro, tened misericordia de nosotros!

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DÉ PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos: Nadie puede servir a dos señores; porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por consiguiente os digo: no os acongojéis por vosotros, sobre qué habéis de comer, ni por vuestro cuerpo, sobre qué habéis de vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más que ellas? Y ¿quién de vosotros, por más que piense, puede añadir a su estatura un solo codo? Y acerca del vestido, ¿a qué propósito inquietaros? Contemplad cómo crecen los lirios del campo; ellos ni labran ni hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió como uno de ellos.

Pues si una hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Así, pues, no digáis acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y qué beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? Así lo hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas. Bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así que buscad, primero, el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas se os darán por añadidura.

San Mateo, cap. VI, 24-33.

El Evangelio de hoy comienza por la enunciación de un principio fundamental. Dice Jesucristo: "Nadie puede estar

al servicio de dos señores." Se entiende que aquí se trata de dos señores enemigos entre sí y cuyos procedimientos y propósitos se hallan en oposición sistemática. En este caso no se puede complacer al uno sin desagradar al otro. Los dos servicios resultan incompatibles.

Enunciado el principio, Jesucristo especifica a qué señores se refiere. "No es posible —dice— servir a Dios y a Mamón." Mamón es la riqueza convertida en ídolo.

Aclaremos bien el sentido de las palabras y el alcance de los conceptos. ¿Qué debe entenderse por "servir a Dios?" Servir a Dios no es solamente creer en Él, profesarse cristiano y cumplir con algunas prácticas religiosas. Servir a Dios es además conformar todas las actividades personales a las prescripciones de su moral y regular la propia vida, toda la vida, la privada y la pública, por las normas de su justicia.

Y ¿qué quiere decir "servir a la riqueza?" Servir a la riqueza no es procurarla, ni poseerla, ni utilizarla de manera razonable; porque esto, más bien que servir a la riqueza, es servirse de ella, lo que ciertamente no es lo mismo. Servir a la riqueza es dejarse absorber y dominar por ella, es entregarse sin reservas, es supeditarle todo a su conquista, a su conservación y a su acrecentamiento.



Aclarados así estos conceptos, comienza uno a darse cuenta de la gran verdad contenida en la sentencia evangélica. Cuando uno es joven, y todavía falto de experiencia, no alcanza a profundizar la razón de ciertas cosas. Las lee, las oye, las sabe, las cree; pero no las penetra, no las comprende ni en la intimidad de su esencia ni en el alcance de sus proyecciones. Confieso que era lo que me acontecía al oír y al leer la afirmación evangélica que estoy comentando. No me explicaba

entonces cómo podía existir en el mundo un soberano dotado de tanto poder como para ser un rival del mismo Dios. Y menos aún me explicaba cómo ese rival, podría ser el oro. ¡Hoy sí me lo explico! y ¡quién sabe si no hubiese sido mejor haber continuado en la ignorancia! Por de pronto, me habría evitado tantos desencantos. ¡Cómo se sufre cuando a la vera del camino de la vida se va encontrando uno con despojos de vinculaciones, de amistades, de parentescos que siempre había considerado inviolables! ¡Cómo se sufre, sobre todo, cuando se advierte que han sido ocasionados por las luchas provocadas por los más mezquinos intereses! ¡Cómo se sufre cuando va uno comprobando que en el orden individual y colectivo se deben a luchas análogas las formidables transgresiones contra la justicia, y las reacciones más formidables que provocan y que están avvicinando la hora en que puede perecer ahogada en la sangre o reducida a cenizas por el fuego, la actual civilización del mundo!

* * *

Es, pues, muy poderoso el rival que en el Universo está disputando a Dios el servicio de los hombres. Con razón se ha llamado al oro: "el amo del mundo." Es el más poderoso de cuantos hay en el mundo, porque su poder es muy superior al de la fuerza. El oro tiene el poder de la seducción. Con el hierro se mata a los hombres, con el oro se los compra. Matándolos, se los suprime; comprándolos, se los conquista. Y los hombres conquistados por la fuerza de la seducción que sobre ellos ejerce el oro, son los más aptos para la consumación de todos los excesos. No es el hierro, es el oro el medio de lograr, en todas las épocas del tiempo y en todos los lugares del espacio, los Judas dispuestos a vender todo cuando se quiera comprar. Todo es cuestión de precio en ese

vil mercado; todo es traficable, hasta la amistad y la sangre, hasta la paz de la familia y la moral de la sociedad y la seguridad misma de la Patria. Y ¿cómo no han de estar dispuestos a traficar con esas cosas tan sagradas, quienes no han vacilado en vender primero su dignidad, su honor y su conciencia? ¡Oh, el poder seductor del oro! ¿Se hallará en él el secreto que explica por qué el judaísmo haya elegido el oro como el instrumento más eficaz para combatir al Cristianismo? ¡Consonancias atávicas! ¿Acaso el medio de que se valió para suprimir del mundo a Jesucristo no fueron las treinta monedas de plata?

* * *

A fin de que no incurramos en la ignominiosa servidumbre del dinero y de los bienes temporales que por su medio se obtienen, Jesucristo, en el Evangelio de hoy, nos propone esta máxima: *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.*

Advirtamos, desde luego, que esta máxima evangélica no prohíbe la preocupación por la conquista de lo necesario para la subsistencia. Todo lo contrario. La da por sentada. Por eso no dice: “buscad *solamente*”; sino: “buscad *primero* el reino de Dios...” No se nos prohíbe trabajar.

El trabajo, para asegurar la subsistencia, no es sólo un derecho del hombre, sino también un deber, y un deber ineludible.

Dios ha dotado a la naturaleza humana de una actividad fecunda y productiva y le ha impuesto el deber ineludible de ejercerla. “Comerás el pan con el sudor de tu frente”, es decir: nutrirás tu existencia con el fruto de tu trabajo, de esa manera conservarás tu vida y al mismo tiempo guardarás tu dignidad. Más tarde dirá el Espíritu Santo por boca de San

Pablo a todos los no impedidos: "Quien no trabaje, no coma."

El hombre, por lo tanto, tiene el deber de trabajar para adquirir lo necesario a su subsistencia y a la de aquellos de la cual es responsable. Corresponde, en consecuencia, al hombre, por disposición divina, no la despreocupación sino la preocupación por la adquisición de los bienes temporales. Y todos debiéramos mancomunar los esfuerzos, y las iniciativas privadas debieran sumarse a las gestiones públicas, para eliminar de entre nosotros las dos grandes causas originarias de la penuria y de la miseria: la falta de trabajo y la remuneración insuficiente.

El trabajo debe ser suficientemente remunerado. *Dignus est enim operarius mercede sua*. Y la retribución debe serle suficiente, no sólo en el sentido fisiológico para que el trabajador no se muera de inanición o de hambre, sino en el sentido sociológico para que pueda subsistir de acuerdo con las exigencias de su condición social. El hombre no es como la bestia, que se conforma con el pienso que basta para su sustento; es una persona humana, con alma dotada de libertad y de inmortalidad, que tiene dignidad y que tiene responsabilidad.

* * *

Miremos ahora desde otro aspecto, también muy interesante, el principio enunciado por Jesucristo, para descubrir toda la verdad salvadora que contiene. A medida que uno se entrega a los bienes terrenales, se aleja de Dios; y a medida que uno se separa de ellos, se le acerca. Tal es la virtud contenida en este consejo de Jesús: "Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y distribuye su importe entre los pobres." No es éste un precepto, sino solamente un consejo, y un consejo que sólo podrán seguir los elegidos. Pero su realización sirve

para demostrar hasta qué punto el desapego de los bienes materiales los acerca a Dios y los reconcilia con los hombres. Desde hace siglos el seguimiento de ese consejo viene creando en el mundo la raza bendita de los pobres voluntarios, en quienes la ambición del oro ha sido sustituida por la ambición del amor a Dios y del amor al prójimo... Almas singularmente bellas, de una sobrenatural hermosura, puras, sacrificadas, desprendidas, libres, amantes, generosas, tales como las del seráfico hermano de la pobreza, Francisco de Asís, que se despojó de cuanto poseía y se fué... a través de los valles risueños y de las colinas serenas de la Umbría, sirviendo al cielo y a la tierra, cantando a las flores y a los pájaros, al agua y al sol, al cordero y al lobo, y a toda la creación sus cantos de amor fraterno, mientras, mendigo voluntario y a la vez bienhechor generoso, pasaba por la tierra obligando a cuantos le veían a levantar con los ojos, el corazón y el pensamiento al cielo. ¡Bendito renunciamiento de los bienes terrenales, bendito desapego! Yo te saludo como la fuente sagrada de la reconciliación humana, como la raíz de la flor de la paz que es el encanto de la comunidad cristiana.

En cambio, ¿cuáles son los extremos a que necesariamente conducen el apartamiento de Dios y la conculcación de su justicia, en el afán de la disputa y la conquista de los bienes materiales? ¿Se lo preguntaremos a la lógica? ¿Para qué? ¡Ya no es necesario! Los tenemos a la vista. Hoy se tiene la respuesta mirando el comunismo. ¿Qué es en definitiva el comunismo? El choque violento y fatal entre las injusticias cometidas en el orden económico y las reacciones por ellas provocadas. La ambición desmedida de los bienes temporales ha sido la causa del comunismo ateo.

Pero entonces, ¿sólo los pobres podrán servir a Dios, sólo ellos podrán aspirar a ser perfectos? No, no es ése el sentido cristiano del Evangelio. Hay pobres y ¡ojalá no fueran tantos! que se hallan muy lejos del servicio de Dios. Individualmente considerados son muchos los pobres que maldicen su suerte y, en su ignorancia, blasfeman de Dios responsabilizándolo de las penurias que padecen, sin darse cuenta que ellas proceden precisamente de las rebeliones contra sus normas divinas, es decir, contra la caridad y contra la justicia. Y tomados colectivamente son innumerables los que constituídos en organizaciones revolucionarias atentan contra todos los derechos humanos y divinos. La paz y la dicha, pues, es decir, la bienaventuranza no se ha prometido simplemente a los pobres, sino a los pobres de espíritu, es decir, a los que, siéndolo en realidad, lo son además por la conformidad de su espíritu; y a los que siendo ricos, en cierta manera dejan de serlo haciéndose pobres por no tener el espíritu sujeto y apegado a la riqueza.

* * *

¡Ricos y pobres, animados del espíritu del Evangelio, mientras dure la desigualdad emanada de muchas causas y exagerada por tantas otras, volvedla tolerable por el intercambio de los servicios oportunos y de las retribuciones equitativas; y, sobre todo, por los mutuos renunciamentos que hagan posible y meritoria la convivencia de los unos con los otros!

Y todos aquellos que aún no se deciden a buscar en el Evangelio las bases que dan estabilidad a la vida individual y colectiva, adviertan que si la civilización actual termina en el caos a que se ve abocada, en forma que parece tan cercana como inevitable, ello se debe a su obstinación en rehusarse

a aceptar la norma trazada por Jesucristo en el Evangelio de hoy. Jesucristo quiere que se establezca la preeminencia de la justicia por encima de todos los intereses; y el mundo ha venido proclamando la de los intereses por encima de la justicia. Y nuevamente en nuestra época la experiencia viene a dar razón a Jesucristo, enseñando que toda civilización construída sobre intereses se asienta sobre arena; y toda civilización edificada en la justicia, descansa sobre piedra.

* * *

En el plan divino todo se halla regulado en forma que los hombres puedan y deban por medios legítimos y honestos procurarse los bienes indispensables para su decorosa subsistencia. Y su omisión voluntaria constituye una culpa grave.

Pero si hay una culpa grave que proviene del defecto, hay otra que procede del exceso. Y aquí está el verdadero significado de la máxima evangélica. Los hombres suelen incurrir en excesos de preocupación por los bienes temporales. Y el Evangelio no quiere que prime con detrimento del honor, de la virtud, de la moral, de la caridad, de la justicia. Dice Jesucristo: "El cuerpo vale más que los vestidos y la vida más que los alimentos." Podemos añadir: el alma es más noble que el dinero y la virtud más preciosa que la fortuna. Pero el mundo invierte los valores, y es eso lo que condena el Evangelio. Cristo dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura." El mundo dice: Buscad primero los bienes de la tierra, la justicia la tendréis por añadidura. Y en efecto, en sus excesos pretenden que los ampare la justicia, ¡la misma justicia que ellos de tantas maneras violan y conculcan! A esta inversión de valores, merced a la cual se hace preponderar a los materiales sobre los morales, se debe la crisis aguda de la perturbación actual que tiene enloquecido al mundo,

En el deseo de prevenirla y de evitar los desastres que ocasionará su inminente desenlace, había dicho Jesucristo en el sermón de la Montaña: *Beati pauperes spiritu...* "Dichosos los pobres de espíritu."

Y ¿por qué son dichosos los pobres de espíritu? Porque de ellos es el reino de los cielos. No porque de ellos *será*, sino porque de ellos *es*. Lo que quiere decir que no deberán esperar la vida futura para ser dichosos, sino que ya lo son en la presente. El reino de los cielos en la vida presente es el reino de la gracia, y merced a ella el de la caridad y de la justicia, es decir: el reino de la paz, y la paz es la fuente de la dicha.

Y por una exuberancia de la bendición divina otorgada a la pobreza voluntaria, los pobres de espíritu no sólo se hacen a sí mismos dichosos, sino que vuelven dichosos también a los demás. La pasión del dinero hace a los hombres egoístas; la pasión de su desapego los vuelve caritativos. La ambición de la riqueza engendra avaros, la ambición de la pobreza crea santos. La riqueza del avaro multiplica la miseria, la pobreza del santo hace que a su alrededor florezca el bienestar. Los que se disputan los bienes del cuerpo originan la guerra; los que sobre todo ambicionan los del espíritu, causan la paz.

El día en que el Cristianismo informe de verdad la vida individual, la vida económica y la vida social, la humanidad habrá hallado definitivamente la senda de la paz.

6/9/36.

* * *

Con mucha frecuencia, sobre todo si ello conviene a nuestros intereses, solemos recordar el hecho de Jesús, sacando a latigazos del templo a los mercaderes sacrilegos. Pero casi nunca

pensamos en el comercio innoble con que se profanan los templos vivos, que son nuestras almas. Cada alma es una morada en la cual se trafica con frecuencia y donde la ley del intercambio suele ser el interés personal. Y a este tráfico se lo pretende justificar llamándolo: perspicacia, prudencia, previsión, fortuna. De acuerdo con las máximas del interés personal, es necesario precaverse contra las exigencias de Dios, no sea que por ajustarlo a sus normas divinas, se lo haga peligrar. Es necesario que la conciencia negocie con Dios, hasta obtener dispensa de los escrúpulos, quitas en las deudas, reducciones en las cargas y plazos indefinidos en los pagos.

Mas es necesario advertir, que quien pretende traficar con Dios, no obra como cristiano, sino que procede como idólatra. El abyecto paganismo, del que siempre queda algo en nosotros, porque nace con nosotros, nos presenta todas las cosas bajo la perspectiva de nuestro interés personal. Y, a través de la óptica convencional de nuestra naturaleza enfermeza, llega a convencernos de que entre las leyes de Dios y nuestros intereses temporales hay una oposición sistemática. En consecuencia, a Dios se le puede situar de aquel lado del mostrador, y nosotros podemos quedarnos de este otro, para la discusión de nuestros intercambios. Hay en cada uno de nosotros extensas zonas paganas, donde la virtud de la Cruz no ha penetrado todavía. Tengamos presente que un Dios discutido, un Dios aceptado en aquello que aprovecha, y rehusado en aquello que desagrada, acatado en aquello que concede, y desobedecido en aquello que prohíbe, no es un Dios, es un ídolo. Porque el Dios verdadero, sólo es tal, porque es el Soberano y porque es el Unico.

Como no hay fronteras reales, tampoco debemos crearlas imaginarias entre Dios y nosotros. No podemos decir: de este lado estoy yo y del otro estáis Vos.

No podemos pensar que Dios traspone sus dominios o que

invade los nuestros. Todo el universo físico y espiritual, todo lo creado son dominios de Dios. Dios no invade los míos, cuando con su ley entra en mi conciencia, porque yo me hallo todo entero dentro de los suyos. Si intento trazar entre Dios y yo fronteras divisionarias, pretendo una quimera: me endioso yo y blasfemo de Él.

No hay, pues, en nosotros, zonas reservadas, en las cuales podamos refugiarnos para rendir el culto que satisfaga a nuestros instintos. Nadie puede servir a dos señores, comienza diciendo el Evangelio de hoy. Y concretando más su afirmación inconcusa, dice Jesucristo: "Nadie puede rendir culto a Dios y al Becerro de oro." El mundo de hoy —aun el mundo cristiano— está lleno de adoradores del Becerro de oro. La desgracia es que sea todavía infinitamente mayor que el número de los cristianos el de los idólatras. ¡Los adoradores del Becerro de oro, no son sólo los judíos!

Hay un sinnúmero de cristianos que igualan a los judíos y aun que los aventajan en la adoración de ese ídolo a cuyo servicio nadie puede estar, según Jesucristo, sin renunciar al servicio de Dios. El hombre puede servirse del oro, pero no debe servirlo.

Una de las aberraciones predominantes de nuestra época es la de dar preferencia a los valores materiales. La vida humana se ha materializado, se ha metalizado, y por eso se ha mercantilizado.

Es lo que había acontecido en el pueblo de Israel en la época de Jesucristo. Y la preferencia otorgada a los valores humanos, es decir: la adoración del Becerro de oro, sigue siendo la característica de sus hijos. Hoy se inicia contra ellos una persecución implacable. Yo preferiría que esa persecución se dirigiese más contra sus sistemas que contra sus personas. Preferiría que la persecución se hiciera a la usura, al monopolio, al peculado y a todas las formas de la explota-

ción utilizadas sistemáticamente por tantos cristianos de los que tanto abominan de los judíos.

* * *

Esa conducta de tantos cristianos sometidos al servicio y a las exigencias del oro, es la consecuencia de su renunciamiento al servicio de Dios. La ley de Dios, es decir la justicia y la moral, deben regular todas las actividades de la vida del hombre: las religiosas, las sociales, las políticas y las económicas. El orden económico y el orden moral están íntima e indisolublemente ligados. Si el ser humano es una persona única creada para un fin supremo, toda su multiforme actividad debe ser disciplinada por una jerarquía de fines correlacionados con su fin último y supremo. El fin económico no debe prevalecer sobre el fin moral.

La conquista de lo útil, si lo útil debe ser para el hombre integral y no para un fragmento de hombre, como sería el "*homo æconomicus*", no puede prescindir de las normas de la equidad y de la justicia. Todos los males que han perjudicado y corrompido y desprestigiado la vida económica y la vida política y la vida social y la vida internacional, dependen del hecho de haberlas sustraído a la influencia de la moral.

* * *

La prescindencia de la moral, es decir: el renunciamiento del servicio de Dios, ha sido la causa de todos los trastornos económicos que están desarticulando un mundo que en su pecado tiene ya su penitencia.

El sometimiento a la norma directriz de Dios, o lo que

es lo mismo, a la moral divina, lo habría preservado de las catástrofes. La moral condena la lucha de clases, considerada por el marxismo como el medio normal de la evolución social. La moral reprueba la competencia desenfrenada, causante de la hecatombe de los débiles, de la concentración de las riquezas y del despotismo económico en todas sus egoístas manifestaciones. Por eso la encíclica *Quadragesimo Anno* niega a la libre competencia la función directiva de la vida económica. La economía, como todas las otras actividades humanas, no puede ser desenfrenada, debe ser dirigida, pero dirigida por la moral. La moral rechaza el error comunista que, negando el principio de la propiedad privada, apaga el entusiasmo por la conquista de la riqueza y mata el vigoroso incentivo de la producción, que es el interés inmediato del productor.

La moral, en fin, condena el ocio, la prodigalidad, la especulación injusta, la limitación egoísta de la natalidad y la ambición insaciable de los bienes por cuya conquista los individuos y las colectividades conculcan todos los principios y violan todos los derechos.

¿Acaso el factor económico no es también el móvil de muchas guerras? ¿Y la extensión misma de las guerras no es ocasionada muchas veces por la competencia económica?

La moral, en fin, combate el vicio y reprueba la injusticia, y los hechos tarde o temprano terminan por demostrar que la injusticia y el vicio son esencialmente anti-económicos.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SE dirigía Jesús a la ciudad llamada Naím, y con Él iban sus discípulos y una numerosa multitud. Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda; iba con ella gran acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido a compasión, le dijo: No llores. Y acercóse al féretro, y lo tocó (y los que lo llevaban se detuvieron). Dijo entonces: **Joven, yo te lo mando, levántate.** Luego se incorporó el difunto y comenzó a hablar. Y Jesús lo entregó a su madre. Con esto quedaron todos penetrados de temor, y glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo.

San Lucas, cap. VII, 11-16.

El Evangelio de hoy nos sitúa frente a la muerte. La escena que narra, cuyo motivo central es la muerte, resulta extraordinariamente emocionante. En la puerta de las murallas que circundan la ciudad de Naím se encuentran dos cortejos. Uno que sale: es el cortejo de la muerte; dentro del ataúd que llevan sobre los hombros, va el cadáver de un joven, hijo único de la madre viuda que lo sigue ahogando los sollozos. El otro cortejo entra. Es el de la vida. Lo forman los que acompañan a Jesús, que ha dicho: "Yo soy el camino,

la verdad y la vida." ¡Qué contraste el de los dos cortejos! ¡Qué oportunidad la de su encuentro!

Jesús observa el acompañamiento fúnebre. La desolación en que queda el corazón de la madre ante la muerte del hijo, conmueve el suyo. Él es la vida, y cuando el alma se le llena de emoción, desborda la vida. Nadie se lo ha pedido. Nadie quizás advertía su presencia. No importa. Avanza dejando el cortejo de la vida y va al de la muerte. Lo hace detener. Se acerca a la madre. Le dice: "No llores más." Se aproxima al hijo. Le dice: "Joven, yo te lo mando, levántate." Y en medio del general asombro, lo saca del féretro y lo deja entre los brazos de la madre.

Los relatos evangélicos que nos presentan a Jesús frente a la muerte, nos revelan la fuerte impresión que le causaba y la reacción incontenible que le provocaba. Y esta reacción rompía, por decirlo así, la envoltura humana, y dejaba en libertad, para que actuara, su omnipotencia divina. Las tres veces, anotadas en el Evangelio, en que Jesucristo se halló frente a la muerte, le rompió las fauces y la obligó a restituir la presa. Así lo vemos en la resurrección de la hija del Jefe de la Sinagoga, en la del hermano de Marta y de María y en la del hijo de la madre viuda. Esta actitud de Jesucristo nos obliga una vez más a proponernos esta cuestión: ¿Cuál es la causa de la muerte? ¿Quién la introdujo en el mundo, puesto que Dios, cada vez que la enfrenta, la conjura?

El pecado abrió en el compuesto humano la brecha por donde entró la muerte. El pecado es un desorden. El hombre se aleja de Dios para unirse a la materia. La reparación del desorden exigirá del hombre que el espíritu se separe violentamente de la materia. La muerte es por lo tanto consecuencia del pecado. Es el castigo de la concupiscencia. Es la obra del hombre. La obra de Dios, que siempre saca bien del mal, es volverla infinitamente redentora. Por eso, el que da la vida

por la verdad o por la fe, y el que simplemente acepta la muerte con resignación cristiana, se redime.

* * *

“Entre las cosas terribles, la más terrible de todas es la muerte”, decía un filósofo pagano. Ella es la separación definitiva de esta tierra y de todo lo agradable que contiene. Y esto, como es natural, comporta un desgarramiento doloroso. Pero la muerte es algo inmensamente más espantoso todavía. Es la ruptura violenta de la unión esencial del cuerpo y del alma. Y en esta separación, más que en aquella otra, consiste la realidad tremenda de la muerte.

Si no fuera por el respeto sumo que tiene Dios a la libertad del hombre y porque nunca se arrepiente de sus dones, podemos en consecuencia adivinar cuál sería la actitud de Jesucristo en las vísperas de las decisiones de las grandes guerras o en presencia de los montones de cadáveres sembrados por la muerte sobre los campos de las luchas fratricidas.

* * *

¿Quién ha podido separar lo que Dios había unido? Es muy necesario tener sobre esto un concepto claro y seguro. Después de crear al hombre, Dios, merced a un nuevo privilegio, lo hizo inmortal. Pero quiso que esa inmortalidad fuese libremente aceptada y merecida por el hombre. Y para ello lo sometió a la prueba de prestar su acatamiento a un único precepto. Y dijo terminantemente al primer hombre que a todos nos llevaba en germen: “Si te rebelas, morirás”, *morte morieris*. Y... cuando Adán y Eva se encontraron un día con el cadáver de su inocente Abel, yerto, lívido y bañado en su sangre,

¡cómo debieron medir el espanto contenido en esa palabra que hasta entonces sólo de nombre habían conocido: la muerte!



La muerte es el punto inicial de la refundición del cuerpo. La concupiscencia ha viciado su carne y su sangre. La iniquidad lo ha penetrado como el agua, y se le ha entrado como el aceite hasta la médula de los huesos, según la enérgica expresión de la Escritura. Y la muerte vindicará la obra de la concupiscencia y de la iniquidad, porque insensibiliza la carne, paraliza y enfría la sangre, aridece los nervios y seca los huesos. No sólo reprime las emanaciones impuras de la sensualidad, sino que las apaga y las extingue; las reduce a cenizas y las mismas cenizas se disuelven luego en algo casi impalpable a que todavía no se ha dado un nombre en el lenguaje humano. El lugar donde esos elementos reposan se llama cementerio, es decir, *dormitorio*. Pero esta palabra no expresa una realidad, sino sólo una apariencia. Bajo la apariencia del reposo y del silencio, se elabora la refundición del cuerpo humano. El obrero misterioso encargado de extraer las impurezas de la carne continúa transformándola hasta simplificarla. El cementerio, pues, más bien que dormitorio es el laboratorio de la refundición para la transfiguración final.



Y si así no fuera ¿valdría la pena de haber nacido y la de haber vivido? ¿Quién hay que viendo aproximarse el fin se haya sentido plenamente satisfecho? Salomón, después de haber nadado en la abundancia y satisfecho todos los gustos y desflorado todas las bellezas y libado todos los placeres, dominado por el tedio de la vida, debió exclamar al fin: *Vanitas*

vanitatum et omnia vanitas! Si nuestra alma y nuestro cuerpo terminaran con la muerte, como termina la bestia, sería un final indigno del hombre y más indigno de Dios. El fondo de la naturaleza humana, está constituido por una aspiración inextinguible de inmortalidad. Y no se la ha inoculado el hombre, se la ha infundido Dios. Y Dios no puede complacerse en encender para apagar, ni en crear para destruir. La resurrección del cuerpo es tan necesaria como la inmortalidad del alma. De lo contrario la Religión sería un mito porque Jesucristo no sería Dios: la moral sería inútil, porque carecería de sanción; los cristianos seríamos ilusos y los más virtuosos serían los más miserables de los hombres.

Pero contra todo eso la naturaleza humana toda entera levanta una formidable protesta, tanto más fundada en justicia, cuanto más dolorosa es la condición en que se encuentra. Perdida toda su fortuna, minado por la enfermedad, llagado desde la planta de los pies hasta el vértice de la cabeza, abandonado por todos, sentado en un estercolero, está Job representando a la humanidad y divinamente inspirado diciendo estas palabras: "¡Quién me diera escribir con un punzón en láminas de acero o grabar con un cincel en piedra dura, las palabras que debo decir! Yo sé que mi Redentor está siempre vivo y que en el día postrero voy a resucitar y volveré a cubrirme con mis nervios y mi piel, y recuperada mi propia carne, veré a mi Dios. Lo veré yo mismo con estos ojos míos y no con los de otro. ¡Tal es la firme esperanza que alienta dentro de mi propio ser!"

Tal vez porque careciendo de ella las consecuencias serían tan funestas; la fe en la resurrección ha sido revelada en forma tan insistente, tan inequívoca y tan reiterada en las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y en atención a los estímulos que está destinada a crear en nosotros, la Iglesia procura mantenerla en nuestra alma en actividad permanen-

te. Nos aconseja ejercitarla constantemente, y cuando los días del Señor nos congrega en sus templos para rendir a Dios el homenaje de nuestra adoración, nos hace rezar con el sacerdote celebrante, el símbolo augusto de nuestra fe católica, cuyas últimas palabras son éstas: "Creo en la Resurrección de la carne y en la vida perdurable."

* * *

Por poco que observemos el fondo de la naturaleza humana, descubrimos que nunca nos sentimos satisfechos. No estamos cómodos dentro de los límites de nuestra propia persona, ni de nuestra propia casa, ni de la condición social, ni de los partidos políticos, ni de las fronteras nacionales. Las ambiciones que nos hinchan hacen que nos estorbemos los unos a los otros, de suerte que no logremos ni siquiera vivir en paz. Parece que la tierra se fuera volviendo más pequeña a medida que las aspiraciones humanas crecen. Parece que ahora ya la tierra nos quedará chica. Hombres que os incomodáis los unos a los otros, que os perseguís y que os odiáis, sed más tolerantes, sed pacíficos, sed buenos.

Pensemos, hermanos, que a pesar de todas las disidencias que nos mantienen separados, más pronto de lo que pensamos habrá llegado el día en que esta misma tierra nos quedará demasiado grande. La tierra nos habrá tragado a todos y junto con nosotros a nuestras ambiciones, nuestras rivalidades y nuestras inquietudes. Nuestros cuerpos no se estorbarán y una vez reducidos a polvo servirán en común para fecundizar la tierra, sobre cuya superficie las nuevas generaciones reiniciarán sus disidencias, hasta que al fin, tragada también la última por la madre tierra, nos guarde en el secreto de sus misteriosas entrañas.

Y de esa manera, cuando todos hayamos desaparecido

desde el primero hasta el último de los hombres, la tierra parecerá un inmenso féretro conducido por fuerzas divinas en los espacios siderales. Entonces Jesús hará la segunda aparición que nos ha profetizado, no humilde como la primera, sino gloriosa y rehaciéndonos del polvo como antes nos hiciera de la nada, y dirá a la humanidad entera, como al hijo de la viuda de Naím: "Levántate, yo te lo mando, y ven a juicio."

Señor, hacednos la gracia de vivir de manera que no incurramos en los eternos castigos y que merezcamos lanzarnos, como el joven resucitado a los brazos de su madre, al seno de la inmortalidad feliz.

* * *

Pero, entretanto, ¿no podremos terminar nuestros días apreciando la esperanza de que a nuestra invocación fervorosa detengáis los estragos que está causando la muerte engendrada por el pecado del odio que se tienen los hombres?

Poco tiempo después de terminada la guerra, se hizo célebre un cuadro de un artista genial. Ante un campo humeante y cubierto de cadáveres hasta el confín del horizonte, se halla de pie Jesús, vestido de blanca túnica, sostenida la mirada llena de tristeza sobre los despojos acumulados por la masacre fratricida y pronunciando estas palabras: "¡Y yo les había dicho que se amaran los unos a los otros!"

Señor: De nuestro corazón sólo pueden salir lamentos y súplicas, pero del vuestro, que es caridad, debe brotar el amor necesario para que pueda renacer la vida.

* * *

Observemos, ahora, lo que acontece con la muerte desde el punto de vista colectivo, la mortandad en las guerras internacionales, en las luchas civiles. ¿Cuál es la causa? Exactamente la misma que introdujo en el mundo la muerte individual. ¿Qué nos enseña la revelación acerca de las guerras internacionales? En la Sagrada Escritura, que contiene la revelación de los grandes secretos de la vida y de la muerte de la humanidad, leo esta pregunta: *Unde lites et bella?* ¿De dónde proceden las discordias y las guerras? Y a renglón seguido leo la respuesta: *Nonne ex concupiscentiis vestris?* ¿Podrías negar que provienen de vuestras concupiscencias? ¿De las concupiscencias de vuestras venganzas, de las concupiscencias de vuestra dominación, de las concupiscencias de vuestras hegemonías? Y como la concupiscencia encegueuse y es insaciable, tanto más apetece cuanto más devora; por eso avanza destruyendo haciendas y segando vidas. Llega a transformarse en una especie de máquina infernal de muerte. Y las máquinas no tienen conciencia, ni tienen ley.

Por eso no se detienen ni ante el grito de la conciencia ni ante las intimaciones de la ley.

Sin embargo, como tantas veces en la historia, revivirán un día las eternas resonancias del precepto: *Non occides*: No matarás. Precepto que por ser divino es universal y es absoluto, obligando con la misma fuerza y con idéntica sanción al creyente y al ateo, al individuo y a la comunidad, al súbdito y al gobernante, al ciudadano y al Estado.

Hombres de Estado, pues, y hombres de Gobierno, cuando se halle en vuestras manos la balanza en uno de cuyos platillos está la vida, el don soberano otorgado por Dios a los hombres que momentáneamente gobernáis, y en otro el objeto de vuestras ambiciones, temblad antes de decidir por la satisfacción de vuestras concupiscencias, si éstas contrarían la voluntad de Dios.



Observemos también lo que ocurre con las luchas civiles. ¿De dónde proceden las discordias intestinas que llevan a las guerras civiles? ¿No proceden acaso de las concupiscencias? ¿De la concupiscencia del poder? Es decir ¿de la concupiscencia económica y de la concupiscencia política?

Hombres de partido, diré también, hombres políticos, cuando tengáis que decidir en vuestros consejos, antes de tirar los dados con que se juega la suerte de la Patria, cerrad los oídos a lo que os sugiera la concupiscencia y levantad la mirada hasta Dios para pedir su inspiración.

Si queréis tener segura garantía de la honestidad de vuestras determinaciones, procurad que sean de aquellas que al hacerse públicas merezcan el aplauso del pueblo y la bendición de Dios, y no de las otras que buscan la complicidad de las tinieblas, porque nunca prosperan a la luz del sol.

Digo estas cosas porque quiero hacerme digno de esta bendición de Dios: *Beati pedes evangelantium pacem, evangelantium bona*. "Sean benditos los pies de los que andan movidos del deseo de hacer triunfar el bien y de evangelizar la paz." Y porque quiero también hacerme digno de la bendición de la Patria. Nuestra Patria tiene todo cuanto hace falta para que todos cuantos tienen la dicha de habitarla puedan convivir tranquilos y relativamente felices. Y las concupiscencias personales y las conveniencias partidistas no tienen derecho de intentar despojarnos de este privilegio de la Divina Providencia.

Digo, en fin, estas cosas, porque mejor es la preservación que la represión. Mejor es prevenir que remediar. Mejor es no encender la chispa que apagar el incendio. Mejor es frenar la concupiscencia que exponer la vida. Mejor es renunciar a las ambiciones que derramar la sangre.

Que la Patria no tenga el dolor de llorar la muerte pre-

matura de sus hijos. Y para ello, que éstos, no obstante sus explicables divergencias, tengan tolerancia y conserven su equilibrio. El patriotismo exige en esta hora una gran serenidad. Mujeres cristianas que me escucháis: os corresponde una gran misión. Hijas, hermanas y madres: no contribuyáis a exaltar los ánimos, sino a apaciguarlos. Cada hora tiene su afán. A otras correspondió despojarse de sus joyas. A vosotras, os corresponde sacar del tesoro de vuestro corazón una parte de la ternura que guarda, para crear una atmósfera de apacible serenidad.

25/8/40.

* * *

¿Por qué el hombre es inevitablemente mortal? Porque es hombre. Entra en su compuesto la materia. Y toda materia que vive, está destinada a morir. Así lo exige la naturaleza de su constitución orgánica. Nacimiento, desarrollo, declinación y muerte: tales son las cuatro etapas del ciclo de todo ser viviente en la tierra, ya se trate de la planta, del animal o del hombre.

Hoy nos hallamos ante un hecho que es la comprobación formidable de esta terrible verdad: el hecho que no permite al hombre completar las cuatro etapas del ciclo de su vida: el hecho de la guerra, el hecho de la precipitada multiplicación brutal de la muerte.

Detengámonos al pie de este árbol de muerte cuya copa oscura se eleva hasta las nubes y cuyas ramas se extienden en todas direcciones, proyectando sobre la humanidad su sombra funeraria. Cavemos hasta sus raíces para ver cuál es el jugo que las nutre. El hombre, como dice Pascal, según su esencia no es ni ángel ni bestia. Es el resultado de una combinación entre la materia de la bestia y el espíritu del ángel. Según el plan divino, el ángel debe espiritualizar y elevar a la

bestia; y según el satánico, la bestia debe abatir y corromper al ángel. Con el fin de que pueda ajustarse al plan divino, el Creador enciende en el hombre una luz que lo enseña a dominar, contener y dirigir las pasiones, fuerzas ciegas que actúan no sólo en las regiones inferiores de la materia, sino también en las superiores del espíritu. Esa luz es la razón. Pero la luz de la razón, no proyecta bastante claridad. Por eso Dios la aumenta con la luminosidad de la fe. Mas, con frecuencia, falta a la voluntad la resolución necesaria para orientar la vida en el sentido de esa claridad. Y para estos casos, para sostener los desfallecimientos de la voluntad, nos ofrece la gracia.

Mas no siempre la libertad se pone del lado de la gracia, sino del de la concupiscencia. He ahí la causa profunda de la guerra interior, de la guerra individual. Es la misma de la guerra exterior: de la guerra entre el esposo y la esposa, los padres y los hijos, los hermanos y los hermanos, las castas y las castas, las Naciones y las Naciones.

Y por eso observamos que en la medida en que el hombre se perfecciona, se pacifica; y en la medida en que degenera, se rebela. En consecuencia: la paz es civilización; la guerra, barbarie. Por eso, no obstante los refinamientos que son apariencias de progreso, las épocas en que se multiplican las guerras, aproximan a los tiempos bárbaros.

* * *

Léase el Libro de los libros: la Biblia. Daniel vió y describió en una profecía, las guerras del porvenir y del pasado. Y las vió bajo la misma forma que San Pedro en su éxtasis. Bajo forma de fieras. En el primer año de Baltasar, rey de Babilonia, tuvo Daniel este sueño: "Veía el género humano en su imagen más natural: un mar inmenso y encrespado. Se hallaba envuelto en la noche; y sobre la superficie enfurecida,

se trababan en furiosos combates los cuatro vientos del cielo. "*Ecce quatuor venti caeli pugnabant in mari magno.*" Contemplaba el profeta la tempestad, y vió salir, del fondo de las aguas, cuatro monstruosos animales.

El uno parecía una leona, pero con alas; y sus cóleras eran llevadas con la rapidez del águila de uno a otro extremo del mundo. El otro era semejante al leopardo. Tenía cuatro cabezas, e inclinábanse ante él las cuatro partes del mundo. Seguía después el oso del Septentrión, cuyas fauces estaban armadas de tres hileras de dientes: y oyó Daniel una voz que decía a la bestia: "*surge, comede carnes plurimas*": levántate y come muchas carnes. Y luego apareció el otro monstruo más terrible y extraño que los anteriores. Sus dientes, como sus uñas, eran de acero, pero no comía, pulverizaba; y cuando había torturado a sus víctimas en su boca ensangrentada, pisoteaba sus restos: y mientras tanto hablaba contra la justicia y contra Dios.

¡Basta! ¡Basta! ¡Sombrias visiones! No necesito veros en las profecías de Daniel: ¡Os estoy mirando en los hechos que, para vergüenza humana, recogerá la historia!

* * *

Lo habéis oído: la bestia no comía, es decir: no aprovechaba; torturaba, pulverizaba y pisoteaba los restos de sus víctimas. Ya lo vi una vez. Pasaba yo, sobrecogido, sobre las ruinas de la guerra del 14, y leía letreros que decían: En este lugar estuvo emplazada tal población...; y los letreros estaban plantados entre las ruinas de las ruinas... ¿A quién habían aprovechado los restos de aquellas víctimas? ¿Acaso se obtuvo de ello algún progreso moral? ¿Acaso se conquistó un beneficio material? ¿Adelantó la civilización? ¡En nada! ¡Me equivoco! ¡Sí!, adelantó en convertir los adelantos del progre-

so en medios de destrucción, o lo que es lo mismo, adelantó en barbarie. Alguien ha dicho: "El que hizo crecer dos briznas de yerba donde había una sola, hizo más por la humanidad, que el conquistador que ganó veinte batallas."

Y hemos oído otra cosa al profeta: "Y mientras tanto el monstruo hablaba contra la justicia y contra Dios." No pondré sobre los labios de los hombres de hoy esta imprecación de la aleccionadora profecía. Los hombres se lanzan a la lucha, reivindicando la justicia e invocando para ello la protección de Dios. Es lo que dicen, mas en realidad, ¿qué es lo que hacen? Pero evoco la frase que oyó Daniel como saliendo de la boca del monstruo, para que mediten en ella quienes se hallaren tentados de atribuir estos desastres a la voluntad de Dios. ¡No! Dios abomina de ellos, como abomina de sus causas, que son las ambiciones y los odios desenfrenados de los hombres. No se atribuya a voluntad dispositiva de Dios, lo que se explica por voluntad permisiva. La voluntad dispositiva de Dios, es aquélla con que intervendrá a su hora para sacar bien del mal: para hacer que florezca la vida entre las ruinas de la muerte: como restituyó la vida al cadáver del joven difunto, sacándolo del féretro y dejándolo entre los brazos de la madre, en la exaltación interminable de su júbilo.

Sigue diciendo Daniel —y esto lo veía y lo escribía, siglos antes de Jesucristo—: "Reflexionaba yo sobre la visión nocturna, y he aquí que sobre las nubes del cielo venía como el Hijo del hombre, y adelantóse hasta el anciano en días, y presentóse ante él y recibió el imperio y el poder: todos los pueblos y todas las lenguas le obedecerán y su reino no será destruído."

Sobre las ruinas de todas las violencias, vendrá el Redentor a establecer ese nuevo imperio en que todas las Naciones, conservando su honrosa independencia, se convertirán en un solo pueblo de Dios. Así se establecerá sobre la tierra el paci-

fico imperio de la nueva cristiandad. El Hijo del hombre, que vió el Profeta, es el Príncipe de la Paz. Llegada la hora, se adelantará a la humanidad anciana en días, y de sus propias entrañas destrozadas, hará surgir el pueblo nuevo que le devolverá para compensar sus dolores, como devolvió el hijo resucitado a la acongojada viuda de Naím.

¡Señor! Anticipa la hora de tus milagros, la hora en que tu voluntad dispositiva ordene la Paz. Para mover tu piedad, juntamos 'a la sangre redentora de Jesucristo, las lágrimas de millones de madres, que ni siquiera tienen el alivio de seguir a los hijos que se van a morir... pero que se quedan como muertas, porque las balas que les matarán los hijos, ya mataron para siempre en sus corazones la alegría de vivir.

10/9/39.

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SUCEDIO que, habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales fariseos a comer, en un día de sábado, le estaban éstos acechando. Y he aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico. Jesús, volviéndose a los doctores de la Ley y a los Fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en día de sábado? — Mas ellos callaron. Y Jesús, habiendo tocado al hidrópico, le curó y despidiólo. Dirigiéndose después a ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en un pozo, no le sacará luego, aunque sea día de sábado? Y no sabían qué responder a esto.

Notando entonces que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola: Cuando fueres convidado a bodas, no te pongas en el primer puesto, porque no sea que haya otro convidado más distinguido que tú, y viniendo el que a ambos os convidó, te diga: Haz lugar a éste; y entonces, con sonrojo te veas precisado a ponerte el último; antes bien, cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Lo cual te acarreará honor a vista de los demás convidados, porque cualquiera que se ensalza, será humillado, y quien se humilla, será ensalzado.

San Lucas, cap. XIV, v. 1-11.

El concepto que el hombre se forma de sí mismo determina la modalidad de su vida. Es por lo tanto de suma importancia que sea acertado. Nadie puede dejar de formárselo. El primer objeto que reclama el conocimiento del hombre es

él mismo. Sobre él recae la primera mirada de su espíritu y en él se concentra. De todo lo demás puede apartar su pensamiento, aun del universo, aun de Dios. Pero por más que se esfuerce en cerrar los ojos de su espíritu, no dejará de verse ni de sentirse a sí mismo.

Ahora bien; el sentimiento influye sobre la voluntad y la voluntad es el motor de los actos humanos.

Mirémonos por dentro. ¿Cuál es el concepto que nos formamos de nosotros mismos y el sentimiento dominante que produce? Para saberlo debo mirar muy de cerca el corazón del hombre. Pero no temáis: no necesito mirar el vuestro. Me basta con mirar el mío para saber lo que hay en el vuestro y lo que hay en el de todos los hombres. Abro temblando las puertas de mi propio corazón, y ¿qué es lo que veo en su fondo? Veo que se ama. Se ama y no lo censuro, pues ¿cómo podría odiarse o cómo podría dejar de amarse? Pero es que se ama con exceso; se ama más que a todo y se ama por encima de todo. Y no sólo se ama con exceso, se ama también con exclusividad, y por eso los superiores le inspiran envidia, los iguales rivalidad y los inferiores menosprecio. Se ama, además, con orgullo. En todo quiere ser el primero y el único primero.

Y he aquí lo que sucede. Cuando el hombre que se deja dominar por la embriaguez del amor de sí mismo mira a su alrededor, ¿encuentra acaso un espectáculo que satisfaga a las pretensiones de su orgullo? No, antes halla todo lo contrario, halla jerarquías establecidas en las que él no tiene lugar: jerarquía del nacimiento, que viene a proyectar su resplandor sobre la frente de un hombre sin mérito; jerarquía del talento, que ha distribuido la naturaleza a su capricho y que a pesar de todas nuestras protestas se coloca por encima de nosotros y hace a nuestro amor propio retos magníficos; jerarquía de la fortuna, procedente de la virtud, de la habilidad o del vicio; jerarquía de toda clase y de todo nombre que des-

cansa en las leyes, en las tradiciones, en las necesidades, en los abismos siempre prontos a abrirse para tragar a los que pretenden violarlos. Y al ver esto, el hombre abandonado a sus instintos se ve como caído en la nada en medio de tronos que le retan, y se rebela y se indigna. Tal es el sentimiento instintivo del que nace el orgullo, padre de la inquietud individual, orgullo que cuando se hace colectivo prepara las catástrofes sociales.

Jesucristo, hermanos míos, se ha propuesto cambiar enteramente el sentimiento que tenemos naturalmente de nosotros mismos. Ha atacado ese sentimiento que parece indestructible y en nada diferente de nuestra propia esencia. Y ha pretendido formarnos otro sentimiento enteramente contrario; y yo admiro la pretensión, y lo que es más, la singular seguridad con que procede Jesucristo. Admiro una doctrina que no teme derrocar al hombre por su base, que no sólo quiere extirpar de él un sentimiento radical, sino que crea en su lugar un sentimiento opuesto, prometiéndose emplazarlo en lo más profundo de nuestro corazón. El hombre, gobernado por su instinto, vivía de orgullo; en adelante, regido por la gracia, vivirá de humildad. Y ¿qué es la humildad? La humildad es la aceptación voluntaria del lugar que se nos ha marcado en la jerarquía de los hombres y los seres. Es el dominio completo de sí mismo con una moderación igual a la realidad de lo poco que valemos y con una propensión a convencernos de que valemos menos. El orgullo tendía a subir; la humildad deseará bajar. El orgullo implicaba rebeldía a la superioridad, rivalidad a la igualdad y menosprecio a la inferioridad; la humildad inspirará sumisión a la superioridad, respeto a la igualdad y amor a la inferioridad. El orgullo aspiraba a ser el primero, la humildad se conformará con el último lugar. El orgullo ambicionaba a ser servido; la humildad preferirá servir. El orgullo aspiraba a ser

rey; la humildad deseará ser súbdito. Sentimiento increíble que carecía de nombre en el lenguaje de los hombres, porque no existía; y que desde Jesucristo se ha creado un nombre, se ha hecho una historia y se ha dado una gloria.

Digo una gloria, porque no creáis que la humildad sea para humillarnos: su objeto es el realzarnos. Nadie ha procurado exaltar el alma humana como lo ha hecho Jesucristo. Nadie le ha propuesto una ambición tan grande y un destino tan sublime. La verdadera elevación no está en la elevación natural, ni en la jerarquía material, ni en la exterior apariencia de los seres. La elevación verdadera, la elevación esencial, la elevación eterna, es la elevación del esfuerzo, la elevación del mérito, la elevación de la virtud. El nacimiento, la fortuna, el genio, no son nada ante Dios. Porque, ¿qué es el nacimiento ante Dios cuya gloria consiste en no haber nacido? ¿Qué es la fortuna ante Dios que de la nada ha hecho surgir el mundo? ¿Qué es el genio ante Dios que es el Espíritu infinito de cuya sabiduría increada nos viene el destello de esa llama extraordinaria a que damos un nombre tan bello? Lo que sí es algo ante Dios, lo que nos aproxima a Él, es la elevación personal debida al esfuerzo de la propia virtud. El ser hijo de los propios méritos y padre de la propia grandeza es lo único que nos hace parecernos a Dios, cuya gloria suprema consiste en no deberse más que a Sí mismo.

* * *

De lo dicho resulta que la humildad es la verdad; pero la verdad no sólo vista, sino también sentida y practicada. Porque la verdad no basta para producir una virtud. Es, sin duda, necesaria; es su germen primero, pero este germen puede abortar si al mismo tiempo que la inteligencia ve la ver-

dad, no se desarrolla en el corazón un sentimiento. Y no es lo mismo dar verdades que dar sentimientos. Yo sé cómo se dan las ideas. Abre el hombre sus labios bendecidos por Dios; habla, expone una serie de pensamientos que contienen lucidez; y esos pensamientos que salen de su espíritu entran como la luz al espíritu que escucha. El espíritu que recibe ve lo mismo que el espíritu que da. Pero ver no es sentir. Pasar del acto de la visión al acto del sentimiento es pasar de una región a otra. ¿Quién me hará traducir ese sentimiento a la verdad? Indudablemente, otra potestad distinta de la verdad, pero que se halle unida a la verdad, como el calor a la luz; una potestad capaz de conmoverme, de decidirme, de arrebatarme. Así, por ejemplo: pronunciadme el nombre de la Patria. Todo el mundo sabe lo qué es la Patria. Pero cuando el enemigo se halla delante, cuando se trata de dar la sangre para defenderla y cuando a veces hay interés en creer que esta sangre es inútil, porque la debilidad del corazón nos representa el sacrificio como una cosa estéril: entonces, ¿qué será necesario para decidirme? Será necesario que venga de alguna parte a animar a este corazón helado una impulsión vehemente del amor activo hacia la Patria para que haga brotar de él esa sangre que quiere conservar. ¿Cómo se llama esa impulsión vehemente, cómo se llama esa nueva potestad, esa fuerza que hace pasar de la verdad al sentimiento, cuando se trata de la virtud de la humildad? Se llama la gracia. La gracia que sólo Dios puede dar, la gracia que siempre da a los que humildemente la imploran, y la niega a quienes olímpicamente la desprecian. *Superbis resistit, humilibus dat gratiam.*

La humildad es la virtud más indispensable para la pacífica convivencia humana y para elevar el nivel de los valores morales. Por eso, hoy que es tan escasa, el estado normal es de inquietud y de lucha y de una enorme depresión moral.

Parece que la vida no tuviera para los hombres más que dos dimensiones: la que lleva a la extrema derecha y la que conduce a la extrema izquierda; todo se mueve en sentido horizontal y la horizontal es la línea de la muerte. El símbolo perfecto de la vida para el cristiano es la cruz. Tiende sus brazos hacia la derecha y hacia la izquierda; pero no para dividir a los hombres, sino para atraerlos y juntarlos; y los hace pensar en la línea vertical que es la de la vida. Ahonda por medio de la humildad en la realidad de la pequeñez humana, de la fugacidad de la vida presente; y una vez en esa profundidad, baja la gracia de Dios; y fortificada el alma por ella, toma impulso y alcanza la sublimidad de las cimas iluminadas donde reina la virtud y donde reina el amor.

* * *

Jesucristo nos enseña que la humildad es una virtud fundamental para la vida cristiana. Y sintetiza esa enseñanza en esta sentencia: el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

La humildad es la verdad. Si la consideramos como virtud, debemos definirla así: la humildad es la conformidad con la verdad. Si el hombre adquiriese la noción exacta de lo que es y adaptase su vida a esa realidad, llegaría a ser humilde. Pero a ello se oponen dos obstáculos formidables. El primero es la dificultad de adquirir la noción exacta de sí mismo. El *nosce te ipsum* será siempre el más difícil de los problemas. Es relativamente fácil conocer a los demás; es muy difícil conocerse a sí mismo. Las miradas que dirigimos sobre nosotros mismos, son siempre condescendientes y amables. Nos vemos envueltos por una atmósfera luminosa emanada del amor que instintivamente nos profesamos. Y ese esplendor nos oculta o nos disimula los defectos. Instintiva-

mente nos creemos mejores de lo que somos. Cuando advertimos que se tiene de nosotros un concepto inferior al que pretendemos merecer, se forma dentro de nosotros una tempestad: el espíritu se nos subleva. Para tales casos tenemos a flor de labio la frase reveladora de que se comete con nosotros una injusticia. Decimos que se nos tiene en menos. Y sabe Dios si ese desconcepto que tanto nos humilla no es una demostración de que se nos tiene en más.

* * *

El segundo obstáculo es la dificultad de conformarnos a la realidad que somos. Instintivamente nos consideramos siempre con derecho a más. Y por eso todo lo que vemos a nuestro alrededor revelando superioridad, despierta nuestra apatencia y provoca rebeldía. Nos hallamos en el mundo rodeados de una infinidad de jerarquías en las cuales no ocupamos el lugar que nos parece merecer. De ahí proceden la envidia, la rivalidad, la calumnia, la infamia que son la causa permanente de la inquietud y la discordia entre los hombres.

Y cuando el afán de predominio se desarrolla y se hace colectivo, cuando quien quiere prevalecer a toda costa, no es ya el individuo aisladamente, sino el círculo, el partido, la clase, la casta o la raza, la humanidad se secciona en porciones antagónicas, entre las cuales se cavan abismos que no se colman ni con las ruinas que los odios acumulan, ni con las vidas que prematuramente se siegan, ni con la sangre que estérilmente se derrama.

* * *

La humildad, pues, es una virtud sumamente difícil. Por otra parte es también extremadamente necesaria, y por eso su falta resulta excesivamente desastrosa.

¿Quién podrá volverla asequible? Nadie, fuera de Jesucristo. Sólo Él, por ser Dios. Porque sólo Él puede otorgar el auxilio de la gracia divina, sin la cual la naturaleza humana no puede llegar a practicarla. Practicarla quiere decir: resolverse a extirpar de sí mismo un sentimiento congénito y reemplazarlo por otro diametralmente opuesto.

¡Bendita humildad! Bajo tu plácido reinado se restablece la concordia y se vuelve no sólo posible sino también placentera la convivencia humana.

Y ¡cosa singular!, parecería que el humilde se empequeñece y se anula; y la verdad es que se engrandece y se eleva. Es que para subir es necesario bajar. Tal es la doctrina evangélica. No es una paradoja. Cuanto más alto se pretende levantar el edificio, más bajos deben ser sus fundamentos. "El que se humilla será ensalzado."

Parecería también que el humilde es un derrotado; y la verdad es que es conquistador. Después de haber obtenido la más difícil de las victorias, que es la victoria sobre sí mismo, la conquista sobre los demás. El humilde ni opone ni levanta resistencias. Es el pacífico, el dulce conquistador de sus hermanos. Sus pasos levantan bendiciones como los que evangelizan el bien, como los que difunden la paz. Es la prueba sensible y constante de la verdad de la bendición divina otorgada a los humildes por Jesucristo, el día del sermón de la montaña: *Beati mites... quoniam ipsi possidebunt terram*. "Dichosos los humildes, porque ellos pacíficamente conquistarán la tierra."



"El que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado."

La naturaleza humana tiene una propensión ingénita ha-

cia su propia elevación. Tiene el instinto de la dominación. Es ésta una verdad que no necesita ser demostrada. Una experiencia universal y constante la confirma. Y cada uno de nosotros la siente dentro de sí. Seamos sinceros, al menos con nosotros mismos. ¿No es cierto que nos indigna el ser tenidos por inferiores, el ser considerados incapaces? ¿No es cierto que no nos gusta pasar desapercibidos, ni vernos relegados?

En cambio, nos agrada que se nos tenga en cuenta; que se nos sirva, se nos estimule y se nos elogie. Queremos distinguirnos, sobresalir, triunfar. Sobre todo triunfar: en las empresas, en las discusiones, en los juegos. En todo. Queremos triunfar en la vida. Queremos dominar.

Ahora bien: esa propensión ingénita de la naturaleza humana, es una espada de dos filos. Puede hacernos un inmenso bien, y puede causarnos un enorme mal. Puede contribuir a perfeccionarnos, y puede servir para degenerarnos. Puede civilizarnos y puede embrutecernos. Todo dependerá de que a esa propensión la dejemos salvaje o la volvamos cristiana. En otras palabras: de que se la deje impulsar por los instintos del paganismo, o de que se la obligue a informarse de los principios del Cristianismo.

El paganismo, desde el punto de vista moral, es la naturaleza abandonada a sí misma: la naturaleza en bruto, la naturaleza salvaje. El Cristianismo es el mensajero de Dios, encargado de ahondar en ella, de remover su interior, de desentrañar los malos gérmenes. Su misión es más transformadora que la del arado que hunde su reja en la tierra para desplazar las malezas y abrir el surco que recibirá la semilla. El Cristianismo, es para la tierra inculta de la naturaleza humana, a un mismo tiempo, arado, semilla y riego. El Cristianismo arranca lo que hay de egoísta en la pasión ingénita del dominio, y, en el vacío que deja, planta cuanto tiene él!

de generoso. O lo que es igual: el Cristianismo desplaza la soberbia y emplaza la humildad.

* * *

La primera consecuencia de esto, para la convivencia social, es la siguiente: donde impera el paganismo, hay guerra, donde se establece el Cristianismo, hay paz. Hablo del Cristianismo verdadero y de su establecimiento real. La guerra es el ideal del paganismo. La paz, por el contrario, es el ideal del Cristianismo.

No pertenezco a la escuela de ciertos católicos que pretenden hacer de la guerra un ideal divino: la guerra es más bien el ideal pagano, el ideal satánico.

Los profetas jamás anunciaron la paz como fruto de la vieja humanidad, de la humanidad caída, de la humanidad pagana, sino de la humanidad redimida, de la humanidad nueva, de la humanidad de buena voluntad. Los profetas anunciaron la paz, como el ideal divino del Príncipe de la Paz. Y su conquista no había de obtenerla por las armas. Ese principado lo obtendría haciendo envainar la espada y entregando los mantos manchados con sangre para pasto de las llamas: "*Erit in combustionem et cibus ignis*" (Is. IX. 6). Y cuando vengan a disputarle el reino, se dejará matar. Abominando de la guerra, triunfará de ella; y si los ángeles habían anunciado la Paz sobre la humildad de su cuna, ahora resucitado saludará, desde la gloria de su sepulcro entreabierto, primero a sus discípulos y luego al mundo, diciendo: "*Pax vobis.*" La Paz sea con vosotros.

Si queremos ver con nuestros propios ojos, la diferencia esencial entre el paganismo y el Cristianismo, basta con abrirlos a la realidad que tenemos por delante. Ahí está el Cristianismo representado en el Vicario de su divino Fundador,

Y frente a él, está el paganismo actualizado en la pasión del dominio por medio de la fuerza. Crónicas recientes nos refieren, que Pío XII, imagen viviente de "un Santo dolorido", demacrado y lloroso, dice entre otras, las siguientes palabras al nuevo representante del Rcy de los Belgas: "Colocados por el deber de nuestro Ministerio Apostólico, por encima de los conflictos particulares, y cuidadosos por nuestra solicitud paternal del verdadero bien de los pueblos, hemos visto, con dolorosa congoja en el corazón, acercarse día a día el cataclismo, consecuencia fatal de la sustitución del principio cristiano de las negociaciones serenas, por el recurso a la fuerza de las armas."



Los hombres no creen todavía, suficientemente, en la eficacia integral del cristianismo. No se deciden aún a hacerlo entrar en su vida individual y colectiva. Confían más en su ambición, esperan más de su fuerza. A causa de no dejarse iluminar lo bastante, por la luz de la fe, no ven cómo sea posible dominar con el renunciamiento, engrandecerse con la abnegación y elevarse con la humildad.

Les resulta paradójica la táctica cristiana. Las normas trazadas en el Sermón de la Montaña, les parecen un contrasentido. Una sobre todo, que es la reguladora de la pasión del dominio: "*Beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.*" Comprenderían que Jesucristo hubiese dicho: *Beati mites quoniam ipsi possidebunt requiem Dei*: Dichosos los mansos, los pacíficos, porque ellos alcanzarán el cielo. Pero el principio de la conquista de la tierra por medio de la mansedumbre, lo creen irrealizable. Y sin embargo, la historia ha confirmado mil veces, que las conquistas de la fuerza, son efímeras, y que sólo son permanentes las conquistas del derecho;

que la paz estable no se hace con la guerra: esa paz se logra con la paz.

* * *

Nabucodonosor, rey de los asirios, había vencido a su poderoso vecino, el rey de los Medas, en una gran batalla. Ensoberbecióse y juró por su trono, que ensancharía indefinidamente su Imperio. Convocó a sus consejeros y generales y celebró en su Palacio lo que con tanta propiedad llama la Sagrada Escritura, "el misterio de su consejo: *habuit cum eis misterium consilii sui.*" (Judith II.)

Tales Estadistas necesitan ciertamente del misterio. Temen la luz del mediodía, temen la opinión del pueblo. Y ya se sabe por qué. El secreto de Nabucodonosor hace siglos que dejó de serlo. Ha pasado de imperios a imperios, de gabinetes a gabinetes, y hoy es objeto de indignación y de desprecio para el mundo entero. "*Dixitque cogitationem suam in eo esse ut omnem terram suo subjugaret imperio*" (ibidem). Y dijo que era su propósito, someter a toda la tierra, bajo su único dominio. He ahí el misterio de su consejo. He ahí el secreto. Dominar el universo por la fuerza.

Llama a Olofernes, jefe de sus ejércitos: "Marcha, le dice, contra los pueblos de Occidente, contra aquéllos sobre todo, que osaron oponerse a mis órdenes: apodérate de todas las ciudades y somete a todos los reinos." Obedece Olofernes, y sus ejércitos invaden con impetuosidad incontenible la superficie de la tierra. Llevan por todas partes, con la devastación y la muerte, el terror del nombre de Nabucodonosor, rey de los asirios.

Pero el que de esa manera y por tales medios se exalta, será humillado. Entre aquellos pueblos que iban siendo oprimidos, encuéntrase uno de esos que ahora se llaman peque-

ños Estados. Y en una de sus poblaciones, perdidas, ocultas en las montañas de Palestina, ajenas al lujo de las ciudades asiáticas, hállase en el hogar paterno, con la ceniza y el cilicio, una joven viuda llorando la muerte reciente de su esposo y encomendándose con humildad a Dios.

Al grito de la Patria amenazada, levántase Judit. Con un valor divinamente inspirado, dirígese al campo donde se hallaban emplazadas las tiendas de los bárbaros invasores, y se vuelve muy luego, llevando entre las manos, la cabeza chorreando sangre, del tirano. Y el pueblo en la exaltación de su júbilo la aclamaba incesantemente diciéndole: "*tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*"

* * *

Sospecho que muchos de los que me están escuchando, pretenderán hallar en la evocación de estos hechos bíblicos, alusiones directas a los acontecimientos actuales. Tienen libertad para pensarlo. Sólo digo que de ellas no me responsabilizo. Yo predico el Evangelio. Divulgo doctrina. Establezco tesis, mas no particularizo. No me corresponde.

Lo único que atañe a la índole de mi función evangélica es dejar sentados la teoría y el hecho de estas grandes verdades: Dios se vale de la debilidad para confundir la fuerza: el que se humilla, será exaltado; la mansedumbre es más eficaz, que la pasión del dominio, para dejar establecida la posesión de la tierra.

20/9/36.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SE acercaron a Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la Ley, preguntó a Jesús para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley? — Respondióle Jesús: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste, y es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los Profetas.

Estando juntos los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta: ¿Qué opinión tenéis vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo? — Dícenle: De David. — Replicóles: Pues, ¿cómo David en espíritu le llama su Señor, cuando dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies? Si, pues, David le llama su Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo? A esto nadie pudo responderle una palabra, ni hubo ya desde aquel día quien osase hacerle más preguntas.

San Mateo, cap. XXII, v. 34-36.

Dice el Evangelio que los fariseos se acercaron a Jesús y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó cuál era el principal entre todos los mandamientos. Y agrega que le hacían esta pregunta para tentarle. ¿Dónde estaba la tentación? Los fariseos sabían muy bien que el principal mandamiento era el que mandaba amar a Dios sobre todas las cosas. Por lo tanto no procedían con sinceridad al interrogarlo. No los

llevaba el deseo de instruirse, sino de provocar una respuesta que les proporcionara el pretexto que buscaban para condenarlo. Sabían ellos que Jesucristo no hacía misterio de su origen divino. Se decía públicamente Hijo de Dios, y probaba la verdad de esta afirmación con milagros estupendos. Resolvieron, pues, interrogarlo en la convicción de que al proclamarse Dios, se vería precisado a introducir alguna modificación en los preceptos de la ley religiosa. Si los modificaba incurría en un crimen de lesa Divinidad. Si no, se desautorizaba a sí mismo confesando su inferioridad con relación a Dios.

* * *

No obstante la dificultad del dilema, Jesús no elude la respuesta. Ratifica solemnemente la primacía del mandamiento del amor a Dios y aprovecha la oportunidad para completar su verdadera noción explicando su alcance: "El primero es el de amar a Dios; y el segundo, su semejante, es el de amar al prójimo." Con ello, al mismo tiempo que da a los fariseos una lección memorable, expresa el verdadero contenido del primer mandamiento a ellos y a los cristianos de todos los tiempos.

* * *

Los fariseos hacían alarde de amar a Dios. Jesús los confunde demostrándoles que no lo amaban. ¿Con qué argumento? Con el mismo que sirve para demostrar que tampoco aman a Dios los cristianos de hoy en su inmensa mayoría.

El argumento empleado por Jesucristo es éste: El amor a Dios y el amor al prójimo son un solo amor. Son un mismo fuego que por virtud de su esencia emite dos llamas: la

que va hacia Dios y la que va hacia los hombres, que son sus imágenes, que son sus hijos. Quien no ama al prójimo, carece del amor verdadero, del amor integral; y por ello, si dice que ama a Dios, o se engaña a sí mismo o miente a los demás. Esta razón esencial demuestra que vosotros, fariseos, no amáis a Dios. Si os resistís a creer que yo soy Dios, debéis admitir por lo menos que soy hombre, que soy vuestro prójimo. Y vosotros estáis comprobando que no amáis al prójimo, porque venís a Mí para tentarme y para perderme. Y puesto que no amáis al prójimo, mentís cuando decís que amáis a Dios.

* * *

Sin el amor al prójimo no hay amor a Dios. ¿Puede acaso amarse sinceramente a Dios y no hacer lo que manda? ¿Puede amársele rehusándose uno a amar lo que Él ama? ¿Puede amársele y dejar de amar a quienes Él ha creado con partes de su cuerpo místico?

Esta interferencia, o mejor dicho, esta unión de los dos preceptos, no era ignorada por el judaísmo. Tenemos la prueba de ello en la respuesta del escriba interrogado por Jesús. ¿Qué es lo que dice la ley? Respondió: "Amarás al Señor tu Dios, sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo." Pero es el Cristianismo quien ha vuelto evidente y tangible esa vinculación indisoluble de los dos preceptos. En la Religión de Dios hecho hombre, ¿cómo concebir que pueda separarse el amor a Dios del amor al hombre?

En esos dos mandamientos está refundida toda la ley. De una sola mirada el hombre descubre todos sus deberes, porque ve lo que debe a su Creador y lo que debe a sus semejantes.

En definitiva, poco importa conocer los demás artículos

del decálogo ni los otros detalles de la ley. Hay gentes que son ignorantes e incapaces de conocerlos o retenerlos y son, sin embargo, perfectos y admirables observantes de la ley en toda su integridad. Quien ama de veras a Dios no blasfema, no perjura, no se desespera; lo obedece y lo honra. Quien ama de veras al prójimo no codicia sus bienes, no lo envidia, no lo perjudica, no levanta falso testimonio, no miente, no roba y no mata.

El amor es el mejor y el único y verdadero guardián de la ley. Pero de ese amor no dispone el hombre sino cuando lo recibe de Dios.

27/9/36.

* * *

Muchas veces en mis predicaciones evangélicas he hablado de la caridad, procurando encarecer su práctica, ya que es el primero y el más grande de los mandamientos divinos.

La gran desorientación en que hoy se debaten las gentes, zarandeada por las ideas y los hechos más incoherentes, crea la necesidad de establecer la verdadera acepción que, sobre todo en esta época, corresponde a la caridad, reina de las virtudes cristianas.

Una palabra es tanto más peligrosa, cuanto más bella. La importancia de las palabras es incalculable. Por eso a su respecto, todo equívoco resulta fatal. Un mismo vocablo puede servir de antídoto o de veneno. Puede dar la vida o causar la muerte. Y lo peor es que de las palabras se usa y se abusa como se quiere. Se las respeta o se las adultera, se las glorifica o se las deshonra a discreción, porque como son impasibles, no pueden ni congratularse, ni resistirse.

* * *

Una de esas bellas palabras es la caridad. Y no sólo es bella, es además fecunda, porque la caridad lo es todo. Ya lo hemos oído de los labios divinos del Maestro. De ella ha procedido la civilización, de ella ha brotado la fraternidad, de ella se ha nutrido la abnegación, de ella ha germinado la santidad. Y sin ella, no hay nada: la vida pierde su encanto, no vale la pena de ser vivida, mejor dicho, sin caridad, no hay vida; porque Dios es caridad, y Dios es la fuente de la vida.

San Pablo ha consignado un concepto cuya profundidad no se ha medido suficientemente. Y recuérdese que lo que escribía San Pablo y lo que escribieron todos los inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento, lo ha dictado el Espíritu Santo. El concepto del Apóstol, al cual me refiero, es éste: "Aun cuando estuviera dotado de una fe robusta, con la cual trasladara las montañas, sin caridad, no soy nada." ¿Hasta qué límites alcanza esta palabra, *nada*? ¿En qué relación están la nada con la muerte? ¿Será la misma que existe entre el amor y la vida?

Santa Teresa define así al demonio: "Satán es aquel que no ama." Y Santa Brígida, en una de sus revelaciones, oyó salir de la boca del maldito, esta confesión terrible: "Oh Juez, soy la frialdad misma."

Por eso el Apóstol anteriormente citado, cuando ahonda en las intimidades de la sociedad pagana, desespera de ella; porque encuentra que tiene heladas, y por lo tanto estériles, las entrañas; se hallan faltas de amor, son sus palabras: "*quod sine affectione essent.*" He ahí la humillante deficiencia, característica del paganismo. No tiene caridad. Carece de amor verdadero, de amor puro, de amor abnegado. Por eso carece de respeto. No tiene respeto ni por la dignidad, ni por la vida del hombre. No le interesa la elevación del pueblo. Toda su preocupación consiste en que no le falte

“ni pienso ni circo”: “*panem et circenses*”, para cuando lo necesite, como bestia de carga para el trabajo o como carne de cañón, para la guerra. El paganismo, nunca respetó, ni respetará jamás, nada de cuanto hay de noble en el hombre; no respetó, ni respetará la libertad individual, ni la dignidad de la persona humana.

Os son conocidas sus máximas: “Para el inferior, la esclavitud; para el débil, la eliminación; para el extranjero, el odio; para el adversario, el exterminio.” Por eso el paganismo esclaviza, desprecia, odia y mata. ¡Quien carece de caridad, no tiene nada, y la nada se confunde con la muerte!

* * *

En cambio, el Cristianismo, porque tiene caridad, lo tiene todo. Al presentarse frente al paganismo, si éste le pregunta: ¿tú, quién eres?, puede responderle como el mártir, que llevándose la mano al pecho, donde ocultaba la Eucaristía, contestó al tirano, que lo interpelaba: “Me llamo Teóforo”, es decir: el que lleva a Dios, y Dios, es Caridad. Ahora bien, la caridad liberta y dignifica, ama y vivifica, porque es corriente de vida. Por eso el Cristianismo, que no es otra cosa que la elevación del hombre, vuelve a erguirse hoy, como paladín de la libertad individual y de la dignidad de la persona humana.

Cuando hizo su aparición en el mundo, el estado normal en que se hallaba la inmensa mayoría de la humanidad, era el de la esclavitud. El Cristianismo inició su abolición. Introdujo en ella el verdadero Dios, y donde comienza el reinado de Dios, empieza el imperio de la libertad. Pero el Cristianismo introdujo la libertad, no matando, sino muriendo por ella. En sus tres primeros siglos, dieron su vida, por defender su libertad, millones de cristianos, y a la cabeza de

ellos, los Papas. En el espacio de aquellos tres primeros siglos, sólo dos Papas murieron en su lecho, y eso porque los sufrimientos y los años se dieron más prisa que los tiranos. De modo que la primera corona de la Iglesia fué la del martirio: la primera conquista, la libertad, y la primera libertad, la que da la muerte, al que por ella, la desprecia.

Tobías pudo decir: "Somos los hijos de los santos." Nosotros tenemos el deber de añadir: Somos los hijos de los Mártires. Es la nuestra una ascendencia gloriosa, pero que nos responsabiliza y compromete. Los cristianos de hoy, con los Sacerdotes de hoy, con el Papa de hoy, somos los hijos de la libertad, y somos, además, sus depositarios; y por eso nuestro ideal no puede ser otro que el de los mártires, es decir: el de estar dispuestos a dar nuestras vidas para salvarla; y a quien no seduzca ese ideal, sólo le queda el de los tráfugas.

* * *

Y juntamente con la libertad, el Cristianismo tiene la misión de salvar la dignidad de la persona humana. La personalidad humana, como se ha proclamado recientemente en una Semana Social Católica (de Clermont Ferrand, 1937), emerge de una sustancia racional, libre, inmortal. "Es más que un don de Dios, es una semejanza con Él; es más que una semejanza con Él, es un parentesco. Es hermana de Cristo, es hija de Dios." Y el Papa de hoy, en nombre del Papa de ayer, de quien era secretario entonces, escribió a los católicos que proclamaban al mundo aquella soberana afirmación: "Si la sociedad pretendiera rebajar la dignidad de la persona humana, y le desconociera, totalmente o en parte, los derechos que le vienen de Dios, faltaría a su finalidad, y en lugar de edificar, no haría más que destruir." (Carta del Card. Pacelli a la Semana Social citada).

Adviértase el incalculable servicio que está prestando la Iglesia a la humanidad, en esta hora, en que un nuevo paganismo arremete contra la civilización actual, intentando desmoronarla. Por fortuna, la caridad de los que nos enfrentamos con el nuevo paganismo, es tan nueva y tan íntegra como la de los primeros cristianos que se enfrentaron con el viejo. Esa caridad no se agota con su empleo, no se gasta con el uso, porque no procede de los hombres, no pertenece a los hombres: no es nuestra, es de Jesucristo, que es Dios, y por eso es eterna en su duración e infinita en su virtud.

Pero es necesario estar prevenidos. En una época en que se ha abusado de todo, se pretende abusar también de la caridad. La caridad es la vida: pero si se lograra volverla contra la vida, ¡qué servicios podría prestar a la muerte! A la caridad se la puede emplear contra la vida, cuando se la pretende utilizar contra la justicia, y en nuestro caso, contra la verdad. Y se la utiliza de esta manera, cuando se invoca su nombre para hacernos desistir de batallar contra el error, so pretexto de que debemos conducirnos prudentemente con los hombres. La ausencia del horror contra el mal y la injusticia y la mentira y el infierno y el demonio, no es caridad; es todo lo contrario, es egoísmo: no es Cristianismo, es paganismo. Es una de las modalidades de la excusa para el mal, que uno tiene dentro de sí. Cuanto menos se detesta el mal en sí mismo, tanto más se prepara el medio de excusar el que se acaricia en la propia intimidad.

Hay en David una frase que no se tiene presente cuando se pretende que se transija con el error, en nombre de la caridad. HeLa aquí: "*Qui diligitis Dominum, odite malum.*" Los que amáis a Dios, odiad el mal. Es más fácil odiar a las personas, que al mal que ellas ejecutan o propagan. El amor a Dios, implica el odio al mal, que es la oposición a Dios. En el orden humano, no se mide tan bien la amistad por

las manifestaciones de la ternura, como por las reacciones contra las injurias. Mientras el amigo sigue siendo feliz, puede uno hallarse exento de manifestaciones hacia él y seguir siendo su amigo. Pero cuando es atacado en su persona o en su honor, si no se reacciona en su defensa, se ha dejado de ser amigo.



El crimen de nuestra época es el de la tergiversación de la caridad: no se odia al mal y se odia a los hombres. El hombre cava abismos para separarse del hombre, pero no del mal. Al mal no se lo rechaza con horror, a lo sumo se le hacen proposiciones. Y la única proposición que es lícito hacerle es la de que desaparezca. Todo arreglo pactado con él implica no ya su triunfo parcial, sino su victoria completa. El mal no pide siempre ahuyentar el bien: pide permiso para cohabitar con él. Esto le basta. Un instinto secreto le advierte que si obtiene algo, lo consigue todo. En cuanto nota que no se lo rechaza, se instala. En cuanto advierte que no se lo odia, se siente adorado.



¡A cuántos de los cristianos de hoy puede hacerse el mismo argumento para convencerlos de que a pesar de sus protestas, no aman a Dios!

Si se resolviese levantar un censo de cristianos, y en ese censo se inscribiese solamente a los que llevan la única señal auténtica, establecida por el mismo Jesucristo para reconocer a los que son sus discípulos, que es la de amarse los unos a los otros, ¿cuántos pensáis que serían los que se hallan en condición de figurar en él? Atribúyase al número insignifi-

cante de los que podrían ser censados, el estado en que se encuentra el mundo, estado permanente de descontentos, de inquietudes, de rivalidades y de odios. ¿Cuántos son y dónde están hoy los que aman de verdad al prójimo? ¡Ay! No quiero insistir, porque tendría que terminar cambiando esa pregunta por esta otra: ¿cuántos son y dónde están hoy los que aman en verdad a Dios?

* * *

¿Y cuál es la causa de esa penuria de fraternidad que aflige al mundo?

La causa es que los cristianos en general no se elevan a vivir en el plano sobrenatural de la gracia, sino que se quedan viviendo en el interior de la naturaleza. No viven como cristianos, viven como paganos. Ahora bien; el amor al prójimo es producto de una abnegación constante. Y la abnegación no procede de la naturaleza, sino solamente de la gracia. La naturaleza no ama sino por correspondencia o por concupiscencia. En ambos casos el amor es necesariamente egoísta y efímero. Y movidos por ese amor interesado y bajo, en lugar de prestarnos a que Dios influya sobre nosotros para hacernos amar a todos: quisiéramos poder influir sobre Dios para que dejase de amar a algunos. Es la inversión total de los valores de la vida cristiana. En vez de pedir sinceramente que se haga la voluntad de Dios y no la nuestra, nos empeñamos en hacer la nuestra y no la suya. Queremos imponerle nuestra ley. Queremos que deje de amar a quienes nosotros no amamos y que comience a castigar a quienes nosotros consideramos malos. Dios nos dice: no seais impacientes, no seais vengativos. Sed más bien pacíficos, sed bondadosos. ¿Por qué debería apresurarme a castigar a los malos, aun supuesto que lo sean, mientras dura la prueba? ¿Acaso tú has sido siempre

bueno? Y si ahora lo eres, ¿no puedes, si te quito mi auxilio, volverte malo? Y el malo mientras vive, ¿acaso no puede llegar a hacerse bueno?

¡Cuántas veces las apariencias perturban tu juicio! ¡Cuántas veces te vuelves injustamente contra tu hermano! ¡Cuántas veces tu condenación hiere al inocente y tu absolución recae sobre el culpable! ¿Crees tú que los brazos que ejecutan, son más culpables que los cerebros que inducen? ¡Cuántas veces pretendes con tus juicios complicar los míos! Tú pides mi venganza sobre el mismo a quien aguarda mi perdón. Tú invocas mi justicia sobre aquel a quien persigue mi misericordia. No hagas como mis discípulos cuando todavía eran ignorantes. No protestes porque yo permito que junto al trigo, crezca la cizaña. Ya lo verás en el día de la cosecha. Si antes de tiempo hubiese premiado en el mundo a los buenos, muchos malos habrían usufructuado su recompensa, y si me hubiera apresurado a castigar a los malos, muchos buenos habrían pagado las consecuencias.

No te dejes llevar de la impaciencia. Son muchas y muy dolorosas las llagas que llevan en el alma los que reniegan de Mí y los que te hacen sufrir a ti. Con su pecado llevan ya su penitencia. Y si yo procedo así con los que me ofenden, ¿te costará tanto proceder de la misma manera con los hermanos que te desagradan o molestan? ¿Qué dirías si te midiera con la misma vara con que mides a los otros? Sed misericordiosos como lo es mi Padre celestial: *Estote misericordes sicut Pater celestis misericors est.* Por eso hace brillar el sol lo mismo para los justos que para los pecadores y caer las lluvias lo mismo sobre los inocentes que sobre los pecadores.

Ten confianza en Mí. Es a Mí a quien corresponde la sanción. En cuanto a ti, sólo tienes la dulce obligación de amar. Con sólo amar habrás cumplido con la ley. En este doble precepto del amor está contenida su plenitud.

* * *

Ten presente, hijo mío, que no son los sanos quienes necesitan del médico sino los enfermos. ¿Por qué te parece mal que yo deje en seguro las noventa y nueve ovejas y salga en busca de la que se me ha extraviado? ¿Por qué te habría de extrañar el sentimiento de mi corazón que me obliga cada tarde y cada mañana a salir a sondear el horizonte para ver si vuelve a la casa paterna el Hijo pródigo? ¿No sabes que el ser justo no puede impedirme el ser bueno y que durante la vida de los hombres me place ser más bueno que justo? ¿No tienes presente que soy Padre, el Padre que está en los cielos?

Mientras llega el día de la cosecha, déjame por lo tanto conceder perdón y prodigar misericordia.

¡Cuántas veces me adoras, cuántas veces me dices que me amas! Demuéstrame que es así; dame la única prueba que te pido, que es la de amar a tus hermanos. *En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.*

* * *

Debemos subir con la mente y con el corazón hasta Dios y entrar en sus divinos secretos. De esa manera veremos que es infinitamente tolerante, condescendiente y misericordioso con todos en este mundo, en el cual todavía no se aplican las sanciones definitivas.

* * *

¡Oh Jesús! Refiere el Evangelio que la vez que te hallaste frente a una muchedumbre que empezaba a sentir hambre,

tu corazón no pudo dejar de emocionarse. Refiere también que una vez dijiste que cuando fueras levantado en alto, es decir en el patíbulo de la cruz, atraerías a todos hacia Ti. Desde lo alto de la cruz, abarcas la inmensa multitud de los que tiemblan con la fiebre de los dolores humanos. Y al mismo tiempo percibes la muchedumbre compuesta de los justos que te aman y adoran. Desde lo alto de la cruz ves los millones de ojos que fijan en Ti su mirada de amor, los millones de brazos que se elevan hacia Ti en un gesto de amor y oyes los millones de voces que suben del seno de las familias cristianas, de las celdas de los monasterios, del recinto de los Templos, de junto a las cunas, del lecho de los enfermos, del borde de las tumbas, del pie de los cadalsos, formando un coro inmenso que te dice: Oh Cristo, nosotros te amamos, nosotros te adoramos. ¿Qué podríamos hacer para probarte nuestro amor? Y Tú nos respondes: "Amarme en vuestros prójimos". Expresión de delicadeza infinita y de eficacia incalculable. Ese océano inmenso de amor que sube hacia Él levantando las ondas de todas las generosidades, de todas las abnegaciones, Jesús no lo retiene para sí, sino que tuerce su curso y lo vuelca para que venga a llenar todos los abismos que separan a los hombres y a bañar todas las riberas de los humanos infortunios. Por tanto, si los cristianos se deciden a amar de veras a Dios, comenzarán a amar a sus hermanos, y nada más se necesita para que termine la larga noche de los odios y luzca al fin la aurora apacible del gran día del Amor.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

SUBIENDO Jesús en la barca, repasó el lago, y vino a su ciudad. Y he aquí que le presentaron un paralítico postrado en un lecho. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo: tus pecados te son perdonados. Y he aquí que algunos escribas dijeron entre sí: Este blasfema. Mas Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Perdonados te son tus pecados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Y levantóse, y fué a su casa. Viendo esto las turbas, se llenaron de temor y glorificaron a Dios, por haber dado tal potestad a los hombres.

San Mateo, cap. IX, v 1-8.

Las palabras de Jesús que nos recuerda el Evangelio de hoy tienen este sentido: Yo acabo de anunciar el otorgamiento de una gracia espiritual; y porque vosotros, fariseos, no comprobáis su realización con los ojos, me negáis el poder de dispensarla.

Pues bien, hombres materializados, otorgaré otra gracia corporal visible, palpable, evidente. ¿Os atreveréis también a negar el hecho cuya veracidad vais a comprobar con los sentidos? Y después de constatar el hecho visible, ¿os creeréis autorizados a persistir en la negación del invisible?

El argumento es irrefutable, pero nótese cómo lo vuelve todavía más incontestable. En vuestro concepto, les dice, ¿qué es más fácil: curar con una palabra de su enfermedad a este paralítico, o con otra palabra absolverlo de sus pecados? ¿Curar el cuerpo o sanar el alma? A vosotros que os halláis materializados os parecerá sin duda más difícil curar instantáneamente el cuerpo que salvar el alma. Pues bien, me apoyo en vosotros para que veáis que tengo poder para perdonar los pecados; oíd. Y dirigiéndose al paralítico le dijo: "Levántate, échate la cama a la espalda y márchate a tu casa." Y así aconteció.

Nos hallamos, hermanos míos, ante la evidencia. Jesús acaba de probar que tiene poder para perdonar los pecados, y porque tiene ese poder no es simplemente hombre, sino que además es Dios. Los fariseos con su mala fe, han contribuido a que Jesús evidenciara esta conclusión. Ellos habían dicho: ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Afirmaban una gran verdad. Y si hubiesen sido de buena fe, consecuentes y lógicos con ella, habrían admitido su divinidad. Pero al no admitirla, se denunciaban a sí mismos faltos de sinceridad y carentes de honestidad intelectual. Digo que afirmaban una gran verdad. En efecto, no sólo de derecho sino también de hecho, ¿quién perdona fuera de Dios?

La sociedad menosprecia, hiere y calumnia, pero no perdona. Antes al contrario, una vez que os ve desprestigiados, os abandona como si fuérais unos miserables condenados a arrastrar una existencia incapaz de rehabilitación.

El mundo no perdona. Tiende muchos lazos bajo los pies de los incautos. Prodigia seducciones, adecuadas a las diversas condiciones y edades de la vida, y cuando los infelices o las infelices caen de cabeza en ellos, el mundo los excomulga sin piedad y los deja marcados para siempre, no solamente a ellos sino también a sus hijos, con el estigma de la deshonra.

Los hombres tampoco perdonan. Mantienen vivos y en estado de irritación permanente los agravios personales, los rencores políticos y los odios sociales. ¡Ay!, la reconciliación no halla entre los hombre dónde reclinar la cabeza. Anida en los pechos cristianos esta máxima pagana: la venganza es el placer de los dioses. No advierten que el paganismo, que es la vida desarrollándose en el plano inferior de la naturaleza humana, carecía de la iluminación de la fe y de la elevación de la gracia. Era, por lo tanto, incapaz no sólo de practicar sino también de concebir el heroísmo del perdón. E impotente para resistir a las pasiones, intentó divinizarlas. Pensó que, divinizándolas, las justificaba. Creó el dios de la guerra, el dios de la embriaguez, la diosa de la injuria, la diosa de la venganza. Pero con ello los paganos, en vez de divinizar a las pasiones, prostituyeron a los dioses.

Finalmente, tampoco perdona la conciencia. Aun cuando haya escalado uno la cumbre de todos los honores, aun cuando haya adquirido todas las grandezas y circundado su frente con todas las coronas; si la conciencia se siente rea de alguna indignidad, despierta al culpable aun cuando duerma entre sedas y plumas y le dice: Cualquiera que sea el grado a que te haya levantado la suerte, cualquiera que sea la opinión de los hombres respecto de ti, eres un miserable.

* * *

Ser, pues, perdonado, saberlo, sentirlo, estar de ello seguro, ¡qué felicidad! Hallar de nuevo la paz, reconquistar la tranquilidad de la conciencia, recuperar la dignidad, rehabilitar el honor a sus propios ojos, a los ojos del mundo y sobre todo a los ojos de Dios, ¡sólo Dios puede hacerlo! ¡Sólo Dios lo hace! Tal es la obra maestra del sacramento de la penitencia. Caer de rodillas oprimido bajo el peso del temor y la ver-

güenza, y levantarse luego aliviado y radiante sintiéndose reconciliado con Dios, con los hombres y consigo mismo. ¿Quién es el que habiendo oído sobre su cabeza, pronunciadas por labios humanos estas palabras divinas: *Yo te absuelvo, vete en paz, tus pecados te son perdonados*, no ha sentido que el corazón se le llenaba de júbilo y los ojos se le cargaban de lágrimas, gozando luego de una serenidad que las cosas humanas no darán jamás? Alguna vez he absuelto un criminal. Al verlo pasar algunos curiosos se decían: Ahí va el criminal. Se engañaban; lo había sido: ahora su dolor y mi absolución acababan de convertirlo en santo.

* * *

Llegados aquí admiremos la táctica divina. ¿Cómo puede uno aspirar a tener la seguridad de ser perdonado? ¡Perdonado! ¡Qué maravilla! Cada uno de nosotros puede afirmar con seguridad absoluta: Dios ha depositado en mí el poder de obligarlo a perdonarme. El honor de su palabra está empeñado. Si yo pongo la condición, Él está obligado a cumplir con su promesa. Depende, pues, de nosotros el obtener de Dios no sólo el perdón sino también la medida del perdón. Es lo que nos ha enseñado en la petición del Padre Nuestro: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Esta petición es divinamente consoladora para los magnánimos, es decir, para los que perdonan sin reservas, con amplitud, con generosidad, de una manera absoluta, total, definitiva. Pero ¡ay! ¿cómo pueden rezarla sin estremecerse de miedo los rencorosos, los vengativos y todos los que no perdonan? Al pedir a Dios que los perdone como perdonan ellos, por su propia boca se condenan.

* * *

El cristianismo al exigir de los hombres el mutuo perdón de las ofensas, es el gran gestor de la paz en este mundo. Lástima que no se le comprenda y que no se lo practique, porque fuera de él yo no veo posibilidad alguna de reconciliación humana. Se habla mucho del desarme moral como de previo requisito para el desarme material. Y con mucha razón. Pero ¿cómo se desarma a las almas? El acceso hasta ellas está reservado a Dios.

4/10/36.

* * *

Jesucristo ha delegado en el Sacerdocio Católico el poder de perdonar los pecados. Los incrédulos y los indiferentes suelen decir con frecuencia a los católicos prácticos: "Vosotros os confesáis, porque creéis que basta decir los pecados al Sacerdote, para quedar absueltos. Eso es demasiado fácil, para que sea verdad. Esa manifestación verbal podrá servir para engañar, o a lo sumo, para tranquilizar las conciencias, pero para purificarlas, para rehabilitarlas, no."

Esta objeción procede o del propósito de justificar la propia indiferencia, o de una lamentable ignorancia en materia religiosa. En efecto: para obtener el perdón, se requiere, tanto como la confesión verbal, o aún más que ella, el arrepentimiento, y junto con el arrepentimiento, el propósito de la enmienda. Si falta uno de estos requisitos esenciales, con la sola confesión no se obtiene el perdón. Por el contrario, se comete un sacrilegio.

* * *

En los siglos pasados, que fueron de fe más robusta y más generalizada, hubo también pecados, como en los nuestros.

Hubo extravíos doctrinarios y desórdenes morales: errores y vicios. Existió el mal, y a veces desbordó. En ciertas horas, se volvió impetuoso, tronchó las ramas y conmovió las raíces de la sociedad cristiana. Llegó a temerse se estuviera a punto de perderlo todo. Pero ello no aconteció, por suerte. ¿Por qué? Porque se disponía de un recurso supremo. El de la religión, vigorosa y respetada. Se erguía ella ante la conciencia culpable y le decía: "Has pecado, pero no desesperes; Dios quiere perdonarte, quiere librarte de las desastrosas consecuencias: arrepiéntete." Y el remordimiento nacía, al conjuro de esa palabra llena de virtud divina, como en los tiempos bíblicos brotara el agua de la dura piedra, al contacto de la vara misteriosa.

Hallábanse, una vez, reunidos varios hombres inteligentes. La conversación recayó sobre el gran número de jóvenes a quienes la educación cristiana no basta para inmunizarlos contra el mal. Uno de los interlocutores se vuelve hacia un sacerdote, allí presente, y le dice: ¿dónde está entonces el éxito de vuestra educación? El Sacerdote, hombre de gran inteligencia, le contestó: "En crear remordimientos." ¡Qué gran palabra! ¡En crear remordimientos!

Sólo la Religión tiene ese gran poder: el poder de ahondar en las conciencias para echar en ellas las raíces de la auto-protesta contra el mal. En todas las conciencias: en la de los ignorantes y de los sabios, en la de los débiles y de los fuertes, en la de los súbditos y de los gobernantes, en la de los pequeños y de los grandes. El mismo Luis XIV, cuando ultrajaba la moral, conservaba en su espíritu el suficiente discernimiento para reconocer, que no obstante su olvido de los principios y su menosprecio por la ley, los principios y la ley continuaban rigiendo, sin que hubieran prevalecido contra ellos, ni el orgullo de su inteligencia, ni la concupiscencia de su corazón.

Y remontándonos a tiempos mucho más lejanos, seguimos

encontrando, en cada página de la historia, la prueba impresionante del poder de la Religión para hacer reaccionar contra el mal a la conciencia humana. Evoco el relato contenido en el Libro II de los Reyes. Un Rey, opulento y fuerte, había abusado de su poder. Siempre acontece lo mismo. Los que disponen de la fuerza ¡corren el riesgo de persuadirse de que también disponen del derecho! Aquel Rey hizo correr la sangre inocente del jefe de un hogar humilde, con el propósito de profanar su santidad.

Presentóse en su Palacio, de parte de Dios, un Profeta vestido de penitente. Y como si las majestades se hubiesen invertido, el poderoso escuchaba, en actitud humilde, esto que el penitente le decía:

“Había en una ciudad dos hombres, uno muy rico y otro muy pobre. El rico era dueño de vastas posesiones y de abundante ganado. El pobre no tenía más que una oveja comprada con sus escasos ahorros. Crecía juntamente con sus hijos. La nutría y abrevaba con lo que él comía y con lo que él bebía. La quería como a una hija.

“Aconteció que un amigo fué a hospedarse en la casa del poderoso; y éste, evitando echar mano de su ganado numeroso, se apoderó de la oveja única del pobre, la hizo matar, y con ella preparó el festín con que obsequió a su huésped.”

El Rey, a quien el Profeta hacía este relato, era David: el Profeta era Nathán. Desbordante de indignación, contra el hombre rico, dijo David: “¡Vive Dios!, ¡que el hombre que hizo eso lo pagará con la muerte!” Y Nathán le contestó: “Ese hombre eres tú”, *tu es ille vir*. “Tú cometiste estas indignidades en secreto, pero yo las publicaré a la faz de Israel y a la luz del sol.”

Y dijo David a Nathán: “*Peccavi Domino.*” He pecado contra Dios. Y Nathán a David: “Dios ha perdonado tu pecado: no morirás.”

He ahí a la Religión suscitando el arrepentimiento y otorgando el perdón. ¡Y juntamente con el perdón, la enmienda, la rehabilitación, la santidad! Aquél a quien el Profeta apostrofó, en nombre de Dios, porque abusando del poder hacía correr la sangre para dar satisfacción a su concupiscencia, ha pasado a la posteridad, por virtud del arrepentimiento, para ser venerado con el nombre de "¡el Santo Rey David!"

* * *

Gracias a la reacción provocada por el arrepentimiento, ¡cuántas pasiones, que parecían indomables, fueron vencidas! ¡Cuántos odios, que parecían eternos, quedaron apaciguados y extinguidos! ¡Cuántas reconciliaciones, que parecían imposibles, quedaron selladas! ¡Cuántas restituciones efectuadas! ¡Cuántas paces, definitivamente concertadas!

Pero ahora... el mal derrama y extiende sus aguas corruptoras como un nuevo diluvio sobre la superficie de la tierra... y parecería que hasta el remordimiento quedara anegado y muerto, en el fondo de las conciencias. Cuando Polonia, en 1830, quedó ahogada en la sangre de sus hijos, cuando Rusia hubo paseado sobre las ruinas de esa nación, tantas veces martirizada, sus batallones triunfantes y su artillería pesada; cuando hubo impuesto el silencio y el terror, hubo un hombre, que osó pronunciar en la Tribuna Francesa, esta frase, que se hizo tristemente célebre: "La paz reina en Varsovia." ¡Frase malhadada, caída sobre el mundo como la absolución de los triunfos de la injusticia!

En nuestro tiempo cuántas conciencias parecen estar tranquilas bajo la sombra de esa misma fórmula. Y entretanto el mal se afianza, y lo que es peor, hasta se ciñe la frente con una corona de honor usurpando homenajes que sólo son debidos a

la virtud. En la medida que desaparece la Religión, el arrepentimiento cesa.

El mal se viste primero, como una túnica: después se bebe como el agua, y al fin penetra los huesos como el aceite. Se adquiere el hábito de faltar a la virtud, de faltar a la palabra, de faltar al honor, sin sentirse reo de injusticia. Es el estado más desesperante a que puede llegar la humanidad, porque en esas condiciones no reacciona. Y cuando ya no se reacciona, se muere; y hoy se muere, mejor dicho: ¡se mata, porque ella misma se desangra!

Los que se empeñan en divorciar la Religión de las conciencias, no saben las decadencias y las tragedias que preparan. ¡Los apóstoles del laicismo son suicidas! ¿Dónde emplazarían la grandeza moral del hombre? ¿En la inocencia? ¡Pero, si en mayor o menor escala todos somos pecadores! ¿En el orgullo del vicio? ¡Pero entonces la virtud es una palabra vana desde el momento en que el vicio puede arrebatarle la corona!

El hombre que no es ni ángel ni demonio, sólo puede fundar su grandeza moral en la reacción contra sus propias deficiencias.

Es gloria exclusiva de la Religión, dice Chateaubriand, el haber creado una hermandad entre la penitencia y la inocencia.

DECIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

HABLABA Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos en parábolas, y les decía: El reino de los cielos viene a ser semejante a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo. Y envió a sus criados para llamar a los invitados a las bodas. Mas no querían ir. Segunda vez despachó nuevos criados con esta orden: Decid a los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis toros y demás animales cebados, y todo está a punto; venid, pues, a las bodas. Mas ellos no hicieron caso, antes bien se marcharon, quien a su granja, quien a su negocio. Los demás prendieron a los criados y, después de llenarlos de ultrajes, les dieron muerte. El rey, al oír esto, se enfureció; y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego a su ciudad. Entonces dijo a sus criados: Las bodas, ciertamente, están preparadas, pero los que habían sido invitados, no fueron dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, invitadlos a las bodas. Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuanto hallaron, buenos y malos; de suerte que la sala del banquete se llenó de comensales. Entrando después el rey a ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de bodas? El enmudeció. Entonces dijo el rey a sus servidores: Atados sus pies y manos, arrojadle a las tinieblas exteriores, donde será el llanto y crujir de dientes: Pues muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

San Mateo, cap. XXII; v. 1-14.

La parábola que refiere el Evangelio de hoy está contenida en un discurso pronunciado por Jesús bajo las galerías

del Templo de Jerusalén. La dijo a raíz de una interpelación malévolamente que los delegados del Sanhedrín le hicieron a propósito de Juan Bautista. Su auditorio lo formaba un número extraordinario de peregrinos llegados de todas partes para celebrar la Pascua. Era conveniente que la enseñanza en ella contenida se difundiese por todos los pueblos, porque a todos interesaría por igual.

Este discurso de Jesús fué pronunciado tres días antes de su Pasión y Muerte, es decir: el Martes Santo. Fué ése el último día de su predicación. Por esa circunstancia esta parábola venía a ser como el testamento de su enseñanza pública. Contenía una amenaza profética para la sociedad judaica, que comporta una severa admonición para toda sociedad que rehuse a Jesucristo.

* * *

Un rey, dice la parábola, quiso festejar las nupcias de su hijo...

Ese Rey es Dios, Soberano Señor del cielo y de la tierra. Es el Eterno Padre que quiere honrar al Hijo festejando sus nupcias. Estas nupcias son los desposorios de la Divinidad con la Humanidad en la Persona adorable de Jesucristo. En ella se han encontrado, se han abrazado y se han unido íntima e indisolublemente Dios y el hombre. En el Verbo humanado Dios ha bajado a ser hombre, y el hombre ha subido a ser Dios.

Se trata, pues, de un acontecimiento extraordinario que la humanidad debe reconocer y celebrar.

* * *

En el plan divino había sido decretada la regeneración de la humanidad caída, pero sólo por la mediación de Jesu-

cristo. Si la humanidad se lo incorpora, si se lo asimila, si hace que su doctrina y su moral informen su ideología y sus costumbres, se regenera; pero si se desentiende de Él, se priva del único principio de vitalidad moral y se corrompe.

Por eso Dios extremaba sus advertencias a aquella sociedad del pueblo de Israel, y dejando siempre en salvo los fueros de la libertad humana, agotaba los medios de inducirla a aceptar a Jesucristo. Había enviado sucesivamente servidores que la invitaran en todos los tonos. Los servidores eran los Profetas, el Bautista, los Apóstoles. La sociedad judaica se rehusó obstinadamente. La causa de esa obstinación fué la preocupación preponderante o, mejor, la fascinación obsesiva que sobre ella ejercían los bienes terrenales. Las excusas que Jesucristo pone en los labios de los invitados son todas provocadas por la concupiscencia de la vida: El espejismo de las cosas de la tierra ofusca la mirada y la incapacita para elevarla a las del cielo. El apego desmedido a todo lo material provoca primero la resistencia a los llamamientos del espíritu y luego la animadversión. Las invitaciones espirituales, las exhortaciones a los renunciamientos, los llamados a la elevación moral llegaron a parecer intempestivos e importunos a las altas clases de la sociedad judaica. Molestaban a quienes querían continuar usufructuando los privilegios de la vida. Les creaban una situación incómoda ante la conciencia del pueblo porque denunciaban sus desvíos.

He ahí por qué los enviados de Dios incurrían en su indignación. La historia, hermanos míos, se repite con una fidelidad impresionante. En nuestros días los enviados de Dios que anatematizamos los excesos de quienes, teniéndolo todo, no quieren desprenderse de nada, y de quienes no teniendo nada quisieran apoderarse de todo, incurrimos sucesivamente en la indignación de los de arriba y en la indignación de los de abajo. Pero nuestra actitud está prefijada. Será la misma de

los enviados a que alude Jesucristo. Aquéllos no callaban ante el peligro. Y por eso a aquella sociedad sólo le quedaba el recurso de desentenderse de ellos encarcelándolos y matándolos. Y mataron a los Profetas, y degollaron al Bautista y martirizaron a los Apóstoles. Aquella sociedad privada de espíritu, materializada, desterraba de sí lo que podía darle la vida. Se suicidaba. Carente de vitalidad interior, perdió toda resistencia. Cuando las legiones romanas se precipitaron sobre ella, se deshizo. *No quedó piedra sobre piedra*. Casi todos sus hijos perecieron. Los que se salvaron y las generaciones que los han sucedido se hallan sin patria, errando por el mundo. ¿No os parece un argumento viviente de que una sociedad no rechaza impunemente a Jesucristo, el hecho de que los hijos de aquel pueblo y los vástagos de aquella raza, desde hace dos mil años, no pueden constituir una nación? ¿Qué les falta? Tienen todo lo humanamente necesario. Talento, perseverancia, solidaridad, astucia, oro, oro sobre todo, que es hoy un factor tan preponderante, y diría casi decisivo. Todo lo tienen, pues, desde el punto de vista humano. Y, sin embargo, no lo logran. ¿Por qué? Porque les falta lo esencial. ¡Les falta Jesucristo!

* * *

En el plan de la economía divina estaba reservada al pueblo de Israel la gloria de ser el iniciador del Cristianismo en el mundo. El que había sido custodio de la Ley Antigua era el indicado para ser heraldo de la Nueva. Al rehusarse a ello se privó de la gloria de ese Apostolado. Su pasada grandeza se quedó por ello sin verse coronada. Pero con esa defección no impidió que el Cristianismo se difundiera por el mundo. Los planes de Dios no se interrumpen por la oposición de los hombres. Quienes sufren las consecuencias de esa oposición

son los hombres, pero no los planes. Estos se realizan siempre, porque si fallan unos medios se utilizan otros.

Dada la resistencia del pueblo escogido, el Rey envió a sus servidores a invitar a otros pueblos, a todos los gentiles. San Pablo dirá a los Judíos: "Fuisteis los primeros a quienes la palabra de Dios fué anunciada, pero vosotros la habéis rehusado y os habéis hecho indignos de transmitir la vida divina, por eso nos dirigimos ahora a los romanos y a todos los gentiles."



En nuestra época continúa aplicándose la enseñanza de la admirable parábola. Nadie puede frustrar los propósitos de Dios. Si una civilización se rehusa a servirle de instrumento, cesará su razón de ser y será suplantada por otra. Creó la humanidad y vino a la tierra para redimirla salvando las almas. Si una sociedad se da una civilización que resulta perjudicial a la salvación de las almas, hará que los acontecimientos en forma evolutiva o de manera violenta la sustituyan por otra. Ahora bien, la sociedad contemporánea había creado una civilización nada propicia a la salvación de las almas. Por el contrario, casi todo en ella conspira para perderlas. He aquí una grave afirmación del Papa Pío XI consignada en su magna Encíclica *Quadragesimo anno*. "Se puede decir sin temeridad —son sus palabras— que las condiciones de la vida social y económica son tales que una gran parte de los hombres encuentra las mayores dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna." ¿No será ésa la causa misteriosa y profunda de las catástrofes que están precediendo a la transformación de la civilización en las Naciones?

Los pueblos se imaginan que tienen grandes destinos. Cada uno se adjudica y exalta el que le place, y ¡ojalá

fuera siempre el que por vocación le corresponde! Y hacen bien en pensar que son llamados a destinos superiores. De la variedad de los destinos de los pueblos depende la unidad de la historia.

Pero por encima de los destinos peculiares a cada pueblo, hay uno que es común a todos, llámense imperios o reinos, monarquías o repúblicas, y es el de crear un ambiente pacífico y moral en que las almas inmortales destinadas por Dios para la gloria, en la eternidad, puedan vivir de la gracia en el tiempo. Pero si los pueblos por grandes que sean constituyen un medio difícil u hostil a la salvación de las almas, ¿para qué servirán? Cuando de una mina se ha sacado todo el oro, ¿qué se hace en ella? Se la deja, y queda abandonada, vacía, ennegrecida por el fuego. ¿Para qué serviría en adelante? ¡Se agotó todo el oro!

He ahí, como dice un autor, lo que hace Dios con los pueblos y lo que hará con el mundo. Pensemos en el mundo romano. ¡Cómo lo trabajó durante cuatro siglos! ¡Cuántas almas hermosas, de vírgenes, de apóstoles, de mártires sacó de allí! Luego, cuando todo se hubo acabado, dió un silbido, llegaron los bárbaros, y como aquella civilización pagana no era sino una corteza vacía, al precipitarse sobre ella, la quebraron y la pulverizaron.

Pensemos en el Africa cristiana de los tiempos de Orígenes y de San Agustín. ¡Cuán hermosa fué por un momento y cuán fecunda! Jesucristo trabajaba en ella como un minero. Reco-gía oro, es decir, virtudes. Mas luego, una vez agotada la mina, la abandonó y sobre ella apareció el desierto. Tendió sobre el gigantesco cadáver de aquel pueblo la inmensa mortaja de pálidas arenas; y cuando, siglos más tarde, algunas naciones europeas fueron a remover aquellas ruinas con la punta de su espada, apenas si podían hallar el sitio donde tanta fecundidad y tanta gloria habían quedado sepultadas.

He ahí cómo desaparecen las sociedades y cómo sucumben los pueblos cuando se vuelven infecundos para dar almas a Dios por haber expulsado de su civilización a Jesucristo. ¡Ah! hombres de talento, hombres de fuerza, hombres de fortuna, pero hombres sin fe, arrojásteis de la civilización a Jesucristo y pensásteis que seguiría tranquila su marcha ascendente... Hicisteis o tolerásteis que las turbas demolieran y quemaran las casas de Dios y pensásteis que las vuestras quedarían en pie. Hicisteis o tolerásteis que la sangre de los sacerdotes y de las religiosas y de cuantos no pensarán como vosotros corriese a torrentes, y creísteis posible que la vuestra no se mezclara con ella. ¡Os habéis equivocado!

Hermanos míos: permitidme sugerir una digna manera de iniciar la celebración del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires, muy de acuerdo por cierto con la inspiración que la presidiera. Hagamos el propósito de no tolerar, en cuanto de nosotros dependa, que de nuestra enseñanza, de nuestras instituciones, de nuestras costumbres, y en una palabra, de nuestra civilización, se elimine a Jesucristo. Y el de hacer lo posible por afianzar su reinado, ya que con ello aseguramos la moral social, el bienestar popular, la seguridad y la grandeza nacional.



Toda sociedad privada de espíritu, materializada hasta en su entraña, destierra de su seno todo lo que puede hacerle recobrar la vida. Dios, entonces, no tiene necesidad de intervenir para exterminarla. Al rechazar por sí misma el principio de regeneración y de vida que se le ofrece, se disgrega y se muere sola. ¡Se suicida! Consúltese la historia. Véase, por de pronto, lo que aconteció a la nación judía. A los cuarenta años de haber rechazado a Jesucristo ante el empuje de los

romanos, privada como quedó de toda resistencia, se deshizo y sus hijos se dispersaron por el mundo.

* * *

Tal es la realidad histórica aludida por el Evangelio de hoy. Pero junto a esa realidad pretérita, la fecunda parábola nos exhorta a la unión con Jesucristo.

Para eso, y no para otra cosa, se ha quedado Jesucristo con nosotros hasta la consumación de los siglos. Su presencia entre nosotros es tan real como la nuestra. La presencia real de Jesucristo es la nota específica de nuestra Religión Católica. Hay muchas religiones, pero ninguna con esta prodigiosa característica.

Los paganos y los gentiles de Grecia y de Roma levantaron templos a sus divinidades, como se erigen monumentos a los héroes. Pero los dioses no vivían en aquellos templos, como no vivían tampoco ni siquiera en el pensamiento de quienes los levantaban.

Los judíos, donde quiera que van, llevados por sus ambiciones o empujados por el viento de las persecuciones, construyen sinagogas. Pero el Sancta Sanctorum de tales sinagogas no es un Tabernáculo, sino un cofre en que se guardan los rollos de la Ley. En la sinagoga no está Jehová, está sólo el antiguo Testamento, la Ley vetusta.

Los oriundos de la India adoran en sus pagodas las estatuas colosales de un Buda. Pero esas estatuas de materia inanimada que representan a Buda no son su Buda.

Los musulmanes en sus mezquitas oran como esclavos ante el *mirhhab* que les indica la dirección geográfica del sepulcro de Mahoma. Pero ni en la mezquita del musulmán, ni en el sepulcro de Mahoma está Mahoma.

Ningún pueblo de la tierra ha tenido ni tiene en sus tem-

plos la real y personal presencia de su Dios. Nosotros, sí. Nosotros lo tenemos en estado sacramental en el sagrario y allí lo adoramos. ¡Invención incomprensible de la Omnipotencia de su amor, gracias a la cual su presencia personal es hoy tan objetiva y verdadera como cuando vivía y moría en aquella porción de Tierra que llamamos Santa, y como ahora vive y reina glorioso allá en el cielo!

Pero Jesucristo no se ha quedado en el santuario solamente para recibir nuestra visita, nuestra adoración y nuestras confidencias, sino para darse a nosotros por la comunión, es decir, para celebrar las nupcias, dispuestas por Dios, entre Jesucristo y los hombres, a quienes con su virtud quiere regenerar y redimir. ¿Haremos también nosotros lo que los invitados del Evangelio de hoy? ¿Nos excusaremos por preferir entregarnos a la concupiscencia de la vida o, lo que es lo mismo, al lucro o al placer, como los judíos del principio de nuestra era? La respuesta ha de dársela cada uno en el secreto de su propia conciencia.

* * *

Los invitados a unirse con Jesucristo para regenerarse y salvarse no son solamente los individuos, sino también los pueblos.

¿Cuál es la condición del nuestro?

Como si la falta de moral cristiana no fuera bastante para inquietarnos, advierto un afán enfermizo de generalizar sus escándalos. No sé si lo inspira la probidad o la política. Como quiera que sea, no creo que el continuo envenenamiento de la atmósfera pueda contribuir a sanear el alma del pueblo. ¿No sería preferible contribuir a evitarlo arraigando la moral cristiana en la conciencia de las nuevas generaciones? ¡Mil veces! Y, sin embargo, observo que hay de sobra quienes

aún se obstinan en mantener el laicismo en la enseñanza, en la economía, en la legislación, en todas las manifestaciones de la vida. Lo que equivale a decir que se obstinan en la eliminación de Jesucristo. Y aseguro que hoy como nunca es Jesucristo el único que podrá restaurar la civilización y preservar a los pueblos. *Non est in alio aliquo salus*. Es la gran oportunidad para repetir con toda el alma el ruego de los discípulos de Emaús: Jesús, no os vayáis, quedaos con nosotros, porque el día declina y la noche avanza.



De este hecho histórico y doctrinario, puedo y debo extraer una conclusión de la mayor actualidad y de insospechada trascendencia.

Quiere decir que Dios ha puesto a nuestro alcance el vínculo que puede establecer y perpetuar la unión entre todos los pueblos de la humanidad.

Sé que algunos no coincidirán en reconocerlo. No importa. No por eso dejaré de enunciar las grandes verdades que nos pueden salvar. Y a quienes persistan en no admitir la divina eficacia del vínculo de unión a que me voy a referir, los desafío a que presenten otro que lo pueda reemplazar. Si alguien lo posee o lo conoce, que lo anuncie. El mundo así lo exige, porque imperiosamente lo necesita. Serían inexplicables la reserva y la demora. Pero si nadie lo tiene, que se reconozca y admita éste que Dios nos ha proporcionado.



Así como las sociedades domésticas, es decir, las familias, no se vinculan entre sí por un lazo de orden idéntico al que las constituye, sino por un lazo de orden político; así también,

las diversas sociedades políticas no deben buscar la raíz de su unión en un lazo de su misma naturaleza, sino de otra superior, es decir: de naturaleza religiosa.

Una superior sociedad religiosa, es lo único que puede originar y perpetuar un vínculo entre las naciones. Ese vínculo espiritual deja en salvo la autonomía absoluta de cada sociedad política y su facultad privativa de darse la forma de gobierno por ella preferida. Ese vínculo espiritual garantiza la inviolabilidad del patrimonio de cada una, sin perjuicio de la mutua comprensión entre todas.

* * *

Pero esa superior sociedad religiosa debe ser católica. Respecto de las otras sociedades religiosas, preciso es reconocer que tienen mucho de respetable, y desde este punto de vista estoy muy lejos de descalificarlas, y más todavía de injuriaslas. Pero ellas mismas son las primeras en confesar su incapacidad para servir de unión a toda la humanidad. Y ¡cosa original! en esta confesión pretenden ellas establecer su mérito para captarse simpatías. Con ese objeto se apresuran a decir que no tienen la pretensión de ser universales, y que siendo menos absolutas que la nuestra, pueden y deben adaptarse a las circunstancias de lugar y de tiempo, a las modalidades de las estirpes y a las exigencias de los gobiernos.

Las unas, llamándose Iglesias libres, limitan su influencia a los individuos, y, a lo sumo, a las familias. Las otras Iglesias, nacionales u oficiales, se identifican con sus gobiernos o sus naciones. Ninguna se siente poseedora de la virtud infinita que se requiere para proclamarse "la sociedad religiosa de la humanidad", "la Iglesia Universal", "la Iglesia Ca-

tólica." Sólo nosotros la reconocemos y la confesamos en la nuestra, con la firmeza absoluta con que se proclaman los dogmas: "*Credo catholicam et apostolicam Ecclesiam.*" Poniéndonos de pie, como en actitud de proclamación y de defensa decimos todos los días: "Creo en la Catolicidad y en la Apostolicidad de nuestra Iglesia."

¡He ahí el lazo superior para la unión de las Naciones! No es un lazo económico, y en consecuencia, más o menos interesado y egoísta. No es un lazo político, y por lo tanto, tarde o temprano, opresor y tiránico. ¡Es un lazo puramente espiritual y totalmente desarmado, cuya fuerza procede de Dios y reside y actúa en el alma!

Cuando el Hombre-Dios, Fundador Divino de la Iglesia Católica, apareció ante Pilatos, representante entonces de los Poderes políticos dominadores del mundo, el gobernador romano trató de informarse con todo interés, del fundamento que tenía la nueva realeza atribuida a Jesucristo: "¿Luego eres rey?" le preguntó. Y Jesús le respondió: "Tú lo has dicho, efectivamente, soy rey." Y añadió: "Pero tranquilízate: mi reino no es de este mundo." Es decir: ni procede de este mundo, ni pretende establecerse con desmedro de los reinos de este mundo. Viene de mayor altura y va a su punto de partida. Deja al César, todo lo que es del César. Deja a los que gobiernan en la tierra, toda la política de la tierra, y reivindica para Dios, la parte que corresponde a Dios, la parte que no puede quedar librada a la ambición y al capricho de los hombres o de los pueblos: reclama para Dios la estricta inviolabilidad de la justicia.

* * *

Véase cómo la Iglesia Católica, sociedad espiritual y a la vez universal, puede y debe ser el vínculo moral de las Na-

ciones, la Patria superior y religiosa que, sin confundirlas, aproxima y enlaza a todas las Patrias.

Este bello ideal, ha de llegar a convertirse en hecho. Está previsto, está profetizado. Lo encuentro en estas palabras inspiradas de San Pablo: "*Gentes esse cohaeredes et concorporales et participes promissionis ejus in Christo Jesu, per Evangelium.*" Las Naciones no se han hecho para que se hostilicen o se destruyan. Las Naciones son solidarias y más que solidarias, son coherederas y más que coherederas, concorporales, es decir: son partes de un mismo todo, son miembros de un mismo cuerpo que es la humanidad. Son todavía más. Son coparticipantes con igualdad perfecta de derechos, de las promesas del Evangelio en Jesucristo.

En consecuencia, tratando nosotros de hacer efectiva la invitación de llevar los pueblos a Jesucristo, hacemos religión; haciendo religión hacemos Patria, y haciendo Patria, hacemos humanidad. Por el contrario, los que apartan a los pueblos de Jesucristo, eliminan la religión; eliminando la Religión, desorientan a la Patria, y desorientando a las Patrias, desarticulan la humanidad.

Día llegará en que una misma religión establezca la unidad no sólo entre las almas, sino también entre los pueblos. Día llegará en que adquiera toda su plenitud el primer enunciado de la plegaria que nos compuso Jesucristo, el Fundador Divino de la Iglesia universal, y ese día será cuando no sólo los individuos, sino también los pueblos, digan expresando una realidad: "Padre Nuestro que estás en los cielos."

* * *

Día llegará —nunca pareció tan lejano, como ahora, a las inteligencias laicas, ni tan próximo a los corazones creyentes—, día llegará en que, consumada la grande obra de acercamiento

de la Iglesia Católica, el Pontífice, mirando a todo el género humano, no con más amor, pero sí con más júbilo, le dirá: "¡Hijo mío!", y como con una sola voz salida de un mismo corazón el género humano le responderá: "¡Padre mío!" Y ese día, las inefables promesas de Dios se habrán encontrado de hecho con las incesantes aspiraciones del hombre. La unidad quedará consumada. Esto acontecerá, cuando no haya más que un solo rebaño y un solo Pastor. *Unum ovile et unus Pastor.* ¡Así sea!

11/10/36.

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

HABIA en Cafarnaúm cierto regidor cuyo hijo se hallaba enfermo. Este, habiendo oído decir que Jesús iba de Judea a Galilea, fué a encontrarle, suplicándole que bajase a curar a su hijo, que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis. —Díjole el regidor: Señor, ven antes de que muera mi hijo. —Dícele Jesús: Anda, tu hijo está vivo. Creyó aquel hombre en la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo ya camino abajo, le salieron al encuentro los criados, anunciándole que su hijo estaba con vida. Preguntóles a qué hora había sentido la mejoría. Y le respondieron: Ayer, a la hora séptima, le abandonó la fiebre. Reconoció, pues, el padre que aquélla era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo está vivo; y creyó él y toda su familia.

San Juan, cap. IV, v. 46-53.

Al explicar el Evangelio del domingo pasado llegamos a estas dos conclusiones: cuando la sociedad aparta de sí a Jesucristo, conspira contra su propia estabilidad; y cuando pagandose imposibilita o dificulta en su seno la salvación de las almas, pierde su razón de ser desde el punto de vista del plan divino.

Pero ¿cómo se logrará impedir que una sociedad desaloje a Jesucristo, es decir, no repudie su doctrina y no conculque su moral? Y si ya lo ha hecho, ¿cómo se la hará reaccionar? ¿Cómo se la puede volver a cristianizar? Por medio de la fami-

lia. ¿Y cómo se cristianiza la familia? Por medio de los individuos que la constituyen, entre los cuales hay algunos cuya eficacia, por regla general, resulta decisiva. Tales son sus jefes.



El Evangelio de hoy me ofrece la oportunidad de recordar a los padres de familia esta verdad necesaria y fecunda. Coincide hoy la festividad de Cristo Rey. El rey del hogar, que es el padre de familia, puede y debe lograr que en ella reine Jesucristo.



El protagonista de la escena evangélica que he relatado es un padre de familia. Residía en Cafarnaúm. Un hijo suyo, a quien quería entrañablemente, se hallaba moribundo.

Jesús había vuelto a Galilea y, después de una corta permanencia en Nazaret, acababa de llegar a Caná. El padre afligido, que era un jefe civil o militar, lo supo; y como había oído hablar de las maravillas que obraba, resolvió en su desesperación ir a pedirle la curación de su hijo. Y se fué a Caná recorriendo una distancia de cuarenta kilómetros. Y rogó a Jesús que bajara a Cafarnaúm. El Evangelio emplea la palabra "bajara" porque la ciudad de Cafarnaúm estaba emplazada sobre la margen del lago de Tiberíades, y Caná se hallaba a una altura de cuatrocientos cincuenta metros.

Jesús le contestó: *Vosotros no creéis si no veis prodigios y milagros*. Como si dijera: Sois demasiado positivistas. ¡Hay tantas otras razones para creer! Hay otros motivos más elevados de credibilidad. Mi moral y mi doctrina, las virtudes que practico y ¡también las que provocho!

Jesús le respondía de esa manera para hacerle notar que la fe que lo traía, aun cuando no dejaba de ser sincera, era sin embargo, muy deficiente. Era embrionaria y vacilante. El cree que Jesús puede salvarle el hijo, pero a una doble condición: es decir, de que se acerque a él y de que llegue antes que se muera. Cree que Jesús puede realizar algunas curaciones; pero no cree que es Dios, porque no cree en su poder de curación a distancia, y mucho menos en el de una resurrección. Toda su fe y su falta de fe están contenidas en las palabras que pronuncia: "¡Señor, vamos, vamos antes que mi hijo se me muera!" Lo que equivaldría a decir: Si no venís conmigo no podréis hacer nada; y si por no venir en seguida llegáis demasiado tarde, podréis menos todavía.

A pesar de la imperfección de su fe aquel hombre angustiado había vencido los prejuicios explicables en los de su condición social. Era de una espectable posición civil o militar y ocupaba una elevada jerarquía en las esferas del gobierno. Estas y otras circunstancias le habían impedido quizás hasta ahora acercarse a Jesucristo. Por lo demás, gozaba del bienestar y vivía en la abundancia. Pero, ahora, la amenaza de una desgracia lo decide. ¡Cuántas veces, hermanos míos, acontece así! Las contrariedades de la vida suelen ser las mejores conductoras de los hombres hacia Dios. Y Él siempre descubre o coloca en nosotros un punto de apoyo que luego le sirve de pretexto para salvarnos. La misericordia de Dios se vale de todo. No tiene nada de la crueldad que tenemos los hombres. "No voltea la caña que se ha doblado, ni apaga la mecha que todavía humea." Se vale de lo poco bueno que hay en quien se le acerca y lo acrece y lo mejora.

El padre afligido que realiza ese primer acercamiento a Jesús no va llevado del propósito de perfeccionar su fe, sino de responder a una exigencia de su naturaleza conturbada. Está entregado exclusivamente a su derecho y a su deber

de agotar todos los recursos en la tarea de la salvación de su hijo. No importa. Está bien orientado. Esa exigencia de su naturaleza es bien legítima y Dios la acepta, la bendice y se sirve de ella para perfeccionar la fe del padre de familia. Y observad, con cuánta delicadeza la hace progresar. Jesús no va a la casa donde se está muriendo el niño, porque quiere que ese buen hombre aumente su fe creyendo en la eficacia de su virtud, no obstante la distancia, porque es infinita. Por eso le dice: "Vete no más, que tu hijo está en plena salud y lleno de vida." Y agrega el Evangelio: "el padre creyó en la palabra de Jesús y se fué." Ved ahí el primer progreso.

Antes de llegar a su casa, le salen al encuentro los criados y le dicen que su hijo ha sanado repentinamente. Verifica la hora en que se operó la inesperada reacción y ve que coincide exactamente con la misma en que Jesús le dió la auspiciosa seguridad. En ese instante su fe hace un nuevo progreso y llega a ser perfecta, porque ahora no sólo cree en la palabra de Jesús sino también en su misión divina. Cree que es Dios. Y esa fe, admirablemente perfeccionada, adquiere su pleno desarrollo y se vuelve resplandeciente e ilumina toda la casa cuando el padre de familia, lleno de gratitud y de emoción, logra que crea con él toda la familia. He ahí a un padre que por haberse acercado sinceramente a Jesucristo ha sido elevado a ser primero un cristiano y luego un apóstol, es decir, ha merecido ser el salvador de toda su familia.

¡Cuánta generosidad de parte de Dios en la recompensa de aquel acto inspirado por una exigencia de la naturaleza humana!

Va a pedir la salud del hijo y con ella recibe también otra que no ha pedido: la salud del alma. El don de la fe es más precioso que el de la vida. Y la bendición divina, que comienza por la fe del padre, se extiende como un sol a todos los suyos, a toda su casa, a toda su familia.

¡Qué lección tan consoladora para vosotros, hermanos míos, y al mismo tiempo qué estímulo!

Los hombres trabajan para ganar lo necesario para la formación de los hijos, y hacen bien: porque es el medio indispensable para lograrla. Pero deberían pensar que esa formación resultará defectuosa, si no les transmiten la fe. No es la fortuna el mejor legado que podéis dejar a vuestros hijos, es la fe. La fortuna puede servir para perderlos, la fe siempre servirá para salvarlos. Aun después de vuestros días el recuerdo de vuestra fe servirá para guiarlos como un astro, que mientras vivan no se les ocultará jamás en el ocaso. Ese joven que ha crecido viendo en su casa buenos ejemplos y cosechando solicitudes y cariños pasa por momentos en que todas esas cosas palidecen en su alma. "El mundo lo deslumbra con la fascinación de sus placeres y se va tras de ellos. Pero en el momento en que se dispone a salir de su aposento, se detiene. ¿Qué ha visto? El retrato de su padre, sus cabellos blancos, el honor escrito en su frente. El rubor colorea sus mejillas, vuelve a cerrar la puerta, resistirá a la tentación, será digno de su padre y no hará llorar a su madre. Lo ha salvado el recuerdo de la fe de su padre." ¡Bendito sea!

No, no bastan la palabra y el ejemplo de la madre; porque si el padre de hecho lo neutraliza, los hijos no tardarán en pensar que la fe es algo propio exclusivamente de la mujer. Téngase presente que la necesidad de la fe aumenta en proporción a la responsabilidad; y ¿quién se atrevería a decir que es mayor la responsabilidad de la madre que la del padre?

Dichosos los hijos que evocando la memoria de su padre pueden decir con verdad: No lo respetó la desgracia, ni la calumnia, ni la injusticia; pero las vió llegar con serenidad, y las vió chocar contra él para retirarse deshechas como las espumas de las olas bravías al estrellarse contra una roca. Dichosos los que pueden decir: Mi padre perdió su posición,

perdió su fortuna, perdió su salud, perdió la única dicha que ambicionaba en el mundo, la de bastar a los suyos; pero nunca perdió su honor porque siempre conservó la fe.

Dichosos los que pueden agregar: Mi padre murió pobre; pero me legó un nombre inmaculado y una sangre pura; ¡y éstos son patrimonios que no pueden comprarse con todo el oro del mundo!

Padres que me escucháis: que en estos tiempos tan difíciles e inciertos, Dios aumente vuestra fe y la de lo más querido que tenéis en la vida, la de vuestras familias.

27/10/35.

* * *

Adviértese en este relato de que nos habla el Evangelio de hoy, un proceso admirable en la fe del militar. Su fe al principio es deficiente. Pertenece al número de los que dicen que necesitan ver para creer. Como si la fe no fuera la aceptación voluntaria y, por eso meritoria, de las cosas que no se ven. La fe del militar es también deficiente porque cree que Jesús puede sanar, pero no a la distancia. Por eso le pide que vaya con él a la casa donde está el enfermo.

* * *

Tratemos de hacer una saludable aplicación. En nuestros días el gran enfermo amenazado de muerte es toda una civilización: la civilización occidental. Han fracasado todos los medios humanos empleados para salvarla. Se han ensayado inútilmente todos los sistemas. Hay la convicción de que sólo una virtud infinita puede sanarla. Pero para que Jesucristo, que es el único que la posee, intervenga con su virtud y la sane, se requiere que invoquemos esa virtud y la difundamos

con una fe tan intensa y tan resuelta como la que salva las crisis y traslada las montañas.

Mas ¡ay! Yo debo llamar la atención acerca del debilitamiento, o simplemente, de la extinción de la fe, que a mi modo de ver es la gran deficiencia de los encargados de salvar la civilización contemporánea. Sé que al hacerlo, muchos preferirían que hiciese notar la falta de fe de ciertas colectividades, de ciertos partidos, y de ciertos gobiernos erguidos contra la civilización occidental. Que éstos recuerden que ni he tenido, ni tengo, ni tendré reparo en hacerlo. Pero añadido, que seríamos injustos, si no dijéramos que la falta no les es privativa. Habrá diferencia de grado, pero, desgraciadamente, esa deficiencia se halla muy generalizada.

* * *

Desde hace tiempo viene debilitándose y perdiéndose la fe en todo el mundo. Desde luego, la fe en Dios. La fe individual y la fe colectiva. La fe privada y la fe pública. La fe particular y la fe oficial. Y más que la individual y la privada y la particular, la colectiva, la pública y la oficial. Y como ha desaparecido en el hecho, ha dejado de figurar también en la expresión. En las convenciones oficiales, en los pactos, en los tratados, para nada se hace intervenir a Dios. A Dios, se lo relega a su cielo y se lo confina en él. No se advierte la conveniencia, y menos aún la necesidad, de hacerlo intervenir en el gobierno de la tierra. La fe en Dios ha quedado descartada. No se cree en su ubicuidad, en su Omnipotencia, en su intervención ineludible, en su sanción inexorable. No se cree en su Soberanía ilimitada y efectiva, de la cual no debe prescindir, sin suicidarse, ninguno de los poderes de la tierra.

Dios ha sido abolido del intercambio entre los hombres

y los pueblos. Ya nada se emprende en su nombre. No se lo pone por testigo. No se lo ofrece como garantía. No se lo proclama como fuente de toda razón y de toda justicia. Y esto pasa porque se carece de fe. Y si no se tiene fe en Dios, ¿cómo se la puede tener en el hombre? Los hombres comenzaron por perder la fe en la palabra de Dios y han terminado por retirarla de la palabra del hombre. ¿Hace alguna fe la palabra del hombre, sea que se trate de la palabra hablada, o de la palabra escrita, o de la palabra empeñada o de la palabra rubricada o de la palabra protocolizada? ¡Estamos viviendo en pleno escepticismo!

Ahora bien: la confianza se funda en la fe. Desde el momento en que se pierde la fe, desaparece la confianza. Y es lógico: no se puede confiar en lo que no se cree. Y como no se cree en nada, ni en nadie, todo el mundo desconfía de todo el mundo. Y véase la primera consecuencia: perdida la confianza en Dios, se la ha perdido también en todo lo que se funda en Él y de Él dimana. Se ha perdido la confianza en los valores espirituales.

Lo único que interesa es lo que se ve, se toca, se mide, se pesa y se cuenta. Es la hora de los valores materiales. Y por eso, el sitio de la lealtad lo toma la conveniencia; el del honor, la ventaja; el de la justicia, el interés; el de la libertad, la tiranía. Y como el medio de conquistar todo eso, es la fuerza, la fuerza es lo único en que se cree y lo único en que se confía. Es la hora de la plenitud del señorío de la fuerza. Hora funesta, aludida también por Jesucristo cuando dijo a los poderes desorbitados que se complotaron para suprimirlo: *haec est hora vestra et potestas tenebrarum.*

* * *

Pero queda esta esperanza: todo aquello que se establece sobre la fuerza, lleva en sus entrañas el germen de la deca-

dencia. Por donde cada uno peca, por ahí será castigado. Esto es aplicable a los hombres y a los sistemas.

Tengo la convicción de que si me oyeran decir estas cosas quienes piensan en ellas, y más aún quienes las hacen, sentirían tentaciones de imponerme silencio. No me es desconocida la táctica. Y por haberla afrontado, no son pocas las heridas, gloriosas cuanto se quiera, pero no por eso menos dolorosas, que llevamos en el alma. No se volverían, empero, tanto contra nosotros si aprovecharan la lección de esta anécdota: El rey Luis Felipe de Francia, se permitió amonestar a Monseñor Affre, Arzobispo de París, porque ciertos miembros del Clero anunciaban las reacciones que podían provocar los diversos abusos en que a la sazón se incurría por parte de ciertos poderosos. Monseñor, le dijo, ustedes cantan demasiado alto el "*Deposuit potentes de sede*", versículo del Magnificat que quiere decir: los poderosos fueron abatidos de sus tronos. Y el Prelado le contestó: "Sí. Pero tenga en cuenta Vuestra Majestad, que la tarea de derribar de sus tronos a los poderosos, la realizan los que no lo cantan."

Y yo agregó: Lo que hoy se intenta por medio de la fuerza organizada, es mucho más que derribar un trono, abolir una dinastía, o sustituir una forma de gobierno. Lo que hoy se intenta en nombre del materialismo ateo, y ya desembozadamente, es la supresión violenta de una civilización de veinte siglos. Y quienes tenemos el deber de defenderla no podemos detenernos a pensar si nuestra postura será o no grata a quienes se aprestan a destruirla.

Por desgracia esta civilización que debemos defender, ha venido desde hace tiempo socavando sus bases y debilitando su propia resistencia. Se ha dividido. Se ha debilitado, y deberé agregar con sumo dolor, se ha desprestigiado. Nuestro primer deber, para que nos valga la pena de salvarla, consiste en corregir sus deficiencias: sofocando los odios, frenando el

egoísmo, vigorizando la abnegación, promoviendo la fraternidad, reprimiendo la explotación, condenando la injusticia y aboliendo la miseria. Pero eso no se obtendrá sin reavivarle la fe y resucitarle la confianza. Y para ello es preciso que, imitando al oficial del Evangelio, perfeccionemos nosotros la nuestra.

De esa manera la haremos reinar, primero en nuestra casa, y luego en nuestro medio, y después en nuestra Patria, y al fin en la humanidad.

15/10/39.

VIGESIMOPRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

DIJO Jesús a sus discípulos esta parábola. El reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuentas a sus criados. Habiendo empezado a tomarlas, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él, su mujer y sus hijos, con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Movidó el señor a compasión de aquel criado, le dió por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciéndole: Paga lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. El, empero, no quiso, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron en extremo, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó su señor, y le dijo: ¡Siervo malo!, yo te perdoné toda la deuda, porque me lo suplicaste: ¿no era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Irritado el señor, le entregó en manos de los verdugos, hasta tanto que pagara la deuda toda por entero. Así procederá también mi Padre celestial con vosotros, si cada uno de vosotros no perdonare de corazón a su hermano.

San Mateo, cap. XVIII, v. 23-35.

El Evangelio de hoy es el de la exhortación al perdón, lo que equivale a decir: al heroísmo cristiano. ¡Cómo! ¡El

perdón es un heroísmo? Sí. Y de los más meritorios, porque es de los más costosos. Por eso el perdón es tan raro entre los hombres. ¡En todos los órdenes los héroes son tan escasos...!

El perdón no es fruto de la naturaleza, es producto de la gracia. Desgraciadamente el espectáculo que hoy nos presenta el mundo nos lo evidencia de hecho. Como la casi totalidad de nuestros contemporáneos ya no viven de la gracia, casi nadie perdona.

De ahí el estado del mundo. Los sentimientos universalmente generalizados son hoy la rivalidad, el rencor, el odio, la venganza. De ellos está formada la atmósfera en que se están moviendo los individuos, los grupos sociales, los partidos políticos, los pueblos y los gobiernos. Esa atmósfera es hoy la normalidad de la vida.

* * *

Pero es que yo vengo a predicar el perdón no en nombre de la naturaleza, sino en el de la gracia. No vengo a predicar a los hombres, sino a los cristianos. Yo vengo a proponer virtudes; no las prácticas admitidas por el mundo, sino las normas establecidas por el Evangelio.

* * *

Es de fe que nunca Dios permite que seamos probados más allá de nuestras fuerzas. Si, pues, nos manda un acto heroico es porque su mandato lleva aparejada la gracia de superarlo.

Para resolernos al cumplimiento de este precepto divino nos alienta con un poderoso y eficaz incentivo: el de su propio perdón. Su perdón ha sido condicionado al nuestro. Si

los hombres queremos que nos perdone Dios, debemos primero perdonar a nuestros hermanos. Tal es la ley establecida por Él. Ley inexorable, ley sin excepción, ley establecida, ley promulgada, ley cien veces ratificada. Los cristianos que se resisten a perdonar, firman el decreto de su condenación con su propia mano. ¿No dicen ellos todos los días al Padre Nuestro que está en los cielos, perdónanos, como nosotros perdonamos?

* * *

Debemos también perdonar para merecer el honor de cooperar con Dios en la salvación de las almas. ¡Cuántas veces el equívoco de un supuesto agravio nos impide hacer el bien a nuestros semejantes! ¡Dios mío, cuántas veces Vos absolvéis, allí donde nosotros no hacemos más que condenar! ¡Son tantas las cosas que se nos escapan en el desconcertante misterio de las almas! ¡Cuántas veces no ha existido la mala intención que nosotros hemos supuesto! ¡Cuántas veces aquellos a quienes nosotros tenemos por malos no son sino seres desgraciados a quienes para ser buenos no les ha faltado más que el calor de alguna simpatía! Una mirada benévola, una palabra afectuosa, una mano tendida habrían bastado para abrirles el alma cerrada a causa de la hostilidad que la rodea como una noche oscura. ¡No habría en el mundo tantos malos, si los buenos se resolvieran a ser mejores!

Finalmente, debemos perdonar porque Dios nos manda amar. ¿Cómo? Nos parecía duro el tener que perdonar a los que nos hayan ofendido, ¿y ahora resulta que también los debemos amar? Sí, también amar. Ponerle buena cara, tenderle la mano, prestarle el servicio de que se halla necesitado, hacerle el bien que quisiéramos que nos hicieran a nosotros, darle hospitalidad en nuestra plegaria junto a los seres que

son carne de nuestra carne y al lado de los amigos que más queremos. Pero, ¿es eso posible sin hipocresía y sin caer en la comedia del amor? Sí, los Santos lo han hecho; y millares de cristianos sinceros y humildes lo hacen todos los días sin ser hipócritas ni comediantes, sino seres de carne y hueso, expuestos como todos los mortales al asalto de todas las pasiones, que si por ellos no fueran dominadas sabrían exigir ojo por ojo y diente por diente. Pero sin dejar de ser hombres, suben a ser cristianos, es decir: hijos de un Dios de misericordia, de paz y de perdón, y discípulos de Aquel que fundó la gloria de su apostolado en esta pobre tierra, en ser manso y humilde de corazón.

Son cristianos, Señor, cristianos como Vos los queréis, y por eso os aman más que a todo, más que a todos y más que a sí mismos, con un amor sobrenatural y único. Y amándoos a Vos más que a sí mismos, se gozan en hacer, no su voluntad, sino la vuestra. Y como Vos les hacéis conocer vuestra voluntad, ellos reprimen las reacciones de la suya y se mortifican y perdonan y aman.

3/11/35.



El perdón es algo tan opuesto a la naturaleza humana que cuando se halla agraviada, si se la exhorta a perdonar, contesta: ¿Perdonar? Nosotros no somos entes impassibles, ni tampoco ángeles. Tenemos nervios que vibran, sangre que hierve y corazón que se subleva. Y es cierto. La naturaleza humana contesta con una gran verdad. Sus reacciones son instintivas, incontenibles, vehementes. Y no puede dejar de sentir las. Pero es que el Evangelio no prohíbe el sentir las, sino el consentirlas, que es cosa muy diferente. Consentirlas equivale a fomentarlas. Precisamente porque no puede dejar

de sentir las, es heroico al dominarlas. Dominarlas quiere decir tronchar en el fondo de la naturaleza humana la reacción en germen. Y precisamente de la herida dolorosa y voluntaria con que uno mata la propia reacción, mana la savia que es sangre de héroes. Pero sólo el cristianismo puede producirlos.

* * *

He ahí el único procedimiento para desintoxicar el alma de quien nos ofende y para impedir que se envenene la nuestra. La naturaleza humana pretende justificar sus reacciones enfermizas y dice: Yo no debo permitir que mi dignidad resulte menoscabada. El Evangelio responde: La verdadera dignidad la establece el predominio de la parte superior, sobre la inferior en el hombre. La naturaleza vuelve a objetar: pero si el orden moral ha sido violado, debe ser restablecido. El Evangelio contesta: *mihi vindicta*: deja a mi cuidado la venganza y en cuanto al restablecimiento del orden corre por mi cuenta. Pero al menos, replica la naturaleza humana, al menos el honor debe ser reparado. Es cierto. Pero no según la norma del mundo, sino según la ley del Evangelio. No mediante las prácticas mundanas siempre convencionales y muchas veces ridículas, sino de acuerdo con la justicia y la moral cristianas.

* * *

Hemos escuchado las razones que tiene la naturaleza para resistirse a perdonar; oigamos ahora aunque sea una sola de las que invoca el Evangelio para obligarla a perdonar. ¿Por qué debemos perdonar? ¿Porque Dios nos lo manda? ¿Pero nos es posible? Ya lo hemos visto. Abandonados a la

sola naturaleza, no; auxiliados por la gracia, sí. ¿Y dónde está la prueba de que nos es posible? En el hecho. Es un hecho que aquellos que viven según la naturaleza, no perdonan, y es otro hecho que los que viven la vida de la gracia, perdonan. En el pasado cada una de las páginas de la vida de los Santos despiden claridades de perdón. Y en el presente todos los días los ángeles advierten que los caminos que conducen al tribunal de la penitencia y a la mesa eucarística quedan empedrados de victorias obtenidas sobre sí mismos por aquellos que los frecuentan.

* * *

Tal es la eficacia de la virtud contenida en el Evangelio. Por eso ordenó Jesucristo que el Evangelio fuese predicado a todas las gentes y en todas las épocas. Y si esta época se halla en mayor oposición con el Evangelio quiere decir que su predicación se nos ha vuelto más necesaria y más urgente. Y si el mandato divino, nos obliga a predicar sin acepción de personas, es decir a todas las gentes cualesquiera que sean su condición o su clase; debemos urgir la necesidad del perdón a todos indistintamente sin preocuparnos de que las resistencias procedan de arriba o de abajo y de odios individuales o domésticos, sociales o políticos.

¿Cómo podrían hacernos vacilar en el cumplimiento de nuestro deber las discusiones ambientales, si vemos que el Papa constituyéndose en una viviente encarnación del Evangelio, acaba de predicar el perdón con el ejemplo y la palabra a las propias víctimas del salvajismo desorbitado en España, a esas pobres víctimas que representando a todos sus hermanos fueron a visitarlo llevando abiertas y sangrantes las huellas de tantas atrocidades materiales y morales?

Tenía el Papa ante sí a Obispos, Sacerdotes, religiosos y

laicos prófugos de España, y refiriéndose a sus implacables y sanguinarios agresores, les dijo: ¿Y de ellos? ¿Qué decir de ellos que son también y siguen siendo hijos nuestros, si bien en las personas y las cosas que nos son tan queridas y que nos están consagradas, con hechos y métodos crudelísimos y odiosos y en Nuestra propia persona en cuanto la distancia lo permitía, con actitudes y expresiones ofensivas, Nos han tratado no como hijos a su Padre, sino como enemigos a un adversario particularmente detestado?

Tenemos, hijos míos queridísimos, divinos preceptos y divinos ejemplos para Nosotros y también para Vosotros, que pueden parecer de muy difícil obediencia y de más difícil imitación a la pobre naturaleza humana abandonada a sí misma y son sin embargo, con la gracia divina, tan bellos y tan atrayentes para las almas cristianas, para vuestras almas, hijos queridísimos, que no podemos vacilar acerca de lo que Nos corresponde hacer a Nosotros y a Vosotros, que es: amar a esos hijos nuestros y hermanos vuestros, amarlos con un amor particular hecho de mitad de compasión y mitad de misericordia, amarlos y no pudiendo hacer otra cosa, rezar por ellos para que vuelva a su mente la serena visión de la verdad y para que sus corazones se abran al deseo y a la persecución fraterna del verdadero bien común...

Tenía razón el Papa: no tenía por qué vacilar; podía hablar en cristiano a quienes afrontaban el martirio. Entre millares de casos estupendos con que los católicos de España han probado cómo obedecen la doctrina y cómo siguen el ejemplo de Jesucristo en la difícil y dolorosa materia del perdón, recordemos uno tomado al acaso. Es de uno de los Sacerdotes que nos fué conocido y nos fué bien amado. Van a fusilarlo por el solo delito de serlo. Al ponerlo contra el muro se vuelve a sus verdugos y les dice: No me matéis por la espalda, permitid que me ponga de frente, hermanos, para

dirigiros mi última mirada que será de perdón y para bendeciros al instante de morir.

¡Para qué fomentar los odios y cultivar las venganzas! Día vendrá en que se eche un velo sobre el salvajismo de los verdugos, porque será más honroso y más benéfico admirar el heroísmo de sus víctimas. Anticipemos ese día ungidos por la gracia. E iluminados por esa doctrina y movidos por esos ejemplos, resolvámonos a condonarnos mutuamente los agravios, procuremos amar y sabremos perdonar. Aprendamos esa lección sublime de que se halla tan necesitado el mundo, estudiándola en una imagen que nos es familiar, que nos es querida y adorada: en la imagen de Jesús Crucificado. A sus piés todo cambia de aspecto, todo se apacigua, todo se ilumina. Y, ¡Señor!, mis ojos que se hallaban dispuestos a mirar con iracundia, buscan vuestros ojos. Mi boca abierta ya para la réplica, interroga a la vuestra; mi brazo levantado ya para la venganza, toca los vuestros clavados ahí por la misericordia, y mis labios se posan con amor sobre la herida de vuestro corazón y de vuestros ojos y de vuestra boca y de vuestros brazos y de vuestro corazón sale para clavarse en el mío como un dardo encendido de amor esta palabra: ¡Perdona como yo perdono! Para que el Padre celestial os perdone como a hijos, ¡perdonaos entre vosotros mostrando que sois hermanos!

25/10/36.

* * *

Si nosotros y nuestros contemporáneos practicásemos la lección que nos da Jesucristo en el Evangelio de hoy, en el horizonte del mundo moral despuntaría la aurora radiante de la paz.

El Evangelio de hoy es el Evangelio de la reconciliación fraterna: el divino Evangelio del perdón entre los hombres.

Vamos a hacer dos consideraciones: la dificultad del perdón y la recompensa del perdón.

¿Es difícil perdonar? Sí, sumamente difícil. Tan difícil, que si sólo se considerara la capacidad de la naturaleza humana, debería decirse que es imposible.

El perdón es un enorme progreso de la Ley Nueva, cuyo espíritu es el amor. Pero con la Ley Nueva no desaparece la dificultad del perdón, porque la promulgación del Evangelio no cambia por sí sola la naturaleza. Para los cristianos, por lo tanto, sigue siendo igualmente difícil perdonar. Pero es bueno hacer plena luz en un asunto que es capital. Muchos dicen: yo quisiera perdonar, pero no puedo, porque no puedo olvidar. No hay que confundir el perdón con el olvido. El olvido es cosa que atañe a la memoria. La memoria es una de las tres facultades del alma. En ella se graban los recuerdos y algunos con caracteres indelebles. Cuando las palabras o los hechos impresionan fuertemente, se graban en la memoria con caracteres muy profundos. Y adviértase una de las más desconsoladoras deficiencias de la naturaleza humana: los beneficios, las bondades, no se le graban muy hondo. Las ofensas, en cambio, y los agravios, se le hunden y la traspasan como dardos que se le quedan clavados. La memoria no los puede olvidar, y esto constituye una gran dificultad para perdonar. Y la dificultad muchas veces se agrava porque no sólo no se puede, sino que no se quiere olvidar. Pero cuando se quiere perdonar, el hecho de que no se pueda borrar de la memoria el recuerdo del agravio no nos debe inquietar. Puede dificultar el cumplimiento de la ley, pero no imposibilitarlo. Mas aún, ese recuerdo en vez de perjudicarnos, puede favorecernos. El perdón exige un esfuerzo fronterizo del heroísmo.

* * *

No hay ningún esfuerzo tan heroico como el exigido por el dominio sobre la propia naturaleza en rebeldía. Por eso el mérito del perdón es extraordinario, ¡debería decir sobrehumano! Pero el mérito del esfuerzo radica en la supervivencia del recuerdo. Si de la memoria se borrara el recuerdo de la ofensa, el perdón no sería ni difícil ni meritorio. Mejor dicho: el perdón no existiría, ya que no existiría la ofensa ni quedaría nada de ella, puesto que hasta su recuerdo se habría borrado.

Lo que nos está mandado no es, pues, el olvido, sino el perdón. El olvido, dije antes, atañe a la facultad del alma denominada memoria. El perdón, en cambio, concierne a otra facultad: a la voluntad. La voluntad, respondiendo a las exigencias de la naturaleza, se resiste a perdonar, no quiere perdonar. Quien debe influir para decidirla es una tercera facultad del alma, es decir: el entendimiento. Véase cómo en el ejercicio de la virtud del perdón entran en actividad las tres potencias del alma: la memoria, la inteligencia y la voluntad. Entra en acción todo el hombre. Se halla en juego, toda entera, la persona humana.

* * *

La inteligencia, esclarecida por la fe, me hace ver que el perdón es más útil y más saludable que la venganza. Con esto entramos en la consideración de la recompensa del perdón. Decían los paganos que la venganza es un placer: el placer de los dioses. Nada sé de los placeres de los dioses, porque no conozco a los dioses. Y no los conozco, porque no son una realidad objetiva, carecen de existencia real. Ideados por la fantasía humana, su existencia es imaginaria. El paga-

nismo carecía de una razón superior que lo obligara a contrariar los apetitos instintivos. Todas las pasiones, aun las más animales, las más bajas, debían tener sus desahogos. El paganismo, impotente para dominarlas, las justificaba y aun las divinizaba. Fuéron diosas la embriaguez, la lujuria, la guerra, la venganza. ¡Dios mío! ¡Y es con esa concepción pagana, que diviniza todos los vicios, que se quiere sustituir : la religión cristiana, que crea y alimenta todas las virtudes!

Pero sigamos: Yo no sé cómo será el placer de la venganza. No sé cómo será la voluptuosidad del odio. No los experimenté jamás. Pero se me ocurre que ese placer y esa voluptuosidad deben tener un dejo de amargura. Porque esas cosas han de tener mucha semejanza con la hiel. Y guardar hiel en el alma no ha de ser ni saludable ni placentero. Se me ocurre que el placer de la venganza no ha de ser sin mezcla. Porque junto con voluptuosidad ha de causar remordimiento; y en todos los casos perdurará el remordimiento, que es duradero, después de haber pasado la voluptuosidad, que es transitoria.

En cambio, sé mucho de la fruición jubilosa del perdón. Cuando la voluntad, esclarecida por la fe cristiana, resueltamente quiere perdonar, y la naturaleza humana se le subleva y le ofrece resistencia, ¡qué drama! ¡qué escena! ¡qué momento trágico! ¡qué duelo! El alma se halla como una presa que tiembla entre dos fuerzas que la mantienen asida y se la disputan. De pronto, el hombre que quiere perdonar, que siente su debilidad y experimenta su impotencia, cae de rodillas y llama en su auxilio la gracia del Señor. El cielo se abre, la gracia, que Dios nunca niega, desciende sobre el alma, y de ella sube a los labios la palabra del perdón. En seguida el vacío dejado en el corazón por el resentimiento indeseable que se va, se llena de un júbilo que desborda. Y ese júbilo no tiene límites cuando se multiplica por el júbilo del per-

dón de Dios otorgado a él en el preciso momento y en la misma medida en que él otorga el suyo a su prójimo. ¡Momento inefable aquel en el cual sentimos la sensación de que Dios nos perdona nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores! ¡Oh, benditos los momentos sacramentales en que uno se siente reconciliado con los hombres, perdonado por su conciencia y absuelto por el mismo Dios!

¡Qué cielo que llevarían los hombres en el alma! ¡Qué paraíso que sería la tierra, si se iniciara en el mundo el reinado del perdón! Durante las crisis álgidas porque acaba de pasar la humanidad, se percibieron los rumores precursores de los inminentes estallidos de las venganzas y los odios. ¡Qué terribles son cuando se vuelven colectivos! Pasada la crisis, dióse el anuncio de la desmovilización de los ejércitos. ¡Dios mío! Hoy es el día de la fiesta de Cristo Rey. Que los hombres aprendan de Él cómo se conquista la paz; que sepan cómo se triunfa y cómo se reina. No es con la venganza, no es con la violencia, no es con la fuerza; es con la tolerancia, es con la reconciliación, es con el perdón. *Mansueti possidebunt terram*. Los mansos poseerán la tierra. Es, en fin, con la mutua condonación de las ofensas, es con la desmovilización de los espíritus.

30/10/38.



Procuremos reflexionar acerca de esta enseñanza. Contiene para nosotros sugerencias sorprendentes. Es precisamente la enseñanza que necesita nuestra época.

Para su mejor inteligencia, comienzo por recordar esta otra página del Evangelio: "Recordáis que había sido dicho a vuestros antepasados: Amad a vuestro prójimo y odiad a vuestros enemigos. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemi-

gos: bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, rezad por los que os hacen mal. A fin de que seáis imitadores de vuestro Padre que está en los cielos, puesto que Él hace salir el sol para los buenos y para los malos, hace llover sobre los justos y sobre los injustos. Porque si perdonáis a los que no os han ofendido, ¿qué violencia os hacéis? Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si acogéis con bondad solamente a vuestros hermanos, ¿qué virtud practicáis? ¿No hacéis lo mismo que hacen los paganos?"

Pocas palabras: pero muy claras, muy transparentes. Dejan ver profundidades hasta entonces no sospechadas. De esas profundidades surgirá la nueva raza de la paz en el amor, cuyo primer esbozo pudo apreciarse en los albores del cristianismo. Pero todavía no se ha formado, no se ha propagado en su plenitud definitiva. La primera fué la de la bestia, sin ley: la de la carne y de la sangre. Se llamó la de la fuerza bruta, la de la lucha. La segunda fué la de los bárbaros dominados por la ley. Toda la perfección a que aspiraba la ley, era la justicia. Es la raza que dura todavía. Pero la ley no ha reformado aún a la barbarie, y la justicia no ha terminado con la fuerza, ni con la lucha. La tercera, la nueva, será la perfecta, será la ideal, cuando sea una realidad el imperio de la justicia complementada por la caridad. La humanidad no hallará su perfección sino bajo el reinado del amor.

* * *

El espíritu del mal, el enemigo en que anida el odio, fué quien hizo caer al género humano, de la elevación de la gracia, a la humillación de la animalidad. Y el Espíritu del bien, encarnado en Jesucristo, en quien anida el Amor, es quien lo vuelve a levantar desde la animalidad hasta la san-

tividad. Y Jesucristo para levantar de esa manera al hombre, lo hace mirar a la Divinidad. La incitación hacia la Divinidad no suena a nueva en el corazón del hombre. Ya en el Génesis, en pleno Paraíso terrenal, el espíritu maligno había dicho al hombre: seréis como dioses, conocedores del bien y del mal, seréis sabios como Dios. Más tarde dice Jehová a su pueblo de Israel: Sed dioses, es decir: sed justos como es justo Dios.

Pero, aún cuando los 'hombres hubiesen llegado a ser sabios y justos, ello no basta para que la humanidad alcance su perfección. Dios no es solamente sabiduría, ni solamente justicia; es —diría también si hubiese grados en sus perfecciones infinitas— sobre todo caridad. Dios en Jesucristo se nos ha revelado como Padre Nuestro, como Padre en quien predomina el Amor, ¡y qué Amor! Su tierra da pan y flores también a los asesinos. Los que lo blasfeman ven cada mañana al despertarse, el mismo sol que calienta las manos que dejan el arado y se juntan para rezar sobre los campos que cultivan. El Padre ama, con el mismo amor, al que lo abandona y al que lo busca, al que le queda sumiso en su casa y al que se va de ella en temeraria busca de mayor libertad. A un padre se lo puede entristecer, se lo puede apenar, se lo puede hacer llorar; pero ningún malvado puede lograr inducirlo a la venganza.

Y nosotros que en su comparación somos tan insignificantes, tan pequeños, nosotros, que después de todo, apenas tenemos capacidad para recordar lo de ayer y carecemos de ella para disponer lo de mañana; nosotros creaturas inferiores y desvalidas, ¿no tenemos sobrados motivos para ser con nuestros semejantes, como Dios es con nosotros? ¿Qué sería de nosotros, si Dios nos aplicase la norma que nosotros imponemos a nuestros hermanos? ¿Qué sería si nos midiese con la medida con que nosotros los medimos? "Seamos dioses, grita

Bossuet, seamos dioses, Dios nos lo permite, en imitación de su bondad.” ¿Aspirarán los hombres a elevarse hacia la Divinidad o preferirán descender hasta la bestialidad?

* * *

Estamos muy lejos de la tercera etapa en que la humanidad será la nueva raza, la raza de la paz, en el amor. Esto acontecerá en el último período de su existencia acá en la tierra, y por toda la eternidad, allá en el cielo. Pero por ahora, ni siquiera hemos entrado aún de lleno, en el período de la justicia. Fuerzas misteriosas y que ya se han vuelto irresistibles, nos empujan hacia ella. La larga serie de injusticias cometidas hasta ahora, han exacerbado a la humanidad, que las ha venido soportando: ha hecho crisis y se ha sublevado.

Pero para hacerse justicia por su propia mano, está volviendo a la bestialidad; y para ello, se está alejando de la Divinidad. En vez de avanzar hacia la era de la paz, está retrogradando hacia la de la guerra. Está muy lejos del Amor y muy cerca del odio. ¡Qué digo, cerca!, se halla en plena zona del odio, se mueve en el odio y lucha con odio. La capacidad que cultiva es la de la venganza. Pero la venganza no acerca a Dios: aleja de Él.

* * *

Y al decir esto, no me limito a los paganos. Entre los millones de cristianos que se postran cada día bajo todos los cielos para elevar a Dios esta súplica: “perdónanos... como nosotros perdonamos...”, ¿cuántos dicen verdad?, ¿cuántos se ponen en salvo? ¿Cuántos alcanzan perdón? Ha de ser espantoso el número de aquellos para quienes aquella súplica se convierte en una imprecación, de aquellos sobre cuyas ca-

bezas, en vez de bajar el perdón, se acumula la ira. Al decir "perdónanos, como nosotros perdonamos", damos a Dios no sólo la medida, sino la condición de su perdón. Y cuando nosotros no perdonamos, exigimos de Dios que tampoco nos perdone. ¡Que haga ÉL, como hacemos nosotros! Y en este caso, las palabras de la oración dominical no son una súplica, sino una imprecación: no suenan a plegaria, saben a blasfemia.

* * *

La humanidad, pues, al menos desde este punto de vista, se halla en retroceso. Observo cómo forma las generaciones, y veo que las deforma. No las enseña a domar los instintos y a frenar las pasiones, sino a soltarles las riendas. ¡Qué tristeza! A los niños se los nutre con odios y se les inculca las revanchas. Las encantadoras características de los niños son la ingenuidad y el olvido. Sus corazones son cálices desbordantes de sentimientos desinteresados y comunicativos. Y la formación a que aludo, vuelca las esencias divinas de esos cálices y llena el vacío que queda con el veneno de los odios y las venganzas. Sus manos infantiles, que siendo aún incapaces de sostener los instrumentos del trabajo, se sentirían felices manejando juguetes, se ven precisadas a empuñar las armas. Ya no es sólo la juventud, es también la niñez que se forma para la lucha. ¡Y al decir la niñez, incluyo los niños y las niñas! Cierta viajero que ha recorrido algunas naciones europeas, me decía con angustia: "¡Los niños de ahora, ya no ríen como los de antes! El estado permanente es el de guerra." ¡Qué ideal para la pobre humanidad! ¿Vale la pena de multiplicarla, si es para segarla en flor? ¿Cuál es el objeto de las modernas conquistas de espacios vitales? ¿El de dar mayores extensiones a los cementerios, para sepultar las juven-

tudes? ¡Pensar, hablar, y, peor aún, educar de semejante manera, es vivir en pleno paganismo!

* * *

El Cristianismo es todo lo contrario. Dijo Jesús que las doctrinas se parecen a los árboles, porque se conocen por sus frutos. Ya saboreamos los frutos de la vieja máxima: "*Si vis pacem, para bellum*": si quieres paz, prepara la guerra. La máxima verdaderamente cristiana, es ésta: "Si quieres paz, prepara la paz." Es decir, educa las generaciones, no para la hostilidad, sino para la comprensión; no para el predominio, sino para la fraternidad; no para el odio, sino para el amor; no para la venganza, sino para el perdón; no para la muerte, sino para la vida.

¿Cuál será el desenlace del drama gigantesco, a que asistimos, por causa de la regresión del paganismo? ¿Quién lo puede prever? ¿Quién pudo prever los actos que se han venido sucediendo, todos ilógicos, todos sorprendivos? Al fin, ¿de quién será la victoria? ¿Será del paganismo, será del Cristianismo? El Cristianismo, lo sé, es eterno. Pero, en el decurso de los tiempos, puede pasar por eclipses, por culpa de los cristianos.

Pero si nadie puede aventurarse a predecir ni la forma ni el tiempo del desenlace; todos podemos observar, en el fondo de las civilizaciones en lucha, un profundo y poderoso movimiento, en dirección a la justicia. Aún cuando la victoria sea de la civilización cristiana; el problema que se mantiene latente, en el fondo de su entraña, saldrá a la superficie e impondrá su solución. Esa solución será la de una mayor nivelación, por medio de una mayor justicia.

* * *

Pero el imperio de la justicia, no será todavía el ideal de la humanidad. Las reacciones por las cuales pretenderá imponerse la justicia, llegarán a extremos. Los oprimidos intentarán convertirse en opresores. Las exigencias traspasarán los límites.

El Evangelio de hoy, nos habla del administrador injusto, que a su vez exige lo imposible, para la rehabilitación de la justicia. Y llega al extremo de negar, al que promete repararla, toda concesión de plazo y apela sin contemplación, a la justicia y lo inhibe y lo encarcela. "*Summum jus, summa injuria*", el summum de la justicia se halla confinado con el summum de la injusticia. Y he ahí el peligro, el gran peligro, el máximo peligro.

El tercer período de la humanidad, será el perfecto, será aquel en que reine no sólo la sabiduría, en que impere no sólo la justicia, sino en que triunfe sobre todo el amor, el amor a Dios, el amor al prójimo, el amor fraternal, la caridad de Cristo. Es la era a que alude la leyenda de mi escudo episcopal, expresando un augurio para mi Patria, augurio que hoy debe extenderse al mundo: "*in charitate et iustitia, Pax*": A la paz por la caridad y la justicia.

22/10/39.

* * *

Pero esta victoria no se conquista sin el concurso de una gran virtud. Virtud significa fuerza, fuerza moral, energía espiritual. Pero la virtud no es una emanación de la naturaleza, sino un producto de la gracia. La experiencia cotidiana comprueba esta verdad dogmática. El gran vacío del mundo de hoy es causado por la ausencia del perdón. La razón es obvia.

Y, sin embargo, el mandamiento del perdón, no ha sido

abolido: no ha sido ni siquiera mitigado. Jesucristo habla a los hombres de 1942 en los mismos términos en que habló a sus contemporáneos, de los últimos años de la era pagana: "Habéis oído que antes se decía: "ojo por ojo y diente por diente." Pero yo os digo: no toméis represalias contra el hermano. Déjese a Dios la venganza. Si alguien golpea una de vuestras mejillas, presentadle la otra." La vieja ley del Talión no pudo ser repudiada en términos más absolutos. La mayor parte, sin embargo, de los cristianos de hoy, no se distingue por la comprensión, y menos por la observancia de este mandamiento tan terminante.

La actitud del hombre ante la ofensa, como dice un eminente convertido, puede asumir tres formas: la venganza, la huída, la presentación de la otra mejilla. La venganza es el bárbaro principio repudiado por Cristo. La huída es el resultado de la pusilanimidad, no menos perjudicial que la venganza. La venganza puede detener la mano del violento. Pero la huída lo envalentona y lo incita a la repetición del agravio. La única actitud digna, no obstante su aparente oscuridad, es la ordenada por Cristo.

Presentar la otra mejilla no implica recibir una segunda ofensa. Muchas veces ocasiona todo lo contrario. El ofensor aguarda siempre o mi reacción inmediata o mi huída. Pero al enfrentarse con mi serenidad, queda desconcertado ante mí y ante sí mismo. Todo lo esperaba menos esa noble actitud que lo obliga a reflexionar. La impasibilidad, cuando no es provocación, y la mansedumbre, cuando no es cobardía, causan asombro, como todo lo que es maravilloso, aun a las almas vulgares y perversas. Presentar, pues, la otra mejilla, es contestar la ofensa con el perdón. El perdón es la virtud de los temples probados, de los corazones nobles, de las almas superiores, de los espíritus heroicos.

El actual confusionismo de las ideas, aun en el orden religioso, me obliga a una aplicación del precepto contenido en el Evangelio de hoy, cuyo cumplimiento bastaría para establecer entre nosotros el reinado de la conciliación fraterna.

Los acontecimientos tan desconcertados y tan desconcertantes que vienen a ser como la nota característica de la hora aciaga en que vivimos; las circunstancias cargadas de incertidumbres y zozobras, y las perspectivas tan inciertas y tan inquietantes, nos están gritando que debemos acortar distancias, desvanecer resentimientos y borrar agravios. Nos están gritando que debemos disimularnos, debemos perdonarnos, porque necesitamos unirnos. Cuando las ovejas, por una percepción misteriosa de su instinto, presienten la cercanía de una tempestad, se buscan, se reúnen, se agrupan; y de esa manera se amparan y se defienden. ¡Qué contrastel! Nosotros hacemos todo lo contrario. Es imposible dejar de presentir que de un momento a otro podemos hallarnos abocados a un desastre. Y, víctimas de un aturdimiento incomprensible, nos separamos, nos dividimos, nos agraviamos, nos hostilizamos. Y hacemos algo peor: creamos motivos de desinteligencia; exhumamos pretéritos agravios; inventamos problemas absolutamente artificiales; exageramos nuestras disidencias; no nos disimulamos nada, no nos perdonamos nada. Colocamos sobre el tapete problemas raciales que nunca nos habían interesado; ponemos en el orden del día polémicas acerca de regímenes políticos que jamás nos habían dividido; exacerbamos hasta la crisis las divergencias sobre qué nacionalidad es la más o menos culpable de los excesos del capitalismo, como si no supiéramos que el capitalismo carece de patria, por la sencilla razón de que no tiene entrañas, y polarizamos católicos en torno a los más opuestos ideales que dividen a los beligerantes.

Yo no discuto el derecho de cada uno a otorgar sus sim-

patías y distribuir sus preferencias entre las causas más contradictorias, si ante Dios las considera legítimas.

Pero de ninguna manera puedo autorizar la desunión de los católicos y el debilitamiento del catolicismo, cuya intervención es absolutamente necesaria para la salud del mundo.

¡Oh, hermanos! Estamos pasando por un período durante el cual, por más que nos demos la mano y arrimemos los hombros y juntemos los corazones, no sé si nos salvaremos. ¡Pensad en lo que nos espera si nos dividimos!

No malogremos la situación de privilegio en que nos hallamos. Somos de los pocos países del mundo que no tienen problemas fundamentales. No tenemos sino los que queremos tener, los que nos empeñamos en crear, es decir: problemas totalmente artificiales. Si éstos nos hicieran sucumbir, ¡qué responsabilidad ante Dios y ante la historia!

Vengo de estar en contacto con representantes eminentes de casi todos los países de civilización cristiana. Mantuve con ellos conferencias que no olvidaré en el resto de mis días. Hubo sesiones destinadas a escuchar a los europeos refugiados. Una de ellas, realizada en Nueva York, resultó extraordinariamente dramática. Hallábanse representadas Alemania, Austria, Bélgica, Checoeslovaquia, Francia, Holanda y Polonia. Todos los representantes eran hombres eminentes y venerables. Eran otros tantos oráculos. ¡Nunca había oído hablar así! ¡Las miserias que exhibieron, las tragedias que relataron! Pero, ¡cuán serena la majestad de su dolor! De sus ojos corrían lágrimas; ¡pero de sus labios no brotó un agravio! En su peroración pidieron auxilio: en el cielo a Dios. ¿Y en la tierra? En la tierra, ¡a nosotros! Habíamos allí católicos de toda América. Pero no pidieron el auxilio de la fuerza bélica de la América del Norte, pidieron el auxilio de la fuerza espiritual del catolicismo de la América del Sur y de la América del Norte. Nos dirigieron este apóstrofe vibrante: "Vos-

otros sois los depositarios del secreto de la salud de nuestra vieja y estrecha Europa. Vosotros podéis, vosotros debéis salvarnos. ¡El catolicismo internacional unido, es la única fuerza capaz de rehacer y de salvar el mundo! Él posee la virtud infinita, necesaria para hacerlo renacer de sus cenizas. Os habéis reunido aquí para preservaros vosotros mismos; pero podéis y debéis hacer mucho más: ¡debéis salvarnos también a nosotros!”

¿No es, pues, un crimen malograr, dividiéndola, esta fuerza espiritual, que es la única esperanza nuestra y la única esperanza del mundo?

¡Dios mío! ¡Cuántos y cuán poderosos son los motivos para perdonarnos, para unirnos, para amarnos como verdaderos hermanos, que es como quiere que nos amemos nuestro Padre Celestial que está en los ciclos! Así sea.

18/10/42.

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

RETIRARONSE los fariseos y trataron en concilio cómo podrían sorprender a Jesús en sus palabras. Envíanle, pues, algunos de sus discípulos, junto con varios herodianos, para decirle: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad, sin respeto a nadie, porque no miras la calidad de las personas. Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito pagar tributo al César, o no? —Conociendo Jesús, sin embargo, su perversidad, dijo: ¿A qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Ellos le mostraron un denario. —Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? —Respóndele: Del César. —Entonces les dice: Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

San Mateo, cap. XXII, v. 15-21.

La escena relatada en el Evangelio de hoy tuvo lugar a los dos días de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, mientras se hallaba exponiendo su doctrina bajo las amplias galerías de su Templo. Los fariseos sabían que el Sanhedrín tenía ya tomada su resolución respecto de Jesús. Había sido promulgada su excomuni6n y decretada su muerte. Pero, ¿cómo legitimar el proceso, por lo menos aparentemente? Había una manera: la de poder demostrar que Jesús estaba o contra el pueblo o contra el gobierno. Y si pudieran fundar esa demostraci6n en las propias palabras de Jesús, el éxito que-

daría asegurado. Es lo que habían acordado en el Consejo que acababan de celebrar.

Para ello los fariseos constituyen una delegación compuesta de discípulos suyos y de herodianos. No irían ellos como otras veces para no hacer entrar en sospechas a Jesús. Los jóvenes estudiantes que iban a proponerle un caso de conciencia y a pedirle sus luces, serían recibidos sin precauciones y sin reservas. Esta parte de la delegación, la de los discípulos de los fariseos, representaba al pueblo. La otra, la de los herodianos, formada por judíos partidarios de la dinastía de Herodes por conveniencias políticas, representaba al gobierno. Los fariseos y los herodianos no estaban en buenas relaciones a causa de que sus intereses eran contrarios. Pero aquí se trataba de ir contra Jesús, cuya justicia y cuya moral molestaban por igual a los unos y a los otros, y los rivales se unieron y se complotaron.

Se presentan a Jesús y le proponen un problema tan astutamente preparado que su solución según sus cálculos, cualquiera que ella sea, deberá comprometerlo necesariamente. Han hallado por fin la manera de obligarlo a dar una respuesta que fatalmente deberá contrariar a los intereses del pueblo o a los del gobierno. En uno y otro caso su perdición es segura. Todos sabemos la suerte que aguarda, sobre todo en épocas turbulentas, a los que incurren en la indignación de los pueblos o en la de los gobiernos.



Comienzan por la adulación. Es el medio generalmente empleado por los que se proponen seducir. —Maestro, le dicen, nosotros sabemos que sois siempre verídico. Que enseñáis el camino que conduce a Dios, con toda sinceridad y sin que ninguna preocupación os haga vacilar. Siempre ponéis la

verdad por encima de las personas. Sois extraño y superior a todas las seducciones y a todas las amenazas, porque carecéis de concupiscencia y de miedo.

* * *

Todo eso era verdad, respecto de Jesús; pero ellos no lo creían. Por eso, al decírselo, con la intención de adularlo, eran hipócritas y farsantes. Se lo decían con el propósito de halagar su independencia, de inducirlo a contestar sin ninguna reticencia y con toda valentía, sin reparar en los daños que de ello le pudieran resultar. Después de tan hábil preparación, concretan su pregunta capciosa en estos términos: —Decidnos, pues, libremente: ¿qué os parece? ¿Nos es lícito pagar tributo al César?

* * *

Recordemos que el pueblo judío se hallaba entonces bajo la dominación de Roma. Y no olvidemos que la soportaba sostenido por la convicción de que jamás debería ser ni considerarse sometido a los infieles.

En tales circunstancias el dilema parece sin salida. Si contesta que sí, atenta contra los intereses del pueblo, porque va contra su aspiración a la independencia nacional. Si contesta que no, va contra los intereses del gobierno, porque aconseja una resistencia y un levantamiento contra su autoridad. Contestar que debe pagarse el tributo, equivale a aceptar la esclavitud del pueblo; y contestar que no debe pagarse, es incitar a la rebelión contra el gobierno.

* * *

Pero Jesús los desconcierta con una respuesta inesperada. Ante todo, les demuestra que ve sus segundas intenciones. Por eso les dice: —¿Por qué me tentáis, hipócritas?— En efecto, procedían de mala fe. La conciencia de los herodianos no podía sentirse molestada por la obligatoriedad del tributo, desde que, siendo partidarios de la dinastía de Herodes, se hallaban siempre dispuestos a todas las complacencias con Roma. La de los fariseos, tampoco. Según los Rabinos judíos, aceptar la moneda de un soberano equivalía a reconocer su autoridad. Ahora bien, la moneda del César circulaba por toda la Judea, hasta en Jerusalén y hasta en el Templo mismo. Bajo sus galerías se hallaba Jesús enseñando, cuando le propusieron la cuestión. Por lo tanto los judíos la reconocían y la aceptaban. ¿Cómo, pues, podían tener escrúpulos de pagar el correspondiente tributo?

* * *

Díceles Jesús: —Mostradme una de vuestras monedas. — La toma entre las manos, la observa y les pregunta: —¿De quién es la imagen que lleva? —Del César, le contestaron. —¿Y la inscripción? —También del César. —Pues entonces, sed consecuentes: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.”

He ahí la fórmula clara y perfecta que regula la conducta del hombre en su doble vida de ciudadano y de creyente, y en el cumplimiento de sus deberes de hijo de la Patria y de hijo de la Iglesia.

He ahí la fórmula que lealmente aplicada previene y soluciona los posibles conflictos entre los poderes de aquellas dos entidades.

El hombre es un compuesto de cuerpo y de alma. Tiene una doble vida, la civil y la religiosa, la de la naturaleza y

la de la gracia. Actúa en el tiempo, pero con proyecciones a la eternidad. Viaja por la tierra, pero con destino al cielo. Por eso pertenece a dos sociedades y se debe a dos Patrias: a la del tiempo y a la de la eternidad. Para con ambas tiene deberes que lo obligan en conciencia. Dios nos manda cumplirlos. Nos dice desde luego: *Dad al César lo que es del César*. Entiéndase bien. Es necesario dar a la Patria... ¿qué?... todo cuanto se le debe dar. Es necesario pagarle todos los tributos legítimos: económicos, intelectuales y morales para contribuir a que sea grande y próspera, sana y culta, pacífica y fuerte. Es necesario pagarle también, cuando el caso lo reclama, el tributo de la propia sangre. Es necesario dar. Hay muchos, ¡ojalá no fueran tantos!, que piensan que sólo deben recibir. Las rivalidades, las funestas rivalidades no surgen del afán de dar a la Patria, sino de recibir de ella; no del interés de servirla, sino más bien de servirse de la Patria.

* * *

Es también la fórmula cuyo cumplimiento evita los conflictos de los dos poderes y las luchas religiosas. Si cada una de las sociedades se mantuviera en la órbita trazada por la naturaleza misma de las cosas, no se producirían ni rozamientos ni choques. Si los hay, es porque una de ellas invade el terreno de la otra. La historia enseña que no siempre el César ha querido conformarse con lo que era del César, y que muchas veces ha pretendido intervenir en lo que era de Dios.

* * *

El Evangelio es de una adaptación maravillosa. Jesús nos había dicho: "Los discípulos no serán más que su Maestro.

Me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros." Al Clero de nuestros días se le pretende encerrar dentro de los términos de un dilema análogo al de Jesús. Si los Sacerdotes no desarrollamos una actividad conforme al parecer de nuestros detractores, somos unos indolentes, cuando no unos parásitos. Y si la desarrollamos de acuerdo con los dictados de la propia conciencia y de las normas de Dios y de la Iglesia, comienza para nosotros nuestro peor Calvario.

La ideología ambiente está predicando a los hombres de hoy, la necesidad de que se polaricen en alguno de los dos extremos: el de la derecha o el de la izquierda, a fin de que cuando lleguen a ser bastante numerosos y suficientemente fuertes, constituyan los dos ejércitos que deberán lanzarse el uno contra el otro para destrozarse y para exterminarse. ¡Menguada ideología! ¡Como si en medio de los dos extremos no hubiese un campo suficientemente dilatado y como si tuviésemos que resignarnos a caminar hacia uno u otro lado y no hacia adelante! Pues bien: hoy, si los Sacerdotes reprochamos los excesos de la derecha, somos izquierdistas; si los de la izquierda, somos derechistas; si nos ponemos en contacto con los de arriba, aun cuando sea para tocar sus almas con la caridad y la justicia, somos aristócratas o somos patronales; si nos confundimos con los de abajo, aun cuando no sea sólo para defender sus derechos sino para predicarles sus deberes, somos socialistas, y si nos descuidamos, comunistas.

¡Pobres Sacerdotes! ¡Cuán pocas compensaciones nos reservaba la vida! ¡Y quién sabe todavía cuál será el fin que aguarda a tantos de nuestros renunciamientos! ¡No importa! Nada nos tomará de sorpresa, porque desde hace dos mil años el Maestro nos lo tiene todo profetizado. Y puesto que así debe ser, para que nuestro apostolado sea fecundo, bendícenos, Jesús, hoy más que nunca, para que continuemos siem-

pre, con la palabra y el ejemplo, dando al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

./11/36.

* * *

El Evangelio de hoy nos presenta la oportunidad de exponer la doctrina verdadera, acerca de la relación que debe existir entre los dos poderes que condividen el gobierno de la humanidad civilizada: el poder temporal y el poder espiritual.

La reciente Encíclica de Pío XII, la primera de Su Pontificado, acentúa la importancia de este asunto de tan evidente actualidad.

Antes del advenimiento de Jesucristo, el poder temporal y el poder espiritual hallábanse confundidos en un mismo cetro, empuñado por una sola mano. Esa conjunción resultó nefasta para los dos poderes, y, en particular, para el poder espiritual. Se lo hizo servir para todas las conveniencias e inconveniencias del poder temporal. Se lo utilizó para rendir culto a los ídolos y hasta para divinizar las pasiones, aun las más bajas y detestables. De esa manera, el poder espiritual, si aun existía, se hallaba envilecido.

Con la venida de Jesucristo al mundo, las cosas cambiaron. Los dos poderes, aun cuando siempre deben actuar combinados, fueron separados. Cuando la Iglesia Católica fué a establecerse en el Imperio Romano, los Césares desempeñaban las funciones de Sumos Sacerdotes y se apellidaban Pontífices.

Y la Iglesia, al comenzar a ejercer la misión que le confiara Jesucristo, fuese a Roma, la capital del Imperio, y frente al poderoso trono de los Emperadores, Pedro, inerme y

desvalido, asentó el solio de los Papas, para sede del poder espiritual.

* * *

¿Cuál es el objeto de este poder, desprovisto de medios humanos, sin recursos para poderse establecer, sin armas para hacerse respetar? Está expresado en este mandato de Jesucristo: "Id, enseñad a todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadlas a guardar mis mandamientos." Es decir: enseñad la *verdad*, distribuid la *gracia*, haced que se practique la *virtud*. La verdad, la gracia, la virtud, he ahí el triple objeto del poder invisible y espiritual de la Iglesia. ¿Qué necesita ella para el fiel desempeño de la función divina, que le ha sido encomendada? Una sola cosa: libertad. Pero esa libertad no debe esperarla de los Césares. Se la da Jesucristo al confiarle la misión.

La libertad de la Iglesia proviene de Dios. Es el medio indispensable y también el único necesario para enseñar la verdad, distribuir la gracia y propagar la virtud.

La libertad, además, surge de la entraña misma de cada uno de los que constituyen el triple objeto de su misión espiritual.

La *verdad* es libre. Es algo que no pertenece con exclusividad a nadie. Ningún soberano, ni de la espada, ni de la idea, la puede reclamar como propiedad privativa. La verdad no es, pues, un derecho exclusivo de nadie y lo es al mismo tiempo de todos. Nadie, por lo tanto, tiene derecho a impedir que sea enseñada y que sea conocida. La verdad no necesita pedir ni esperar la libertad, porque la lleva consigo donde quiera que se presente. "*Veritas liberabit vos.*" ¡La verdad es vuestra libertad!

La *gracia* es tan libre como la verdad. ¿Qué es la gracia? Es una efusión de Dios sobre el hombre. Y ¿qué poder humano podría interceptar las comunicaciones divinas entre Dios y el alma? ¿Quién podría obstaculizar la libertad del Espíritu de Dios, que da su gracia, y del espíritu del hombre, que la recibe? El reino del Espíritu es el de la libertad. “*Ubi Spiritus, ibi libertas.*”

Y la *virtud* es tan libre como la verdad y como la gracia. ¿Qué poder pretenderá oponerse a la práctica de la virtud? ¿Qué derechos pueden alegarse contra ella? El hombre ha nacido para el bien. El bien, es su deber. ¿Y hay algún derecho contra un deber? No hay en el mundo seducción, ni amenaza suficientemente poderosa, para vencer a la virtud, cuando ella quiere triunfar. *Virtus* quiere decir, fuerza. En este caso, fuerza moral. Ahora bien, la fuerza moral es infinitamente superior a la fuerza bruta, como lo es el espíritu con relación a la materia. La virtud es, por lo tanto, la fuerza soberana.

* * *

La primera consecuencia de lo que acabo de exponer, es ésta: Todos cuantos pretenden oponer obstáculos al apostolado genuino y necesario de la Iglesia, quiéranlo o no, resultan perjudiciales y hostiles a la verdad, a la gracia y a la virtud. En efecto, a todos los poderes que se yerguen, pretendiendo coartar la libertad de la Iglesia, se les puede aplicar lo que Tertuliano decía a los tiranos de su época: “Buscad en vuestros calabozos y ved si se encuentra en ellos un solo cristiano acusado de crímenes. Aquellos a quienes detenéis en su recinto, sólo están inculpados de una cosa: de llevar el nombre de cristianos. Y si no, ¿qué es lo que exigís para ponerlos en libertad? Que tomen con su mano un puñado de

incienso y lo quemem delante de los ídolos. De consiguiente, queda probado, que no los perseguís por causa de sus vicios, ¡sino de sus virtudes!”

Atentar, pues, contra el apostolado de la Iglesia, es atentar en nombre de algo que no es confesable, contra la libertad; contra la más sagrada libertad, porque no es contra la libertad política, que nos hace ciudadanos, sino contra la libertad moral que nos hace hombres.

Con el establecimiento de la Iglesia como depositaria del poder espiritual, nada ha perdido el poder temporal. Por el contrario, ha ganado, porque se le ha dejado todo cuanto a él le interesa, que es el manejo en el orden económico, social y político. Y debo agregar, porque además se lo ha aliviado de la tremenda responsabilidad de establecer el predominio del espíritu sobre la carne, de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal. Y si se deja al poder espiritual la suficiente libertad para llenar esta misión sublime, no será sino para afianzar, engrandecer y beneficiar al poder temporal, consolidando su firmeza, promoviendo su progreso y asegurando su paz.

Sin embargo, no se quiere entenderlo así. Se pretende con frecuencia, no sólo cercenar, sino también absorber al poder espiritual. Y ya se repiten los casos en que los poderes temporales inciden en la absorción totalitaria de todos los demás poderes. Son dos las ambiciones que suelen llevar hasta esos extremos a los poderes temporales: la del sensualismo y la de la dominación. Suele decirse que es más irresistible la del sensualismo. No es así, sin embargo, porque vemos con frecuencia, que se sacrifica el sensualismo en aras de la dominación.

Las perniciosas consecuencias que se siguen de las posibles intromisiones del poder espiritual en los dominios del poder temporal y de las más posibles y aún frecuentes del poder temporal en los del espiritual, quedan suprimidas, con la sentencia clara y terminante que nos da Jesús en el Evangelio de hoy. *Dad al César lo que es del César; y a Dios, lo que es de Dios.* Esta es la espada divina que separa los poderes y delimita sus dominios. Dije, “de las más posibles y aún frecuentes intromisiones de los poderes temporales”. Porque, después de todo, la Iglesia carece de fuerza para proteger los avances en que pudiera sentirse tentada de incurrir. No es el menor de los privilegios que Dios ha otorgado a su Iglesia, el haberla dejado desarmada y en la absoluta impotencia de imponer la justicia por la fuerza de las armas.

29/10/39.

VIGESIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

ESTANDO Jesús hablando a las turbas, llegó un hombre principal, y adorándole, le dijo: Señor, mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. —Levantándose Jesús, le siguió junto con sus discípulos. Mas he aquí que una mujer, que padecía flujo de sangre hacía ya doce años, se acercó por detrás y tocó el ruedo de su vestido. Porque decía ella para sí: Con que pueda tocar solamente su vestido, seré curada. Mas Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: Hija, ten confianza, tu fe te ha curado. —Y desde aquella hora quedó sana la mujer. Llegado Jesús a la casa de aquel hombre principal, y viendo a los flautistas y el alboroto de la gente, decía: Retiraos, pues no está muerta la niña, sino dormida. —Y hacían burla de Él. Mas echada fuera la gente, entró y la tomó de la mano. Y la niña se levantó. Y divulgóse el suceso por todo aquel país.

San Mateo, cap. IX, v. 18-26.

La página del Evangelio de este domingo contiene el relato de dos maravillas obradas por Jesucristo: la devolución instantánea de la salud a una mujer desahuciada, y de la vida a una niña muerta.

He meditado en estos dos hechos históricos y he advertido que para nuestro tiempo resultan singularmente simbólicos.

Refiere el Evangelio que mientras Jesús se hallaba pre-

dicando al pueblo, un jefe de Sinagoga se abrió paso, se echó a sus pies y le dijo entre sollozos: "Señor, se me acaba de morir mi hija. Ven conmigo a imponerle las manos para que reviva." Jesús, interrumpiendo su discurso, lo siguió, acompañado de sus discípulos. La muchedumbre se multiplicaba a medida que avanzaban. Una mujer enferma desde hacía doce años, trató de aproximarse. Se hallaba extremadamente debilitada. Venía padeciendo de frecuentes y copiosas hemorragias de sangre. Había hecho cuantas diligencias le fueron posibles para remediar su mal. Había apelado a todos los medios humanos. Había agotado todos sus recursos en médicos y en medicamentos. Y se hallaba definitivamente desahuciada y extremadamente empobrecida. Había perdido, en consecuencia, toda esperanza humana. Tal vez por eso y sin otro recurso que el poco de fuerza indispensable para anhelar la vida, su alma se cerró a toda esperanza de la tierra, se abrió hacia el cielo desde donde únicamente podía venirle la salud.

Decía para sí: Yo estoy segura de que si alcanzo aunque no sea más que a tocarle la túnica a Jesús, quedaré sana. Notemos aquí la maravillosa disposición de ánimo de esta pobre mujer, todavía inadvertida por la muchedumbre que pasaba. Había perdido totalmente la esperanza en lo terreno, en lo humano; pero lo esperaba todo de lo celestial, de lo divino. Y alargando penosamente el brazo descarnado, alcanzó apenas a tocar con su mano trémula la fimbria de la túnica arrastrada por el suelo. Jesús se detiene y pregunta "¿Quién me ha tocado?" ¡Demasiado lo sabía! "Señor, le dicen sus discípulos, si tantos os están tocando y oprimiendo y empujando, ¿cómo preguntáis quién os ha tocado?" No se refería Jesús a los apretujones corporales de la multitud que en torno suyo se agolpaba; sino al dardo espiritual que, salido desde el fondo de un alma apesadumbrada, lo había tocado en la mitad del corazón. Por eso dijo: "No, alguien me ha tocado, porque

he sentido que de mí salía virtud." Y luego miró a la mujer y le dijo con infinita dulzura: "Hija mía", primera vez que emplea Jesús un término semejante, "hija mía, ten confianza, tu fe te ha salvado." Y en el mismo instante quedó aquella mujer perfectamente sana.

Tal es la realidad conmovedora del hecho histórico.

Ahora quiero imaginármelo como un símbolo, y al hacerlo, advierto en él un anuncio profético.

Jesús, el Verbo de Dios encarnado, desde que vino a este mundo, continúa sin interrupción en su cuerpo místico su marcha a través de los siglos, hasta el fin de los tiempos. Al término de esa larga marcha se encontrará con la humanidad que, habiendo llegado al fin establecido por Dios, habrá terminado de morir al fin del mundo. Y Jesús se le presentará como Dios para resucitarla y como Juez para juzgarla y establecerla en la eternidad, porque el tiempo ya habrá desaparecido para siempre. Pero he aquí que mientras Jesucristo prosigue su marcha a través del tiempo y la muchedumbre se multiplica con los fieles que en cada siglo se han venido sumando a su Iglesia, la humanidad de mediados del siglo XX, es decir, la humanidad de hoy, le sale al encuentro como la mujer del Evangelio de este domingo. ¡Temible y completa semejanza la de la mujer del tiempo de Jesús, con la humanidad del nuestro!

En efecto. La humanidad de hoy está enferma. Desde 1914 viene perdiendo sangre, mucha sangre. En estos últimos años sus hemorragias son más abundantes y sin interrupción. Está perdiendo su mejor sangre, ¡la sangre de la juventud! Recientemente acaba de oírse en el mundo una voz autorizada que ha dicho: Norteamérica apenas ha comenzado a producir y a organizarse. Todavía el número de sus soldados bisoños no es mayor que el número de los soldados ya muertos en los campos de China y de Rusia. Quiere decir que el nú-

mero de los soldados muertos es ya superior a cuatro millones y medio. ¿Y si añadimos a este número el de las otras naciones? ¿Y si sumamos el número de los fusilados y el de los muertos en los campos de concentración y el de los niños y de los ancianos muertos de hambre, de peste y de frío? ¡Dios mío! ¡Qué inmensa, qué incesante hemorragia! Y esta pérdida de sangre que padece la humanidad, la está debilitando, la está consumiendo. Y he aquí una segunda semejanza: la humanidad se está empobreciendo. La producción, salvo contadas excepciones, está paralizada. La devastación de los monumentos, de las viviendas, de las ciudades y el hundimiento de barcos, la destrucción de tanques y aviones, implica la incineración definitiva de millones de millones. La humanidad, pues, que había puesto tanta confianza en la riqueza, está quedando como la mujer del Evangelio: extremadamente empobrecida.

Y tercera semejanza: se considera desahuciada. Había esperado tanto de sus propios recursos... Todo lo esperaba de su ciencia, de su riqueza, de su fuerza. Pero después de haberlos utilizado, cuando ya comienzan a agotarse, todo el mundo confiesa que ya no es posible cifrar esperanzas en los valores terrenos, en los recursos materiales, en los medios puramente humanos. La humanidad se siente desahuciada. En consecuencia, si se halla enferma, empobrecida y desahuciada, y quiere recuperar la salud y renovar la vida, debe decidirse de una vez a hacer como la mujer del Evangelio. Debe acercarse a Jesús, debe tocarle el corazón con un pedido de auxilio, pero un pedido tan salido del alma y tan confiado que le obligue a exclamar: Alguien me ha tocado porque he sentido salir virtud de mí. ¡Humanidad, hija mía, ten confianza, tu fe te ha salvado!

Pero he aquí el otro símbolo observado en el segundo hecho histórico.

Jesús continúa la marcha hacia la casa del jefe de Sinagoga, cuya encantadora hija de doce años acaba de morir. La cámara mortuoria está llena de los rumores funerarios, producidos por los instrumentos músicos y por los lloros de las plañideras, de acuerdo con los ritos judaicos. Entra Jesús y manda hacer silencio. Comprueba la muerte de la niña; pero dice: "No está muerta, está dormida." Los fariseos se burlan. Ignoraban el sentido de la frase de Jesús que comprenderán después. Al decir: está dormida, quiere significar que para Él es tan fácil hacer despertar de la muerte, como para nosotros hacer despertar del sueño. E imponiendo las manos sobre el cadáver, exclama: "Niña, yo te lo mando, levántate." Y resucitó la niña.

* * *

Cada uno de nosotros es una síntesis de la humanidad. Se dice del hombre que es un microcosmos: un mundo pequeño, un mundo microscópico. Lo que en pequeño sucede en nosotros, acontece en grande en la humanidad. Antes que la muerte nos ultime en el tiempo, hay algo que sucesivamente va muriendo en nosotros. Muere en nosotros la infancia, la niñez, la juventud: muere la ilusión, el placer, el bienestar. Lo propio acontece en la humanidad. Antes de su muerte universal, mueren o pueden morir en la humanidad la abundancia, la justicia, la fraternidad, la moral, la paz, la civilización. No faltan quienes piensan que el saldo de la presente tragedia será la muerte de la civilización llamada occidental. Yo creo que no. Yo creo que volteados del árbol de la humanidad todos sus frutos podridos y podadas sus ramas secas, una savia renovada subirá por su tronco y rever-

decerá en una primavera exuberante de virtudes. Pero si los pesimistas resultaran profetas, si llegara a morir, tampoco vacilaría mi fe. Esa muerte no sería definitiva. Nosotros, o los que nos sobrevivan, imitando al jefe de Sinagoga nos arrojaremos a los pies de Jesús y le diremos: Señor, tu hija se nos está muriendo. Tu hija, porque nuestra civilización es hija del cristianismo. Tu hija se nos está muriendo, o se nos ha muerto por nuestra culpa, porque nosotros los cristianos nos hemos debilitado, nos hemos dividido, no hemos sabido, no hemos querido salvarla. Por favor, apresúrate y resuélvete a imponerle las manos, para que no se muera; y si muere, para que renazca más vigorosa, para que reviva. Amén.

5/11/39.

* * *

La fe es la visión sobrenatural aplicada a las almas a fin de que perciban la existencia de los misterios. Uno de esos misterios es el de la intervención de la Providencia divina en el desenvolvimiento de la vida humana. Por eso la fe engendra la esperanza. Quien cree con firmeza, espera con seguridad. Y cuando la fe se extingue, la esperanza muere.

La humanidad no quiere, no puede vivir sin esperanza. Casi podría decirse que vivir, es esperar. El que nada tiene que esperar, ni de Dios ni de los hombres, el que cae en la desesperación, suele terminar en el suicidio. Es que la esperanza es una necesidad en la vida. En los últimos tiempos han sido incontables los que careciendo de fe, pusieron sus esperanzas en las cosas terrenas y en los valores humanos. Unos lo esperaron todo de la ciencia, de la libertad, de la política. Otros, de la riqueza, de la industria, de la fuerza. Pero todas esas esperanzas, se les han desvanecido. Todas esas luces se han apagado. Todo ello me hace pensar en el tenebrario de

los maitines de la liturgia de la Semana Santa. Al canto de cada versículo de los últimos salmos se apaga una vela, y al fin queda encendida en el candelabro triangular, sólo una, la de la cúspide.

Pidamos a Dios que nunca se nos extinga la luz de la fe, aun cuando se apaguen todas las otras, en el tenebrario de la vida. Gracias a ella, aun cuando a nuestro alrededor vacile todo aquello en que debiéramos podernos apoyar, veremos que siempre nos queda algo para sostenernos firmemente: la esperanza en Dios. Nunca más necesario y más oportuno el Evangelio de la esperanza.

* * *

Aprovechemos este Evangelio de la ilimitada confianza en Dios, para hacer que la nuestra se vuelva absoluta, ciega, infinita. ¡Tenemos tan pocos motivos de confiar en lo humano! Saquemos un provecho personal. Pasemos de lo abstracto a lo concreto, de lo genérico a lo singular. Cada uno de cuantos me lean, digan para sí, lo que yo digo para mí. Jesús está siempre cerca de mí, junto a mí y tiende su mano para imponérmela a mí. Al haberme creado, no he adquirido un derecho permanente a la existencia. Cada instante, mi conservación implica una nueva creación. Tal vez nunca he comprendido suficientemente, la repetición incesante de este gesto divino; y sin embargo, su conocimiento es el único que marca el principio de una vida cristiana, interior, consciente y firme. Es necesario que yo lo comprenda bien. Yo no soy un ser perdido entre millones de millones. Ante Dios no hay multitudes confusas. Jesús se detiene delante de cada uno, delante de mí. Se ocupa de mi miseria, impone sobre mi cabeza sus manos divinas.

Mientras el cristiano continúe como anónimo, perdido en-

tre las multitudes de los fieles, mientras siga pensando que las palabras de Cristo son expresiones lanzadas a auditorios de conjunto; mientras continúe creyendo que sus promesas son destinadas a todos en general y no a él en particular; mientras la religión siga siendo considerada por él como una obligación colectiva y vaga, es señal evidente que el alma cristiana anda descentrada.

Pero llega un día, y ojalá para muchos sea éste, en que se hace en el alma una luz subitánea, intensa y clara. Es el resplandor de Dios, que se acerca. Un estremecimiento absolutamente espiritual me advierte que se dirige directamente a mí. Siento su proximidad, veo que sus dos ojos se fijan en mis ojos, que su gesto me hace una señal y reclama mi atención. Se adelanta, viene, llega, me ha reconocido: Soy el fin de su venida, el término de su viaje. Se detiene: mi alma se estremece con júbilo y con miedo. Pero triunfa el júbilo sobre el miedo. El que se me ha acercado es la vida, la vida que sana, la vida que resucita: la que da la salud a la mujer enferma y la vida a la niña muerta.

¡Señor, que yo sienta el contacto divino de tu mano, cada vez que me la impones sobre la cabeza para conservar mi existencia y para alegrar mi vida! ¡Cúrame de mis debilidades y mis negligencias, de mis impulsos irreflexivos y mis cálculos egoístas! ¡Hazme justo, hazme bueno, hazme tuyo, en el tiempo y en la eternidad!

VIGESIMOCUARTO Y ULTIMO DOMINGO
DESPUES DE PENTECOSTES

3

DIJO Jesús a sus discípulos: Cuando viereis establecida en el lugar santo la abominación desoladora que predijo el profeta Daniel (quien lea esto, nótele bien), entonces los que moran en Judea, huyan a los montes; y el que esté en la terraza, no baje a sacar cosa alguna de su casa; y el que se halle en el campo, no vuelva por su túnica. Mas, ¡ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Rogad, pues, para que vuestra huída no sea en invierno o en sábado; porque será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Y si no hubiesen sido abreviados aquellos días, no se salvaría viviente alguno; mas serán abreviados por causa de los elegidos.

En tal tiempo, si alguno os dice: El Cristo está aquí o allí, no lo creáis; porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios; de manera que aun los elegidos (si fuera posible) caerían en error. Ya veis que yo os lo he predicho. Así, aunque os digan: He aquí que está en el desierto, no vayáis allá; o bien: Mirad que está en la parte más interior de la casa, no lo creáis. Porque como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Y dondequiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas.

Pero luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en lamentos; y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles que,

a voz de trompeta sonora, congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro.

Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, concéid que el verano está cerca. Pues así también, cuando vosotros viereis todas estas cosas, tened por cierto que ya está para llegar, que está ya a las puertas. En verdad os digo, que no se acabará esta generación, hasta que se cumplan todas estas cosas. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

San Mateo, c. XXIV, v. 15-35.

En la tarde del día del terrible anuncio, Jesús se hallaba con sus discípulos en las proximidades de la ciudad a la cual se dirigían. Todos ellos tenían ante la mirada las cúspides de los edificios y, dominándolas a todas, las cúpulas del Templo Salomónico, iluminadas por los postreros rayos del sol poniente. Cuando después, llegados al Templo, los discípulos impresionados por las predicciones de Jesús observaron mejor que nunca la solidez de la maravillosa construcción, causábaseles mayor asombro. Tal vez palparon con sus manos toscas las bases graníticas de las columnas marmóreas y las piedras sillares de los monumentales cimientos. Tal vez llamaron la atención del Maestro diciéndole: Pero, Señor, ¿este colosal edificio no os parece indestructible? Lo cierto es que Jesús les dijo: Yo os aseguro que, antes de muy poco tiempo, no habrá quedado de él piedra sobre piedra. Ante este reiterado y firme anuncio, aumentó nuevamente el asombro de los Apóstoles, tanto más cuanto creían ellos que la destrucción del Templo era la señal de la destrucción del mundo.

Desde hace cerca de dos mil años la Historia viene enseñando a los que investigan en sus páginas, que la ciudad

deicida se suicidó al matar a Jesucristo, y que con lujo de detalles se cumplió la terrible profecía de su inminente destrucción.

En el lugar santo penetró la abominación de la desolación, según el anuncio de los Profetas. Y sobre las ruinas del grandioso Templo, como sobre los despojos de un cadáver gigante, se posaron las águilas romanas. Éstas llegaron cuando Sextio Galo se presentó con su ejército a someter a Jerusalén por orden del emperador romano. El terrible sitio, anunciado por Jesús, duró cinco meses. ¡Dichosos los que pudieron escapar a sus rigores! Esta catástrofe de la ciudad deicida ha pasado a la historia como una de las más grandes tribulaciones del mundo. El hambre llegó a ser tan desesperante que hubo madres que se alimentaron con las carnes de sus hijos. Al ser tomada la ciudad y reducida a escombros, fueron sacrificados más de un millón de judíos. Y ha podido consignarse esta frase: "Ya no había más cruces para colgar a más condenados, ni más sitio para levantar más cruces."

Veamos en esto un ejemplo aleccionador de la suerte que ha de corresponder, que está correspondiendo ya, a las civilizaciones que eliminan de sí mismas a Jesucristo. ¿Cuál es el fin de toda civilización o, más bien, de toda sociedad? —Porque la civilización no es más que una forma de la sociedad.— ¿Cuál es el fin de toda sociedad humana? El de facilitar al hombre la conquista de su bienestar temporal, como medio de obtener su salvación eterna. La inmortalidad no es de la sociedad, es del individuo. La sociedad es, según los designios de Dios, el medio necesario de que el individuo debe valerse para obtenerla. No, no es el individuo para la sociedad; la sociedad es para el individuo. Pero el individuo no puede salvar su alma sino por Jesucristo. Ha dicho Él: "Nadie puede llegar al Padre, sino por Mí." La Divinidad se pone en contacto con la humanidad por medio del Verbo hecho car-

ne. El Verbo hecho carne es Jesucristo. Sólo por donde Dios bajó hasta el hombre, el hombre podrá subir a Dios.

En consecuencia, toda civilización que elimina a Jesucristo de sí misma dificulta extraordinariamente al individuo su salvación eterna, y por ello, dentro del plan divino, pierde su razón de ser y de existir. ¿No podemos afirmar que tal es el estado de la civilización contemporánea? En este momento de la historia las instituciones hállanse viciadas. Se ha eliminado de ellas a Jesucristo.

¿Qué se entiende por eliminar a Jesucristo? Prescindir de su espíritu, abolirlo. ¿Y qué significa abolir su espíritu? Hacer caso omiso de su ley, de su moral, de su doctrina. Obsérvese la prescindencia absoluta del espíritu de Jesucristo en la vida y el desarrollo de la economía, la enseñanza, la política. Obsérvesela en el desarrollo de las costumbres. Todas las instituciones se hallan prácticamente divorciadas de Jesucristo y, en consecuencia, han creado una civilización cuyo clima es hostil a la salvación eterna de las almas.

¿Cuál será su destino? ¿Cuál está siendo su destino? Dios no tendrá necesidad de imponerlo con un decreto de su voluntad positiva. Le bastará no impedir que los principios produzcan sus consecuencias. La tragedia de sangre y de fuego, dentro de la cual en algunos países se está transformando, nos lo advierte. Está desapareciendo o se está purificando, como el oro de la escoria, en el fuego del crisol. El dilema es terrible. O las sociedades se vuelven aptas para el cumplimiento de su fin, o pierden su razón de ser.

Pero corresponde preguntar. Este estado anticristiano de la civilización contemporánea ¿se ha producido por generación espontánea? ¿Se hallan libres de culpa los católicos? Hay muchos capitalistas, muchos industriales, muchos maestros, muchos políticos, muchos gobernantes que son católicos. Y, sin embargo, el capitalismo provoca reacciones proletarias y

no siempre injustificadas; la enseñanza forma generaciones sin Dios y, por lo tanto, sin remordimientos de conciencia; la política se convierte en el instrumento más apto para comprometer la democracia, y el gobierno no pesa sus consejos en la balanza de la justicia incorruptible, que es sólo la justicia eterna.

Tales católicos han servido de activos instrumentos para crear una civilización sin Jesucristo. No podía ser de otra manera, porque ellos mismos viven sin Jesucristo. Se conforman a lo sumo con ser católicos individuales, es decir, parciales; no son integrales, porque no son sociales. Reservan el catolicismo para la intimidad de la vida privada, pero se despojan de él al no hacerlo intervenir en las actividades de la vida económica, de la vida educacional, de la vida política, en una palabra, de la vida social.

Señor, todavía queda en nosotros algún resto del espíritu cristiano. Señor, que no se aleje, que se intensifique. Diremos como los discípulos de Emaús: Señor, no os vayáis, quedaos con nosotros, porque se está yendo el día y se está aproximando la noche.

21/11/37.

* * *

El Evangelio de hoy impresiona de una manera excepcional, porque es una parte del discurso pronunciado por Jesús en las vísperas de su muerte. Probablemente el Miércoles Santo. Se hallan contenidas en él dos profecías: la de la destrucción de Jerusalén y la del fin del mundo. Después de formularlas claramente, las confirma con esta ratificación solemne: "En verdad os digo que no pasará esta generación sin que haya presenciado el cumplimiento de estas cosas. Pa-

sarán el cielo y la tierra, pero la palabra de Dios no pasará.”

De la profecía en que predice el fin del mundo deberemos ocuparnos al comentar el Evangelio del domingo próximo. Hoy nos detendremos en la que anuncia la destrucción de Jerusalén.

Nada hacía temer el trágico destino de la capital de la Judea, y menos aún que fuese tan inminente. Por el contrario, el Sanhedrín había dado a entender que al eliminar a Jesucristo suprimía la causa de la discordia ciudadana, y conjuraba el peligro de rebelión contra las autoridades constituidas. En nuestros días ¿no hay acaso quienes pretenden continuar la política del Sanhedrín? ¿Acaso no afirman que, al eliminar a Dios de la enseñanza, lo hacen con el propósito de evitar las luchas religiosas y de vivir en paz? ¡Cuán equivocados suelen ser los juicios de los hombres! ¡Cuán opuestos a los de Dios!

Jesucristo, en cambio, al acercarse por última vez a la capital de su Patria, la había mirado con emoción y había dicho llorando: “¡Ah Jerusalén, si supieras que para ti, yo soy la paz! ¡Si te resolvieras, por fin, a aceptarme, ahora que vuelvo a visitarte en este día, que podría llegar a ser por antonomasia *tu día!*”

* * *

El problema, pues, el gran problema, y podría agregar, el único problema, queda planteado en estos términos: para el Sanhedrín, y para todos cuantos en el andar de los siglos piensen como él, el bienestar de los ciudadanos y la paz de la ciudad, sólo pueden fundarse sobre la base de la eliminación de Jesucristo; y para Jesucristo, y en consecuencia, para todos sus discípulos, ese bienestar y esa paz, sólo pueden es-

tablecerse sobre la base de la penetración de su espíritu, como principio vital de la civilización verdadera.

¿En cuál de estos términos se halla la verdad? Tanto el acertar, cuanto el equivocarse, son de una trascendencia más universal en nuestra época, que en la de Jesucristo. En la época de Jesucristo, se hallaba en juego el destino de la capital de un pueblo; y en la nuestra, el de muchas capitales y de muchos pueblos.

La experiencia ha comprobado, y la historia ha documentado, el acierto de Jesucristo y la equivocación del Sanhedrín. No hay para qué detenerse a ponderar los trágicos episodios de la destrucción total de Jerusalén, acontecida a los cuarenta años de la muerte de Jesucristo, cuando aún vivían muchos de los que, siendo jóvenes, oyeron, sin creerlo, el anuncio profético. Y los judíos de todos los tiempos, al congregarse a llorar junto al muro de las lamentaciones, se encargan de ir actualizando aquella enseñanza de la historia.

* * *

¡Ojalá captaran el sentido de estas cosas, todos cuantos se empeñan en eliminar de las instituciones el espíritu de Jesucristo! Yo tiemblo por el destino de las civilizaciones materialistas, por sólidas y deslumbrantes que parezcan. Hay en los Libros Santos un relato de un sueño, que nunca se evoca sin una fuerte impresión. Es el que se refiere a aquella estatua gigantesca, cuyo aspecto era imponente. Tenía la cabeza de oro y el pecho y los brazos de plata. La cintura era de acero y las piernas eran de hierro. Los pies estaban formados en parte de metal y en parte de arcilla. De pronto, y sin saberse cómo, de una colina próxima, se desprende una piedra que baja rodando y da contra la base de la gran estatua. Se le desarticulan los pies y se desploma la mole. Y

la arcilla y el hierro y el acero y la plata y el oro se quiebran, se pulverizan. El viento se lleva luego ese montón de polvo, y en su lugar sólo queda la piedra que derribó la estatua. Esta piedra comienza a agrandarse, y adquiere las proporciones de una montaña, cuya base se extiende sobre toda la superficie de la tierra.

Yo veo en aquella estatua, el símbolo de toda civilización sin espíritu, de toda civilización materialista. En el oro y la plata veo las riquezas, en el acero y el hierro, las armas. La riqueza y la fuerza: he ahí los dos elementos constitutivos de tal grandeza. Elementos emanados de la tierra y que sólo pueden apoyarse en la tierra. Inconsistentes en sí mismos e inconsistentes en su base. La estabilidad de esa grandeza es ficticia y a corto plazo. Durará muy poco tiempo: el tiempo durante el cual el oro pueda continuar sobornando las conciencias y la fuerza oprimiendo las libertades.

Cualquier contingencia puede ser la piedra que al chocar contra su base la desmorone y la destruya.

El bienestar de los ciudadanos y la paz de la ciudad, conquistas características de la civilización verdadera, no proceden de la materia. Dimanan del espíritu. Y el espíritu sólo vive en la humanidad por el Espíritu de Dios.



¡Oh, mis hermanos, cuando vosotros con la palabra y el ejemplo, hacéis en la medida de vuestras fuerzas, que gane terreno el reinado de Jesucristo, realizáis una tarea no menos importante, que la de aquellos que trabajan por el engrandecimiento material y cultural de la patria! Y cuando yo me desvelo por predicar a Jesucristo, por hacerlo conocer y amar, mediante la exposición de su Evangelio; cuando me

esfuerzo por infundir en las leyes su justicia, en las instituciones su espíritu, en la filosofía su verdad, en las costumbres su moral, y en la humanidad algo siquiera de su amor, no es ¡Dios lo sabe!, con un propósito equivocado de entablar polémicas, ni por una ambición menguada de obtener ventajas, sino por el anhelo de vigorizar en el organismo de la Patria, el espíritu que la preserve de la descomposición, que la vivifique y la salve y la engrandezca, ¡para que nunca tengamos, como Jesús, el dolor de llorar sobre su ruina!

26/11/39.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

PROPUSO Jesús a la muchedumbre esta parábola: Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero al tiempo de dormir los hombres, vino un enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, se mostró también la cizaña. Acudiendo entonces los criados del padre de familia, le dijeron: ¿no sembraste buena semilla en tu campo? Pues ¿de dónde proviene la cizaña? Respondióles: Cierta enemigo mío hizo esto. —Replicáronle los criados: ¿Quieres que vayamos a recogerla? —Díceles: No, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, y entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y haced gavillas de ella para el fuego; mas el trigo amontonadlo en mi granero.

San Mateo, c. XIII, v. 24-30.

El Evangelio de hoy contiene el relato de una parábola. La parábola es una composición imaginaria ideada para expresar y grabar una realidad.

La parábola difiere de la fábula. En ésta los personajes que actúan son animales o plantas; en aquélla, son hombres.

El reino de los cielos es semejante a un hombre que siembra buena semilla en su campo. Y mientras todos dormían, el enemigo sembró cizaña en medio del trigo. Cuando

el trigo creció y produjo espigas, apareció también la cizaña. Los servidores dijeron entonces al padre de familia: Señor, ¿no habíais sembrado buena semilla en vuestro campo? ¿Cómo es que ha cundido también la cizaña? ¿De dónde procede? — El enemigo la ha sembrado.

El Sembrador es Dios. Su campo es la humanidad. Dios siembra en la humanidad la buena semilla. Siembra la bondad, siembra la verdad, siembra la virtud. Deposita en el alma los gérmenes de la fe, de la esperanza, de la caridad. Siembra buenos pensamientos, buenos deseos, buenos ejemplos. Esas semillas divinas si se las cultiva, germinan y producen el bien. En la humanidad hay mucho bueno: hay caridad, hay abnegación, hay virtud, hay heroísmo. Todo eso es el fruto de la buena siembra de Dios.

Pero también hay mucho mal, hay egoísmo, hay injusticia, hay depravación. ¿De dónde procede? ¿Acaso de Dios? ¡No! ¡Dios es la Bondad esencial! Procede del enemigo de la humanidad y de Dios. Procede del espíritu del mal, de Satanás y de los espíritus malignos que, como dice la oración que León XIII nos hace rezar a la terminación de la Misa, discurren por el mundo, empeñados en la perdición de las almas. Y esos espíritus malignos, desgraciadamente, encuentran entre los hombres sus agentes.

Nótense estas palabras de Jesucristo: “Mientras todos dormían.” El enemigo hace sus incursiones y realiza la siembra mientras duermen los que debían impedirselo, es decir, mientras se hallan despreocupados, distraídos, entregados a otros asuntos: a la realización de sus negocios, al usufructo de sus bienes, a la satisfacción de sus placeres.

Debieron velar desde el principio, no debieron descuidarse, no debieron despreocuparse. Sin embargo, no sólo durmieron, sino que impidieron que otros velaran. ¡Cuánta verdad hay en esta frase de la parábola! ¡Cuántas veces una buena

parte de la humanidad despreocupada, descreída, sensualizada, obstaculiza la acción de los que procuran impedir que se siembre la mala semilla en el campo de la vida económica, de la vida intelectual, de la vida social! Cuando ciertas actividades se consagran a cultivar el campo del pueblo entregado al trabajo, para mejorar su condición e impedir que germine la semilla de la revolución que otros esparcen, abundan los que pretenden paralizarlas con el pretexto de que trabajan contra sus conveniencias.

Cuando se dedican a mejorar el campo de la enseñanza, para lograr que se permita sembrar en las almas juveniles la buena semilla de la moral cristiana, no faltan quienes se opongan diciendo que no conviene suscitar inquietudes o luchas religiosas, como si fuese lícito evitar la lucha contra el mal.

Cuando se entregan a la siembra de la honestidad en el terreno de las costumbres, surgen para oponérseles los mercaderes que prosperan con la inmoralidad y los pedagogos escépticos que enseñan la conveniencia de dejar vivir en plena licencia para que la vida viva su vida.

Pero luego, la cizaña crece. La cizaña produce un grano muy semejante al trigo. Pero ese grano es maléfico y aun venenoso. Confundido con el trigo puede causar la muerte. Al ver su abundancia y su pujanza, se produce la alarma.

Y entonces se proponen procedimientos radicales y se pretende que se tomen medidas de violencia. "Es necesario concluir con los que atentan contra la paz de la República; es necesario eliminar a cuantos pretendan suplantar las instituciones y conmover la estabilidad social. Es necesario apelar a la fuerza..."

Tal es la propuesta que Jesucristo pone en labios de los servidores del dueño del campo. Entre los que se despiertan al percibir el peligro, entre los que tan tarde se acuerdan

de que son cristianos, se oyen exclamaciones de diversa vehemencia.

Unos, pretendiendo estar animados del amor de Dios, dicen: Señor, después de todo cuanto habéis hecho por nosotros, ¿es posible que haya hombres que no os amen?

Otros, con mayor acrimonia: Señor, ¿cómo podéis permitir que los malos vivan y prosperen y triunfen?

Y otros, con mayor exaltación: Señor, ¿qué hacéis, qué aguardáis? Levantaos de una vez, armad vuestro brazo y vengaos contra ellos.

Es, en este momento de la historia, la reproducción del celo imprudente de los servidores que, según la parábola de Jesucristo, se dirigen al dueño del campo diciéndole: "Señor, ¿queréis que vayamos a arrasar la cizaña?"

He ahí el recurso a la violencia, a los medios que se dicen decisivos, es decir: a la acción directa por parte de los mismos que condenan cuanto proviene de los que se hallan en el otro extremo.

Todos éstos demuestran un celo tan impulsivo como tardío. Por regla general, los que así proceden son los que ni hicieron nada ni dejaron hacer para que no se sembrara la cizaña cuya abundancia ahora los ahoga y los desespera.

Yo no digo que cuando las circunstancias urgen y el peligro arrecia no se deba apelar sin vacilación a los medios de salvación. Pero es necesario hacer notar la falta de lógica y la inconsecuencia de la conducta de los eternos retardatarios, que obstaculizan siempre con mil pretextos las actividades que deben ejercitarse para prevenir el mal que, cuando crece, a veces no se puede remediar.

* * *

La respuesta del Señor: Con gran sorpresa de los servi-

dores, la respuesta del Señor fué una desautorización de su propuesta tan impulsiva como violenta: "No, no, les dijo el Señor: no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo."

En efecto: es más fácil distinguir las buenas espigas de las malas, que separarlas; sus raíces se entrelazan, no se puede exterminar las unas sin perjudicar a las otras. Es lo que acontece con el bien y con el mal en este mundo. Los buenos y los malos viven juntos, en la misma sociedad, en la misma profesión, en el mismo partido, en la misma familia, en la misma casa. ¿Cómo separarlos? ¿Cómo darles la sanción que a cada uno corresponde? ¿Cómo hacerles justicia? Castigar a los malos ¿no implicaría hacer sufrir a los buenos que con ellos comparten la vida? Premiar a los buenos, ¿no implicaría que esa recompensa fuese aprovechada por los malos?

La solución no está en eso. La solución está en tratar de que los malos se hagan buenos; y si de ninguna manera se logra, aguardar a la época de la cosecha, es decir: al día del juicio. Entonces la separación completa será hecha por los ángeles y la justicia será cumplida por Dios. La yerba mala será arrojada al fuego y la buena irá a enriquecer las reservas del Padre de familia. Esto quiere decir: habrá para los buenos una eternidad de dicha, y para los malos una eternidad de tormentos. Para eso están el cielo y el infierno.

¡Ah, los impacientes que reclaman el castigo de Dios para los malos! Más bien que pedir para ellos la ira de Dios, pedid su misericordia; porque ¿quién podrá mitigarlos o abreviarlos?

10/11/40.

* * *

En el campo de que nos habla la parábola del Evangelio de hoy podemos ver, en primer término, al mundo. El

único propietario absoluto del universo es Dios. La humanidad, creada por Él para poblar el mundo, le pertenece de hecho y de derecho. El Hombre Dios ha bajado del cielo para sembrar en el campo de la humanidad. Ha arrojado con mano pródiga su simiente: la simiente de su doctrina, de su moral y de su amor.

La simiente germina y el trigo de bendición crece en abundancia en todas las latitudes de la tierra y bajo todos los climas del cielo.

El Evangelio es predicado en todo el mundo a todas las gentes; y entre ellas, sin diferencia de raza, de color, de clase ni de idioma, germina en cristianos que dignifican la humanidad y en santos que glorifican al Cristianismo.

Pero en medio de los trigales dorados de bendición, crece también la cizaña. Junto al bien, crece y se desarrolla el mal. Y la cizaña se multiplica tan abundantemente que amenaza con sofocar el trigo.

* * *

¿De dónde brota el mal? Si la simiente arrojada por el Sembrador divino es toda buena: doctrina orientadora, moral santificante y amor fraternizante, ¿cómo es que junto a ella y en medio de ella brotan también el error que desvía las inteligencias, la inmoralidad que corrompe las costumbres y el odio que envenena y divide los corazones?

Es la pregunta que Jesucristo pone en labios de los servidores del Sembrador. El Sembrador divino contesta: El enemigo es quien hace esto. Mientras los encargados de cuidar la sementera duermen durante la noche, él esparce la semilla del mal.

* * *

La siembra continúa indefinidamente, porque el campo de la humanidad deberá ser cultivado hasta el fin. Y si en ella el mal abunda más que el bien, si el error se difunde más que la verdad y el vicio se generaliza más que la virtud, y la corrupción se propaga más que la honradez, ¿no será porque los encargados de vigilar el campo que les ha sido confiado, duermen, es decir, se descuidan y despreocupan?

* * *

Hoy, que la humanidad partida en dos juega su destino, los de un bando quisieran que Dios se pusiese de su parte para que con su omnipotencia suprimiese al otro. ¿Por qué, ya que no abre las cataratas del cielo para anegar a tal conjunto de naciones en un nuevo diluvio, no hace que al menos queden anegadas en ese otro diluvio de fango o de sangre que ellas hacen emanar de la tierra? Esto suelen decir los unos refiriéndose a los otros, de acuerdo con sus preferencias. Otros, los que ingenuamente pretenden reanudar su situación de privilegio, una vez pasado el desastre, en el mundo de la postguerra, y los que pretenden sin inquietarse alejar el doble peligro que amenaza al mundo: el del comunismo y del totalitarismo, exclaman: déjese que se desangren, que se destruyan, que se deshagan Rusia y Alemania; suprimidas ellas, morirán los extremismos. Esto no es un pensamiento cristiano, esto es la expresión de un crudo egoísmo pagano.

Por lo demás, aun cuando fueran arrasadas las poblaciones de aquellas comarcas y abolidos todos sus pobladores, las ideologías con que se las pretende asimilar, se hallan diseminadas en todo el mundo, y en el seno de cada pueblo, como en el del nuestro, germinan con vigor, porque brotan de las entrañas del pecado original.



El campo en que el Señor siembra su semilla tiene además una segunda acepción. En ese campo, podemos ver representada la Iglesia. La Iglesia es la sementera de Jesucristo. Y en ella, junto a la buena yerba, crece también la mala. Junto al trigo se desarrolla la cizaña. Y la cizaña en todo el primer período de su desarrollo es muy semejante al trigo. Y a los poco expertos resulta difícil discernir cuál es la cizaña y cuál es el trigo.

Entre los hijos de la Iglesia suelen aparecer con frecuencia partidarios de doctrinas opuestas que los separan y los dividen. ¿Cuál es la verdad y cuál el error? La confusión suele ser desconcertante. Los unos y los otros se polarizan en extremos a los cuales son llevados por tendencias opuestas. Pero tanto los unos como los otros las siguen de buena fe. Así al menos debemos suponerlo: porque los unos y los otros se manifiestan igualmente creyentes y observantes. ¿Qué hacer en esta incertidumbre? ¿Hay alguien dotado de la cualidad de discernimiento auténtico? ¿Hay alguien con autoridad suficiente como para actuar de juez? ¿Hay alguien con la sabiduría necesaria para enseñar como maestro? ¡Sí, por fortuna! Y ese alguien es el indicado por el Señor del campo y por el Dueño de la buena semilla. Ese alguien es el Papa que nos ha sido dado por Jesucristo para discernir entre la verdad y el error.

En estos tiempos es necesario avivar esta fe. Lo único que nos puede orientar en esta universal confusión es la palabra del Papa.

Un hombre de gran figuración política, de religión protestante, que colabora en el gobierno de los Estados Unidos, donde tuvo oportunidad de tratarlo, me dijo: "No le extraña la coincidencia doctrinaria de sus afirmaciones con las mías.

Soy un estudioso asiduo de las Encíclicas Pontificias, cuya sabiduría no hay nada que supere ni iguale en el mundo. ¡Lástima que ustedes no las estudien tanto como deberían, o si las estudian, que no las apliquen!" ¿Qué diría ese protestante si supiera que hay católicos que, al no coincidir con sus prejuicios, se aventuran a decir que el Papa se equivoca? He aquí una afirmación que suele oírse. ¿De dónde procede? ¿De la ignorancia o de la soberbia? ¿Hay en el mundo observatorio moral más alto que el del Papa para establecer la situación mundial y para señalar orientaciones? ¿Hay en el mundo alguien más asistido que él por eso que teológicamente llamamos gracia de estado?

No se regatea al Papa ni la adhesión de la inteligencia, ni la del corazón. Prestarle adhesión cuando sus directivas favorecen nuestras conveniencias y negársela cuando las contrarían, es deslealtad.

Yo tengo el derecho de expresarme así, no sólo por el dogma que profeso y por el carácter que invisto, sino también porque Dios me ha proporcionado la oportunidad y la gracia de prestar acatamiento al Papa cuando el hacerlo implicaba apretarse el corazón, inclinar la cabeza y cerrar los ojos para no ver las sombras que se acumulaban sobre la persona, pretendiendo eclipsar el decoro del propio nombre.

No, hermanos, no propinemos esa nueva amargura al Papa. ¿No nos parece que son ya excesivas las angustias que le torturan el corazón, al comprobar la impotencia para mitigar los odios que dividen a las razas y las naciones y para hacer cesar la lucha cruenta en que se desgarran la humanidad? ¿Nos parece propio de hijos, acibarar más su cáliz?

¡Ea! Por amor a la Patria, por amor a la Iglesia, por amor a la humanidad, obedezcamos al Papa, sigamos sus orientaciones, unámonos a él, porque de esa manera nos uniremos entre nosotros, satisfaciendo así la suprema aspiración de Je-

sucristo, cuando se dirigió al Padre celestial para pedirle la unión fraternal de todos nosotros. *¡Ut sint unum!*

8/11/42.

* * *

El campo a que alude la parábola, es la naturaleza humana. La naturaleza humana es un terreno de una feracidad prodigiosa. Si se la deja inculta, la feracidad de que se halla dotada, es maligna. Desde luego porque a causa de su perversión original, es propensa al mal. Y después, porque mientras todos duermen, según la frase del Evangelio, mientras es de noche, es decir, mientras reina la oscuridad de la ignorancia y mientras descansan y se desprecupan los que deberían vigilar, el enemigo siembra a manos llenas el mal. El mal del error, el mal del vicio. El error es el mal de la inteligencia, el vicio el mal de la voluntad.

El error es el mal de la inteligencia. La cabeza es la parte superior del hombre, tiene ojos y oídos: ávidos y misteriosos agujeros por donde se pone en comunicación con el universo y por donde se le entra el mundo. Por los ojos le entra lo que ve, y casi todo lo que percibe y lee lo inicia en el error. Por los oídos le entra lo que escucha, y casi todo lo que oye lo induce al vicio. Y todo lo que entra en el hombre, cae en su interior, que es un abismo inmenso, constantemente abierto y que no se colma nunca. Las emanaciones ingénitas del bajo fondo de ese abismo, son tenebrosas. Sin embargo, ese abismo que es la esencia del hombre, no ha sido cavado por Dios para que se llene de oscuridad, sino para que se inunde de luz. Por eso el hombre pide luz, porque necesita luz. Pero los destellos que le llegan de su propia razón, son muy tenues. No bastan a disipar la oscuridad. Por eso

los hombres, abandonados a sí mismos, andan a tientas y marchan entre tinieblas.

El vicio es el mal de la voluntad. La voluntad busca el bien, es cierto. El objeto de la inteligencia es la verdad y el de la voluntad el bien. Nadie quiere para sí el mal. Pero la voluntad es instintiva, y por falta de luz, se equivoca con harta frecuencia en la elección del verdadero bien. Toma por bien lo que halaga a la concupiscencia, y por mal, lo que la mortifica. Prefiere lo útil a lo justo, lo fácil a lo dificultoso, lo presente a lo futuro, lo visible a lo invisible, lo temporal a lo eterno. Tal es la causa del vicio. A veces reflexiona, y ciertas conveniencias humanas le advierten la necesidad de hacerse violencia. Pero los actos esporádicos, inspirados por esa conveniencia humana, no reforman la naturaleza. No la inmunizan contra su propensión al mal, que queda siempre latente y dominante. De tal manera es esto así, que hasta los que por motivos sobrenaturales luchan por ser virtuosos y por hacerse santos, continúan sintiendo dentro de sí mismos, las rebeldías de la naturaleza humana y su instintiva propensión al mal. ¿Habéis reflexionado alguna vez sobre el secreto de sus mortificaciones cruentas e incruentas? Helo ahí: con ellas se proponen crucificar su propia concupiscencia, para que muera el vicio y de su muerte nazca la virtud. Pero esto es producto sólo de una inspiración superior. Y estamos todavía considerando cómo se desarrollan las cosas en el plano puramente humano. Y en este plano, todo el progreso tiende a enseñar y a capacitar al hombre para vencer y dominar a los demás, pero no para vencerse y dominarse a sí mismo.

* * *

Véase por qué el campo de la naturaleza humana se ha-

lla, en casi toda su extensión, tan cubierto de cizaña. ¿Y en nuestros días, no abunda más que el trigo, la cizaña? En el orden de la inteligencia no ha habido una época de mayor confusión de ideas, ni en el orden de la voluntad, de mayor procacidad privada y pública, en la despreocupación por la moral y en la conculcación de la justicia.

¡Tal es el presente! Y es el caso de preguntar, si así continúan las cosas, ¿cuál será el futuro? No quiero ponerme en el caso de que llegue a triunfar en el mundo el comunismo o el paganismo tan ateo y tan materialista el uno como el otro. Pero aun en el caso de que la victoria se ponga del lado de la civilización cristiana, tal cual ha sido entendida y practicada en los últimos tiempos, vuelvo a preguntar, ¿cuál será el futuro? Me han causado una gran impresión las palabras pronunciadas hace cuatro días por uno de sus representantes, hablando en nombre de su nación poderosa: “¿Podemos estar seguros de que, al conquistar la victoria, en este conflicto de fuerzas físicas, podremos realizar nuestros propósitos? En otras palabras, ¿qué haremos después de la victoria? ¿Cuál es la naturaleza del mejor porvenir, por el que estamos dispuestos a aceptar todos los sacrificios? ...No tenemos la menor idea de lo que serán las condiciones del mundo futuro: no sabemos con qué materiales construiremos el edificio de la paz.” Esta afirmación es muy grave y muy decepcionante. Por fortuna queda un tanto mitigada, por estas otras palabras, que el mismo agregó: “En esto, como en todas las cosas de la vida, únicamente tiene valor el lado espiritual.” (Lord Halifax, el 7 de noviembre de 1939, en Londres.)

• ¡El lado espiritual! ¡Ah!, ¡sí! Porque el lado material, el lado pagano, el lado puramente humano, el lado laico, ya vemos lo que nos produce. La naturaleza humana, a causa de su condición, agravada por la siembra del mal, ha sido, como vemos, de una feracidad maligna.

* * *

¿De dónde nos vendrá el bien? ¿De dónde bajará la verdad? ¿Quién la sembrará en la naturaleza humana? ¿De dónde caerá? ¡Del lado espiritual!, de donde desciende todo lo bueno, de donde baja la luz, de donde bajan los ángeles, es decir: del cielo. ¡El hombre que siembra la buena semilla, es Dios!

Pero ¿por qué digo: de dónde bajará? Cuando San Juan Evangelista, desde la soledad de su destierro de Patmos, descubría los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos y oyó a un ángel que decía: “¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos?” Y como nadie podía hacerlo, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, el Evangelista se puso a llorar, porque nadie podía abrir el libro para leerlo, y se le dijo: “No llores, he aquí el León de la Tribu de Judá, que ha vencido, el vástago de David, que abrirá el libro y romperá los siete sellos.”

El libro está abierto ya: es el Evangelio. En él se halla la revelación de la verdad y de la virtud, que desde el lado espiritual ha de iluminar la inteligencia y ha de robustecer la voluntad de los hombres que quieran sinceramente salvarse a sí mismos y contribuir a la salvación del mundo.

Cuando el León de la Tribu de Judá, el vástago de David se dejó martirizar por la verdad y la virtud, cuando el Hombre Dios se dejó matar en la Cruz, el velo del templo se rasgó de arriba abajo y dejó ver el *Sancta Sanctorum*. Esto era un símbolo. El velo del cielo se había rasgado ya con anterioridad y no para dejar simplemente ver, sino para dejar bajar la verdad, la virtud del Altísimo, la palabra, el Verbo, es decir, el Hijo del Padre, la divina Simiente, que Dios dejó caer para encerrarla en la carne de nuestra humanidad. Recibámosla en

nuestra carne, en su verdad, en su virtud, en su moral, en su justicia. Cuando la Iglesia, conmemorando el misterio, dice en el Altar: "*Et Verbum caro factum est*", nosotros doblamos la rodilla y adoramos. Haremos mejor si además inclinamos nuestra inteligencia y sometemos nuestra voluntad, para que se encarnen en ellas su Verdad y su Virtud. ¡Así sea!

12/11/39.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

EXPUSO Jesús a las turbas esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que tomándolo un hombre, lo sembró en su campo. Es ésta la menor de todas las semillas; mas en creciendo, viene a ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol, de suerte que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas.

Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura, que una mujer, habiéndola tomado, la mezcló en tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada.

Todas estas cosas las dijo Jesús en parábolas al pueblo; y sin parábolas no les predicaba, para que se cumpliera lo que había dicho el profeta: "Abriré mi boca para hablar en parábolas; publicaré cosas ocultas desde la creación del mundo".

San Mateo, c. XIII, v. 31-35.

El grano de mostaza a que se refiere Jesucristo es una semilla diminuta. Los judíos acostumbraban a comparar con ella las cosas insignificantes. Probablemente habría otras más pequeñas, pero la costumbre la había tomado como punto de referencia.

Y lo que más hacía resaltar la pequeñez de esta semilla a los ojos de los judíos, era el tamaño del arbusto que ella producía y que, por lo tanto, llevaba virtualmente en sí. En Oriente suele crecer hasta tres metros, de tal manera que cuan-

do se recorre a caballo las plantaciones, éstas alcanzan la altura de los jinetes. Y cuando se hallan en pleno desarrollo los pájaros acuden a posarse entre sus ramas.

No podía ser más perfecta la imagen empleada por Jesús, al referirse a la Iglesia que acababa de fundar. ¡Era entonces tan pequeña! Con toda exactitud podía compararse con una semilla de mostaza, sobre todo si se la relacionaba con los indiferentes, los incrédulos y los adversarios, que formaban legión. Sus mismos discípulos, que casi se contaban con los dedos de la mano, se sentían asaltados por una gran inquietud acerca del porvenir de la obra a cuya realización habían sido invitados. Y Jesús, con el propósito de infundirles confianza, se sirvió de esta comparación para dejarles entrever el destino futuro de la Iglesia.

Al decir Jesús: "El reino de los cielos", es evidente que se refiere a la Iglesia, porque a la Iglesia corresponde iniciar sobre la tierra ese reino cuyo coronamiento tendrá lugar en el cielo. Ese reino de los cielos era todavía muy pequeño. Estaba en sus comienzos. Era como la semilla de mostaza. Pero esa semilla confiada a la tierra, arraigaría muy luego en las profundidades más hondas de la naturaleza humana, y poco a poco iría creciendo hasta convertirse en un árbol gigantesco cuyas ramas se extenderían por todo el mundo.

Y así aconteció. Unos en pos de otros fueron luego a posarse y a buscar abrigo entre sus ramas los pueblos de la tierra. Fueron sucesivamente convirtiéndose a la religión de Jesucristo, primero, el de los romanos con Constantino; después, el de los francos y de los galos con Clodoveo; y luego continuaron los otros. Todos reconocieron en la Iglesia a su insigne bienhechora. Bajo sus auspicios los necesitados fueron socorridos y los débiles amparados y los pobres evangelizados. Mejoraron las costumbres, se impuso la justicia y reinó la caridad.

* * *

Más tarde, sin embargo, comenzaron a cambiar las cosas. Pero téngase presente que los que sólo las juzgan por las condiciones del momento en que viven, padecen error. Ignoran el pasado y no penetran el porvenir.

* * *

Por eso no es difícil que entre cuantos me escuchan haya algunos que tal vez se sientan tentados a dudar del cumplimiento de la profecía de Cristo. En efecto: si en la actualidad se hace un balance, tal vez resulte desfavorable a la profetizada pujanza de la Iglesia. Hay algunos pueblos que, como ningunos otros de la Historia, han desatado contra ella una guerra de exterminio. Y dentro de otros que se habían guarecido a la sombra de sus ramas protectoras, bullen multitudes resueltas a promoverla. Los tiempos son tan adversos que no faltan quienes observan los acontecimientos con estupor y hasta quienes temen la proximidad del fin del mundo antes de haberse establecido el reinado de Dios en todo el universo. A todos ellos les digo: Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? Os equivocáis al dudar de la humanidad, y mucho más al dudar de Dios. La humanidad es capaz de sufrir muchos más dolores de los que hasta aquí lleva soportados. Es capaz de ennoblecerse con muchas otras virtudes hasta ahora ignoradas, y de vestirse con nuevos esplendores hasta hoy desconocidos. La sangre de Cristo todavía está lejos de haber dado todo el rendimiento que de ella hay derecho a esperar, y que Dios, sin duda alguna, tiene en vista en su misericordia infinitamente fecunda.

La duración de la era de la Redención, que aún no cuenta dos mil años, todavía no guarda proporción con la de las

inmensas edades históricas y prehistóricas que la han precedido. El libro tiene que ser más largo que la introducción, y la generación destinada a escribir su última página está seguramente muy distante de la nuestra. Es más atinado pensar que el fin del mundo está todavía muy lejano y que la humanidad deberá todavía verter muchas lágrimas y derramar mucha sangre, y conquistar muchos triunfos, y superar muchas crisis antes de entrar en la última que la voltee definitivamente y la acueste en la tumba.

No hay por lo tanto que pensar en el fin del mundo, sino en esta hora del mundo, mirar de frente los problemas que contiene y hacerse digno de contribuir a solucionarlos por medio de la infinita virtud del Evangelio.

* * *

Hay junto a nosotros y entre nosotros quienes buscan remedio en la división de los hombres, en el odio y en las armas. Desgraciados los que creen que se ha agotado la virtud del Evangelio. Desgraciados los que creen en la eficacia de la fuerza más que en la de la justicia, y en la virtud del odio más que en la del amor.

Se dirá que se está haciendo incontable el número de aquellos en quienes no tiene parte alguna el reino de Dios. Que son relativamente pocos los verdaderos discípulos de Jesucristo. Todo ello es cierto. Pero ¿qué importa? Dirijamos una segunda mirada al Evangelio de hoy. Meditemos en la segunda parábola que contiene. El reino de los cielos es semejante a la levadura con que la mujer hace fermentar la masa. La levadura es siempre una porción mucho más reducida que la masa. Las proporciones de ésta son muy grandes en comparación de las de aquélla. La levadura puede contenerse en un puño. Pero ese puñado de levadura hace fermentar toda la masa. Por

lo tanto, la sola consecuencia saludable que debe sacarse del hecho de la superioridad numérica de los que rechazan el reino de los cielos y la exigüidad de los que lo aceptan, es que éstos deben hacerse imitadores de Cristo en espíritu y en verdad, para que puedan ser la divina levadura de la humanidad.

El Cristianismo integral y genuino es de una virtud inagotable y expansiva. Si hoy no penetra lo bastante la masa humana, es porque los cristianos a quienes corresponde difundirla no la han asimilado. Su virtud por antonomasia, es la caridad. Jesucristo dijo que la caridad sería la divina etiqueta que comprobaría la autenticidad de sus discípulos. "En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros." Hay, sin embargo, en nuestros días y en nuestro medio muchos cristianos que prefieren ser reconocidos como seguidores de la máxima luciferiana: odiaos los unos a los otros.

* * *

La caridad fraterna de los cristianos es lo único que tiene la virtud suficiente como para salvar al mundo. Sin ella todo lo demás ha de resultar efímero y estéril.

Hallándose S. Pablo en las ruinas de Troya, vió en sueños a un macedonio que estaba de pie y que le rogaba diciéndole: "Pasa, pasa y ven a nosotros." Este macedonio es, hermanos míos, el pueblo, es la humanidad entera que anhela la justicia y que busca la verdad. Y nosotros somos San Pablo, nosotros que creemos como él y que como él hemos recibido gratuitamente la fe, la esperanza y el amor.

Hoy, como entonces, en medio de las ruinas de Troya, viva imagen de la desolación moral del mundo, se levanta ante nosotros el macedonio; y de pie, porque tiene prisa, nos dice a cada uno de los cristianos: Pasa, pasa, no te importen los sacrificios y llégate a nosotros.

Hermanos míos: si nosotros vamos a todos con caridad, seremos para ellos la divina levadura de que quiere valerse Cristo para penetrar la masa humana y para salvar al mundo. El pueblo volverá a ser de Jesucristo, porque el pueblo reconoce y adora y cae de rodillas ante la verdad, cuando se le presenta envuelta en el ropaje de la caridad.

* * *

¿Qué se entiende por el reino de Dios? Unas veces el que ha de culminar en la vida futura; otras, el que debe iniciarse en la presente. El reino de Dios en la vida futura es la gloria de la eternidad. En la vida presente es la verdad y la virtud produciendo la perfección, la justicia y la caridad creando la paz.

Pero ¿hay en este mundo alguna institución que sea depositaria auténtica de la verdad y la virtud, de la justicia y de la caridad? Sí, esa institución es la religión genuina e integral de Jesucristo, es decir, el Catolicismo. El Catolicismo, conocido, sentido y practicado es, pues, el reino de Dios sobre la tierra.

En la adaptación que quiero hacer del Evangelio de hoy, la levadura es el Catolicismo; la masa, la humanidad.

La humanidad abandonada a sí misma, tiende hacia abajo, se achata como la masa sin levadura. Y dejada a merced de sus instintos originarios, su condición habitual es la baja moral. En cambio, penetrada del Catolicismo, que es el fermento espiritual, se levanta a la altura de la perfección.

* * *

Yo quiero aprovechar esta imagen de Jesucristo consignada en el Evangelio de hoy, para revelar que una de las más hondas preocupaciones a que estuvimos consagrados durante un mes, los integrantes del Seminario Interamericano de Estu-

dios Sociales, fué la de hallar el medio de aunar los esfuerzos de todos, para la realización de lo expresado en esa imagen, en esta época en que ha de operarse una transformación mundial. Y pienso que esta misma debe ser la preocupación primordial y dominante de todos los católicos de hoy, si somos capaces de comprender nuestra misión histórica y nos hacemos dignos de alcanzar la gracia de Dios para cumplirla.

Permítaseme una previa consideración. Todos los católicos de nuestra generación y los de las generaciones de los dos últimos siglos, hemos prodigado nuestros esfuerzos en predicar, en escribir y en actuar contra el individualismo y el laicismo, doctrinas que se sustituyeron al Catolicismo en la humanidad, desde la Reforma y la Revolución, durante el largo período en que reinó esa forma de civilización que se halla a punto de terminar. Y hemos hecho bien en denunciarla y combatirla, porque la humanidad, abandonada a sí sola, se dejó llevar de sus ambiciones instintivas, y no obstante sus soberbias elevaciones materiales, vino descendiendo cada vez más hasta caer en una gran baja moral. Pero ¿no hubiera sido mejor que los católicos que vivieron durante los días en que se fraguaba aquella civilización individualista y laica, hubiesen cumplido con el deber que les asignaba aquella hora decisiva?

¡De cuántas vergüenzas habrían preservado a la civilización y cuántos desastres habrían economizado a la pobre humanidad! ¿Por qué no lo hicieron? ¿No comprendieron su misión? ¿No pudieron cumplirla? ¿No lo quisieron?

Pero ¿para qué prolongar las recriminaciones hechas hasta ahora contra los que formaron una civilización materializada y positivista, extendiéndolas contra los que no intervinieron oportunamente para introducir en ella la levadura espiritual destinada a elevarla y dignificarla?

¿No es más provechoso recoger la dolorosa experiencia que nos estimule a obrar de modo que las generaciones futuras no

se hallen en el caso de recriminarnos a nosotros, si dejamos con culpable negligencia que se forme a nuestra vista una civilización atea?

¡He aquí la gran misión de los católicos que vivimos en esta hora histórica! En el mismo inmenso crisol en que se están fundiendo los restos de la civilización que termina, van a echarse los elementos con los cuales deberá fraguarse la que ha de sucederla.

* * *

Parece prematuro todavía todo cálculo sobre la duración de la guerra. Nada más arriesgado que aventurarse a profetizar en esta época cuya característica es, la absoluta falta de lógica en la sucesión de los acontecimientos y en la conducta de los hombres. Todo es inesperado, todo es sorpresivo.

Pero alguna vez terminará, por la fuerza de las armas o por la debilidad del agotamiento, por la acción imprevista de un accidente repentino o por una intervención manifiesta de la Providencia, como son aquéllas con las cuales Dios se complace en señalar y dividir la Historia. Y para esa trágica oportunidad que llegará pletórica de problemas pavorosos, es necesario prepararse de antemano: mejor dicho, urge comenzar a prepararse ya. Conviene meditar en que aún los pueblos que no se hayan visto implicados en los problemas de la guerra, quedarán incluidos dentro de la vastedad y la trascendencia de los problemas de la paz. Es necesario adelantarse a abrir los cauces por los cuales deberá derivarse y circular por el mundo el torrente de los millones de soldados desmovilizados y de obreros parados, por la suspensión repentina y universal de la producción para la guerra, si se pretende que no resulte asolador.

Es necesario adelantarse a disponer el intercambio para el

abastecimiento de las familias y de los pueblos para mitigar todo lo que pueda provocar un nuevo estallido, es decir, la miseria, la venganza y el odio. Es necesario adelantarse a establecer cómo debe ser el mundo de la postguerra surgido sobre la base de la paz. Con ese propósito, desde el escenario más grande y más sonoro del mundo, como lo dije en Chicago, he tenido la valentía de proclamar que esa paz, para que resulte justa y estable, no deberá ser ni de prevalencia rusa, porque sería soviética, ni germanoitaliana, porque sería totalitaria, y ni siquiera americana, porque tendría un sello continental, sino ampliamente humana, lo que equivale a decir: que la paz no podrá ser ni justa ni estable si no es esencialmente cristiana.

Pero esta paz cristiana que contenga por igual el desborde de todos los extremismos, no podrá lograrse si no se introduce la levadura espiritual del Cristianismo dentro de la masa de la nueva humanidad.

Llegado a este punto se me ocurre señalar una enorme contradicción. ¡Con cuánta razón dijo Jesucristo que los hijos de las tinieblas son más astutos que los de la luz! A todas las fuerzas destructoras de la civilización cristiana, se les asigna deliberadamente un alcance internacional. Internacional la masonería, internacional el capitalismo, internacional el socialismo, internacional el comunismo, internacional la primera, la segunda, la tercera internacional.

Y la única institución que por disposición divina es de proyección internacional, ya que la universalidad es la nota que constituye su esencia, es decir, el Catolicismo, por una incompreensión pasmosa de los católicos, deja de tener alcance internacional.

En efecto, las fronteras nacionales los aísla y, lo que es peor, dentro de las propias fronteras se concentran en capillas o en círculos que tienen mucho de secta, desvirtuando la universalidad, que es la nota esencial infundida por Jesucristo y

proclamada por la autoridad infalible de su Vicario en la tierra como uno de los dogmas de nuestra fe: *Credo in unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. "Creo que la Iglesia es una, santa, universal y apostólica."

En épocas normales esta incomprensión no sería de tanta trascendencia. Pero ahora, cuando ya los dirigentes van a poner las manos en la masa de la nueva era, no hacer intervenir el Catolicismo, la única levadura espiritual que hay en el mundo, el único valor moral de alcance internacional, sería un crimen religiosocial, del cual Dios y la Historia pedirían cuenta muy rigurosa a los católicos de hoy.

* * *

Ni el carácter que invisto, ni la cátedra sagrada desde la cual cumplo con mi misión de hablar evangélicamente, me confieren competencia para referirme a vinculaciones internacionales de orden político, de orden económico o de orden bélico. Son otros los encargados de hacerlo, y mi deber cristiano y patriótico consiste en pedir a Dios que los ilumine. Pero traicionaría mi conciencia si, por miedo de comprometerme o por cualquiera de las tantas consideraciones humanas, dejara de proclamar la necesidad de la vinculación espiritual del Catolicismo internacional, porque de lo contrario no estaríamos libres de complicidad en el peligro que nos amenaza, de una constitución soviética, totalitaria o atea del mundo nuevo.

* * *

Incito a todos cuantos me escuchan, católicos, patriotas y simplemente humanos, a meditar en este trascendental problema y a facilitar su solución. No se me oculta que no faltan

quienes critican a los que empeñamos en ello nuestros modestos esfuerzos. La crítica está al alcance de todos, por ser cosa muy fácil. Pero es bueno recordarles, que hay otra actitud más provechosa o, por lo menos, más cristiana, y es la de aprovechar el conocimiento de los defectos que descubren, en perfeccionar la solución o en presentar otra mejor. Los tiempos no son para estériles y perniciosas disquisiciones bizantinas, sino para las urgentes e imprescindibles realizaciones. ¡Pongámonos en las divinas manos de Jesucristo para que nos utilice en el establecimiento del reino de Dios para bien de la humanidad!

15/11/42.

* * *

La virtud divina de la Iglesia la hizo crecer con vigor y pujanza. Y téngase en cuenta, que el terreno en que debió depositarse la semilla, no le era propicio. Todo lo contrario. No se permitió a los Apóstoles, arrojarla en los surcos por ellos preferidos. Se la sepultó en las catacumbas. Se la quiso sofocar en sangre. Pero se equivocaban los tiranos. Al bañarla en la sangre, no la esterilizaban, la fecundaban. Añadían virtud a la virtud. "La sangre de mártires es semilla de cristianos." Lección elocuente que nunca deberían olvidar los que pretenden matar por medio de la fuerza, las ideas.

La semilla de la Iglesia transformóse en planta: horadó las catacumbas, se asomó a la luz y comenzó a extender sus ramas sobre todo el mundo. Hay quienes para creer, piden milagros y los tienen, pero se rehusan a aceptarlos. El origen y el desarrollo de la Iglesia es uno de ellos. Ninguna institución humana nació como ella, ni sobrevivió como ella. Su rápida expansión, a pesar de todos los obstáculos, es humanamente inexplicable,

San Policarpo, muerto hacia el año 169, comenta ya su difusión por toda la tierra. San Justino, del siglo segundo, afirma que por todas partes se ruega a Dios Padre, en nombre de Jesús Crucificado. Y Tertuliano en el año 198, en la capital del mundo, frente a la autoridad imperial que lo interroga, hace esta afirmación solemne: "Somos de ayer y todo lo llenamos... os dejamos solos con vuestros ídolos." Los Césares no pudieron realizar sus sueños de imperialismo universal y permanente. Mahoma no pudo llevar más allá de ciertos límites su influencia. No eran suficientemente mortíferas las cimitarras de sus fanáticas legiones. Confucio no pudo salvar las fronteras de la China, ni Buda, las de la India.

Sólo la Iglesia, no obstante la pobreza de su origen, desde que comenzó a crecer, no se ha detenido jamás en su expansión. Mientras tanto, los imperios, los reinos, las repúblicas, las dinastías, las formas de gobierno, sin una sola excepción, han surgido, se han impuesto, han declinado y han desaparecido. La Iglesia vió su aurora, su cénit y su ocaso. Las ha visto nacer, desarrollarse y morir. Y ha rezado sobre sus cunas, sus existencias y sus sepulcros.

* * *

Hay épocas en que el espiritualismo parece que se esfuma. El materialismo lo ahoga, como un nuevo diluvio. El espiritualismo entonces se refugia en la Iglesia, su Arca. Y esta Arca flota, guardando en su seno el depósito Sagrado del Espíritu. "*Spiritus Dei ferebatur super aquas.*" El Espíritu de Dios es llevado sobre las aguas. Y a la manera como el Arca de Noé se posa sobre un monte de la Armenia, salvando desde allí la semilla de la humanidad; el Arca de la Iglesia se afirma sobre la colina vaticana, salvando el Espíritu con que hará revivir a la humanidad.

¡Cuántas veces la visión de Ezequiel se repite en la historia! Dice el Profeta: “Extendióse sobre mí la mano del Señor y me introdujo en el Espíritu de Dios, y me situó en medio de un campo enteramente cubierto de huesos. Me lo hizo recorrer en todas direcciones. Eran muchísimos los huesos y se hallaban resecos. Y me dijo: “Hijo del hombre, ¿piensas que vivirán estos huesos?” Y le contesté: “¡Oh mi Señor y mi Dios, Tú lo sabes!” Y volvió a decirme: “Profetiza sobre ellos y diles: Huesos áridos, escuchad la voz de Dios, oíd lo que os dice; he aquí que volveré a introducir en vosotros el Espíritu y volveréis a vivir. Os rodearé de nervios, os vestiré de carne, os cubriré de piel; volveréis a la vida y comprenderéis que yo soy el Señor.” Y profeticé como me lo había ordenado. Y mientras yo profetizaba, comenzó a producirse ruido: era el causado por el movimiento de los huesos, que se acercaban los unos a los otros, buscando sus respectivas coyunturas. Y volví a mirar, y los vi cubiertos de nervios, de carne y de piel. Pero carecían de espíritu y yacían inanimados. Y la misma voz volvió a decirme: “Apostrofa al Espíritu, hijo del Hombre, apostrofa, diciéndole: Dios que es el Señor, lo manda, ven, oh Espíritu, desde los cuatro vientos y sopla sobre esos muertos, para que vivan.” “Y profeticé, según se me había ordenado y el Espíritu penetró en ellos y revivieron y se incorporaron y formaron como un inmenso ejército.”

He aquí la visión con la cual se anunciaba la liberación del pueblo elegido, sacándolo del cautiverio, que es la muerte, y devolviéndolo a la libertad, que es la vida. He aquí la visión que advierte a la humanidad, que lo único que puede vivificar todo lo que el materialismo ha extinguido o atrofiado en ella, es el Espíritu.

Esta verdad queda confirmada con la segunda imagen con que Jesucristo complementa el discurso contenido en el Evangelio de hoy. El espíritu de que es depositaria la Iglesia, es la levadura que hará revivir en la humanidad la verdad, la justicia, la caridad.

Para lograrlo, se perpetúa en el mundo el milagro del robustecimiento de la Iglesia. A medida que se desacreditan y fallan las instituciones humanas que se apoyan en la fuerza, se prestigia y fortalece la Iglesia, que es la institución divina, que vive del Espíritu. Y con ese Espíritu de que ella vive, tiene la misión de hacer vivir a la humanidad. Ese espíritu lo difunde por boca de su augusto Jefe. He ahí la razón de la insistencia de la voz de Pío XII, contraprueba meridiana de la vitalidad pujante de la Iglesia.

¿Hay en el mundo una autoridad más elevada que la de ella, y al mismo tiempo más indefensa? ¿Hay una fuerza más poderosa, y al mismo tiempo más desarmada? ¿Hay un poder más incontrastable y, desde el punto de vista humano, más débil? ¿Hay una palabra más segura y al mismo tiempo más independiente? ¿Hay una voz más justa y más imparcial, consagrada por entero al servicio de la verdad? Aun cuando no faltan quienes hubiesen preferido no escucharla, sin embargo, no hay uno solo que se haya atrevido a desmentirla.

¡Quiera Dios que todos se decidan a aceptarla! Porque la palabra que sale del Espíritu, lleva el Espíritu. Y donde empieza a reinar el espíritu, comienza a florecer la vida y a renacer la paz.

19/11/42.

INDICES

SUMARIO

SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La multiplicación de los panes. — Auxilio Divino. — El milagro de la gracia. — Grandeza de las pequeñas cosas. — La distribución de la riqueza. — Preferencia por los desheredados y los débiles. — La igualdad de las razas. — La caridad. — Falta de trabajo e insuficiencia de salario. — Standard de vida. — Las costureras y el trabajo a domicilio. — Liberación económica. — La comunión de los Santos 9

SEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Los falsos profetas. — El mundo corruptor. — Previsiones de Pío X. — La comunión de los niños. — Los hijos de la luz. — Magisterio de Jesucristo. — Universalidad de su doctrina. — Fariseos, herejes y racionalistas. — El liberalismo. — El nacionalismo. — La conversión por la caridad. — Humanismo y laicismo: sus frutos 25

OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El administrador infiel. — Doctrinas que niegan la responsabilidad humana. — Los hombres, simples administradores de bienes. — El Evangelio, código completo de derechos y deberes. — El derecho de propiedad. — La dignificación del pobre. — La convulsión económico social. — La Paz, fruto de la justicia. — Abuso de la propiedad. — Función social de la propiedad. — Fracaso, no del cristianismo, sino de su abolición 45

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El llanto de Jesús al profetizar la destrucción de Jerusalén. — Bienaventuranza de las lágrimas. — La enseñanza del dolor. — La conversión de los judíos. — El patriotismo de Jesucristo. — La familia y la patria. — Vinculaciones entre la familia, la patria y la humanidad. — La unidad de las razas. — La dis-

persión de los judíos. — Unidad de las naciones en Cristo. — El cuerpo místico. — Los mercaderes en el templo 63

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La oración del fariseo y la del publicano. — La humildad. — El ejemplo del Maestro: el lavatorio de pies. — El orgullo y la ambición de mando. — La misión de los gobiernos. — El cumplimiento de los ritos externos. — La igualdad de los hombres. — Igualdad esencial e igualdad accidental. — El igualitarismo absoluto y su imposibilidad. — Conveniencia de una mayor nivelación: extensión de la cultura y distribución de la riqueza 87

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La curación del sordomudo. — Su reflejo en la Liturgia del bautismo. — El retiro y la percepción espiritual. — La captación de la belleza. — Sondeo de la conciencia. — Vida sobrenatural. — Transmisión de las virtudes. — Las voces de las muchedumbres. — Las voces de Dios 109

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El samaritano misericordioso. — Concepción del prójimo. — La fraternidad. — Fraternidad sobrenatural de los cristianos. — Imperativo cristiano: amor al prójimo como consecuencia del amor a Dios. — La paz por el amor. — El mandamiento nuevo. — La caridad, virtud teologal 121

DECIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La curación de los leprosos. — La gratitud. — El perdón de las injurias. — El clamor de los nuevos leprosos. — La inquietud contemporánea. — La palabra de S. S. Pío XII. — El establecimiento de la paz 133

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Confianza en la Divina Providencia. — La verdadera riqueza. — Los bienes temporales son instrumento y no fin. — La lucha por el oro. — La conquista del pan. — Las alteraciones en el orden económico. — El comunismo. — Ricos y pobres. — Economía y moral 145

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El resucitado de Naím. — El sentido de la muerte. — Anhelos de inmortalidad. — La Resurrección de la carne. — La muerte por el pecado, y las guerras. — La concupiscencia como origen de los conflictos bélicos. — La preservación de las guerras. — Los sueños de Daniel 159

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La búsqueda de los primeros puestos. — Humillación de los vanidosos y ensalzamiento de los humildes. — El sentimiento y la voluntad ante el orgullo. — El afán de dominio. — La causa de las guerras. — La guerra: ideal del paganismo. — Efimeridad de las conquistas de la fuerza. — Potencia de la mansedumbre. — La humildad, emplazamiento del Cristianismo. — Ideal del cristianismo: la Paz 173

DECIMOSEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El primer Mandamiento. — El amor al prójimo. — La caridad. — Paganismo y odio. — La dignidad de la persona humana. — Los Pontífices y la libertad. — Odio al mal y no a los hombres. — El Cristianismo y los cristianos. — Carencia de fraternidad. — Los deseos de venganza y el espíritu de Justicia. — Justicia y Misericordia divina 187

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El perdón de los pecados. — La impiedad del mundo. — El rencor de los hombres. — La absolución. — El desarme moral como paso al desarme material. — El remordimiento. — La influencia de la Religión. — El ejemplo de Luis XIV y el de David 20

DECIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La invitación al banquete nupcial. — La resistencia del pueblo escogido a la evangelización de San Pablo. — La influencia de la sensualidad en el rechazo de la invitación espiritual del Cristianismo. — Las sociedades materializadas: cómo sucumben. — La solidaridad de las naciones. — La unidad de la Iglesia. — Sociedad de Naciones en Cristo 211

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La fe del regidor y de su familia. — El jefe de hogar y su función para el reinado de Jesucristo. — Transmisión de la fe por la familia. — El ejemplo de los padres. — El debilitamiento de la fe y la decadencia de la civilización 225

VIGESIMOPRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El sirviente desalmado. — La exhortación al perdón. — Sus dificultades y recompensas. — Sentimiento y consentimiento. — La reconciliación. — El odio inculcado en los niños. — La fuerza del amor. — La hiel de la venganza. — La tolerancia y la condonación de las ofensas como instrumento de paz. — El Evangelio del perdón. — La fuerza espiritual de las Américas 235

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El pago del tributo. — Potestad del César. — Civismo y Religión. — La Iglesia y el Estado. — Derechas e izquierdas. — Poder temporal y poder espiritual. — La libertad de la Iglesia. — La enseñanza de la Verdad, la distribución de la Gracia y la práctica de la Virtud 257

VIGESIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La hemorroísa. — Confianza en lo sobrenatural. — Las hemorragias de la humanidad. — Su desahucio y su confianza en Cristo. — La civilización Occidental y su renacimiento. — La fe engendra la esperanza 269

VIGESIMOCUARTO Y ULTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Anuncio de la destrucción de Jerusalén y de la segunda venida de Cristo. — Suerte de las civilizaciones que eliminan a Cristo. — La sociedad es para el individuo y no el individuo para la sociedad. — Posición anticristiana de la civilización actual y responsabilidad que cabe en ella a los católicos 277

QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

El trigo y la cizaña. — Los agentes malignos. — Peligros del celo impulsivo y de los procedimientos radicales. — Los apóstoles que duermen y la simiente del mal. — La confusión de las ideas. — El Papa, orientador supremo en la tierra 287

SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA ..

El grano de mostaza y la levadura. — La difusión del cristianismo. — Constantino y Clodoveo. — Juventud de la Iglesia. — Superioridad de la justicia y del amor en el desenvolvimiento del catolicismo. — La caridad como levadura para fermentar la masa popular. — Misión de los católicos 301

INDICE ANALITICO

A

ABSOLUCION	204
AMERICA	
<i>Fuerzas espirituales de las</i> ..	255
AMOR	
<i>A los enemigos</i>	103
<i>Al prójimo</i>	188
<i>Fraterno</i>	124
ANARQUIA INTELECTUAL	39
ARREPENTIMIENTO	208
ATEISMO	46
<i>En las multitudes</i>	28

B

BAUTISMO	110
BELLEZA	111
BENEDICTO XV	142
BIENES TEMPORALES	152
BRIGIDA, Santa	191

C

CARIDAD	15, 132	190
<i>Vehículo de Verdad</i>		39
CATOLICOS		
<i>Desunión de los</i>	254	
<i>Diferencia entre los</i>	294	
<i>En la sociedad</i>	280	
<i>Misión de los</i>	308	
CESAR		
<i>Potestad del</i>	257	
CIVILIDAD Y RELIGION ..	260	
CIVILIZACION		
<i>Decadencia de la</i>	230	

<i>Derrumbe de la</i>	61
<i>Renacimiento de la</i>	273
CIZANA Y TRIGO	287
COMUNION	
<i>De los niños</i>	28
<i>De los Santos</i>	23
COMUNISMO	150
CONFIANZA EN LA PROVI- DENCIA	145
CONFUSIONISMO	39
CONVERSION POR LA CA- RIDAD	41
COOPERACION DEL HOM- BRE EN LA OBRA DI- VINA	23
CORRUPCION DEL MUNDO	26
COTTOLONGO	15
CRISTIANISMO Y LIBER- TAD	193
CRISTIANOS Y CRISTIANIS- MO	195
CUERPO MISTICO	81
CURACION DEL SORDO- MUDO	109
CURACION DE LOS LEPRO- SOS	133

D

DANIEL	
<i>Sueños de</i>	169, 171
DAVID	207
DERECHAS E IZQUIERDAS	262
DERECHOS NATURALES ..	55
DESTRUCCION DE JERUSA- LEN, Profecía	277
DIGNIDAD DE LA PERSO- NA HUMANA	48

DIOS		<i>Es libre</i>	265
<i>Designios de</i>	198	GRATITUD	135
DISTRIBUCION DE RIQUEZAS	14	GUERRA	
DOCTRINA		<i>Causa de las</i>	166, 169, 179
<i>Conocimiento por sus frutos</i>	33	<i>Preservación de las</i>	168
DOLOR		<i>Y paganismo</i>	182
<i>Enseñanza del</i>	66		
DOMINIO		H	
<i>Afán de</i>	181	HALIFAX, LORD	298
E		HEMORROISA, LA	269
ECONOMIA Y MORAL	157	HUMANIDAD	74
ECONOMICOSOCIAL, EL		HUMANISMO	41
PROBLEMA	54	HUMILDAD	90, 175, 179
ENCICLICAS		I	
<i>Olvidadas por los Católicos</i>	295	IGLESIAS DISIDENTES	221
EXTREMISMOS	262	IGUALDAD	
EZEQUIEL	313	<i>Accidental</i>	97
F		<i>Esencial</i>	97, 99
FALSOS PROFETAS	25	<i>De los hombres</i>	96
FAMILIA	72	IGUALITARISMO ABSOLUTO	99
FARISEO Y EL PUBLICANO, EL	88	IMPIEDAD DEL MUNDO ..	202
FARISEOS		INGRATITUD	137
<i>Hereses y racionalistas</i>	35	INMORTALIDAD	
FE		<i>Anhelo de</i>	163
<i>Luces de la</i>	275	ISAIAS	118, 125
<i>Su trasmisión por la familia</i>	228	J	
FIN DEL MUNDO	277, 304	JERUSALEN	63
FLAVIO JOSEFO	70	<i>Destrucción de</i>	69, 79
FRANCISCO DE ASIS, SAN .	150	JESUCRISTO	
FRATERNIDAD	103, 122	<i>Maestro</i>	30
<i>Sobrenatural de los cristianos</i>	124	<i>Y la civilización</i>	270
FUERZA		JOB	163
<i>Efimeridad de sus conquistas</i>	183	JUDIOS	
FUERZA DEL AMOR	247	<i>Conversión de los</i>	71
FUERZAS ESPIRITUALES DE LAS AMERICAS	255	<i>Dispersión de los</i>	76
FUNCION SOCIAL DE LA PROPIEDAD	58	<i>Su resistencia al cristianismo</i>	215
G		JUSTICIA	
GOBIERNO		<i>El movimiento hacia la</i>	251
<i>Misión de los</i>	92	L	
GRACIA	177	LACORDAIRE	41
		LAGRIMAS	

<i>Sentido de las</i>	65
LAICISMO	42
LIBERACION ECONOMICA	21
LIBERALISMO	36, 41
LIBERTAD	
<i>Fundamento de mérito</i>	31
<i>Y cristianismo</i>	193
LUZ, HIJOS DE LA	29

M

MAGISTERIO DE JESUCRISTO	33
MANDAMIENTO	
<i>Nuevo</i>	126
<i>Primer</i>	187
MANDO	
<i>Ambición de</i>	91
MANSEDUMBRE	
<i>Potencia de la</i>	185
MATERIALISMO	46
MEDITACION	115
MERCADERES DEL TEMPLO	85
METEMPSICOSIS	46
MILAGRO	
<i>Gracia del</i>	12
MISERICORDIA DIVINA ...	198
MOSTAZA, EL GRANO DE .	301
MUERTE	159
MULTIPLICACION DE LOS PANES	9
MUNDO CORRUPTOR ...	26

N

NABUCODONOSOR	264
NACIONALISMO	37
NAIM,	
<i>El resucitado de</i>	159
NATHAM	207
NIHILISMO	46

O

ODIO	
<i>Al mal y no a los hombres</i> 195	
<i>Inculcado a los niños</i>	250
ORACION	119

ORGULLO	93, 175
ORO	
<i>La lucha por el</i>	147

P

PABLO, San ..	31, 54, 191, 214, 222
PAGANISMO	
<i>Nuevo</i>	194
<i>Odio del</i>	191
PAN	
<i>La conquista del</i>	149
PANES, MULTIPLICACION DE LOS	9
PANTEISMO	46
PAPA	
<i>Obediencia al</i>	295
<i>Vínculo de unión de los católicos</i>	295
PATRIA	73
<i>Amor a la</i>	76
PATRIOTISMO	82
PATRIOTISMO DE JESUS .	68
PATRIOTISMO Y CATOLICISMO	261
PAZ	142
<i>Cristiana</i>	309
<i>Por el amor</i>	126
PECADOS	
<i>El perdón de los</i>	201
PEQUEÑAS COSAS, GRANDEZA DE LAS	13
PERCEPCION ESPIRITUAL	111
PERDON	236
<i>Dificultad del</i>	243
<i>Recompensa del</i>	243
<i>Y rencor</i>	204
PERSONA HUMANA	
<i>Dignidad de la</i>	193
PIO X	28, 142
PIO XI	143, 215
PIO XII	140, 144, 183, 193
PLATON	31
POBRES	
<i>De espíritu</i>	153
<i>Dignificación de los</i>	52
PODER TEMPORAL Y PODER ESPIRITUAL	263
POLITEISMO	46
PREVISION	69
PROFECIAS	69
PROJIMO	121

MANUAL DEL SINDICALISMO CATOLICO

por *Arsenio Torres*

LAS encíclicas papales, los editoriales de la prensa católica, los sermones de los oradores sagrados y los discursos de los propagandistas de acción social católica, insisten, repetidamente, en la necesidad de hallar una solución al problema que entrañan las justas reivindicaciones obreras.

Poco es, desgraciadamente, lo que, fuera de la J. O. C. y de uno que otro movimiento, con frecuencia local y a veces esporádico, se ha realizado en el campo de la práctica, sobre todo en Latinoamérica. Por ello el Padre Torres, que en una ciudad del Ecuador ha llevado al terreno de los hechos la sindicación obrera, ha escrito, recogiendo sus experiencias, este práctico **MANUAL DEL SINDICALISMO CATOLICO**, que estudia la organización de los gremios, sus métodos, su propaganda, su labor. Analiza sus posibilidades y sus dificultades, plantea su desenvolvimiento interno y su acción exterior; señala sus proyecciones, salario, seguros, vivienda obrera, etc.; enfoca las conveniencias de la profesión organizada; y abarca, en una palabra, en sus 190 páginas, todos y cada uno de los problemas obreros que van del aprendizaje de su oficio a la indemnización por fallecimiento, pasando por el alza de salarios, los seguros contra accidente, paro forzoso, invalidez y vejez.



PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 0.95

HISTORIA DE LA FILOSOFIA

por *Jacinto Tredici*

POCOS tratados escritos sobre el mismo tema poseen la claridad de esta "Breve historia de la filosofía", con la que este preclaro educador europeo coronó numerosos lustros de enseñanza de la filosofía.

Difícilmente se hallará una obra que como ésta encuadre, de manera tan imparcial, sobria y ajustada, a la par, los diferentes problemas filosóficos en el marco de los grandes pensadores occidentales y de las épocas que de ellos traen el nombre.

Sócrates y Aristóteles, Santo Tomás y Kant, Bergson y Croce, todos los creadores de las máximas "aventuras del pensamiento" tienen en este volumen el lugar y la consideración que se merecen.

Ajena a todo sectarismo, comedida en el elogio como en la censura, exacta en la división de las partes como en la descripción de los detalles, la obra del Prof. Tredici que comentamos, posee la íntima fuerza persuasiva de una obra largamente pensada, preparada en la meditación y en la autocrítica.

335 páginas \$ 3.—

DEBERES DEL HOMBRE

por *Silvio Pellico*

SILVIO PELLICO señala en este interesante librito, cuales son los más importante e impostergables deberes del hombre. Escritas con sencillez, estas lecciones procuran, simplemente, recordar al lector los diversos deberes que debe cumplir en el curso de la vida el hombre de bien, si en verdad quiere merecer tal calificativo.

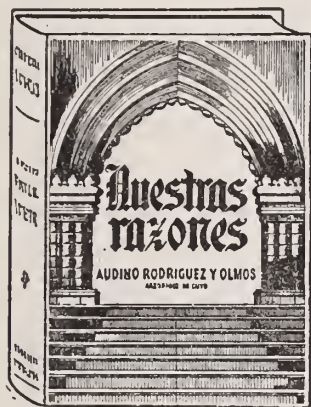
Elude toda disquisición filosófica y se reduce a exponer con claridad esos deberes, exhortando a su cumplimiento. "Me parece —dice el autor de este libro— que no es preciso demostrar con ingeniosos argumentos la necesidad de ser bueno y religioso, y que quién no encuentra las pruebas en su propia conciencia, mal las aprenderá en libro alguno".

PRECIO \$ 0.60

NUESTRAS RAZONES

por *Mons. Audino Rodríguez y Olmos*

Es éste un libro en que su autor, Mons. Audino Rodríguez y Olmos, desarrolla un verdadero curso de Apolo-
gética, en el que refuta con elocuencia irrefragable al Mate-
rialismo, Positivismo y Racionalismo en aquellas cuestiones



que se relacionan con Dios, el
Hombre y Jesucristo. Con una ló-
gica realmente inexorable, va tri-
turando el autor los falsos argu-
mentos de los que, escudados en
una aparente ciencia, creen ha-
ber echado por tierra el incon-
movible basamento de la razón
sobre que descansa el templo
augusto de los dogmas cristianos.
Armonizando las grandes tesis de
la Filosofía Perenne con las más
recientes conclusiones de las cien-
cias aplicadas, va iluminando la
inteligencia del lector que, desde
las lobregueces del ateísmo, se
siente llevar como de la mano

ante el trono esplendente de Dios y de Jesucristo, su Hijo,
Rey inmortal de los siglos.

LAS EDADES DEL HOMBRE

por *Tristán de Athayde*

PERIODOS en la vida del hombre que presentan caracte-
rísticas, problemas y posibilidades distintas, y que requie-
ren una consideración psíquica diferente. El Alma podrá ser
siempre joven, pero el espíritu no es ajeno a las distinciones
que el tiempo establece en los tejidos. Tal el libro "LAS EDA-
DES DEL HOMBRE" que el más vigoroso escritor de la nueva
generación brasileña, Tristán de Athayde (seudónimo del Dr.
Alceu de Amoroso Lima) ha trazado para estudiar los rasgos
predominantes en la psicología del hombre moderno.

240 páginas \$ 2.50

JUANA FRANCISCA FREMIOT

(Baronesa de Chantal)

por *Mons. Bougaud*

EN el siglo XVII floreció en Francia una mujer admirable por sus virtudes, que renunciando a todos los halagos del mundo y a la actuación destacada en la sociedad que su noble origen le señalaba, supo ser, luego de madre amorosa y tierna, una religiosa extraordinaria. Su piedad, su ascetismo, su inteligencia y las gracias especiales con que el Señor la enriqueció, le permitieron la fundación de una orden, la de la Visitación. Conducida espiritualmente por el santo Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, pudo poner al servicio de su fundación su capacidad y sus virtudes, hasta constituir la en una de las congregaciones más prestigiosas con que cuenta la Iglesia.

Con amplísimo acopio de datos, y utilizando nutrido material bibliográfico y autobiográfico, Mons. Bougaud escribió esta obra al comenzar el último tercio del siglo pasado. Desde entonces "Santa Juana Francisca Fremiot" es una obra clásica en la bibliografía católica que ha merecido múltiples ediciones en todos los idiomas. Editorial Difusión la acaba de publicar en nuestra lengua en dos cuidadosos volúmenes de 500 páginas cada uno, al precio de \$ 3.50

MAGNIFICAT

por *René Bazin*

UNA novela trascendente, como todas las del ilustre Bazin, cuya acción transcurre durante los últimos años de la pasada guerra y primeros de la postguerra. Una vocación sacerdotal que no destruye el fragor de las trincheras. La visión de un apostolado para las barriadas humildes, para la parroquia de nuestra Señora del Zarzal. Intriga, emoción, hondura.

250 páginas. RUSTICA \$ 1.45

LA VERDADERA VIDA

por *Luis Sturzo*

EL gran sociólogo italiano, hoy exilado en los Estados Unidos, sabe también abstraerse de los problemas y especulaciones políticas para elevarse a las altas regiones de lo sobrenatural. En este libro, cuyos originales ha remitido el autor desde Norteamérica y han sido traducidos especialmente para Editorial Difusión, se desenvuelve una sociología de lo sobrenatural, con incisiva penetración y reflexiva amplitud.



Sociólogo integral, Luis Sturzo ha comprendido que, aún sin necesidad de invadir jurisdicciones teológicas, la sociología necesita, para constituir realmente una ciencia de la sociedad, salir de su reducto biofísico o psicológico y estudiarla en su concreto existencial y en su proceso temporal. En el hombre, la vida sobrenatural no es un añadido, sino una verdadera transformación de la existencia y de la actividad humana. Esta es LA VERDADERA VIDA.

230 páginas \$ 2.50

ESTOS LIBROS PUEDEN HALLARSE EN
LAS BUENAS LIBRERIAS DE LENGUA
ESPAÑOLA Y EN

EDITORIAL DIFUSION

Tucumán 1859 Buenos Aires (Arg.)

Jirón Unión 733 Lima (Perú)

Calle 10, N° 6-52 Bogotá (Colombia)

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
"JOSE MANUEL ESTRADA" Soc. de Resp. Ltda.,
Humberto 1º 1050, Buenos Aires, el día
7 de Junio de 1944



Precio \$ 3. M./Arg.

Impreso en la Argentina
Printed In Argentine